LAS COSAS DE LA MELANCOLÍA

Carmen Santos

CONTRALUZ

CARMEN SANTOS

Las cosas de la melancolía

Para Avelino y Daniel,
como todo lo que escribo.
Porque son mis chicos de oro.

1

Acabo de despedirme de mi perro. Tengo cincuenta años. Estoy sola.

Salí de la consulta del veterinario rumiando estas tres frases entre amargura y lágrimas contenidas. Las manos me quemaban. Bajé la vista. El arnés de Fred aún colgaba lacio entre mis dedos recordándome que nadie me iba a recibir con alborozo cuando llegara a casa. Ni esa noche ni las siguientes. Lo tiré a una papelera que encontré al lado de mi coche. Abrí con el mando a distancia, me dejé caer en el asiento y puse el móvil en modo silencioso. No quería saber nada del mundo. En la pugna que llevábamos las lágrimas y yo desde que vi a Fred conciliar el sueño eterno sobre la pulcra camilla de Fermín, acabaron venciendo ellas. Siempre son las más fuertes. Rompí a sollozar sin importarme lo que pudieran pensar de mí los transeúntes que se apresuraban por la concurrida calle. Lloré como no lloré cuando murió papá ni cuando rompí con Zaro tras una convivencia de más de tres lustros. Ni siquiera cuando tuve que ingresar a mamá en la residencia, tan mochales que nunca sabía si me iba a reconocer cuando acudía a verla.

Habían pasado diez años desde que saqué a Fred de la perrera para llenar el vacío que dejó Zaro al marcharse de casa tras nuestra Gran Bronca. En cuanto pisé el limbo donde los animales vegetan en el olvido, una legión de perros grandes y pequeños, lanudos y de pelo corto, regordetes y chupados se acercaron a las rejas de sus jaulas para hacerme gracietas. Yo me quedé prendada a primera vista del más flaco, negro y orejudo. El bicho se me antojó una reencarnación de Fred Astaire. Me agaché y, a través de la reja que nos separaba, le anuncié que le sacaría de allí y le llamaría Fred para que no olvidara su vida anterior en el viejo Hollywood. Él me miró con ojos amorosos. Hasta pareció sonreír. Le dije al encargado, apostado en silencio detrás de mí, que ya había hecho mi elección. Me llevaría al negro flaco de las orejas grandes. Ahora sé que fue Fred quien me eligió a mí.

Al fin se me agotaron las reservas de lágrimas. Me limpié los ojos y me soné a conciencia. En vista de mis ánimos o, más bien, de su ausencia, decidí no acudir a la librería esa tarde. No tenía el cuerpo para atender a los clientes con un mínimo de profesionalidad. Dejaría la tienda en manos de Adela, mi ayudante. Además, era viernes. Un

soleado viernes de otoño que invitaba a pasear, a salir de tapas, a enamorarse, aunque solo fuera por unas horas. ¿Quién iba a encerrarse en un comercio siendo la tarde tan luminosa? Mejor me marchaba a casa, lloraba a mi amigo canino ante una copa de chardonnay dorado y le rendía su merecido homenaje viendo por enésima vez *Sombrero de copa*.

Llevaba veinte años regentando la librería que abrió papá en 1976, en plena transición política tras la muerte de Franco. Con la ayuda económica de mis abuelos, compró un local céntrico y lo transformó en un espacio acogedor, inspirado en las librerías parisinas que tanto admiraba. Con el nombre no fue tan afrancesado: llamó a su sueño Librería Cantarena, recurriendo al españolísimo apellido que nos legó a sus hijas. Un buen día, se sacó de la manga el dudoso eslogan «Librería Cantarena, su elección más serena» y lo incorporó al rótulo que aún corona la entrada. A la gente le hace gracia ese toque *vintage,* como se dice ahora. Eso me salva de tener que rascarme el bolsillo para cambiarlo por algo más moderno. Desde que arreció la crisis económica en 2012, vivir de los libros es cada día más difícil y conviene hilar muy fino en lo económico.

En realidad, yo iba destinada a dedicarme a la enseñanza. Estudié Filología Hispánica y, tras acabar la carrera, di clases de literatura en infinidad de institutos repartidos por todo Aragón. Tanta itinerancia resultaba agotadora y me obligaba a vivir lejos de Zaro durante meses, pero no me decidía a enclaustrarme para preparar oposiciones en busca de plaza fija como había hecho él. Al mes de morir papá, creí haber encontrado la solución a mi futuro. Mamá nunca le tuvo apego a la librería. Le gustaba leer, no vender libros. Cecilia, recién licenciada en Filología Inglesa, acababa de conseguir una beca para estudiar un año en California y no entraba en sus planes afincarse en Zaragoza. El sueño de papá corría peligro de acabar convertido en una tienda de todo a cien o en una cafetería de superficies cromadas y colores gélidos, como se estilaba en los noventa, así que una mañana me desperté dispuesta a mantener vivo su sueño haciéndome cargo del negocio.

Me gusta trabajar rodeada de literatura, leer las novedades para conocer lo que vendo y recomendar a cada cliente lo que me dicta la intuición. Acierto casi siempre y la gente vuelve para aprovisionarse de lecturas siguiendo mis consejos. A muchos los conozco desde que empecé en el negocio. Ya son casi amigos. Envejecemos al mismo ritmo. Lo mismo ocurre con mi única empleada, que entró a trabajar con papá siendo Adelita —Deli para algunos— y ya hace años que se convirtió en Adela, sesentona divorciada desde los veinticinco tras un

matrimonio fugaz, sin hijos ni pareja actual; al menos, que yo sepa.

Trabajo mucho, aunque no debería quejarme. Las ventas me dan para pagar los gastos del local, el sueldo de Adela y vivir con holgura, pero los años nos vuelven acomodaticios y añoramos algo de seguridad en las finanzas. Si pudiera retroceder en el tiempo, y sabiendo cómo acabó la ilusión colectiva de riqueza y prosperidad que nos cegó a los españoles cuando las vacas lucían gordas y lustrosas, tal vez decidiría hincar los codos como Zaro y mi hermana.

Cecilia es dieciocho meses más joven que yo. Nuestra madre se quedó embarazada de ella cuando yo aún gateaba. En lo físico somos muy distintas. Yo soy alta para ser una española nacida a finales de los sesenta, más bien flaca, aunque dotada de una pechuga nada desdeñable. Mi cabello es rubio claro. Tengo los ojos azules. «Escandinavos», decían mis compañeros en la facultad, poniéndome ojitos golosos. «Austrohúngaros», los calificaba el redicho de Zaro. Cecilia es todo lo contrario: morena, curvosa y de iris marrón. La explicación es sencilla: ella sale a papá; yo, a mamá. Aunque eso no pueden saberlo quienes nos acaban de conocer y se sorprenden de que seamos hermanas. Antes más que ahora, todo hay que decirlo. Los años en los que Cecilia se teñía mechas rubias para tapar las canas —en eso también se manifiestan los genes de la familia paterna— y se aplicaba maquillaje más claro del que pide su piel trigueña parecía más nórdica que yo. Aunque solo de lejos. Pese a ser tan distintas físicamente, siempre hemos estado muy bien avenidas. Mi hermana lleva asentada en San Francisco más de media vida con su marido blanco, anglosajón y protestante, más los gemelos, que parecen calcos de su progenitor. Al principio, nos comunicábamos por carta, ahora por WhatsApp o Skype, pero nunca dejaré de añorar tenerla cerca.

Examiné los estragos de la llorera en el espejo retrovisor y froté con el clínex empapado algún churrete de rímel. Me repasé el carmín. De haber sabido que Fermín me recomendaría dormir a Fred, no me habría pintado los ojos. Atravesé la ciudad, bañada por la lluvia otoñal que empezó a caer con suave lentitud. Creo que conduje fatal. Cuando aparqué el coche en el garaje, se me habían vuelto a acumular litros de lágrimas en la garganta. Me costó lo mío contenerlas un rato más. No me apetecía regalar un espectáculo gratuito a los vecinos con los que me topara.

Al entrar en casa, tropecé con la pelota favorita de Fred. El berrinche estaba servido. Me dejé caer en el sofá. Lloré hasta que la lengua, seca y pegada al paladar, suplicó que la hidratara. Fui a la cocina y bebí agua con tal avidez que casi me atraganté. Una ira impotente reptó desde mis tripas al ritmo fluctuante de un *alien*

borracho. Cogí una bolsa de basura del cajón donde vegetaban los cubiertos y muchos cachivaches inservibles, eché dentro todas las cosas del pobre Fred, abrí la puerta de la terraza y la arrojé fuera. De regreso en el salón, saqué de la vitrina una copa de la cristalería buena que me llevé del piso de mis padres. A Cecilia nunca le interesó, a nuestra madre ya no le hacía ninguna falta y a mí me hipnotizaba contemplar los destellos del cristal tallado desde que era niña. Qué mejor que una pieza de esa reliquia familiar para despedir a mi amigo perro con todos los honores.

Me preparé una copa de chardonnay bien frío. Saqué el móvil del bolso, quité el modo silencioso y lo dejé sobre la mesita auxiliar sin molestarme en mirar si había llamadas perdidas. Escarbé en la estantería de los DVD, siempre caótica, hasta que di con el de *Sombrero de copa*. Lo introduje en el reproductor. Por modernizarme me había suscrito a varias plataformas de *streaming,* pero nada mejor que los DVD para satisfacer mi vicio de cine musical de Hollywood. Ciertas perversiones requieren sus propios rituales. Nada más aparecer los títulos de crédito, me asaltó otra serie de sollozos. Cuando llegó la escena en la que Fred Astaire canta y baila ataviado con sombrero de copa negro, corbatín blanco, clavel en la solapa, frac y zapatos bicolores que hacen taptap sobre el brillante suelo del escenario, andaba por el tercer lingotazo de vino y me desparramaba en el sofá con un principio de cogorza.

El sonido del móvil me hizo dar un brinco. Estuve tentada de no descolgar, pero lo pensé mejor. Me costó incorporarme. Miré primero la hora. ¡Las ocho ya! Parpadeé para afinar la vista. En la pantalla del móvil leí el nombre de Mabel, la única amiga que conservo de los tiempos del instituto. Nos distanciamos durante los años de universidad, cuando a ella la mandaron a estudiar a Pamplona, pero una noche de sábado nos reencontramos en un bar, las dos cuarentonas, sin pareja estable, únicos remanentes borrachos —y patéticos— de los respectivos grupos con los que habíamos iniciado la juerga sabatina. ¡Qué menos que reanudar nuestra vieja amistad!

No me apetecía nada hablar con ella ni con nadie. Tampoco estaba segura de que me respondiera la lengua. Mientras deliberaba conmigo misma si descolgaba, el sonsonete del móvil cesó bruscamente. Entonces me di cuenta de que había varias llamadas perdidas de Mabel. Debía hablar con ella. De lo contrario, se mosquearía y se montaría una película de terror en su fantasiosa cabeza. Hasta sería capaz de llamar a la policía, a los bomberos o a todos a la vez. Siempre tuvo un ramalazo teatrero.

—Dime… —farfullé cuando la voz de Mabel brotó del teléfono con

tal energía que me destrozó el tímpano.

—Elisa, hija, ¿dónde estás que suenas tan rara? —Antes de que le pudiera responder, añadió, más briosa si cabe—: Escucha, como no me cogías el teléfono antes, he empezado llamando a Susa y Noelia para salir de chicas esta noche. Hasta Anacrís va a venir. A esta hora, seguro que ya le habrá preparado la cena al muermo de su marido y se estará vistiendo para matar.

Me eché al coleto un trago de vino. A esas alturas de nuestras vidas, salir de marcha significaba peregrinar de bar en bar pavoneándonos ante jovencitos que podrían ser nuestros hijos y seguramente andarían preguntándose qué clase de enfermedad mental nos empujaba a hacer el ridículo a nuestra provecta edad. Y mientras nos poníamos en evidencia los fines de semana (cada vez más espaciados en el tiempo, lo admito), iban menguando las probabilidades de llevarnos al catre a un hombre que no fuera demasiado viejo, demasiado hortera, demasiado burro ni demasiado impotente. Cada vez me quedaban menos fuerzas para ese juego.

—No estoy de humor, Mabel. Hoy… —note cómo se me quebraba la voz—, hoy he llevado a Fred a… a que lo duerman, ya sabes…

Me eché a llorar. El silencio se espesó al otro lado. Por fin, Mabel exclamó:

—Elisa, ¿cómo no me has llamado? Te habría acompañado.

Me encogí de hombros como si ella pudiera verme. Las palabras se me habían pegado a la campanilla.

—La semana pasada no parecía estar tan mal —murmuró Mabel.

Inspiré hondo y me soné. El estruendo reverberó en el teléfono.

—Empeoró mucho estos últimos días y hoy… hoy Fermín le ha hecho una ecografía y estaba todo muy extendido… y me ha dicho que… que…

A pesar de mi desolación, intuí la reacción lúbrica de Mabel al mencionar al veterinario. Un día nos acompañó a Fred y a mí a su consulta y se prendó de él a primera vista. Se consagró a la noble causa de echarle el guante y se apuntaba cuando me tocaba llevar a Fred a las revisiones o a vacunar. Pero Fermín tiene un defecto. Dos, en realidad. O incluso tres. Está casado —al parecer felizmente—, es muy consciente del efecto que ejerce sobre las mujeres y se sabe todos los trucos con los que pretenden atraparle las audaces como Mabel. Cuanto más elaboradas son las trampas que le tienden, más habilidad muestra él para escabullirse sin quedar mal ni deshacer su hechizo. Creo que disfruta jugando al ratón y el gato con sus admiradoras.

—¿Sabes qué te digo? —arrancó la voz de Mabel con energía recuperada—. Esta noche no debes estar sola. Voy a decirles a las

chicas que no se apliquen la pintura de guerra. Dentro de un rato nos tienes allí a las cuatro. Tú prepara un vino de esos tan buenos que te compras y nosotras llevaremos la cena. Algo rico y con muchas calorías. ¡Al diablo la dieta!

Me dio la risa. Desde que, a los cuarenta y siete, a Mabel se le metió en la cabeza que se estaba poniendo como un tonel, cosa que no era cierta entonces ni lo es ahora, la pobre hace dieta perpetua. Por suerte para ella, nunca consigue adelgazar más de tres kilos seguidos, y eso la salva de convertirse en un palo de escoba.

—¡En menos que canta un gallo oirás el toque de carga del Séptimo de Caballería acudiendo al rescate!

Volví a reírme. En su insana pasión por Errol Flynn, seguro que Mabel se habría dado la noche anterior un atracón de *Murieron con las botas puestas.* Cuando vio de niña *Robin Hood,* se prendó de la cara angelical del galán y de los leotardos verdes que enfundaban las mejores piernas masculinas de la historia de Hollywood. Desde que entró en la cincuentena, lo que le arranca suspiros es la leyenda de que en las fiestas hollywoodienses el bueno de Errol tocaba el piano sin necesidad de usar las manos. Es lo que pasa cuando nos hacemos mayores, cambia el enfoque que les damos a las cosas.

2

Apagué la película y desconecté el DVD. En el baño me eché agua fría en la cara y me limpié la nariz. El espejo me devolvió un bulbo rojo, patético en su asquerosidad. De regreso al salón, cubrí la mesita auxiliar con un mantel y saqué otras tres copas de la cristalería fina. Me esmeré en distribuir platos, cubiertos y servilletas con un mínimo de elegancia. Nunca he sido detallista en cuestiones de etiqueta doméstica, más bien un desastre sin remedio. Zaro solía quejarse de que, cuando yo ponía la mesa, parecía que las cosas habían caído del techo tras un bombardeo de la Luftwaffe, y en un santiamén recolocaba todo con tan buen gusto que nuestro humilde hogar parecía un restaurante con varias estrellas Michelin. Habían pasado diez años desde que rompimos y aún le echaba de menos. ¿Por qué nos arrastré al abismo de aquella pelea absurda? Habría sido tan fácil cerrar los ojos y seguir como si nada…

Me senté en el sofá. Al poco rato me sobresaltó el timbre del portero automático. Fui hasta la puerta y encendí la videocámara. Desde la pequeña pantalla me hacía muecas el Séptimo de Caballería al completo. Como siempre, Mabel ejercía de general Custer.

—¡Abre, que venimos cargadas!

Pulsé el botón de apertura y esperé con un pie en el rellano. Mis amigas tardaron poco en salir del ascensor. Como buena hembra alfa, Mabel encabezaba la expedición. Transportaba una bolsa de papel grande con el logo de su restaurante italiano favorito. Seguro que traería *strudel* de verduras con aceite de trufa, ñoquis con gorgonzola y nueces, lasaña de berenjenas con *mozzarella* y albahaca, y seguramente tiramisú para redondear el festín de calorías. Casi siempre elegía lo mismo cuando nos arrastraba al italiano o le encargaba comida. Detrás de Mabel se aproximó, cabizbajo, el resto del grupo. Ninguna se privó de darme un abrazo y dos besos. Todas exclamaron, casi al unísono:

—Pobre Fred…

Pese a formar una panda tan heterogénea, las cinco éramos muy buenas amigas. A Susa, Anacrís y Noelia las conocimos Mabel y yo cuando andábamos por los cuarenta y dos y nos apuntamos a clases de zumba. Antes de eso, ambas habíamos sufrido lo indecible haciendo *spinning,* tortura a la que nos sometimos en un arranque de temeridad.

Desechado el *spinning,* habíamos sudado la gota gorda en *body pump* y no nos habíamos descoyuntado de milagro probando *body combat.* En todas las actividades destacábamos siempre por lentas y patosas. Cambiar a zumba se nos antojó la última oportunidad para reparar lo que quedaba de nuestra maltrecha autoestima deportiva. Pronto descubrimos que a la hora de menear el trasero al son de ritmos caribeños parecíamos más zombis pasmados que mulatonas sensuales. Un día nos fijamos en tres mujeres que se retorcían junto a nosotras en la última fila. Iban empapadas en sudor gran reserva. Sus caras de sufrimiento mostraban un color entre rojo y berenjena. Mabel y yo nos miramos. Leí en sus ojos que presentía lo mismo que yo: en esa sala que olía a mallas sudadas aguardaba el comienzo de una hermosa amistad, como le dice Humphrey Bogart a Claude Rains en *Casablanca.* Y así fue. La zumba pasó pronto a la historia, la amistad permaneció.

Guie a mis amigas hacia el salón. Las cinco nos repartimos entre los dos sofás. Mabel abrió la bolsa y fue sacando recipientes de plástico desechables, a los que quitamos las tapas entre todas. Por la estancia se expandió un apetitoso aroma que me hizo ser consciente de lo vacío que tenía el estómago. No había fallado en mis predicciones: *strudel* de verduras, ñoquis, lasaña y tiramisú, más la aportación extraordinaria de una pizza cuatro quesos. Con Mabel era muy fácil ejercer de pitonisa cuando se trataba de comida italiana.

—¡Chicas, nos vamos a poner moradas! —exclamó ella. Blandió el cuchillo y partió la pizza en cinco porciones.

La manga de su camisa blanca de seda, combinada a la perfección con los vaqueros de pitillo, rozó la capa de tomate y queso, pero no llegó a mancharse. A Mabel siempre le chiflaron los trapos y vestir a la última. Se arreglaba incluso para ir a pilates, que es a lo que nos apuntamos las cinco tras fracasar en zumba (debo confesar que el pilates también pasó a la historia). Ya en el instituto destacaba por estilosa y era capaz de sacar partido a una camiseta de baratillo liándose al cuello un viejo fular de su madre. Era tan creativa que todos esperábamos que estudiara alguna carrera artística, pero ella se decantó por Económicas, entró a trabajar en un banco y fue abriéndose camino hasta llegar a directora de una sucursal bancaria en el centro de la ciudad, de esas a las que acuden los ricachones para guardar los ahorros que no escaquean en paraísos fiscales o a planificar operaciones financieras destinadas a hacerse aún más ricos.

Vi cómo Susa paseaba una mirada preocupada por todo el salón.

—Has recogido ya las cosas de Fred…

Susa tenía cincuenta y cuatro años y medio. Era bajita y pizpireta. Llevaba dos lustros divorciada y su ex aún seguía haciéndole la vida

imposible poniéndole pleitos por cualquier cosa. Y eso que no tuvieron hijos por cuya custodia mereciera la pena sacarse los ojos. Según Susa, él nunca quiso saber nada de procrear, ella se dejó llevar y cuando quiso darse cuenta se le había pasado el arroz. Las pocas veces que hablaba del tema, lo hacía con una indiferencia tan inescrutable que resultaba imposible deducir si echaba de menos haber sido madre o no. Susa era médica especializada en endocrinología. Daba mucho la tabarra con los beneficios de la alimentación sana para alcanzar una buena vejez, pero cuando pedíamos comida basura rica era la que más repetía. Esa noche fue la primera en abalanzarse sobre la caja de pizza y elegir una buena porción, que mermó a mordiscos golosos.

La mención de Fred me había vuelto a apretar el nudo de la garganta. Asentí con la cabeza.

—Es lo mejor —terció Anacrís, y abrió una sonrisa de media luna, como hacía siempre cuando no sabía qué decir.

—Lo mejor es que adoptes pronto otro perro —dijo Noelia—. Un clavo saca otro clavo.

A sus cuarenta y dos años, Noelia era la más joven del grupo. Pertenecía a la generación de chicas españolas que deben su nombre al gran éxito setentero de Nino Bravo. Era dueña de una coqueta peluquería en un barrio emergente y aún soñaba con conocer al hombre de su vida. Mientras esperaba el milagro, nos hacía a las amigas cortes de pelo rejuvenecedores, aunque nosotras nunca bajábamos la guardia por si se le ocurría teñirnos con mechas de colores fluorescentes. A veces le salía un ramalazo choni de lo más inoportuno.

Mabel se sirvió un triángulo de pizza.

—¡Qué rica está la comida que engorda! —farfulló con la boca llena—. Chicas, para matar las penas, nada mejor que la buena pitanza y el sexo. ¡Lo que tú necesitas ahora, Elisa, es echar un polvo de los que te dejan sin sentido!

—¡Qué burra eres! Ahora no tengo el cuerpo para polvos.

A las cinco nos asaltó una risa floja que nos devolvió a la adolescencia. Metafóricamente hablando, claro.

—Por cierto, ya que sacamos a relucir el sexo… —Mabel me miró con ojos de búho sabio—. Esta mañana he leído una entrevista de tu ex en el periódico. Decía que va a publicar un nuevo libro.

Mi amiga solo llegó a conocer a Zaro de verlo en las fotos que yo le enseñaba cuando me entraba la morriña. Creo que mi ex le despertaba un morbo especial.

—Ya… —respondí, de mala gana—. Me ha llegado la edición anticipada. Parece que le van a hacer un lanzamiento a lo grande. Y lo

malo es que tendré que leer su novela. No me apetece nada.

—Estaba muy interesante en la foto. —Mabel se relamió; quise pensar que eso se debía al *strudel* de verduras que acababa de atacar —. Un cincuentón de buen ver, sí señor. Supongo que no te importará si proclamo que tiene un polvo.

Pese al tiempo que Zaro y yo llevábamos separados, el comentario de Mabel me despertó un remusguillo de celos en la boca del estómago.

—No sé cómo se hace llamar Zaro —comentó Anacrís, que podía llegar a ser muy cursi—. Con lo potente que suena Lázaro.

Anacrís tenía cincuenta y dos años y se aferraba a una imagen de ama de casa ñoña, con un toque a lo Doris Day, que ni los consejos de Mabel ni la insistencia de Noelia habían conseguido cambiar. Era la única de nosotras que podía presumir de pareja estable: llevaba casada con su Rafi desde que ambos cumplieron los veinticuatro. Más que cónyuges, parecían mellizos repelentes. A mí me recordaban a las niñas de *El resplandor* cuando los veía juntos. Su matrimonio de aguas mansas había dado dos hijos que vivían con ellos y estudiaban en la universidad —uno Medicina y el otro Derecho—, más una *beagle* de mal carácter cuya caída de ojos desdeñosa habría matado de envidia a la mismísima Marlene Dietrich. Según Anacrís, los hijos habían mutado de niños adorables en máquinas de acumular ropa sucia, vaciar el frigorífico y dar sablazos. A veces, desahogaba con nosotras su frustración por no haber sido más decidida en la vida, por haber renunciado a su trabajo de azafata de vuelo para casarse y por no haberse buscado una ocupación cuando los chavales empezaron a pasar de ella. A esas alturas, ya no le hacíamos mucho caso. Habíamos llegado a la conclusión de que ella y Rafi estaban hechos el uno para el otro… y para la vida rutinaria que llevaban.

—Nunca le gustó su nombre —me sentí obligada a explicar—. Decía que es patético llamarse igual que el pobre diablo al que resucitó Jesucristo.

Todas nos reímos a carcajadas.

—¿Así que aún no has empezado a leer su libro? ¿No te mueres de impaciencia? —quiso saber Mabel.

Negué con la cabeza. Zaro siempre había tenido veleidades literarias, pero empezó a publicar poco después de nuestra separación. Su primera novela la lanzó un editor local con una tirada muy corta. La segunda supuso para él el salto a una editorial importante que le dio a conocer a nivel nacional y con la tercera empezó a cosechar reconocimiento y unas ventas excelentes. Ahora, su cuarta ficción iba a salir reforzada por la artillería pesada del *marketing* que acompaña a

las apuestas literarias. Para mí, eso implicaría tener en la librería pilas de ejemplares de su libro, tal vez escoltadas por un cartel con su foto y, si la jugada le salía bien a la empresa, el ochenta por ciento de mis clientes entrarían con la idea de comprar su novela y me tocaría hablarles de ella. Ya fue un suplicio sumergirme en sus historias anteriores. Leí todas de cabo a rabo, en parte por mi condición de librera y en parte por curiosidad morbosa. Eran buenas, condenadamente buenas, pero acabé sintiéndome muy violenta, incluso dolida, cuando daba con párrafos que parecían hablar de nosotros, del amor que una vez sentimos el uno por el otro, de detalles de nuestra vida en común, incluso de esos pequeños rencores que te van envenenando poco a poco hasta que estallan por algún lado. Sé que la buena literatura tiene la virtud de hacer creer al lector que le habla de cosas que le han ocurrido o de pensamientos que ha tenido; en definitiva, de permitirle identificarse con lo que lee. Y la de Zaro cumple con todos esos requisitos. Pero a mí, cada libro suyo me supuso un buen puñetazo en el estómago y ahora presentía que el nuevo me iba a dejar noqueada.

—Si quieres, lo leo yo y te digo —se ofreció Mabel.

Su propuesta incrementó el malestar que me mordía la tripa. Mi amiga del instituto se había convertido con los años en lo que llamamos una «comehombres». Cuando iba a la universidad, en Pamplona, se enamoró locamente de un estudiante de Medicina al que envió al otro barrio el todoterreno de un borracho cuando iba en moto. Desde aquel trago, Mabel empezó a volar de flor en flor. O de capullo en capullo, según se mire. Ella siempre decía que no quería amar a ningún otro hombre para no volver a sufrir como entonces.

—Debo leerla yo. Si no, ¿cómo voy a saber lo que vendo?

—Pues préstame la novela en cuanto acabes. Me da mucho morbo tu ex.

—¡Podrías comprártela! En las librerías también acusamos la crisis.

Lamenté enseguida mi salida de tono. Mabel me compraba muchos libros a lo largo del año. No merecía una pulla tan mezquina. La vi tomar aire como si se estuviera preparando para contraatacar con algo contundente. Su lengua podía volverse muy viperina cuando se cabreaba. Y la conocía lo bastante bien para saber que mi exabrupto le había sentado mal.

—Eres incorregible —la reprendió Susa, medio en serio, medio en broma. Se dirigió a mí—: ¿Cómo está tu madre?

Susa siempre tan prudente. No hacía falta ser un genio para advertir que pretendía evitar una riña entre Mabel y yo. Cuando nos enfadamos, a las dos nos sale la verdulera que llevamos dentro.

—Fatal. Cada día está más ida. Tiene momentos de lucidez, pero no duran mucho. El geriatra dice que lo suyo va muy deprisa. En fin…

—Eso del alzhéimer es una putada muy gorda —murmuró Noelia. Se echó al coleto un trago de chardonnay que dejó la copa temblando.

—¡Hacerse viejo es una putada! Hasta las cosas más tontas se vuelven difíciles. Y encima mañana tengo que ir al piso de mis padres. Mamá lo puso a nombre de Cecilia y mío cuando aún conservaba algo de lucidez, y las dos hemos decidido venderlo para pagar la residencia con lo que saquemos. Si no, menuda sangría. Pero para ponerlo a la venta hay que vaciarlo antes. Así que me esperan unos días fabulosos. —Me costó lo mío reprimir las lágrimas—. A saber lo que nos ofrecerán por él tal como está ahora el mercado inmobiliario. Es un buen piso, en pleno centro, pero…

El aire se moteó de coágulos de amargura. Viendo a mis amigas tan compungidas, mi estado de ánimo aún empeoró más.

—Lo siento, chicas. Os estoy amargando la noche.

—¡No digas tonterías! —Mabel posó una mano sobre mi antebrazo. Ya no parecía enfadada conmigo. Me di cuenta de que llevaba las uñas pintadas de negro como si fuera una estrella del rock gótica. Solía cambiar de color cada jueves, cuando le hacían la manicura en el salón de belleza que frecuentaba, tan lujoso como caro—. Somos el Séptimo de Caballería y, por lo tanto, inasequibles al desaliento.

—Pues para ser inasequibles bien que masacraron los indios al general Custer y compañía —se mofó Susa.

—Os lo tomáis todo tan al pie de la letra… —suspiró Mabel, poniendo los ojos en blanco—. Creo que las cuatro necesitáis un buen empotrador en vuestras vidas.

—Pues anda que tú —la pinché.

—¡Yo la que más!

Mabel se metió en la boca una buena carga de ñoquis. Las cinco nos echamos a reír. Los coágulos de amargura se habían diluido.

3

Vaciar la casa de otra persona es como hurgar en las tripas de un cadáver.

Al entrar en el piso de mi infancia y mi adolescencia, a Mabel y a mí nos asaltó el aire recalentado que acumulan los lugares cerrados a cal y canto. Toqué el radiador del vestíbulo. No me sorprendió la sensación de quemazón en los dedos. Esa comunidad de vecinos frioleros ajustaba la calefacción central a temperaturas extremas y la mantenía encendida hasta que el verano asomaba su patita por la ventana. Destapé el cuadro eléctrico y conecté la luz. Avancé muy despacio hacia el salón. Desde que mamá ya no vivía allí, la casa se había vuelto un ente extraño, incluso hostil. Hasta el objeto más insignificante se había impregnado de una melancolía mohosa y terca. Parecía mentira que ese hubiera sido mi hogar hasta que me marché a vivir con Zaro. ¿Dónde habían quedado los juegos, las peleas y las confidencias que compartí con Cecilia? ¿Y las comidas familiares? ¿O las broncas de mamá cuando las dos regresábamos de nuestras correrías juveniles bien entrada la madrugada y, algunas veces, con una moña de campeonato?

Subí primero la persiana del ventanal y enseguida la de la puerta que daba a la terraza. Al abrirla, el aire fresco del exterior se mezcló con la bruma de calor de la calefacción. Regresé al pasillo, donde me esperaba Mabel con cara de agobio. Se había ofrecido la noche anterior a ayudarme con la ingrata tarea de repasar las pertenencias que acumularon mis padres durante sus casi tres décadas de matrimonio. «Ya sabes que me encanta fisgonear en casas ajenas», bromeó. Siempre le gustó hacerse pasar por frívola para ocultar una sensibilidad que puede llegar a ser extrema. Cuando abrimos las ventanas del resto de habitaciones, fui consciente de lo que me esperaba. ¿Sería capaz de pasar horas vaciando ese piso sin deprimirme aún más de lo que ya lo estaba? Me dejé caer en el borde de la cama donde mis padres compartieron sus noches. Recordé que, cuando entré en la pubertad, empecé a preguntarme si practicarían en su dormitorio lo que, según mis amigas, hacían los padres para engendrar a sus retoños, aunque ninguna de nosotras sabíamos en qué consistía eso de engendrar. Muchas noches me mantenía despierta en el cuarto que compartíamos Cecilia y yo, contiguo al suyo, intentando

aislar sonidos que revelaran la naturaleza de esa actividad misteriosa —y pecaminosa— que atribuíamos a los adultos. Acababa durmiéndome sin haber percibido chirridos de muelles ni gemidos inexplicables para la adolescente inocentona que era yo entonces. Ya de adulta, concluí que mis progenitores eran muy discretos, habían renunciado al sexo o se desfogaban cuando Cecilia y yo no estábamos en casa.

Durante más de dos horas, recorrí las habitaciones para decidir por dónde empezar a meterme en harina. Mabel me seguía con un rollo de bolsas de basura, en las que íbamos echando los cachivaches que a primera vista ya se veían inservibles. A las ocho de la tarde, Mabel decidió bajar a la cafetería de la esquina a comprar bebidas frescas. «Antes de que nos deshidratemos con esta calefacción de invernadero», alegó. Yo le pedí una Coca-Cola *light,* ella cogió las llaves que le tendí y salió disparada, sin esforzarse siquiera por disimular sus ganas de escapar de ese piso muerto.

Al quedarme sola, volví a entrar en el espacioso cuarto que fue el despacho de papá hasta su muerte. Allí atendía los papeleos del negocio y los de casa. También era el santuario en el que guardaba los libros que le habían marcado a lo largo de su vida. Cuando murió, mamá se apoderó del lugar. Conservó las estanterías con los libros y el escritorio, pero mandó pintar las paredes de color celeste, sustituyó la austera cortina por un estor de lino blanco y compró una *chaise longue* azulona de tipo Chesterfield sobre la que, durante sus primeros meses de viudez, pasaba horas y horas acostada con la vista fija en el techo. El paso del tiempo la sacó poco a poco de aquel estado vegetal y, en lugar de languidecer tumbada boca arriba, se dedicó a leer los libros que había dejado su marido muerto. Ahora, el mueble me miraba tristón, con el azul de la tapicería desvaído por el tiempo y el uso, como rogándome que lo adoptara. Me acerqué y pasé la mano por la tela. El recuerdo de los que se habían marchado —papá, Fred y tantos otros—, sumado al de mamá, cuyo cerebro se vaciaba de contenido a una velocidad asombrosa, me golpeó de pronto con un cansancio descomunal, como si un médico loco me hubiera succionado la energía usando una cánula gigante. Sentí los brazos pesados y las piernas de gelatina. Me dejé caer sobre la *chaise longue* de mamá, fantaseando con que Mabel me encontraría desvanecida encima de la tapicería antaño azulona, cual patética Ofelia ahogada en un vaso de agua, dejaría caer la bolsa con los refrescos y gritaría «¡socorro!» mientras marcaba el 112 en su móvil. Pero ni me desmayé ni oí vociferar a nadie. La súbita debilidad física solo había sido una manifestación de ansiedad, uno de los muchos brotes que me

asaltaban desde que entré en edad de desmerecer. Inspiré para calmar los acelerados latidos del corazón, que habían empezado a retumbarme en los oídos, y cerré los ojos.

Me despertaron unas vehementes sacudidas. Alcé los párpados. Vi sobre mí los ojos verdosos de Mabel enturbiados por la preocupación. Su melena, teñida de castaño oscuro para tapar las canas, le invadía la cara como una cortina de tiras.

—Hija, ¡qué susto me has dado! Parecías una damisela decimonónica desmayada por llevar el corsé demasiado apretado. Y yo sin tener sales a mano.

Me incorporé y me quedé sentada, frotándome los ojos. Menos mal que esa tarde no había tenido ganas de aplicarme rímel.

—He debido de quedarme dormida.

Mabel puso cara de culpabilidad.

—Sé que he tardado mucho. Es que se estaba tan bien en el bar que me he sentado a tomarme un café con hielo. Además, el camarero es un yogurín de los que da gusto mirar y más aún palpar. Una tarde de estas volveré para trabajármelo.

Me tendió una Coca-Cola y se dejó caer a mi lado. Abrí la lata tirando de la anilla y bebí con ansia. La cafeína barrió parte de mi abatimiento.

—¿Sabes qué? —murmuré—. Por hoy ya hemos hecho bastante. Aquí hay tajo para varios días y seguro que tienes planes esta noche. Ya sabes —intenté bromear—: sábado, sabadete…

—No he quedado con nadie —confesó Mabel—. Tenía pensado adelantar trabajo en casa.

Di otro sorbo a la Coca-Cola.

—¿Desde cuándo trabajas en fin de semana?

—Desde que corren rumores de fusión y despidos masivos.

Sobre la cara de Mabel se extendió un nubarrón tan negro como el cuervo de Edgar Allan Poe. Estuve a punto de recitarle lo poco que recordaba del poema: «Aparta tu pico de mi corazón y tu figura del dintel de mi puerta. Y el Cuervo dijo: “Nunca más”», pero me refrené a tiempo. Habría resultado pedante y fuera de lugar. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que Mabel tenía el ceño fruncido y las arrugas bajo los ojos más pronunciadas de lo normal? Esos estragos no podían ser consecuencia de haber dormido mal. Igual llevaba tiempo preocupada y, si yo no hubiera estado tan machacada por lo del pobre Fred, lo habría advertido. Me sentí muy culpable y no supe qué decirle. Ella se encogió de hombros.

—Me he dejado la piel y la juventud en ese banco. Creo que trabajo bien. Las cuentas de mi sucursal no solo cuadran, sino que son

francamente buenas, pero… nos hemos hecho mayores, Elisa. ¿Sabes cuántos meses llevo sin reglar?

Negué con la cabeza como una tonta. No solíamos sacar el tema de nuestros desajustes hormonales. Creo que nos daba repelús hablar de eso, incluso a Noelia, la más joven de todas. Nos avergonzábamos de algo que tendríamos que estar afrontando con naturalidad. Envejecer no debería ser vivido como un crimen o una vergüenza, pero en cuanto las mujeres dejamos de ser fértiles, se nos caen los pechos y aparecen las primeras arrugas se nos arrincona sin contemplaciones. Y nosotras lo permitimos.

—Van seis. Dentro de nada seré una tía mayor, oleré a vieja y me tratarán con esa condescendencia tontorrona que se emplea para dirigirse a los abuelos, sobre todo a las abuelas. Me convertiré en carne de despido, si no lo soy ya. La gente no quiere saber nada de una menopáusica con canas en el chichi.

—¡No digas burradas, mujer! —Me sentí obligada a reprenderla, aunque acababa de caer en la cuenta de que llevaba un mes más que ella sin gastar tampones—. Con el tipazo que tienes y lo estilosa que eres. ¡Y en el trabajo, ni te digo! Nadie va a prescindir de ti. Ya lo verás.

—Lo peor de todo es que estoy muy cansada de esta mierda —susurró Mabel—. Los chicos jóvenes que envían a mi sucursal solo ven en mí a la jefa mayor que los putea. Los hombres ya no se ponen cachondos conmigo. Ni siquiera los viejos. Da igual que me deje la piel en el gimnasio, que me vista para matar o que enseñe las piernas. Me he vuelto invisible, Eli.

—Eso de la invisibilidad es un tópico —le espeté; con la boca diminuta, eso sí. Hacía tiempo que cargaba siempre un malestar difuso en la boca del estómago, que se intensificaba cuando me invadía el calor de los sofocos acompañado de palpitaciones. Me sentía cada vez más como los libros que no se venden y acaban destruidos en un almacén para reciclar el papel. Ya me costaba hasta recordar la última vez que noté la mirada lujuriosa de un hombre sobre mí. Y no solo me sentía ninguneada por los hombres. La sociedad entera parecía haberse puesto de acuerdo en pasar de mí. Tal vez solo eran aprensiones tontas, pero me daba la impresión de que las mayores de cincuenta, las que andábamos en pleno desbarajuste hormonal, ya no interesábamos a nadie—. Lo dicen para que las mujeres maduras nos sintamos mal, pero no todo se basa en las hormonas. ¡Menopáusicas al poder!

Mi exclamación había sido patética al cubo, desde luego. Me preparé para encajar alguna burla de Mabel, pero ella no reaccionó.

En silencio, me quitó la Coca-Cola de la mano y se bebió lo que quedaba a tragos ansiosos. Cuando acabó, soltó una ristra de eructos ruidosos. Era su faceta de camionero gamberro, que solía aflorar cuando estaba baja de moral. A juzgar por la calidad de los regüeldos, debía de sentirse muy mal aquella tarde. De reojo, la vi forzar una sonrisa.

—No hablemos de cosas feas. —Desde los tiempos del instituto, Mabel usaba esa frase para zanjar los temas incómodos—. Igual me están deprimiendo los putos calores. Cada vez me dan más seguidos. ¡Jodida menopausia! Espero que no me haga engordar. Sería el colmo de la humillación.

—No seas ordinaria, que eres banquera. ¿Qué pensarían tus jefes si te oyeran?

—¡A esos que les den por donde amargan los pepinos!

A las dos nos entró la risa floja y casi acabamos llorando. Pese a la cafeína, yo aún no me había recuperado del ataque de abatimiento. Solo ansiaba irme a casa, acurrucarme en el sofá y hartarme de llorar, pero era evidente que Mabel me necesitaba esa noche.

—¿Y si llamamos a las chicas y salimos de marcha? —propuse.

Salir de marcha. ¿Cómo seguíamos empleando esa expresión tan absurda? «¡Patética, más que patética!», me insultó la voz de la conciencia. «Si los jovencitos buenorros solo ven en vosotras una versión enloquecida de sus madres y se hartan de reír», siguió machacando la voz.

Mabel estrujó la lata de Coca-Cola vacía con ademán de forzudo.

—Si, venga, que necesitamos distraernos. Y tú más que nadie. No te conviene encerrarte sola en casa para torturarte añorando al pobre Fred. ¿Quién sabe? Igual tenemos suerte y encontramos al empotrador mágico que mate nuestras penas a polvos.

Eso lo puse en duda, pero no dije nada. Me limité a sacar el móvil y empecé a llamar a las chicas una a una.

4

Salir a ligar después de los cincuenta es peor que atravesar el desierto fingiendo que es una playa tropical. Entré en mi casa a las tres de la madrugada, agotada y con los pies doloridos por culpa de los botines de tacón que me había puesto para salir, junto con mis vaqueros más ajustados y un laborioso maquillaje pensado para resaltar el azul de mis ojos. Todas las amigas, excepto Anacrís, que no quiso dejar solo a su Rafi un sábado por la noche, se habían apuntado a nuestra patética ronda por los antros habituales. Habíamos bebido como cosacas, bailado hasta descoyuntarnos e incluso habíamos asustado a tres jovencitos imberbes tirándoles los tejos sin miramientos. Mabel acabó marchándose con un cuarentón que no parecía sobrado de luces, pero conservaba un cuerpo aceptable y pelo en la cabeza. Sin ella, que era el alma de las fiestas, las demás nos dispersamos enseguida. Cada mochuelo partió con destino a su triste olivo. En mi madriguera, cambié la ropa de guerra por un viejo pijama dado de sí, me serví una copa de chardonnay, puse *Cantando bajo la lluvia* en el DVD y me arrojé en el sofá. La dulce burbuja del achispamiento me duró poco. Enseguida se abrió paso el agujero troquelado por la ausencia de Fred. El dolor volvió a rugir como el león de la Metro y ni siquiera los maravillosos bailes lluviosos de Gene Kelly lograron acallarlo.

Mi perro fue lo más parecido a un hijo que tuve y tendré jamás. Ni Zaro ni yo sentíamos vocación de perpetuar la especie. Con el tiempo, en mis momentos de bajón anímico llegué a añorar haber sido madre, pero en nuestra juventud había tanto mundo por conocer, tantas metas por alcanzar, tantos placeres por disfrutar que los años se nos fueron sin que nos decidiéramos a buscar un embarazo. Un buen día, cuando llevábamos tres lustros de convivencia, nos enzarzamos en la Gran Bronca y eché a Zaro de casa. ¿Tal vez me tomé demasiado a la tremenda su traición? Aún no lo sé, y ahora ya da igual. Él tampoco hizo nada por arreglar el desaguisado. Simplemente recogió sus cosas y se marchó sin mediar palabra. Yo me quedé con el piso alquilado, que compré poco después y aún estoy pagando. Llené el gran vacío de Zaro adoptando a un animal flaco y orejudo que parecía clon de Fred Astaire. Fred y yo, dos seres varados en una soledad para la que no habíamos sido preparados, acabamos adorándonos mutuamente. Uno cuidaba del otro cuando este se ponía enfermo. Si Fred me veía

deprimida, me llenaba la cara de lametazos amorosos hasta que no me quedaba más remedio que sonreír. Ahora, nadie me iba a recibir con alborozo cada vez que entraba en casa, ni me animaría en mis horas bajas. Tenía cincuenta años y estaba más sola que la una.

Fui a la cocina. Me puse otra generosa copa de chardonnay. A mi regreso al salón, el llanto se desbordó como el agua de una presa tras varios días de lluvias torrenciales. Me acurruqué en el sofá, agarrada al tallo de una de las piezas de la cristalería fina de mamá como si fuera un salvavidas. Lloré y bebí. Bebí y lloré. Cuando se agotaron las lágrimas, me limpié los ojos y me soné los mocos. La noche se había vuelto negra y hostil. Por un instante, me planteé tomar un somnífero y meterme en la cama, pero mi vena hipocondriaca imaginó un escenario apocalíptico: la pastilla se mezclaría con el alcohol y me causaría una muerte dulce, pero a todas luces inoportuna. Al ser fin de semana, nadie me echaría en falta hasta el lunes, cuando los clientes más madrugadores acudirían a la librería y encontrarían la persiana bajada. Adela llegaría y daría la voz de alarma. Al final de la película, la policía o los bomberos hallarían mi cuerpo vencido por una imprudente mezcla de alcohol y somnífero, tal vez ya apestoso y cubierto de moscas. Deducirían que me había suicidado, cuando solo había cometido el error de tomarme un remedio para dormir llevando un buen pedal. ¿Cabía muerte más estúpida?

Despegué mi cuerpo alcoholizado del sofá y me tambaleé hasta el cuarto que Zaro y yo habilitamos como estudio, aunque fue él quien acabó apropiándose de él. Allí escribió sus relatos, al principio titubeantes y después embriones vigorosos de lo que serían sus novelas. Allí empezó su primer libro, que yo no llegué a leer hasta que lo recibí en la librería, mezclado con las novedades de otoño de 2009. Y entre esas cuatro paredes forradas de estanterías abarrotadas me esperaba ahora la edición anticipada de su última novela, la gran apuesta literaria para la *rentrée* de enero, ocho años y dos libros después de su debut como novelista. Me la entregó días atrás el comercial de su editorial y me la llevé a casa con intención de leerla esa misma noche, pero no me atreví y la dejé encima del escritorio. Algo me decía que sería una puñalada trapera en el corazón. Aparté la silla y me senté. Alcé el libro con mucha precaución, como si fuera una seta venenosa, y lo examiné. Las ediciones anticipadas suelen ser sencillas, en tapa blanda y sin florituras, pensadas para que los libreros podamos leer con tiempo las apuestas de los editores. Suponen un esfuerzo económico…, y más en tiempos de crisis. Por eso solo se hacen con los autores que prometen ventas suculentas. El libro de Zaro debía de prometer mucho, pues le habían añadido hasta

solapas. Lo abrí despacio, como a cámara lenta. Hasta esa noche, aún no me había atrevido ni a hojearlo.

Desde la solapa, la foto de Zaro me saltó derechita a la yugular. Por un instante me quedé sin aire. Desde que rompimos, me las había ingeniado para coincidir con él lo menos posible en los eventos literarios de la ciudad. Si, pese a mis maniobras, era inevitable acudir a un acto en el que estaba él, le esquivaba con ahínco y me marchaba enseguida. Zaro tampoco hacía nada por acercarse a mí. Ni siquiera se había asomado a la librería en los años transcurridos desde nuestra Gran Bronca. Nunca firmó en mi caseta durante las ferias ni en el Día del Libro. Le vi encanecer desde lejos, o en las fotografías de sus libros y las que acompañaban a las entrevistas que publicaban los periódicos. Ahora me ofrendaba una media sonrisa de autor de éxito. El retrato tenía un elaborado color sepia de aire retro, cantaba a fotógrafo creativo y parecía reciente. Por lo que se podía ver de su cuerpo, se conservaba delgado y fibroso. De cara sí que estaba más viejo. La surcaban nuevas arrugas que, junto con el pelo entreverado de canas, le daban aspecto de lobo de mar curtido en mil travesías. Sentí un lametazo de excitación en el bajo vientre. Zaro se había hecho mayor, sí, pero seguía estando de buen ver. Tuve que dar la razón a Mabel: mi ex aún tenía un polvo.

Eso me dolió, para qué mentir.

Cuando nos conocimos, una Nochevieja de la prehistoria, él tenía veinticuatro años. Yo había cumplido veintidós y estaba en quinto de Filología Hispánica. Tras la cena familiar, de la que papá, tan tolerante para otras cosas, se negaba a dispensarnos a sus hijas, Cecilia y yo huimos en desbandada para reunirnos con nuestros respectivos grupos de amigos. En aquel tiempo, mis mejores amigas eran Loli y Helga, que debía tan nórdico nombre a su madre alemana. Las dos hacían Filología Inglesa, pero coincidimos el primer año en las asignaturas comunes y congeniamos enseguida. Durante aquel curso iniciático, se nos pegó en la cafetería Fran, que estudiaba Historia. Era un chico gafudo y granujiento, delgado como un palo de escoba, al que ya no nos quitamos de encima. Era lo que la juventud de ahora calificaría de friki o, afinando más, de pajillero. En honor a la verdad, diré que nosotras no hicimos nada por ahuyentarle. Fran nos adoraba a las tres y, cuando nos deprimíamos, bastaba con darnos un baño de su devoción perruna para levantarnos la moral por varios días. Fran era nuestro Prozac y nos venía de perlas tenerle a mano. Cuando empezamos quinto, a nuestro antidepresivo le dio por acudir a un gimnasio. Se enreció, se le fueron los granos y llegó a ponerse bastante potable, pero nosotras nunca dejamos de verle como el amiguete fiel a

quien jamás besaríamos. Al acabar nuestras respectivas carreras, perdí el contacto con los tres. A Loli me la encuentro a veces por la calle. Se ha convertido en una madre de familia numerosa, regordeta, de melenita a lo paje y chaquetas de corte Chanel en colores surtidos. Nos saludamos, intercambiamos algunas vaguedades y seguimos nuestros respectivos caminos. Helga conserva un aire más juvenil, pese a las arrugas que el exceso de sol ha trazado en su cara. Es profesora de inglés con plaza fija, divorciada, sin hijos, y aparece de tarde en tarde por la librería para abastecerse de lecturas. Después de la compra, nos tomamos un café en el bar de al lado, divagamos sobre libros y banalidades y nos despedimos hasta más ver. Fran se mudó a Madrid. Mantuve contacto epistolar con él durante un tiempo hasta que nuestras cartas se fueron espaciando y le perdí la pista.

Aquella noche, los cuatro habíamos quedado ante la puerta principal de El Corte Inglés, en la plazuela donde los cañones Rayo y Tigre llevan años recordando a los zaragozanos que allí se halló en tiempos el Reducto del Pilar, uno de los fortines más importantes durante el asedio de Zaragoza por el ejército francés de Napoleón. Se había convertido en el punto de encuentro por excelencia, tanto de las pandillas de jóvenes como de grupos de adultos emperifollados. La idea era recorrer nuestros locales preferidos para ver qué se cocía allí, pero en la mayoría nos encontramos con que había cotillón y nos pedían por entrar un dinero que no teníamos. Pronto nos cansamos de pasar frío mientras peregrinábamos de un bar a otro sin que nos dejaran siquiera asomar la nariz. Entonces, Fran puso cara de iluminado y sugirió ir donde Joseba. Se había enterado en la facultad de que el bilbaíno iba a montar una gran fiesta, con alcohol a raudales y algún que otro porro. Ya no recuerdo siguiera qué estudiaba el tal Joseba. Solo que estaba en el último curso de carrera y compartía piso con otros tres vascos en la calle Bretón, muy cerca del campus. También recuerdo que era guapo, un hombretón que se ajustaba a la imagen tópica que teníamos entonces del vasco pelotari o aizcolari En el bar de la facultad circulaba el rumor de que se volvía salvaje cuando se metía en harinas eróticas, lo que le hacía estar muy cotizado entre las chicas. A Loli, la mera mención de Joseba la hacía salivar. Literalmente. Huelga decir que secundamos la sugerencia de Fran por unanimidad.

Cuando nuestro Prozac pulsó el timbre junto al portal de Joseba, tuvimos que esperar un buen rato hasta que una voz masculina respondió entre una mezcla de ruidos y música. Entramos en un vestíbulo alicatado con azulejos cutres y nos apretujamos dentro de un ascensor mínimo. Al salir al rellano del cuarto, nos recibió Lisa

Stanfield cantando *All Around the World.* La puerta del piso estaba abierta de par en par. En el pasillo tuvimos que abrirnos paso entre el gentío amontonado y una asfixiante bruma de marihuana. Una pareja se morreaba, pegada cual lagartija bicéfala al gotelé chapucero. En el salón, el hacinamiento aún era más agobiante. Algunos bebían cerveza apoyados contra las paredes, los más afortunados se hacinaban sobre un sofá de escay decrépito y fumaban porros con la mirada extraviada en algún paraíso artificial. En el centro de la estancia, tres chicas monas conscientes de serlo dedicaban posturitas a varios tíos desemparejados que se apiñaban en un rincón. Del anfitrión y sus compañeros de piso no había ni rastro. En eso, se abrió un hueco entre las guapisosas y reparé en un tipo que se reclinaba con indolencia contra el marco de una puerta. Sostenía una botella de cerveza y me miraba fijamente. Hasta parecía sonreírme, aunque en ese gallinero podría estar haciéndole muecas a cualquiera. Fran serpenteó hasta la mesa donde suponíamos que estarían el aparato de música y las bebidas. Regresó con una cerveza solitaria.

—No queda más. ¡Todo vacío! —gritó.

Los cuatro nos apelotonamos en el único espacio que vimos libre, resignados a compartir esa cerveza caliente pasándonosla con la mano derecha, los chaquetones y bolsos de bandolera colgados de la izquierda. No era el colmo de la comodidad, pero al menos estábamos a cubierto sin pagar un duro y no pasábamos frío. Todo lo contrario: el calor era tropical. Lisa Stansfield cedió el testigo a Phil Collins. Nosotros seguimos pasándonos la cerveza como si fuéramos indios que fuman la pipa de la paz en un wéstern de serie B. Procurábamos darle sorbos diminutos para estirarla el mayor tiempo posible. Collins fue sustituido por *I Feel the Earth Move Under My Feet,* la versión descafeinada del éxito de Carole King que hizo en aquel tiempo una tal Martika. Las que iban de guapas se retorcieron con renovado ímpetu hasta que un guirigay procedente del pasillo nos sobresaltó a todos.

—¡Refuerzos, chicos! —berreó una voz masculina.

—¡Llega el bebercio, gente! —gritó otro.

Joseba y sus secuaces irrumpieron en el salón pertrechados con varias cajas de cervezas. Los porretas saltaron del sofá al unísono, las guapisosas dejaron de bailar y todos rodearon a los recién llegados para atrapar algo que llevara alcohol y no estuviera recalentado. Fran se sumergió en la melé. Loli, que sostenía en ese momento la cerveza común, me la endosó y siguió a Fran. Sospeché que sus motivaciones tenían más que ver con Joseba que con la sed de alcohol. Helga y yo no nos movimos del rincón. Empecé a aburrirme.

—Creo que me voy a marchar a casa. Esto es un muermo —dije.

—Yo también me largo —replicó Helga—. Aquí no hay nada que rascar. Los tíos llevan un colocón que no reconocerían ni a su propia madre si entrara por la puerta. Como para que se fijen en nosotras.

Me incliné y dejé la botella en el suelo, bien pegada a la pared para evitar tropezones. Cuando me incorporé, una voz masculina penetró en mi oído con la claridad de los sobrios:

—Vaya mierda de música que ponen estos, ¿no?

Delante de mí tenía al tipo que me había estado mirando desde el otro lado del salón. Sus labios sonreían entre una perilla que parecía inspirada a medias entre Gustavo Adolfo Bécquer y Frank Zappa.

—Y que lo digas —repliqué.

—¿Qué música te gusta?

Le pasé revista. Era bastante alto, de cuerpo fibroso y bien proporcionado. El pelo oscuro le enmarcaba la cara en guedejas caóticas, de nuevo a medio camino entre Bécquer y Zappa pasados por la túrmix. Me pareció que sus rasgos guardaban un lejano parecido con los de Gregory Peck en *Duelo al sol,* aunque los suyos eran mucho más angulosos.

—Yo soy más de *jazz*.

En los ojos del perillas apareció un destello que me desencadenó un latigazo goloso en la boca del estómago.

—Yo también. ¿Sabes una cosa? —Su sonrisa se tiñó de picardía—. Presiento que este es el comienzo de una hermosa amistad.

Me incendié hasta la coronilla. Reuní las fuerzas justas para replicarle:

—¿Te crees que no he visto *Casablanca*? Acabas de plagiar un clásico.

Su sonrisa se ensanchó.

—Chica lista. ¿Sabes que tus ojos son de un azul impresionante? Absolutamente austrohúngaros.

Empezó a hacerme gracia su labia.

—¡Cómo vacilas!

—Eres un rato dura, belleza austrohúngara. ¿Cómo te llamas?

—Elisa, ¿y tú, señor redicho?

—Zaro.

Debí de mirarle con extrañeza, pues se apresuró a aclarar:

—En realidad, es Lázaro, pero me niego a llamarme igual que el pobre diablo al que resucitó Jesucristo.

—Lógico. Es patético compartir nombre con un muerto viviente.

—¿A que sí? —Su sonrisa ya le alcanzaba las orejas—. Se me ocurre una cosa, belleza austrohúngara, ¿y si nos piramos?

Fingí indiferencia encogiéndome de hombros. Por dentro seguía ardiendo.

—Vale.

La pobre Helga se quedó más sola que la una. Lo último que vi de reojo, antes de abandonar el abarrotado salón detrás de Zaro, fue que Loli había conseguido arrimarse a Joseba y Fran se había apoderado de una cerveza.

En la calle hacía un frío del carajo. Zaro sacó de algún bolsillo una boina negra de existencialista parisién y se la encajó encima de las greñas. Yo me arrebujé en mi trenca y consulté el reloj con disimulo. Eran más de las cuatro de la madrugada. Por la calle Bretón deambulaban grupos de jóvenes y menos jóvenes, la mayoría con una buena curda encima, algunos cantando como gatos recién escaldados. Zaro propuso ir a una chocolatería cercana para entrar en calor.

—Con un poco de suerte, igual está abierta ya —añadió.

El plan se me antojó decepcionante. Había esperado otra propuesta más carnal. En silencio, saqué los guantes del bolso y me los enfundé. Mientras caminábamos el uno al lado del otro, helados hasta el tuétano, Zaro empezó a hablar por los codos. Contó que hacía poco había regresado a Zaragoza tras haber acabado Filología Hispánica y Francesa en Madrid. Vale que podría haber estudiado la carrera en Zaragoza, matizó de carrerilla. De hecho, le costó lo suyo conseguir el beneplácito de su padre para mudarse. Fue su madre quien se trabajó al viejo. Pese a su irritante carácter de gallina clueca, ella sí que había comprendido su necesidad de volar fuera del nido, donde, por ser hijo único, le asfixiaban desde crío. Y para cumplir su deseo de ser escritor, el primer paso era librarse de la sobreprotección familiar. Por desgracia, una vez acabados los estudios, a su padre se le hincharon las narices de gastar dinero y le obligó a regresar sin darle opción de réplica. Ahora andaba preparándose unas oposiciones. Necesitaba un trabajo seguro, con horarios estables, para poder independizarse de sus padres y, sobre todo, dedicarse a su pasión, que era escribir.

Llegamos a la puerta de la chocolatería. Yo me encontraba tan aterida de frío como abrumada por su verborrea. Para colmo, el garito tenía la persiana echada. ¿Adónde podríamos ir? Estaba tan nerviosa que no se me ocurrió nada que proponer. Ese perillas me gustaba mucho. Vale, existía la posibilidad de meterle mano sin miramientos en plena calle, pero ¿dónde consumaríamos la hazaña, si me acababa de decir que vivía con sus padres? Miré a Zaro. Él abrió una sonrisa bobalicona y se encogió de hombros. De pronto, tomó aire, me encerró la cara entre sus manos, frías como cubitos de hielo, más heladas incluso que mi cara, y me besó. «¡Por fin!», recuerdo que

pensé. Entreabrí los labios para que su lengua pudiera colarse bajo mi paladar y me dejé llevar por el sabor de su boca y la dulce embriaguez que me inundaba. Cuando nos despegamos, Zaro susurró:

—Tenía ganas de darte un morreo desde que te vi llegar a la fiesta del Joseba. Por eso… por eso hablo tanto. Me pasa siempre cuando me pone una tía.

Le coloqué el dedo índice en horizontal sobre los labios. El segundo beso lo inicié yo, con tal ímpetu que me pinchó su perilla a lo Bécquer-Zappa. Nada más separar nuestras bocas para recuperar el aliento, susurró:

—Tengo unos amigos que viven por aquí. Están pasando las fiestas en sus pueblos, pero me han dejado la llave. ¿Quieres que vayamos?

Asentí con la cabeza. Él me tomó de una mano y nos pusimos en camino. Sus amigos vivían a escasos cinco minutos de la chocolatería. Tiempo después, Zaro me confesó que lo del chocolate había sido una artimaña porque no se atrevía a conducirme directamente hacia el piso en cuestión por si me rebotaba. El lugar era una covacha desordenada que olía a tigre en avanzado estado de descomposición. Elegimos la habitación más grande, ocupada por un armario prehistórico, una mesita de *camping* llena de libros, cuadernos y bolígrafos, una silla desvencijada y una cama de matrimonio cubierta por un revoltijo de sábanas y mantas que el dueño ni se había molestado en arreglar antes de salir de viaje.

Yo había tenido dos novios antes de conocer a Zaro. El primero, un compañero de instituto, me inició en el arte de besar y en los misterios del magreo furtivo. Al segundo le conocí nada más empezar en la universidad. Era un compañero de clase de Fran, un morenazo alto y guapo que en las distancias cortas resultó ser soso como un huevo frito sin sal. Con él perdí la virginidad sin que eso me provocara ningún terremoto, ni siquiera un temblor medianamente digno de ser clasificado según la escala Richter. Nuestro noviazgo duró lo que tardé en darme cuenta de que la apostura de Fede —así se llamaba el figurín— no me salvaba de aburrirme a muerte con él. Pero aquella Nochevieja de 1989, las manos de Zaro me causaron una conmoción equivalente a la erupción del Vesubio. Me quemé con su lava igual que muchos siglos atrás se abrasaron los habitantes de Pompeya. A partir de entonces, ya no quedó espacio en mi vida para otros hombres.

Tras nuestra ruptura, intenté recomponer mis escombros enredándome con algunos tipos que se quedaron en magras promesas incumplidas. Con ninguno experimenté ni un atisbo de lo que me hizo sentir Zaro. Y ahora, veintiocho años después de la Nochevieja en la

que nos conocimos, me atormentaba evocando aquel volcán de sensaciones, varada en el estudio del que en tiempos se apropió Zaro, más borracha que una cuba y sin decidirme a leer la novela destinada a convertir en estrella literaria a quien fue el amor de mi vida.

«¡Gallina! —me insulté—. ¡Gallina cobarde, patética e idiota!»

5

Cuando acudo a la peluquería de Noelia, siempre me acuerdo de *Forrest Gump*. También ponerse en manos de mi amiga es como una caja de bombones: nunca sabes lo que te va a tocar. En su caso, no sabes cómo vas a salir.

Entré en su feudo capilar adelantándome a la hora de la cita. Había encargado a Adela que cerrara la librería a la una y media, me había comido un pequeño bocadillo en el bar de al lado y, al salir, había decidido que haría mejor la digestión arrebujada en el sofá rojo de la peluquería que dando vueltas sin rumbo por las calles adyacentes. Hallé a Noelia concentrada en trabajar, a golpe de cepillo y un ruidoso secador, la melena azabache de una veinteañera. Ante el tocador contiguo, su empleada y compañera, Lucinda, una colombiana redondita y dicharachera, aplicaba el tinte a una señora con aspecto de ser de las que aún piden cardados indestructibles. Nada más oír las campanillas de la puerta, las dos alzaron la cabeza y me saludaron. Noelia me dedicó una sonrisa gigante, inusitadamente boba. No la veía desde nuestra última —y patética— salida de chicas. De eso ya habían pasado más de dos semanas. Mabel andaba demasiado liada esos días para reunir al Séptimo de Caballería y las demás no organizábamos juergas si no participaba ella. ¿Habría ligado Noelia en ese tiempo?

Mi amiga era diligente en su trabajo y no me hizo esperar mucho. Acabó de peinar a la veinteañera, le cobró, se despidió de ella y me hizo sentarme ante el tocador. Fiel a su costumbre y la de todas las peluqueras, invirtió unos segundos en ahuecar con los dedos los pelos que yo me había peinado de aquellas maneras antes de salir de la librería. En el espejo la vi mover la cabeza con desaprobación.

—¿Por qué no te modernizas un poco? —propuso de sopetón—. Con lo rubia que eres y esos ojazos tan azules que tienes, si me dejas hacerte unas mechas más claras, te parecerás a Julie Christie cuando hizo de Lara en *Doctor Zhivago.*

—Más bien a la madre de Lara.

—No seas rancia, Elisa —me reprendió Noelia—. Si estás guapísima. Tienes un cutis envidiable. Puedes permitirte esas mechas y un corte más airoso. ¡Te lo aseguro!

—Si tú lo dices…

—Llevas años con pinta de modosita. ¡Date una alegría, mujer! Te prometo que no te haré nada extravagante.

Me encogí de hombros, resignada a darle vía libre. En su mirada seguía bailando esa chispa bobalicona que lucen algunos enajenados o los que se han pasado fumando porros. Empezó a picarme la curiosidad, pero no me atreví a hacerle preguntas directas en la peluquería. A Noelia no le gustaba hablar de temas personales mientras trabajaba. Sin embargo, no me tuvo mucho rato sobre ascuas. Debía de tener ganas de hablar. Nada más envolver con papel de aluminio la primera mecha embadurnada de tinte, trazó otra sonrisa, se inclinó, acercó la cara a mi oreja y susurró:

—He conocido a alguien…

Su frase, que parecía sacada de un telefilm tontorrón, despertó mi mordacidad antes de que pudiera reprimirla. Mi estado de ánimo en esos días no admitía tonterías. Bastante hacía con prestarme a cambios de imagen imprevistos.

—¿Cómo que has conocido a alguien? —me burlé—. ¿Has intimado con el cobrador del frac? ¿Con el repartidor de butano? ¿O te ha arreglado el lavacabezas un fontanero cachas?

—No seas mala —me reprendió ella, sin perder la sonrisa ni alejar su boca de mi oreja—. He conocido al hombre de mi vida. Esto… —se dio tres golpecitos en el pecho— me dice que es él. ¡Estoy tan ilusionada…!

Demasiado romanticismo para mi estado de ánimo, que andaba a veinte bajo cero.

—¿Y cómo es él…? ¿A qué dedica el tiempo libre? —canturreé en voz baja, imitando el tono de voz de José Luis Perales.

—Ay, Elisa, cuando te pones así, me dan ganas de darte de collejas…

—No te prives. Pero que sepas que te pediré daños y perjuicios.

Noelia sacudió la cabeza. Se enderezó y siguió aplicándome las mechas en silencio. Pero el enfado le duró poco. Justo cuando empezaba a arrepentirme de mi impertinencia y abrí la boca para pedirle perdón, ella volvió a inclinarse y me susurró al oído:

—Es… es arquitecto y tiene estudio propio. Un día vino a cortarse el pelo, empezamos a hablar… Ay, Elisa, ¡qué conversación tiene! Y encima es guapísimo…, ¿te lo puedes creer?

—No estará casado… —se me escapó.

—¡Eres una aguafiestas! —Noelia hizo otro mohín de enfado que se diluyó enseguida—. Está divorciado.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y cinco.

—¿Tiene pasta?

—¡Rancia, que eres una rancia!

—No te conviene liarte con pelanas, Noelia.

—¡No es un pelanas! —se indignó ella—. La primera noche que quedamos, me llevó a cenar a un sitio impresionante y después al Palafox. ¡Qué habitación, qué lujo de cama, qué albornoces, Elisa! Igual que en *Pretty Woman*.

Tamaña obnubilación me dejó sin palabras. Todas las amigas sabíamos que Noelia alimentaba una vena romántica inagotable y que le chiflaban las películas de amor y lujo. *Pretty Woman* era su favorita indiscutible. Pero jamás me había pasado por la cabeza que creyera en esa clase de amores.

—Hemos tenido más citas y es tan… tan maravilloso, Elisa —continuó ella, sin esforzarse ya en bajar la voz. Hasta el momento, solo me había teñido tres mechas—. Con él no tengo que preocuparme de nada. Lo tiene todo organizado. Y es tan protector… —Se enderezó, tomó aire y, por fin, reanudó su trabajo—. No os dije nada la última vez que estuvimos todas juntas porque se te acababa de morir Fred y no quise vacilar de felicidad, pero… no puedo callarme más. Tenía que contárselo a alguna de vosotras y te ha tocado a ti ser la primera. Soy tan feliz que podría echarme a volar…

Viendo la expresión pánfila de su cara, ya no supe si alegrarme por ella o temer por su cordura. También sentí un aguijonazo de envidia, para qué negarlo. Hacía mucho tiempo que no experimentaba la obnubilación que despierta el amor fresco. Vale, el amor es una droga dura que nos envenena cuerpo y alma, pero… ¡qué felices somos mientras persiste su efecto!

—Te pegarías un batacazo —le espeté—. Anda, date un poco de prisa, que a este paso, cuando acabes con las mechas, estaré jubilada y con un pie en el geriátrico.

—Hija, qué siesa has venido hoy…

—Es lo que tiene ser mayor y realista —murmuré.

Ella no respondió y, al fin, se concentró en su trabajo. Eso sí, sin recoger la sonrisa boba.

6

—Eli, ¿puedo pasar a verte dentro de media hora o vas a salir?

Esa tarde, yo había vuelto de la librería al borde del ataque de nervios. A lo largo del día, me habían preguntado por la novela de Zaro seis clientes que habían leído su última entrevista. Para colmo, al llegar a casa, se me había ocurrido hacer otro intento de enfrentarme a ese maldito libro y no había logrado ni llegar a las páginas de créditos. Desde entonces, me miraba acusador desde la mesita de pino junto al sofá. ¿Adónde iba a ir en esas condiciones?

—Es lunes, estoy molida y es hora de cenar. De aquí no me sacan ni con gases lacrimógenos.

—¡Perfecto! —exclamó Mabel—. Enseguida me tienes ahí. Te he preparado una sorpresa que te va a gustar.

—Vale, yo pongo la pizza y el vino.

Colgó sin darme tiempo a reaccionar. Mabel y sus sorpresas. A saber qué se le habría ocurrido. ¿Y por qué no habría avisado a las amigas para reunirnos todas? Llevábamos muchos días sin juntarnos. Saqué una pizza extragrande del congelador, encendí el horno y puse a refrescar una botella de Anayon Chardonnay. Mi amiga se quejaría, como siempre, de que albergaba la malvada intención de engordarla, me echaría en cara mi inamovible flacura y, una vez dicho eso, acabaría comiendo como una lima. Cubrí la mesita auxiliar del salón con un mantel y distribuí sobre este, sin orden ni concierto, como de costumbre, los cubiertos, los platos y un rollo de papel de cocina para usarlo de servilletero. Una vez más, me acordé de Zaro y su arte para poner la mesa con estilo. ¿Es que nunca iba a dejar de pensar en él?

No tuve que esperar mucho. Justo cuando acababa de meter la pizza en el horno, sonó el timbre. Corrí a abrir. Mabel vestía tan estilosa como siempre. Esa noche parecía sacada de un catálogo de ropa *casual*: vaqueros de pitillo con chupa de cuero negra sobre un top lencero también negro. Sujetaba una gran caja de cartón decorada con floripondios de colores, de esas que venden los chinos en diferentes tamaños. De su interior salían unos sonidos extraños. Mabel me dio dos besos y pasó directamente al salón. Es lo que tiene la confianza. Yo fui a la cocina para meter la pizza en el horno. Regresé con Mabel, que ya se había quitado la chupa y se desparramaba sobre el sofá. Me dejé caer a su lado. La caja estaba en el suelo, ante sus pies

embotinados. Por un instante, me pareció que se movía. Percibí unos rasquidos y algo que sonó como «taptap». Empecé a sospechar.

—¿Qué traes ahí?

Ella abrió una sonrisa de esfinge.

—La sorpresa. Toma. ¡Ábrela!

Alzó la caja y me la tendió. Al sujetarla, sentí moverse algo dentro. Vi que alguien había troquelado una serie de agujeros chapuceros en los lados.

—¡Oh, no!

Levanté la tapa y vi removerse una mezcla de mopa y medusa. Al instante, asomó una minúscula bola orlada de larguísimos flecos blancos, entre los que se perfilaron dos botones negros. Sin lugar a dudas, aquello estaba vivo y me miraba. Tardé en sacar a ese ser del improvisado transportín, en cuyo fondo se extendía un pequeño charco. Mis ojos se encontraron con los de un cachorro lanudo, de raza indefinida y patazas húmedas de pis.

—¿Qué me has traído, insensata? Este bicho chorrea agua para paliar la sequía en España y, de paso, en todo el continente africano.

—Minucias. ¿A que te gusta?

Me encogí de hombros.

—¿De qué raza es, si es que pertenece a alguna?

—Ni idea. Solo sé que es chica.

Mabel se levantó y llevó la caja vacía a la terraza de la cocina. Yo coloque a la perra meona sobre mi regazo. Con sus patas empapadas, se acurrucó entre mis manos y empezó a lamerlas. Mabel regresó y se volvió a sentar a mi lado.

—¿Cómo se te ha ocurrido, mujer? —le eché en cara—. Aún no tengo el cuerpo para criar a otro perro.

—Bah, un clavo saca otro clavo.

—Ni siquiera conservo cuencos para ponerle la comida, ni sacos de pienso. Lo tiré todo.

—Hoy le das un poco de leche y un trozo de esa pizza que se te estaba empezando a quemar en el horno y mañana vamos donde Fermín para comprarle todo lo que necesite esta preciosidad. Y, de paso, le tiro los tejos al veterinario más guapo de la ciudad. Mira que es duro de roer, el condenado.

—¡Ostras, la pizza! —grité.

—No te preocupes. He apagado el horno y la he sacado. Está un poco chamuscada en los bordes, pero nada más.

—Es un rato fea.

—¿La pizza?

—No, esta perra.

—Pero cariñosa como ella sola.

—¿De dónde la has sacado?

—De la protectora de animales. El encargado me ha dicho que le calculan una edad de dos meses o así. La encontraron más muerta que viva dentro de una bolsa de basura, al lado de un contenedor. ¿Te lo puedes creer? Hay que ser hijos de puta para hacer algo así.

—Y que lo digas…

El bicho me miró a través de sus greñas de *hippie* sesentero macerado en LSD y supe que estaba perdida. Rogué a Fred que me perdonara por sustituirle tan pronto.

—Hay que buscarle un nombre glamuroso —propuso Mabel—. Eso la hará sentirse más guapa y le levantará la autoestima. ¿Qué te parece Ginger? Después de Fred, ahora Ginger.

—No lo veo. Cuando la llame en el parque, la gente pensará que le digo Chinche. Y si le digo Gin, creerán que soy una alcohólica pidiendo ginebra.

—¡Qué cosas tienes! ¿Y Sabrina? Como aquella película de Audrey Hepburn y Humphrey Bogart que te priva. ¡Puro glamur!

Sacudí la cabeza.

—Tampoco lo veo.

—Pues ponle Señorita Escarlata. No es guapa como la Vivien Leigh, pero igual de superviviente.

—Lo siento, sigo sin verlo. Se parece más a la Bruja Avería que a Audrey y Vivien. —La mopa con patazas elevó hacia mí una mirada amorosa. La acaricié detrás de las orejas, sintiéndome muy ruin por haberla comparado con la Bruja Avería. Le susurré al oído—: Bueno, vale, no te enfades. Te llamaré Scarlett, que es más corto. A ver si se te pega algo de su hermosura. Buena falta te hace.

—¡Así se habla!

No hice caso a Mabel. Levanté a la perra y le pregunté:

—¿Qué me dice usted, señorita Escarlata, quiere quedarse a vivir conmigo?

La respuesta fue un amoroso intento de lamerme la cara. Miré a Mabel:

—Dice que sí.

—Porque es muy joven y no tiene criterio —replicó mi amiga—. Oye, ¿y si le hincamos el diente a la pizza? Tengo hambre canina. Y la Scarlett también.

En silencio dimos buena cuenta de la pitanza. Quien comió con más ganas fue mi nueva mopa con patas. Tuve que tostar pan y cubrirlo con tomate y jamón para reforzar la improvisada cena. Cuando los platos estuvieron limpios, rellené nuestras copas con

chardonnay, tomé un buen trago y pregunté a Mabel por el cuarentón con el que se marchó en nuestra última salida de chicas. Aún no había tenido ocasión de indagar.

—Bah, echamos un polvo alimenticio en un hotel —respondió—. Mero mantenimiento de la maquinaria para que no se oxide.

—Me das una envidia… Yo no soy capaz de tomármelo así.

—Eres demasiado intensa. A nuestra edad se impone ser prácticas.

—No es tan fácil.

Mi amiga me escrutó con la mirada de búho sabio que siempre me hacía sentir muy incómoda.

—¿Cuánto hace que no follas, Eli?

Noté cómo me ruborizaba.

—Ni lo sé…

—Te tomas todo demasiado en serio. Deberías echarte al cuerpo a uno joven y, después, si te he visto, no me acuerdo.

—Pero si los pobres se asustan en cuanto nos acercamos.

—No siempre, Eli. A veces, pican.

—Pican contigo, que eres un cebo más apetitoso.

—¡No te hagas de menos! —me riñó Mabel—. Aún estás de buen ver. Tienes unos ojos preciosos y te mantienes delgada sin sacrificios. No sabes cómo te envidio. Y es envidia de la mala, te lo advierto.

Acaricié a Scarlett. ¿Dónde iba a meterla por la noche?

—Y encima —añadió Mabel— te favorece el nuevo *look* que te ha hecho Noelia. Todo un acierto de nuestra peluquera favorita.

Al mencionar a nuestra amiga, me acordé de las confidencias que me había hecho en la peluquería.

—A propósito de Noelia, ¿sabes que se nos ha enamorado hasta las trancas?

—¡No me digas! —Mi amiga se echó al coleto un buen trago de vino; le chiflaba el chardonnay—. ¡Cuenta, cuenta…!

—Está saliendo con un guapo arquitecto divorciado que tiene estudio propio y la lleva a follar al Palafox después de haberla cebado en un restaurante de lujo. Ella dice que es como en *Pretty Woman.* Mosqueante, ¿no? A mí me parece demasiado bonito para ser verdad.

—¿Quién sabe…? Igual aún quedan tíos así y Noelia ha cazado a uno.

—No sé qué decirte. La veo muy colada, atontada incluso, y me preocupa.

—Es que nosotras ya pasamos de príncipes azules, pero ella es más joven y eso se nota.

—Se llevará el chasco. Lo presiento.

Mabel se encogió de hombros.

—Somos sus amigas, pero no podemos evitar que se estrelle, solo podemos servirle de paño de lágrimas si nos necesita —filosofó—. Bah, no seamos agoreras ni envidiosas. Igual le sale bien.

Se reclinó contra el respaldo, alargó la mano derecha hacia la mesita junto al sofá y alzó el libro de Zaro, que dormía el sueño de los malditos desde mi último intento de lectura. Empezó a pasar hojas.

—¿Ya le has hincado el diente?

—No consigo hacerme el ánimo.

—Cobardica…

Lo abrió y pasó las primeras hojas. Se detuvo en una, me miró y dijo:

—Escucha la dedicatoria: «Para el amor de mi vida». ¿Serás tú?

Yo acababa de sentir una estocada de celos en la boca del estómago.

—A saber…

Mabel volvió a abismarse en la novela. Al cabo de unos minutos, alzó la vista.

—Empieza muy bien. Atenta. —Leyó en voz alta—: «La vida disfruta dándonos palos donde más nos duele. Pero, a veces, solo a veces, nos sorprende con golosinas que despreciamos en nuestra soberbia. Después nos queda todo el tiempo del mundo para arrepentirnos. O, siendo exacto, hasta que se detiene el reloj y nos convertimos en cenizas polvorientas. Esta es la historia de un hombre que tiró a la basura lo mejor de su vida… —Mabel abismó sus ojos en los míos—. Mira que si habla de lo vuestro…

—¡Qué cosas se te ocurren! Como si yo hubiera sido lo mejor de su vida.

—Eso no lo puedes saber —sentenció—. ¿Te digo lo que te pasa, Eli? Aún no has conseguido desengancharte de tu Zaro.

En el fondo, sabía que Mabel tenía razón, pero me daba vergüenza reconocerlo.

—¡No digas bobadas! Paso de él como de la mierda.

—A mí no me engañas, querida. Por cierto, nunca me has contado por qué rompisteis.

—No me gusta hablar de eso.

—¿Sabes si tu ex tiene pareja ahora?

—¡Ni lo sé, ni me importa! —estallé. En realidad, me había preguntado muchas veces si Zaro estaba con alguien. Incluso había indagado taimadamente entre los pocos amigos comunes del pasado que entraban en la librería, pero no había conseguido averiguar nada concreto—. Anda, llévate el libro, te lo lees y me haces un resumen. A mí se me ha atragantado.

Mabel sacudió la cabeza. Volvió a dejar la novela de Zaro donde estaba.

—No pienso leerlo antes que tú. ¡Échale narices y empiézalo! Es tu obligación. Eres librera, coño.

—¡Esa lengua! ¡Te la voy a lavar con lejía!

—Léelo y deja de marear la perdiz. Si después necesitas terapia, me ofrezco como psicóloga ocasional. Solo te cobraré por mis servicios una cena con muchas calorías, de esas de mi italiano favorito. Como diría don Corleone, es una oferta que no puedes rechazar.

Me entró una risa tonta que barrió parte de mi incomodidad.

—Mientras no me metas una cabeza de caballo ensangrentada en la cama…

—No me des ideas. Si no hincas el diente al novelón de tu maravilloso ex, igual lo hago.

Sentí algo húmedo y caliente en el dorso de la mano. La lengua de Scarlett reclamaba mi atención lamiéndome con devoción perruna. La acaricié detrás de las orejas y le dije:

—Pobre, con tanto hablar de tonterías, no te hemos hecho ni caso. —Señalé a Mabel con el pulgar—. No permitas que te asuste esta loca y no te creas lo de la cabeza de caballo. En el fondo, es un pedazo de pan.

La perra nos dedicó a las dos una amorosa caída de ojos.

7

Mi situación durante aquel otoño era de todo menos deslumbrante. Estaba atascada en el dique seco del sexo, no digamos ya del amor; se me había muerto la reencarnación canina de Fred Astaire; mi madre se marchitaba con el cerebro licuado en una residencia y mi única hermana vivía en la otra parte del mundo. Mi vida social se reducía a salir de vez en cuando con las amigas y a sacar a pasear a mi inesperada mascota, fea como un pecado mortal, a la que los otros paseantes de perros miraban por encima del hombro, nunca supe si con pena o con cachondeo. En este mundo de apariencias, hasta los animales de compañía son juzgados por su aspecto. Dentro de casa, Scarlett me destrozaba a dentelladas cualquier zapato, calcetín o tanga que no estuviera bien guardado en su sitio. Por lo demás, era pura bondad sobre cuatro patas, pero ni sus demostraciones de amor canino ni el afecto de las amigas bastaban para mitigar la frustración que me corroía.

Braceaba atrapada en un remolino de desánimo. No conseguía leer el dichoso libro de Zaro, por el que me preguntaban cada día más clientes y cuya fecha de lanzamiento se aproximaba inexorablemente. Había desistido de vaciar el piso de mis padres tras varios intentos infructuosos y llevaba dos semanas sin entrar allí ni para ventilar. Lo único que no eludía era mi deber de visitar a mi madre en la residencia. Después salía con la moral al nivel del subsuelo. Los destellos de lucidez de la pobre menguaban sin freno. Aun así, había días —muy pocos— en los que me reconocía y llegaba a farfullar algo parecido a un saludo. Si la hubiera privado de esos rayos de luz en medio de su creciente oscuridad, la habría empujado del todo al tártaro de los que pierden la memoria. Así que los sábados a mediodía me armaba de valor, un sándwich de atún y una pieza de fruta, dejaba la librería en manos de Adela y daba cuenta de mi exiguo pícnic en la habitación de mamá, mientras ella digería la comida que debían darle a cucharadas y su compañera de cuarto, una nonagenaria casi paralítica a la que acostaban entre dos cuidadoras para que echara la siesta, suspiraba entre ronquidos que habrían acomplejado a un león. Si hacía buen tiempo, una empleada y yo aunábamos fuerzas y sentábamos a mamá en una silla de ruedas para que me la llevara a dar un paseo por los alrededores del edificio. Un plan estimulante

donde los hubiera.

No es que me resultaran nuevas las deprimentes sensaciones que despierta una residencia de ancianos. Durante años, mamá y yo acudimos a una para visitar a la única hermana de mi padre, Eloísa, a la que Cecilia y yo siempre llamábamos tía Elo. Nuestra tía no tuvo hijos y enviudó muy joven. En contraste con papá, que murió de un infarto fulminante a los sesenta y cuatro años, ella alcanzó la ancianidad en excelente estado de salud, con el cerebro despierto y su espíritu independiente intacto. Un buen día nos invitó a comer a su casa a los pocos parientes que le quedábamos. Por parte de papá, fuimos mamá, Cecilia (que ya vivía en San Francisco y estaba de visita en Zaragoza) y yo. Por parte del marido de la tía Elo, acudió el único sobrino, un pelmazo rarito de mi edad con el que los adultos nos obligaban a jugar cuando éramos niñas y al que mi hermana y yo llamábamos Alfonsito el Sosito. En honor a la verdad debo alegar que con los años Alfonsito se enmendó y perdió parte de su sosería, pero eso no bastó para que le quitáramos el mote. Ya se sabe que los apodos, una vez adjudicados, son para toda la vida.

Tía Elo era buena cocinera y el festín que nos preparó hizo más llevadera aquella extraña reunión que olía a ternasco al horno y encerrona. A la hora del postre, nos sirvió una bandeja de tocinillos de cielo caseros y arrojó la bomba atómica sobre nosotros. ¡Había vendido su céntrico piso y todo lo que había dentro para trasladarse a una residencia de ancianos de semilujo, que pensaba pagar con lo que había sacado de la venta! Añadió que había vivido a su aire desde que falleció su pobre Lorenzo, que en paz descansara, y no pensaba ser una carga para nadie en la vejez. A Alfonsito, goloso irredimible desde niño, se le atragantó el tocinillo de cielo que se acababa de embutir entero en la boca. Tanto tosió y escupió que Cecilia y yo desistimos de darle palmadas en la espalda y corrimos al teléfono para llamar una ambulancia. Él nos retuvo entre manotazos y estertores. Mamá reprochó a la tía Elo que hubiera tomado una decisión tan importante sin encomendarse a nadie. La tía respondió que tenía derecho a decidir sobre su vida y mamá se puso como un basilisco. Al no haber forma de cortar la regañina que brotó de la boca materna, Cecilia y yo nos limitamos a limpiar en silencio el cañoneo repostero de Alfonsito sobre el mantel, mientras la cara de este pasaba del morado berenjena a un color saludable. Nuestro primo postizo estaba a punto de casarse por entonces y sospeché que había codiciado el piso de la discordia, que se le acababa de escapar. Tía Elo, impertérrita, dejó a nuestra madre con los reproches en la boca y fue a la cocina. Regresó enseguida con cinco vasitos helados y una botella del aguardiente de

orujo gallego con el que le gustaba ahogar las penas desde que enviudó. Los llenó hasta arriba, improvisó un brindis y vació el suyo de un trago que me hizo sospechar si no habría sido cosaca en una reencarnación anterior. Dos semanas después, se trasladó a la residencia.

Pese a que su nueva morada estaba bien acondicionada —no en vano había sido concebida para alojar a ancianos con posibles—, a mí se me hacía cuesta arriba cuando acompañaba a mamá a visitarla. Nada más entrar en el vestíbulo, nos engullía un tufo impreciso a desinfectante, medicamentos y vejez que se me alojaba en las fosas nasales durante horas. La tía Elo vivía en el ala destinada a los residentes que podían valerse y siempre nos recibía erguida como un faro en el mar de decrepitud que la rodeaba. Ni siquiera el debilitamiento progresivo de su cuerpo doblegó la fuerza de su espíritu. Se mantuvo lúcida y alegre hasta la noche en que murió dulcemente mientras dormía. Lo de «dulcemente» lo dijo la directora de la residencia cuando llamó por teléfono a mamá para darle la mala noticia. Años después de dejarnos la tía Elo, yo aún sigo preguntándome hasta qué punto puede haber dulzura en el trance de morirse uno mientras duerme. ¿Cómo pretendía saber nadie si la tía Elo se despertó cuando le llegó la muerte o lo que sintió en ese instante? ¿Para quién habría sido su último pensamiento? ¿Se habría rebelado contra el final? Esas preguntas solían asaltarme con saña mientras el sándwich de los sábados se me hacía un bolo bajo el paladar y yo intentaba hallar vestigios de mi madre en la anciana desmemoriada que vegetaba enfrente de mí.

¿Cómo había acabado así mamá, cuya memoria habría podido competir con la de un ordenador antes de agujerearse igual que un queso gruyer? En la pareja que formó con papá durante casi toda su vida adulta, ella fue el torbellino que aportó la energía, el ansia de descubrimiento y una impaciencia imperiosa. Concebía un plan y quería ver los resultados al instante. Su marido, en cambio, sabía esperar y aportó la mesura necesaria para calmar el ciclón explosivo con el que se había casado. A ella le entusiasmaba viajar; él prefería pasar las vacaciones en el diminuto apartamento alquilado de Salou donde nos hacinábamos los cuatro cada verano. Cuando íbamos a la playa, mamá siempre era la última en salir del agua y se burlaba al ver a su marido con la nariz metida en un libro al cobijo de la sombrilla, de la que nunca se alejaba. Él era tan prudente que a veces resultaba lento, y eso exasperaba a su media naranja. Sin embargo, los dos se quisieron a rabiar hasta que la muerte de papá sumió a mamá en una depresión que le duró años. Ahora, la pobre era una muerta

viviente y de él solo quedaban el nicho cubierto por una lápida de mármol y la librería que me proporcionaba el sustento.

Y yo, a mis cincuenta años, había empezado a preguntarme cuándo me caería encima la decrepitud y si se manifestaría hundiéndome en el olvido como a mamá.

8

Pasé dos noches de sábado encerrada en casa, rumiando la tristeza que me dejaba la visita semanal a mamá y mecida por la voz cristalina de Ella Fitzgerald cantando temas de Cole Porter que nos gustaban a Zaro y a mí. El viernes siguiente, a las siete y media pasadas, Mabel emergió por fin de su extraño silencio llamando por teléfono y proponiendo una salida de chicas nocturna. Yo ya me había puesto la ropa de vegetar en casa: un pantalón de chándal resobado y una sudadera no menos ajada, y los pies enfundados en mis calcetines gordos de avispa, es decir, a rayas amarillas y negras. Me negué en redondo a salir de mi nido. Mabel propuso entonces reunir a las amigas y cenar todas en mi casa. «Ya que Mahoma no va a la montaña…» Media hora después, volvió a llamar y pidió que pusiera a enfriar el vino blanco, pues en breve se presentaría con el Séptimo de Caballería y una bolsa de *delicatessen* de nuestro restaurante italiano favorito. Únicamente fallaba la sosa de Anacrís, añadió. Como de costumbre, le daba pena dejar al muermo de su Rafi solo ante el televisor.

Las amigas no tardaron en llamar a mi puerta. Yo ya había cubierto la mesa auxiliar con un mantel y había distribuido platos, cubiertos y copas de la cristalería fina de mamá. Mientras esperaba a las chicas, había preparado una botella de cabernet sauvignon y en la nevera aguardaban dos de chardonnay, mi variedad favorita. Acudí a abrirles con Scarlett agarrada del collar para proteger la cristalería de su furia destructora. La perra olfateó los botines de Mabel y gruñó un rato a Noelia y Susa, a las que aún no conocía, pero se calló en cuanto consideró cubierto el expediente y las añadió a su lista de amigos.

Salvo Noelia, a la que rodeaba el mismo halo tontorrón que cuando me arregló el pelo más de dos semanas atrás, las otras se me antojaron más cabizbajas de costumbre. Pero me dije que tal vez estaba proyectando en ellas mi propio estado de ánimo, que no daba para albricias. Noelia y Susa no desdecían de mi desaliño casero. Llevaban vaqueros, jerséis holgados y zapatillas de deporte, apenas maquilladas con un poco de rímel y colorete. En contraste con nosotras, Mabel parecía una diva con sus pantalones de pitillo negros, una blusa granate de impecable caída y unos botines de cuero negrísimo que cantaban a precio exorbitado y atrajeron enseguida la atención de

Scarlett.

—¡Como me destroces las botas, te como viva! —la amenazó Mabel entre risas, al tiempo que la empujaba con disimulo para apartarla de su calzado—. Me han costado un riñón y parte del hígado.

Tiré del collar de Scarlett para mantenerla lejos de los botines de mi amiga.

—¡Tú me la trajiste! Ahora, atente a las consecuencias. Te advierto que tu regalito es más destructor que un buldócer.

—Es que se la ve muy joven —intervino Susa, que había tenido tres perros, aunque tras morir el último consideró que ya se había despedido de bastantes mascotas y decidió no adoptar a más—. Te queda por lo menos un año de aguantarle locuras. O igual más. —Su defensa de mi medusa con patas no fue óbice para que alzara la bolsa por encima de su hocico. Había que salvar la cena—. Es feúcha, pero graciosa.

Descubrí en su mirada un poso de tristeza que me inquietó, aunque no era el momento de indagar.

—Seamos sinceras: es fea a rabiar —maticé—. Eso sí, más buena que el pan y cariñosa hasta abrumar. ¿Verdad que sí, Scarlett?

La acaricié detrás de las orejas. Ella se acurrucó junto a mis pies y se dejó hacer. Al parecer, los mimos le gustaban aún más que despedazar objetos y rapiñar comida. Las cuatro humanas nos distribuimos entre el sofá grande y el de dos plazas. Susa fue sacando los recipientes de la bolsa. El menú era el habitual: lasaña, ñoquis, pizza y tiramisú. Solo eché en falta el *strudel* de verduras, en cuyo lugar había una ración de *tortellini* al pesto. Ideal para mantenernos delgadas. Seguro que Mabel se pondría morada, y después del tiramisú diría que estaba como un tonel. Todas nos servimos. Susa y Mabel empezaron a escarbar en sus *delicatessen* italianas. Mi alarma interna se puso a parpadear. A esas dos les ocurría algo. Noelia también movía las delicias de un lado a otro del plato, pero ella lo hacía con alegría. Por fin, dejó quieto el tenedor y exclamó:

—¡Chicas, he conocido al hombre de mi vida!

Yo no dije nada. Mabel, que sabía la historia debido a mi indiscreción, no movió ni un músculo de la cara. Solo Susa trazó un gesto entre asombrado y tristón.

—¿Aún queda de eso? —murmuró.

—¡Cómo sois! —se quejó Noelia—. El otro día se lo conté a esta en la peluquería —me señaló con el dedo índice— y reaccionó igual. Y, ahora, se queda callada como una muerta. Y Mabel…, otra que tal. ¡Qué siesas sois, Dios mío!

—Perdónanos, Noelia —se excusó Susa—, pero nosotras ya

andamos de vuelta. Los príncipes azules no nos han resistido ni una lavada.

—Bueno, bueno, hablarás por ti —terció Mabel—. Yo no he tenido príncipe azul desde 1990. Y el pobre murió sin llegar a tener opción a desteñir.

Cuando estábamos todas, Mabel siempre hablaba de su difunto novio en tono de broma, aunque no nos engañaba. Sabíamos que aún le dolía esa pérdida.

—Da igual —dijo Noelia; pese a su tono resentido; parecía ansiosa por hablarnos de su maravilloso príncipe azul—. El caso es que llevo casi un mes saliendo con un hombre de ensueño y vosotras os morís de envidia, que os conozco.

—En eso tienes razón —intervine—, hace siglos que no siento un embobamiento como el tuyo. Y, aun a sabiendas de lo nocivo que es, confieso que me gustaría.

—Es tan viril, tan organizado… —Noelia había tomado carrerilla —. No deja nada al azar. Y lo que me quiere, chicas. Tanto que se pone celosísimo cuando cree que me miran otros hombres. Y os digo más: desde que estoy con él, tengo la sensación de que los tíos se fijan más en mí. Será la felicidad…

—Con los celosos hay que tener cuidado —murmuró Mabel.

—¡Porque tú lo dices! —saltó Noelia.

—Está demostrado que son inseguros y compensan sus complejos dominando a su pareja. Tú no bajes la guardia, por si acaso.

—Chicas, estamos siendo agoreras —medió Susa—. Dejemos que disfrute la niña mientras le dure.

A la niña no le habían sentado bien los comentarios de Mabel. Se llenó la boca de ñoquis y los masticó a dos carrillos, sumida en un silencio rencoroso. Susa y Mabel seguían escarbando en su comida, también calladas. Yo había descubierto que tenía hambre y entre Scarlett y yo empezamos a vaciar los recipientes de delicias italianas. Las otras también se dedicaron a cebar a mi medusa con patas, que deglutía todas las dádivas con ansia. Me empecé a preocupar. Como todos los canes, Scarlett comía sin límite y regurgitaba el exceso de comida con suma facilidad.

—Mejor no le damos más papeo a esta, que me vomitará en la alfombra.

—Es que es tan mona —dijo Noelia.

—Y meona y vomitona —añadí yo.

Noelia fue la única que se rio entre dos bocados de pizza. Susa seguía con su expresión de tristeza. De pronto, oímos decir a Mabel, con voz pequeñita:

—Chicas…, ¡me han despedido del trabajo!

El trocito de pizza que iba a comerme se quedó en el aire. Scarlett aproximó el hocico y me lo arrebató. Ni siquiera lo masticó antes de tragarlo ruidosamente. Susa y Noelia también estaban inmóviles. Todas nuestras miradas convergieron en Mabel.

—¿¡Cómo que te han despedido!? —exclamó Susa.

—Lo que habéis oído. Me han dado la patada en el puto culo.

—¡Qué cabronada! —voceé yo—. Si te has dejado la piel en ese banco. Has echado más horas que un reloj. —Escruté el rostro de Mabel—. Por eso decías estos días que estabas tan ocupada, ¿verdad? Me estabas esquivando. El despido no es reciente, ¿a que no?

—Hace dos semanas me clavaron el puñal sin avisar —admitió ella—. Que si soy una trabajadora de primera pero hay que reducir personal por eso de la fusión, que si se van a quedar con los más jóvenes porque dan una imagen más dinámica, que si patatín que si patatán… El caso es que estoy en la puta calle, con cincuenta tacos y un pie en la menopausia. Eso sí, no tendré que gastarme el dinero del paro en tampones.

—Nos lo tendrías que haber dicho, mujer. Somos tus amigas —le reprochó Susa.

—Necesitaba digerirlo. Lo siento. Ya os lo estoy diciendo ahora.

—¿Qué vas a hacer? —Por fin había hablado Noelia desde su nube de felicidad.

—Buscar otro curro, que no voy a encontrar. Soy mayor para que me fichen en otro banco y demasiado joven para la jubilación. —Mabel se encogió de hombros—. Al menos, han tenido a bien pagarme una indemnización que me servirá para ir tirando o para montarme algo por mi cuenta. Y tendré los años de paro de rigor, *of course.* —Sus ojos se humedecieron—. ¡Puta mierda, joder!

—¡Qué cabrones! Hacerte eso a ti… —me desahogué.

—¡Ojalá se gasten todos sus ahorros en médicos! —añadió Noelia.

Me di cuenta de que Susa nos miraba a las tres como si fuera a echarse a llorar. «A esa también le pasa algo malo», me dije. ¿Convendría preguntarle o sería mejor esperar a que ella misma se animara a contarnos sus cuitas, como acababa de hacer Mabel?

—No digas eso… —susurró Susa.

De nuevo nos cercó el silencio. Mabel escrutaba la alfombra como si allí estuviera escrita la solución a su problema, Susa tragaba saliva con los puños apretados y Noelia callaba desde su nube de felicidad.

—¡Tu Scarlett O'Hara se acaba de mear! —exclamó Mabel—. No me ha desgraciado los botines de milagro. ¿Aún no le has enseñado que las damiselas tienen que aguantarse el pis?

—Para mí que padece incontinencia precoz —me encaré con Mabel—. Que sepas que me has regalado un cruce entre las cataratas del Niágara y las de Iguazú.

—Es muy pequeña —la defendió Susa.

—¿Por qué no le pones un pañal?

Eso se le había ocurrido a Noelia, que sabía de mascotas tanto como yo de física cuántica.

—Los pañales para perros son patéticos —respondí—. Ya aprenderá.

—Pues te va a dejar la alfombra hecha un asco… y llena de microbios. —Noelia frunció la nariz.

Me encogí de hombros y fui a la cocina en busca de la fregona. Me afané en limpiar la alfombra bajo la mirada de mis amigas, aunque poco se podía hacer ya. Me tocaría llevarla a la tintorería, a ver si allí la salvaban de acabar en el contenedor de basura. Cuando acabé, devolví la fregona a su sitio y busqué el arnés que compré donde Fermín, el veterinario más cachas de toda la cuenca del Ebro, cuando llevé a Scarlett para que le hiciera una revisión. Se lo puse a la perra.

—La bajo un momento a la calle. Más que nada para que se acostumbre, porque no creo que le quede dentro mucho líquido.

Mabel se puso en pie.

—Os acompaño, no se te eche encima algún violador. —Señaló a la perra—. Que esta aún no tiene enjundia para defenderte.

9

Abrí el mueble zapatero del vestíbulo, saqué mis zapatillas de deporte y embutí dentro los pies enfundados en los calcetines de avispa. La ropa de vegetar en casa la oculté bajo un plumas gris, tan largo que casi me llegaba a los tobillos. Mabel se puso su abrigo de punto de Donna Karan y salimos al rellano.

—Nunca me ha gustado ese chambergo. Pareces un nubarrón de tormenta —comentó Mabel mientras el ascensor nos transportaba a la planta baja—. Aún no hace tanto frío para que te plantes eso.

—Tapa lo que hay que tapar —respondí—, y me ahorra cambiarme la ropa de andar por casa por algo más decente.

Vi de soslayo cómo mi amiga se encogía de hombros.

—Tendrías que habernos dicho lo del despido —le eché en cara.

—Hay cosas que necesitan un proceso de digestión antes de poder contarlas.

No supe qué más argumentar. Salimos del portal y acabamos deambulando por la acera en silencio, con Scarlett olfateando cualquier objeto que le salía al paso. Mi calle está en el distrito universitario, muy cerca de donde vivió en tiempos Joseba, en cuya fiesta de Nochevieja conocí a Zaro, pero no era muy transitada. Apenas nos cruzamos con unos cuantos despistados que se habían alejado del circuito de bares repartidos por las vías contiguas. Unos seis adolescentes agarrados a sus litronas nos adelantaron entre cánticos beodos y dos paseantes de perros pasaron como exhalaciones, arrastrados sin piedad por sus respectivos canes. Me acordé de Susa y su extraña opacidad de esa noche. No es que nuestra amiga fuera una mujer de risa fácil, pero tampoco solía estar tan seria.

—¿Te has fijado en Susa? ¿No la has visto muy tristona hoy?

—Lo cierto es que sí —admitió Mabel.

—Deberíamos preguntarle. Para mí que le pasa algo.

—Podemos someterla al tercer grado en cuanto volvamos, pero ya sabes cómo es de hermética. Si no quiere contárnoslo, no le sacaremos nada.

—También es verdad.

Durante al menos veinte minutos, penduleamos en silencio de un extremo a otro de mi calle. Cuando Scarlett ya se había exprimido todo el pis que le quedaba en la vejiga y se había levantado un relente

otoñal que helaba orejas y manos, decidí proponer el regreso a mi piso. Justo entonces, brotó de entre los coches un *bulldog* inglés que corrió a meter el hocico en el culo de mi perra.

Detesto los *bulldogs* ingleses. Me recuerdan a Winston Churchill. Siempre que veo uno, me dan ganas de encajarle un puro entre los dientes. Me hizo muy poca gracia tener que aguantar quieta mientras un perro desconocido le olisqueaba el culo a la ingenua de Scarlett. Además, había empezado a gotearme la nariz. El dueño de Winston Churchill se materializó intentando recoger la correa extensible de su can. Viendo su cara de resignación, me pregunté quién paseaba a quién. Era un hombre de mediana estatura que parecía algo recio, aunque eso podía ser efecto del anorak, cuyo acolchado era aún más denso que el de mi viejo plumífero.

—¡Aparte a su perro pederasta de mi Scarlett! —le espeté—. Es demasiado joven para que le haga guarrerías un *bulldog* salido.

Mabel emitió una risita nerviosa que me hizo ser consciente de la tontería que acababa de decir. Me sentí como una vieja chiflada, de esas que pasean un faldero lleno de lazos y atizan con el bolso a todo el que se acerca a su bicho. El dueño del *bulldog* me escrutaba desde debajo de la visera de su gorra de pana; aún no sabría decir si estaba contrariado o desconcertado. De repente, exclamó:

—Pero ¡si eres Elisa! ¡Qué casualidad!

Me fije en su cara. Cielos, era…

—Alfonsito… —murmuré.

—El Sosito —añadió él, con profunda sorna—. ¿Creíais Cecilia y tú que no conocía el mote que me pusisteis?

—Hombre…

—*No problem* —siguió mofándose—. Lo asumí hace años.

—No vives en el barrio, ¿verdad? Te habría visto paseando a tu Winston Churchill.

—Se llama Zeus. —Sonó ofendido—. Estos perros tienen pedigrí y cuestan un ojo de la cara.

Mabel y yo nos miramos. ¿A quién se le ocurría llamar Zeus a un animal con semejante careto?

—Pues le pega más Winston —solté.

¡Qué absurda puede ser la vida! Nada menos que encontrarme con el pelmazo de Alfonsito paseando cerca de mi casa a Winston Churchill reencarnado en un perro olfateador de culos de hembra. Alfonsito, o Alfonso, puso cara de perplejidad. O de estar reprimiendo el impulso de darme un guantazo. No me quedó claro. Al final, se echó a reír a carcajadas. Por un instante, pareció casi guapo a la luz de las farolas.

—Eres igual de mala que cuando éramos niños y la tía Elo y tu madre os obligaban a las hermanitas repipis a jugar conmigo. Pero ¿sabes qué? Siempre me hizo gracia tu vena malvada. Estaba a gusto con vosotras, pese a las putadas que me gastabais las dos. A propósito, ¿qué tal Cecilia? ¿Sigue en California?

—Esa ya no vuelve a España.

—Yo regresé de Londres hace poco. Me casé con Kitty…, ya sabes, mi novia inglesa. Nos mudamos a Inglaterra y nos divorciamos el año pasado. Todo muy civilizado. Como estaba harto de la pérfida Albión y no engendramos hijos que me retuvieran en Londres, busqué un trabajo aquí y me vine. Hace una semana que vivo en este barrio.

Mabel miraba a uno, después al otro, como si contemplara un partido de tenis entre Nadal y Federer. Yo metí en el bolsillo la mano que no controlaba a Scarlett. Pese a su juventud, la muy boba parecía deseosa de entregarse a ese Winston Churchill de cuatro patas. Me había salido pendona. Saqué un clínex y me limpié la nariz.

—Aún no has apartado a tu perro. Está un poco salido, ¿no?

—Es muy joven y le hierve la sangre. Nosotros también fuimos jóvenes y lanzados. —Nos sonrió a las dos y por fin tuvo a bien agarrar a su Winston del arnés y tirar de él—. Zeus y yo nos despedimos. Me gustaría pedirte tu teléfono, pero como los dos tenemos las manos ocupadas controlando a estos… —trazó un movimiento de cabeza que abarcó a nuestras mascotas— lo dejo para cuando volvamos a coincidir. Seguro que nos veremos pronto por aquí. —Me sonrió, después dedicó a Mabel una sonrisa que me pareció melosona y añadió—: Chicas, hasta más ver.

Oí como Mabel le decía adiós. A mí no me dio tiempo a abrir la boca. Cuando quise darme cuenta, Alfonso y su Winston Churchill ya se alejaban a toda velocidad hacia el otro extremo de la calle.

—Creo que es hora de que volvamos a casa —dije, sorbiendo mocos—. Las otras ya estarán impacientes.

—¿Ese tío es vuestro primo postizo y pelmazo del que me has hablado alguna vez? —preguntó Mabel.

—El mismo que viste y calza.

—Pues no parece tan petardo como lo pintabas.

—Han pasado diez años desde la última vez que coincidí con él en casa de mi tía Elo. Ese día se atragantó con un tocinillo de cielo y puso el mantel hecho unos zorros de perdigones, aparte de estar en un tris de palmarla. En una década, hasta Alfonsito puede haber cambiado.

—Fíjate, yo le veo su punto —insistió Mabel.

—Si te gusta, la próxima vez que me tope con él y su Churchill salido le echo el lazo y te lo pongo en bandeja.

—Tampoco es eso. No estoy en mi mejor momento para líos de bragueta.

Habíamos llegado a mi portal cuando recordé que habían despedido a Mabel del trabajo.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer?

—He empezado a buscar curro de lo mío. Y te comunico que me está yendo regular, tirando a mal. Así que ha llegado la hora de diseñar mi plan B. Algo así como montarme algo por mi cuenta.

Entramos en el vestíbulo. Mabel me agarró de un brazo.

—No saques el tema cuando volvamos con las otras, Elisa. Aún no tengo nada claro y…, maldita sea, prefiero no seguir hurgando en esto. Mejor intentamos averiguar qué le pasa a Susa, porque algo le preocupa, eso está claro. Espero que su ex no le esté haciendo la puñeta otra vez.

Asentí con la cabeza. A mí también me inquietaba el extraño silencio de Susa. Entramos con Scarlett en el ascensor y subimos de regreso con nuestras amigas, que ya debían de estar preguntándose si nos había abducido algún alienígena nada más pisar la calle.

10

Pese a lo mucho que nos esforzamos Mabel y yo, Susa se escabulló con habilidad y no soltó prenda, lo que incrementó mi preocupación y la de Mabel, a juzgar por la expresión de su cara. Noelia no se enteró de nada. Seguía aupada a su irritante nube de felicidad. Al igual que antes del paseo, acabé siendo la única que comió algo. Quien hizo su agosto fue Scarlett, a la que empapuzamos entre las cuatro. Las chicas se marcharon pronto. Mabel y Susa se llevaron consigo sus problemas; Noelia, su alegría. Yo bajé de nuevo a Scarlett. Era de madrugada. A esa hora mi calle estaba tan desierta que tuve algo de miedo. Hasta llegué a desear que saliera de entre los coches la reencarnación canina de Winston Churchill arrastrando tras de sí a Alfonsito, pero no me topé con ningún ser vivo, tampoco muerto. Subí a casa tiritando de frío pese a mi gordo y desproporcionado plumas. Me puse el pijama, me metí en la cama y le hice un hueco a Scarlett a mi lado. Las noches de sábado son glaciales cuando se tienen cincuenta años, la moral por los suelos y nadie a quien recurrir para calentarse los pies.

Y la vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido. Así lo canta Joaquín Sabina y así lo pensé yo cuando desperté a la mañana siguiente, me puse chándal y zapatillas de deporte y estrené el nuevo día paseando a Scarlett.

Después de la cena en mi casa, las amigas pasamos un tiempo sin reunirnos. Llamé varias veces por teléfono a Mabel. Siempre afirmaba estar muy ocupada planificando su futuro y prometía devolverme la llamada cuando se le aclarara la niebla mental. Una respuesta poco alentadora, la verdad. Hablé también con Susa, que sonó tristona y se escabulló en cuanto le pregunté si le ocurría algo. De Noelia no supimos nada ninguna de nosotras. Anacrís pasó una mañana por la librería, se llevó una novela de Nora Roberts, de la que era lectora incondicional, y aprovechó para quejarse de las aburridas rutinas de Rafi y del egoísmo de sus hijos pedigüeños. Nada nuevo, viniendo de ella.

A quienes sí veía a última hora de la tarde era a Alfonso y su *bulldog* trasunto de Winston Churchill. El perro brotaba de entre los coches aparcados y corría a olfatear el trasero de Scarlett, que se dejaba querer. Alfonso aparecía detrás de su bicho de raza, aferrado a la correa extensible con cara de estoicismo, o de gusto, quién sabe.

Allá cada cual con sus perversiones. Después de haber echado horas en la librería, lo que menos me apetecía era darle a la sinhueso con Alfonso, pero él parecía necesitado de conversación y no me dejaba escapatoria.

—Ya ves, después de tantos años viviendo fuera —comentó durante nuestro segundo encuentro, encogiéndose de hombros—, llego aquí y me resulta todo extrañísimo.

—Pues Zaragoza no ha cambiado de forma tan llamativa en la última década.

—Es más bien una impresión general —matizó él—. Veo a los amigos convertidos en señores mayores que vegetan en casa con chándal y pantuflas, sus hijos casi en la treintena y muchos sin dar palo al agua y… ¿sabes lo peor?

Pregunta retórica. Me limité a negar con la cabeza.

—Lo peor de todo es reencontrarme con mujeres que en su día me hicieron babear como un perro y constatar que se han convertido en señoronas rancias…

—Qué quieres —le interrumpí—. Somos cincuentones y cincuentonas.

—Tú estás estupenda —replicó él—. Y no digo que estás buenísima por si te me enfadas, que desde lo del *#metoo* hay que hilar muy fino con vosotras.

De haber tenido veinte años menos, le habría saltado derechita a la yugular. Sin embargo, como era una cincuentona en trance de atravesar el desierto del desánimo, su imprevisto piropo me hizo hasta ilusión. Es lo que tiene verse de pronto atrapada en el desbarajuste hormonal. Lo que detestábamos de jóvenes deja de parecernos improcedente, a veces incluso nos reconforta. En cuanto al movimiento *#MeToo*, nacido a raíz de salir a la luz los abusos sexuales cometidos por el poderoso productor de cine norteamericano Harvey Weinstein, que se extendió por el mundo con el propósito de denunciar las injusticias y los acosos sexuales a los que los machitos con posibles someten a las mujeres, al principio lo aplaudí, pero ya llevaba un tiempo pensando que iba camino de degenerar en una caza de brujas. Como ocurre, por desgracia, con muchas corrientes que nacen para denunciar injusticias y acaban cometiendo otras. Por supuesto, antes muerta que dejar entrever mis dudas a Alfonso. En lugar de eso, le amonesté:

—No te pases, Alfonsito.

—Vale, me he metido en una ciénaga —admitió él, abriendo una sonrisa burlona—. Mis disculpas, señora.

—Disculpas aceptadas.

La sonrisa de Alfonso adquirió un aire socarrón.

—¿Sigues con…? —Nuevo encogimiento de hombros—. Ay, lo siento, no recuerdo cómo se llama tu… pareja.

—Zaro…, y ya no estamos juntos —le respondí, reconozco que con brusquedad; ese tema aún me resultaba doloroso—. Rompimos hace diez años.

—Veo que sigo chapoteando en la ciénaga. Menuda tarde llevo… —El sobrino de la tía Elo estaba revelando una insospechada capacidad para burlarse de sí mismo. O tal vez siempre la había tenido y Cecilia y yo no la habíamos apreciado.

—Tranquilo. Ya ves: no eres el único que se ha separado.

—A nuestra edad, sin pareja, con los padres convertidos en abuelos y nosotros mismos camino de la vejez…, la vida pierde bastante color, ¿verdad? —murmuró él.

No supe qué responderle. No quería ponerme ceniza, pero tampoco era cuestión de soltarle filosofía barata de autoayuda, cuando yo llevaba años digiriendo el peso de mi soledad y el progresivo deterioro de mamá. Al final, solo murmuré:

—Es lo que hay…

—Menos mal que tenemos unas mascotas cariñosas y se llevan de maravilla entre ellas, ¿no crees? —dijo Alfonso—. Míralas, ¡qué bien se lo pasan jugando!

Yo solo veía a un *bulldog* clavado a Winston Churchill que no dejaba de olisquearle el trasero a mi perra. Si eso era jugar…

—¿De dónde has sacado a tu Scarlett?

Me puse a la defensiva. ¡Condescendencia con Scarlett, la justa! Era fea, sí, pero rezumaba dignidad y amor.

—De la protectora de animales. Me la regaló una amiga. No todos nos gastamos un dineral en perros con pedigrí.

—Mi Zeus también es un regalo —replicó Alfonso, con rapidez y un brillo malicioso en la mirada—. Bueno, en honor a la verdad, confieso que nada más venir de Londres me lo endosó un amigo que se trasladaba a Nueva York y no podía llevárselo. Y me llegó bautizado. Coincido contigo en que le pega más Winston. O Churchill a secas.

—*Touché.*

—Oye —empezó él, en tono vacilante—, ¿la amiga que te regaló a Scarlett no será la que te acompañaba la otra noche? Te pregunto porque tiene pinta de gustarle los perros y…

—Se llama Mabel, los perros se la traen al fresco, tiene mucho éxito con los hombres y… está disponible.

—Mujer, ni que fuera un taxi.

—Lo he dicho para ahorrarte un paso, que veo por dónde vas.

—Ay, Elisa, ¡qué poco has cambiado! Sigues siendo tan cañera como cuando éramos niños.

Yo me reí, anticipando lo que se divertiría Cecilia cuando le relatara ese diálogo de besugos. Al mismo tiempo, empecé a sopesar la posibilidad de emparejar a Alfonso con Mabel. El hombre no era feo y nunca fue mala gente. A lo mejor, le venía bien a mi amiga para endulzar su reciente condición de parada. Era cuestión de probar.

11

La imagen de Skype que pertenecía a mi hermana se rio bien a gusto cuando le hablé de nuestro antiguo compañero de juegos, del perro malcarado que paseaba ahora y de nuestras conversaciones rayanas en lo esperpéntico.

—Pobre Alfonsito —exclamó, con el ligero acento inglés que había ido adquiriendo a lo largo de los años—. ¡Qué mal nos portábamos con él de niñas!

—¿Te acuerdas de cuando se atragantó con un tocinillo de cielo en casa de tía Elo?

La imagen de la pantalla se deshizo en carcajadas.

—¡Claro! Un poco más y el pobre no lo cuenta. Y lo que nos costó dejar presentable el mantel.

—Lo espolvoreó de perdigones —añadí yo—. Cada vez que me lo encuentro paseando al perro, me acuerdo de la cara de clavel reventón que se le puso.

—Más bien de berenjena.

Las dos nos dejamos llevar al unísono por la risa tonta. Cuando se apagó la última carcajada, nos limpiamos al mismo tiempo los lagrimones. Siempre estuvimos muy compenetradas.

—La de cosas que han pasado desde entonces. —Me dio por filosofar—. A Alfonsito le ha dado tiempo de casarse, marcharse a Londres, divorciarse y volver a Zaragoza para instalarse en mi barrio. Yo rompí con Zaro, la tía Elo ya no está, y mamá…, como si no estuviera, la pobre. Su deterioro está siendo tan rápido…

El rostro de Cecilia se ensombreció.

—¿Crees que me reconocería si hiciéramos nuestro Skype desde el móvil cuando estés con ella?

—No sé qué decirte —murmuré. La mera mención de la residencia sin retorno en la que vegetaba mamá había caído sobre las dos como un jarro de agua fría. Me arrepentí de haberla sacado a colación. Era evidente que esa noche no andaba yo fina. Y, en lugar de callarme la bocaza, aún añadí—: Ceci, ¿tú te arrepientes alguna vez de algo que hiciste… o que dejaste pasar?

—Pues claro. ¡Qué cosas se te ocurren! —exclamó ella, mirándome con más atención desde los píxeles—. Desembucha, Elisa. ¿Qué te pasa?

—No sé. Estoy muy tonta últimamente. Serán las hormonas. A veces, hasta me pregunto si hice bien en no tener hijos y… y… ahora que va a salir la nueva novela de Zaro con gran bombo y platillo editorial, me acuerdo mucho de él. No es que le hubiera olvidado, pero ahora me ha dado… a lo bestia. Lo mire como lo mire, nunca quise a ningún hombre tanto como a él. A lo mejor fui demasiado intransigente echándole de casa por…

—Eli —me interrumpió ella—, a estas alturas de nuestras vidas no sirve de nada lamentarse por lo que hicimos o dejamos de hacer. Vive, disfruta y folla todo lo que puedas. Hablando de follar: Mark y yo cada vez lo hacemos menos. Para que veas lo que perjudica llevar tanto tiempo casada. —La nube que ensombrecía la cara de Cecilia se densificó de pronto—. ¿Te acuerdas de John?

—¡Claro que le recuerdo!

¿Cómo olvidar a John, el mejor amigo de mi cuñado californiano? Le conocí en el coqueto adosado suburbial donde vivía mi hermana, cuando viajé con mamá a San Francisco al poco de nacer mis sobrinos. En cuanto Mark nos presentó, admiré la estampa de ese hombretón alto y guapo, cuya melena rubia tostada por el sol me hizo imaginarle cabalgando las olas del Pacífico sobre una tabla de surf al ritmo de una canción de los Beach Boys. Además de apuesto, era simpático, de risa fácil y se deshacía en atenciones conmigo. Creo que acabé un poco enamorada de él. Quién sabe si habría sucumbido a la tentación de ponerle los cuernos a Zaro en la lejana California si el bueno de John no hubiera estado prometido con una adorable rubia que parecía sacada de *Los vigilantes de la playa,* realidad que le hizo retraerse de repente.

—¿Sigue tan buenorro?

—Lo enterramos antes de ayer.

Me dio un vuelco el corazón. Lo mío con aquel hombre fue pura atracción física. En cuanto regresé a mi vida de siempre, me propuse no volver a pensar en él y lo conseguí, pero, ahora, la noticia me había dejado muda.

—Solo tenía cincuenta y tres años —continuó Cecilia—. Se lo ha llevado un cáncer de páncreas fulminante en apenas dos meses. Él sí que no puede hacer nada ya. Ni vivir, ni arrepentirse de sus errores, ni intentar enmendarlos. Se ha ido para siempre. La vida es tan frágil, Eli, tan poca cosa… Deberíamos disfrutar de cada momento, en lugar de comernos el coco por todo.

Mi hermana y yo nos quedamos mirándonos en silencio desde nuestras respectivas pantallas. Dos lechuzas tristes separadas por miles de kilómetros, a las que empezaba a notárseles la madurez en el cutis,

en que las facciones amenazaban con desdibujarse y en el aire de tristeza. Cecilia y yo llevábamos tantos años sin abrazarnos… Su último viaje a Zaragoza coincidía en mi recuerdo con el tiempo en que me vi obligada a llevar a mamá a una residencia. Desde entonces, había pasado un lustro entero y habíamos entrado de lleno en la madurez.

Fue Cecilia quien acabó pinchando aquel globo de silencio virtual.

—Perdona, no pensaba decirte nada. Sé que John te hacía tilín…

—¿Tanto se me notaba?

Ella se rio. No fue una risa alegre.

—Te deshacías como una chocolatina al sol —se burló—. Y él también se ponía tierno contigo. Mark y yo llegamos a pensar que os acabaríais acostando. Bah, no me hagas mucho caso hoy. No debería dedicarme a remover esto. De un tiempo a esta parte ando un poco baja de moral.

—Pues ya somos dos.

—¿Te has parado a pensar que cada vez nos queda menos tiempo por delante?

¡Y tanto que sí! Últimamente no cesaba de rumiarlo a todas horas. Pero Cecilia era más joven que yo. La hermana pequeña por la que velaba desde que éramos niñas. Vale, solo nos llevábamos año y medio. Suficiente, sin embargo, para que se volviera a disparar mi instinto de protección.

—¡No te comas el coco, Ceci! Si aún no has cumplido los cincuenta.

—Bien poco me falta. —Inspiró, como si llenarse los pulmones de aire sirviera para ahuyentar la melancolía—. Bah, dejémonos de tristezas y pensemos en cómo haremos la videollamada cuando vayas a ver a mamá.

A mí me pasó por la cabeza que esa iniciativa nos deprimiría aún más a las dos, pero no dije nada. El resto de nuestra triste conversación a distancia lo dedicamos a recordar cómo fue mamá antes de precipitarse por el abismo del deterioro hasta volverse irreconocible. La evocación desconsolada de una mujer de la que solo quedaba una carcasa vacía.

12

A mamá siempre le chiflaron los *crooners* norteamericanos: Frank Sinatra, Toni Bennett, Johnny Mathis y, sobre todo, Dean Martin y Nat King Cole. Desde que empezó a perder la cabeza, me asalta muchas veces una imagen suya trajinando en la cocina mientras el radiocasete, que ocupaba un sitio de honor en la encimera, llenaba la estancia con la voz de terciopelo oscuro de Nat King Cole o llevaba hasta nuestro piso de clase media ilustrada el *That's Amore* de Dean Martin, aquel italoamericano capaz de igualar en golfería al mismísimo Frank Sinatra. Corrían los años de la Transición. Franco, que durante sus cuatro décadas de dictadura había expedido el pasaporte al más allá a multitud de desafortunados y había encerrado en la cárcel a otros tantos, acababa de morir de viejo en la cama, con su cuerpo convertido en un guiñapo que se desintegraba por días. Tras llevárselo la de la guadaña, en España había estallado la fiebre por la canción protesta. Solo unos años atrás, tararear o escuchar canciones de Raimon, Lluís Llach, Labordeta o incluso Serrat podía conducir a pasar un mal rato en alguna comisaría o incluso una temporada en chirona. Muerto el dictador, todo el país se consagró a venerar a los cantautores. Menos nuestra madre. No es que le disgustaran, pero ella permaneció fiel contra viento y marea a sus *crooners* favoritos, cuyos LP compraba en Discos Linacero y después grababa en un casete para poder escucharlos mientras trabajaba en la cocina o cuando íbamos en coche toda la familia.

En mi recuerdo recurrente, mamá friega los platos balanceando el trasero mecida por la voz de Dean Martin. El ilustre golfo le canta al amor desde lo alto de la encimera:

When the moon hits your eye like a big pizza pie
That's amore
When the world seems to shine like you've had too much wine
That's amore…

Yo tengo unos nueve o diez años. Observo los contoneos maternos desde la puerta, como un perrito cotilla que no se atreve a importunar a su humano. De pronto, siento como algo me roza la coronilla. Es la mano de papá, que ha diseminado una caricia fugaz sobre mi pelo.

Alzo la cabeza y le veo guiñándome un ojo. Entra en la cocina, se aproxima a mamá y la rodea con sus brazos hasta taparla por completo. Ya no la veo a ella, solo la espalda de mi padre, que parece engullirla como si fuera el calamar gigante atrapando al submarino del capitán Nemo en la novela de Julio Verne, que papá nos regaló en una adaptación para niños. Ella no le rechaza. Dejo de oír el golpeteo de los cacharros en el fregadero. Mis padres no hablan ni emiten ningún sonido. Solo se mecen al unísono durante una eternidad densa y misteriosa. Dos cuerpos fundidos en uno solo. Aislados del mundo, de la vajilla que está por fregar y de su hija mayor que los espía desde el umbral, admirada ante esa simbiosis perfecta entre hombre y mujer que excluye incluso a su progenie.

Una unión que solo consiguió romper la repentina muerte de papá.

Mis padres se conocieron cuando ella tenía veinte años recién cumplidos y él treinta. Mamá hacía por entonces Magisterio y papá, que había estudiado Filosofía y Letras, aún trabajaba por cuenta ajena en una librería-papelería del centro. La historia de cómo quedó deslumbrado cuando ella entró en la tienda, una tarde invernal, para comprar un cuaderno y de cómo la atendió tartamudeando y rojo como un tomate la había contado tantas veces que se había convertido en una leyenda familiar. También a ella le gustó ese hombre guapo que, pese a trabucarse cada vez que hablaba con ella, parecía culto y sensible. Eso no lo pudo comprobar hasta el verano siguiente, cuando él por fin se atrevió a invitarla a un helado y conversaron durante horas sentados en una horchatería. Al parecer, en las sucesivas citas también descubrió algunas otras virtudes, más carnales, de su tímido pretendiente y se hicieron novios, como se estilaba al principio de los años sesenta. El noviazgo fue largo y permitió a mamá acabar Magisterio con buenas notas, incluso trabajar durante dos años en el colegio de monjas al que fue de niña. Cuando se casaron, en el sesenta y seis, siguió de maestra un tiempo, hasta que se quedó embarazada de mí y decidió dedicarse a la familia. En aquella época, ya había en España mujeres que reivindicaban la igualdad de derechos y se aferraban a la carrera lograda con tesón y sorteando trabas, pero mamá siempre nadó entre dos aguas. La liberación de la mujer y la tradición. La canción protesta española y los *crooners* norteamericanos. La literatura experimental y los cásicos del siglo XIX. La cultura y el mero entretenimiento. No es que nuestra madre fuera una inculta, ni mucho menos. Alimentaba su curiosidad infinita con libros, revistas, discos, periódicos, las novelas que le recomendaba papá y los cines de arte y ensayo a los que acudían los dos, dejándonos a Cecilia y a mí

con la tía Elo. Pero nunca llegó a almacenar en su cerebro los conocimientos que atesoró papá, capaz de leerse y guardar en su memoria un porcentaje incalculable de los libros que vendía. ¿Dónde estaban ahora la erudición de papá y la cultura de mamá? ¿Qué ocurre con nuestros recuerdos, nuestras vivencias felices o dolorosas, el saber que hemos ido atesorando poco a poco, como los avaros sus ahorros, cuando se extingue la vida o se nos borra la memoria? Me respondí yo misma parafraseando al replicante moribundo de *Blade Runner* que interpretó Rutger Hauer: «Todo eso se perderá en el tiempo, como lágrimas en la lluvia».

Aquella noche deprimente, con mi hermana afincada a muchos miles de kilómetros, nuestro padre muerto desde hacía más de dos décadas y nuestra madre con el cerebro hecho una coliflor, elegí entre mi colección de DVD *Ha nacido una estrella,* en la versión de Judy Garland y James Mason, otros dos seres extintos cuya imagen perduraba en las películas con las que alimentábamos la tristeza cincuentonas melancólicas como yo. Cuando la Garland cantó *The Man that Got Away,* me eché a llorar como una Magdalena. Por los que se fueron, por los que seguían vivos sin estar y por el hombre al que eché de mi vida y aún añoraba. Scarlett se encaramó a mi regazo con expresión consternada, me lamió la cara y sorbió mis lágrimas.

La bajé a hacer sus necesidades cerca de la medianoche, con los ojos hinchados como huevos cocidos de tanto lloriquear. Por suerte, no me encontré con nadie conocido. Ni siquiera apareció Alfonsito con su Winston Churchill, cosa que agradecí en el alma.

13

El fragor de los secadores me asaltó cuando abrí la puerta de la peluquería de Noelia. Pese a ser un mediodía de martes, en teoría una franja horaria de poca afluencia, hallé a mi amiga y a Lucinda enfrascadas dándole al *brushing* de sus respectivas clientas. O sea, moldeándoles la melena a golpe de cepillo y secador, como se lleva haciendo desde que pasaron de moda los rulos y la laca. ¡Y qué cabelleras tenían las jovencitas esas! Habrían hecho morir de envidia a Sansón, sobre todo después de trasquilarle Dalila. En el sofá rojo de las esperas se sentaban dos niñas más con melenas larguísimas y aire de estar a dieta perpetua. Supuse que serían amigas de las otras. Tragué bilis contaminada de envidia. ¿Es que se habían puesto de acuerdo todas las niñatas de ese barrio para acudir el mismo día que yo? ¿Por qué no estaban comiendo en sus casas un opíparo plato de lentejas cocinadas por sus madres, que buena falta les hacía? Si, a su lado, hasta una flaca genética como yo parecía escapada de un cuadro de Botero.

Lucinda me saludó por encima del ruido con su acento cantarín y una generosa sonrisa a lo Ricky Martin, o sea, enseñando metros de dientes. Noelia ni siquiera se había enterado de mi llegada. Hacía casi un mes que no nos veíamos, pues en las últimas semanas se había producido una deserción de amigas. Mabel, la organizadora oficial de nuestras quedadas y salidas nocturnas, andaba muy ocupada diseñando lo que ella denominaba su «nueva vida» y solo me llamaba para charlar, pero no proponía ninguna reunión ni se autoinvitaba a cenar en mi casa. Afirmaba que en su situación de parada reciente necesitaba tiempo y concentración. Susa sonaba apagada y esquiva cuando me daba por telefonearla —a Mabel también se lo parecía, dicho sea de paso— y Noelia solo había dado señales de vida una vez en las últimas semanas para enumerar hasta el aburrimiento las muchas virtudes de su arquitecto. Tras tanto tiempo sin hablar en persona, tuve la impresión de que seguía envuelta en su halo de felicidad mema. Pensé que quizá la dicha es de naturaleza boba por definición y no me había dado cuenta antes. O igual solo me lo parecía a mí. Mi estado mental en ese triste otoño, casi invierno, me predisponía a verlo todo a través de un prisma muy negativo. Parte de culpa en eso la tenía la novela de Zaro. Cada día se me atragantaba

más, no conseguía pasar de contemplar la foto de mi ex en la solapa, como una adolescente tontorrona, y faltaba cada vez menos para su lanzamiento a bombo y platillo. De hecho, muchos lectores impacientes ya la habían reservado, temerosos de quedarse sin su ejemplar.

Me senté junto a las dos nínfulas, que habrían podido inspirar perfectamente a Nabókov para su *Lolita*. Apretujadas en el sofá de la peluquería, debíamos de parecer los tres monos de la sabiduría. Noelia alzó por fin la vista del melenón de su clienta, miró hacia la zona de espera y reparó en mí. Me apuntó con el cepillo y abrió una sonrisa ancha como una raja de melón.

—Solo un ratito Eli. Enseguida te atiendo —gorjeó.

Me pareció distinta ese mediodía, como si nada fuera con ella. Y no se debía solo a que estaba más delgada ni a su halo de felicidad dulzona. Había algo en su extraña alegría que no me cuadraba. Noelia siempre había sido de carácter bullicioso y apariencia un poco estridente, rayana en lo choni, hasta que Mabel le enseñó a vestir con estilo. Ahora, su forma de moverse me recordó a los potros tozudos que se vuelven dóciles tras haber sido montados en el rodeo por el rudo vaquero de turno. Tampoco me cuadró que trabajara en silencio, cuando a la mínima iniciaba con las clientas su cháchara de peluquera.

Lucinda pulverizó laca sobre la melena de su nínfula nabokoviana, dio por terminado el trabajo y llamó a otra de las niñas que compartían sofá conmigo. Al poco rato, Noelia hizo pasar al lavacabezas a la última jovencita que me precedía. Mientras le lavaba, recortaba y secaba el pelo, tuve tiempo de leer los periódicos *online* en el móvil. Empezaba a irritarme la desorganización de mi amiga. Podría haberme dicho que tendría la peluquería llena y habría cambiado mi cita.

Casi cuarenta y cinco minutos después de la hora que habíamos acordado, me tocó el turno. En cuanto ocupé el tocador y antes de ponerse a escarbar en mi melena como era su costumbre, lo primero que hizo Noelia fue pedir disculpas.

—Perdona que te haya hecho esperar tanto, Eli, es que… se me olvidó apuntarte y Lucinda dio hora a las chicas estas. Son amigas y tienen no sé qué evento esta tarde. —Suspiró y puso los ojos en blanco —. No te importa, ¿verdad? Tengo la cabeza en las nubes últimamente. Será el amor…

Pues su amor bien que me estaba haciendo la pascua. No supe si reírme o morderle la yugular. Opté por reprimir los instintos asesinos. Al menos, de momento.

—¿Sigues con tu arquitecto maravilloso?

Ahora sí que empezó a revolverme las greñas con sus dedos de peluquera y la mirada ausente, como si acabara de entrar en trance.

—¿A que has ido a gusto con el cambio de *look?*

—Fue un éxito —admití.

—Las puntas no las llevas mal. Te cortaré lo mínimo y te repasaré las mechas. ¿Vale?

Asentí con la cabeza. Me interesaba más saber si seguía con ese hombre que sus planes con respecto a mi pelo. Sobre todo, tras ese brusco cambio de tema. Sin hablar, Noelia me colocó sobre los hombros la capa impermeable y se retiró a la trastienda para preparar el tinte. Ante el tocador contiguo, Lucinda mantenía una cháchara con su clienta y las otras tres niñas, apiñadas en el sofá rojo y con las melenas ya arregladas. Hice oreja durante unos segundos. Intercambiaban cotilleos de revistas del corazón. Saqué el móvil y repasé mis wasaps. Tenía uno de Adela comunicándome que le habían entrado por correo electrónico otras tres reservas de la novela de Zaro e iba a pedir al comercial de la editorial un buen número de ejemplares para no quedarnos sin existencias nada más ponerla a la venta. La noticia, que debería haberme alegrado el alma de comerciante, me sentó como un puñetazo en el estómago.

Mi amiga regresó empujando el carrito con el cuenco del tinte, el pincel y los trocitos de papel de plata. Yo seguía intrigada, pero no me atreví a preguntarle directamente. Guardé el móvil y me mantuve a la espera de información mientras ella separaba con expresión ausente las mechas, las colocaba sobre el papel de aluminio, las embadurnaba de tinte y las envolvía. Cuando yo llevaba media cabeza brillante de aluminio y parecía un extraterrestre de película americana de serie B, Noelia dejó el pincel dentro del cuenco, se inclinó sobre mí y me dijo al oído:

—Me he ido a vivir con él.

—¿Cómo…? —Debí de alzar mucho la voz, pues Lucinda y las niñas sílfides se quedaron mirándome al unísono.

—No grites tanto —me reprendió Noelia—. Sabes que no me gusta airear mis cosas en la peluquería.

—Pero ¡si… si prácticamente os acabáis de conocer! ¿Y si te sale rana? —le reproché, con cuidado de no volver a vociferar.

—Llevamos juntos el tiempo suficiente para saber que es mi hombre —susurró ella, todavía inclinada sobre mí—. Haré lo que sea para que no se me escape.

—En el amor no hay que precipitarse, Noelia.

—Ya, y me lo dice una que lleva diez años sin comerse una rosca.

Eso me sentó fatal, para qué negarlo. Reprimí la respuesta mordaz que me bailaba en la lengua, volví a sacar el móvil y repasé de nuevo las noticias de los periódicos. Ella acabó de llenarme la cabeza de mechas envueltas en láminas de papel de aluminio. Cuando hubo cogido la última, apartó el carrito de los utensilios, acercó su cara a mi oreja y murmuró:

—Perdona, Elisa. No he querido ser desagradable, pero me molesta que os pongáis condescendientes conmigo cuando os hablo de Vicen…

Así que don Perfecto se llamaba Vicen. Supuse que sería el diminutivo de Vicente.

—Es mi hombre —machacó—. Me mudé con él porque no paraba de insistir en que no puede estar lejos de mí y que nuestro destino es vivir juntos en su casa. Dice que la mía es una caja de cerillas en un barrio pobre y que yo necesito que me reeduque porque tengo un no sé qué vulgar…

—Pero ¡de qué va ese tío! —salté—. Tu barrio es un sitio donde vive gente que trabaja y lucha por salir adelante. ¡Y tú no necesitas que nadie te reeduque! Un poco sobradillo te ha salido, ¿no?

—No le falta razón, Elisa. Si vieras su ático. Igual que en las películas. Y me tiene como una reina. Tanto me quiere que refunfuña cada vez que le hablo de vosotras y de lo que nos divertimos cuando salimos de marcha. Es un poco celosillo, ¿sabes?

Empezaba a mosquearme el don Perfecto ese, pero me mantuve en silencio.

—Por eso últimamente no he dado señales de vida —añadió Noelia —. Me angustia verle enfadado. ¡Soy tan feliz con él! Nunca había sentido esto por ningún hombre. Y en la cama…, ay, en la cama… —Intercaló una sucesión de suspiros y ojos en blanco—. Yo os quiero mucho a ti, a Mabel, a Susa y a Anacrís, pero, si debo elegir entre vosotras y Vicen, lo tengo clarísimo. No necesito a nadie más que a él en mi vida. Floto igual que la Julia Roberts en *Pretty Woman.* ¿Verdad que lo entiendes, Eli?

Yo no entendía nada, pero le dije que sí. La Noelia que me hablaba en voz baja para que no se enterara nadie más en la peluquería, la que repetía constantemente la palabra «feliz» y ponía cara de besugo al horno no era la misma mujer exuberante de aire choni a la que conocí años atrás haciendo zumba con Mabel. Ese Richard Gere de pacotilla la estaba cambiando y me daba en la nariz que no para bien. Pero no quería que Noelia me tachara de aguafiestas o de amargada por falta de sexo, así que me tragué mis reparos y escuché en silencio las tonterías que decía la pobre enamorada. A fin de cuentas, en la prehistoria yo también me dejé atrapar gustosamente por el amor. Y

no se puede pedir raciocinio a quien chapotea hundido hasta las trancas en esa charca de almíbar ponzoñoso, sin ser consciente del peligro que corre.

14

Regrese a la librería casi a la hora de abrir. Entré desde el portal del edificio, donde teníamos una puerta lateral. Hallé a Adela en el almacén, sentada en la escalera plegable que usábamos para cuando había que apilar libros en las baldas superiores de las estanterías metálicas. Sostenía entre las manos un libro abierto en cuya lectura parecía absorta. Cuando me oyó entrar, dio un respingo, levantó la mirada y abrió una sonrisita de aire culpable.

—Nada más acabar de colocar todo lo que venía en las cajas de hoy, me he comido mi bocadillo y, entonces, me he acordado de que tenía que dejarte unas facturas en el despacho. Lo he visto encima del escritorio, se me ha ocurrido hojearlo y mira… —Alzó el libro; era la dichosa edición anticipada de la novela-apuesta de Zaro, que yo había metido en el bolso esa mañana por si me animaba a leerla y había dejado tirada en el despacho—. Me he echado al cuerpo de una tacada más de treinta páginas y después le he ido haciendo catas. ¡Esto va a ser un exitazo! Te lo digo yo. Y aún añado más, Elisa: tienes que animarte a leerla de una vez por todas. Te interesa.

Adela me taladró con ojos de lechuza por encima de sus gafas de presbicia. Llevaba tantos años trabajando en la Librería Cantarena, primero con papá y ahora conmigo, que se sabía la vida y milagros de cada uno de nosotros, incluidos nuestros desamores. Por supuesto, estaba al tanto del tiempo que viví con Zaro y de nuestra penosa ruptura. ¿Acaso pretendía insinuarme algo? Ella se puso en pie y me encerró entre las manos la apuesta editorial de mi ex.

—Voy a abrir, que es la hora.

Abandonó la trastienda. Viéndola deslizarse fuera del almacén, pensé que haber cumplido recientemente los sesenta no le había arrebatado su legendaria alegría de duende. Conocía al dedillo cada rincón de la librería, poseía una cultura tan vasta como papá y sabía tratar a la gente. De hecho, nada más ver entrar por la puerta a un cliente nuevo, era capaz de intuir sus gustos literarios sin equivocarse nunca. Solo faltaban cinco años para su jubilación. Cuando llegara ese momento, ¿qué iba a hacer sin ella?

Me quité el chaquetón. Ocupé el lugar donde se había sentado Adela y me quedé mirando la cubierta del libro con cara de boba. Hasta entonces, me había detenido tanto en la foto de Zaro en la

solapa que no me había fijado en el resto. Vaya librera de pacotilla que estaba hecha. En la parte superior figuraba en letras grandes el nombre del autor: Zaro Rivas. Señal de que la editorial esperaba una buena acogida. *Golosinas en la basura,* leí un poco más abajo, en tamaño algo más pequeño. Un título muy del gusto de Zaro. No podría haberlo discurrido ningún otro. El centro de la cubierta, como era habitual en esa prestigiosa editorial, lo llenaba una fotografía en blanco y negro. Retrataba un cubo de basura con la tapa abierta. Entre las inmundicias del interior destacaba un puñado de gominolas a todo color. Sobre la foto, a modo de marca de agua, se extendía la advertencia de que se trataba de una edición anticipada no autorizada para la venta. Abrí el libro. Me salté la página de créditos y fui directamente a la de las dedicatorias. «Para el amor de mi vida.» Sentí la misma estocada de celos inconcretos que la noche en que Mabel la leyó en voz alta delante de mí. Tenía razón mi amiga: pese a haber transcurrido una década desde que rompí con Zaro, aún no me había desenganchado de él. Ya era hora de dejar de engañarme a mí misma.

Pasé la página y empecé a leer. Las palabras de Zaro me enredaron igual que me atrapó su personalidad en la fiesta de Nochevieja de Joseba. Sentada en la escalera plegable del almacén, pasé páginas y páginas de carrerilla, casi sin respirar. Me olvidé de que Adela estaba sola en la tienda, del rencor que aún me lastraba el corazón y de que me había jurado no perdonarle nunca. Cuando quise darme cuenta, había avanzado más de un cuarto del libro. Ya cuando Zaro me dio a leer sus primeros cuentos, quedé fascinada por su prosa brillante y por cómo sabía enredar al lector desde la primera línea. Las novelas que publicó tras nuestra ruptura me parecieron muy buenas y los clientes que las compraron se deshicieron en comentarios elogiosos sobre ellas. Pero la edición anticipada que tenía ahora entre manos demostraba que Zaro había madurado mucho como escritor. No solo su estilo era brillante, también el contenido. Ese libro era una historia de corte intimista que recordaba un poco a Paul Auster, a ratos a Manuel Vilas. No había en él grandes gestas, aventuras ni viajes exóticos. La trama transcurría entera en nuestra ciudad, centrada en las vivencias de un hombre en la cincuentena que reflexionaba sobre su infancia y juventud, diseccionaba sus desengaños y frustraciones intercalando de vez en cuando referencias a sus descubrimientos eróticos… y lograba agarrarse a las entrañas de quien la leía para no soltarlas. Adela tenía razón. La novela de mi ex poseía todos los ingredientes para convertirse en un éxito de los que dan prestigio literario, incluso dinero.

Y entonces, en la página cincuenta y cinco, se me retorció el

corazón. No podía creer lo que estaba leyendo.

«La conocí en Nochevieja. Una más de esas absurdas efemérides que celebramos como si el salto de año fuera a traernos algún cambio maravilloso de un día para otro. Sin embargo, para mí sí fue crucial.

»Llevaba un tiempo preparándome oposiciones tras mi regreso de Madrid. Después de cinco años de libertad, no me había sentado bien volver a vivir con mis padres y sus rarezas. Recluido en mi habitación, hincaba los codos más de doce horas diarias. Mi única obsesión era aprobar, hacerme con una plaza de docente e independizarme de mis viejos, aunque tuviera que compartir piso con toda la tropa que abarrotaba el famoso camarote de los hermanos Marx. De tanto estudiar me había vuelto un poco ermitaño. No me apetecía salir aquella Nochevieja, pero mi amigo Pepe, el único que se preocupaba de sacarme algún rato de mi cuarto, insistió hasta que cedí. Acabamos, junto a dos lunáticos que eran amigos de Pepe, en el piso de un vasco que estudiaba en Zaragoza. No recuerdo su nombre. La fiesta era un tostón. Dondequiera que mirara, solo veía borrachos, porretas y parejas metiéndose la mano en la bragueta y la lengua hasta las amígdalas. Tres tías guapas con pinta de tontitas se retorcían en medio del salón al ritmo de la música, facilona y mala a rabiar. El tufo a cerveza fermentada y marihuana habría mareado al mismísimo Atila, a su caballo y a todos los hunos que los seguían. Pepe lio un porro, lo estrenó a caladas furiosas y me lo tendió. Yo rehusé. Él se lo paso a los dos lunáticos, que no le hicieron ascos. Al poco rato, los tres acabaron colocados y prensados, junto a otros porretas, en un sofá que parecía rescatado de un basurero. Me hice con una cerveza recalentada que sabía a rayos y me apoyé contra el marco de una puerta. Añoraba mi cuarto de ermitaño y hasta los apuntes de las oposiciones. No me largué de ahí porque me daba pereza salir a pasar frío.

»Entraron tres chicas acompañadas de un pardillo, de esos que se pegan a un grupo de tías pero nunca mojan. Se disparó mi instinto cazador. Les pasé revista. Dos me parecieron monas sin más interés. La tercera me llamó la atención. Melena lisa muy rubia, bastante alta, una cara de rasgos poco comunes y ojos claros. Cuando se quitó la trenca, resultó estar delgadísima, diríase que flaca, aunque muy bien proporcionada. A mí entonces me ponían las tías de carnes abundantes. Marilyn Monroe, Sofía Loren, Anita Ekberg… Esas hembras ganaban la partida a Lauren Bacall por goleada. Buena pechuga, cintura de avispa, nalgas redondas de sabio balanceo que invitaban a amasarlas con las manos…, de eso se componían mis fantasías sexuales. Pura sobredosis de cine clásico y pajas nocturnas, lo sé. Sin embargo, no pude apartar la vista de la rubia flaca que

parecía aburrirse tanto como yo. Cuando por fin se encontraron nuestras miradas entre el gentío que abarrotaba aquel salón desangelado, le sonreí y decidí trabajármela. A nadie le amarga un polvo.

»Aún no sabía que esa flaca me iba a marcar de por vida.»

No pude seguir leyendo. La bruma que me nublaba los ojos había emborronado las palabras de Zaro; una araña temblorosa me reptaba desde la boca del estómago hasta la laringe. Cerré el libro de golpe. Sentada en la escalera plegable, aferrada a esa edición anticipada, me abandoné a las ganas a llorar.

¿Qué hace una cuando su ex ha convertido su primer encuentro en literatura? De la buena, además. De la que, si se cumplen las previsiones de la editorial, leerán miles de personas y se imprimirán infinidad de ediciones. Como librera sé de sobra que en todas las novelas se cuelan vivencias de sus autores. Algunos recurren sin disimulo a su vida personal o la de sus conocidos. A otros se les deslizan rasgos suyos, incluso experiencias propias, cuando crean los personajes de sus libros. Pero una cosa es saberlo y otra reencontrarse con la joven que una misma fue, transformada en personaje de una novela. Y no de una cualquiera, sino de la que está destinada a aupar al olimpo literario al hombre que la traicionó. Me encontraba demasiado deprimida esa temporada para tomármelo con calma.

Por fin, me tranquilicé y me apremió la necesidad de hablarlo con Mabel. Escarbé un buen rato en el bolso, siempre abarrotado de tonterías, hasta que di con el móvil. Lo saqué y busqué a mi amiga entre los contactos favoritos. Pero, cuando estuve a punto de llamarla, desistí. Bastante tenía Mabel con digerir su condición de desempleada cincuentona y planificar su futuro en un mercado laboral, cada vez más hostil con la gente madura. ¿Para qué molestarla con mis desvaríos sentimentales?

Guardé el teléfono y saqué el espejito que llevo siempre en el bolso. Me limpié bien hasta el último rastro de lágrimas, repasé el rímel, me peiné la melena recién arreglada por Noelia y salí del almacén. Ya era hora de hacer mi trabajo, en lugar de endosárselo todo a la pobre Adela.

15

A la hora de cerrar la librería, soplaba un cierzo despiadado y la temperatura había bajado considerablemente. El tapiz de hojas secas que cubría las calles se había espesado en cuestión de horas. Desde niña me gusta pisarlas para oír cómo crepitan. También ese atardecer las removieron mis botines de camino a casa, pero no disfruté de su cadencia. Abrí la puerta de mi piso helada de frío y con la tristeza agarrada a la piel como una lapa. Scarlett me asaltó en cuanto franqueé el umbral. Se me encaramó a las piernas meneando el rabo y me cubrió las manos de lametazos. Después me pasó la lengua por las mejillas heladas. Siempre me han disgustado los lamidos de los perros en la cara, pero a Fred se lo permitía por no desdeñar sus manifestaciones de amor canino, y ahora hacía lo mismo con Scarlett.

—¿Dónde me has dejado tu presente esta tarde, señorita Escarlata?

Los ojillos negros de Scarlett me miraron a través de la cortina de greñas. Fui al salón pisando con cuidado. Por fortuna, no hallé ningún regalo escatológico. Dejé caer el bolso sobre el sofá. Pesaba un quintal porque dentro llevaba los cachivaches de siempre y el libro de Zaro. Regresé a la entrada y cambié el chaquetón por el plumas con forma de nubarrón.

—Anda, vamos de paseo. Igual tienes suerte y aparece tu querido Winston Churchill.

Scarlett ya se había parado delante de la puerta y meneaba el rabo. Le coloqué el arnés.

—Que sepas que nunca hay que conformarse con el primero que nos tira los tejos, y menos si es tan feo como ese *bulldog*. Seguro que algún día te rondará un *beagle* con cara de Brad Pitt perruno y olvidarás al salido de Winston.

Pisamos la calle cerca de las nueve. A esa hora no solíamos coincidir con los paseantes de perros habituales, que ya se habían retirado a cenar y volvían a bajar con sus mascotas antes de irse a dormir. No nos habíamos alejado ni cincuenta metros de mi portal cuando Scarlett hizo sus necesidades en medio de la acera. Recogí el zurullo en una bolsa de plástico y lo tiré a un contenedor de basura cercano. Me moría de hambre, pero Scarlett olisqueaba tan afanosa, con el hocico pegado al suelo, que me dio pena conducirla de regreso a casa. Me metí en la boca un caramelo que encontré en un bolsillo,

saqué el móvil y llamé a Mabel. Lo que había leído del libro de Zaro aún me quemaba por dentro. Tenía que desahogarme con alguien y mi amiga era la primera opción. Ella parecía animada cuando descolgó. Había cenado una ensaladita ligera, dijo, y estaba haciendo cálculos en una hoja de Excel.

—Tengo planes de futuro, pero aún me falta estudiar algunos detalles antes de poder contártelos —añadió, con aire misterioso.

En otras circunstancias le habría tirado de la lengua, pero esa noche la avasallé con mi descubrimiento literario.

—¡Así que ha escrito sobre lo vuestro! —exclamó Mabel, en cuanto acabé de ponerla al corriente—: Eso es que fuiste importante para él. Pero ¡qué morboso es todo esto! ¡Resérvame un ejemplar sin falta, que quiero leerlo en cuanto salga! ¿Dice algo de vuestra ruptura?

—¡Qué cotilla eres!

—Ay, hija, si tú no sueltas prenda, tendré que enterarme por otras fuentes.

Me encogí de hombros como si Mabel estuviera delante de mí. Tengo la absurda costumbre de gesticular mucho cuando hablo por teléfono.

—No sé si dice algo de eso. Me afectó tanto lo que leí que no fui capaz de seguir.

—¡Cobardica! Yo ya me habría ventilado hasta las páginas de agradecimientos y las de créditos.

—¡Es que tú eres una insensible! A mí, cada palabra de ese libro me atiza un bofetón con la mano abierta. Vale, admito que esta temporada estoy muy llorona. Serán las malditas hormonas, la situación de mi madre, haberme quedado sin Fred… o todo junto, pero eso no me convierte en una cobarde.

—No te lo tomes así, mujer, que estaba bromeando —dijo ella, en tono conciliador—. Lo que tienes que hacer es buscar a Zaro y aclarar las cosas. ¿Sabes dónde vive?

—Ni lo sé ni pienso averiguarlo. Solo faltaba que me presente en su casa y me abra la puerta una tía.

—Pues localízale en Facebook. El otro día estuve husmeando y sé que tiene dos cuentas: el perfil oficial de escritor y el de los simples mortales. Le escribes un correo por el Messenger y quedas con él para hablar. No es tan difícil. De hecho, me maravilla cómo te las has arreglado para esquivarle durante diez años, cuando los dos os movéis en el mismo ambiente.

—Conque husmeando… —mascullé.

—Qué quieres, soy fisgona por naturaleza y tu ex me da mucho morbo.

Volví a sentir el pinchazo de mis celos incongruentes. Mabel se dio cuenta enseguida. Me tenía más calada que nadie.

—Eli, reconoce que sigues enganchadísima a ese tío. Noto que estás celosa hasta cuando callas. —La muy ladina se desternilló a través del teléfono—. ¿Verdad que me ha quedado una frase muy a lo Pablo Neruda? A ver si llevo dentro una poetisa y no me había enterado.

Me tuve que reír. No había en mi entorno nadie menos inclinado hacia la poesía que Mabel.

—Mujer…

—Anda, aclárate de una vez. No puedes seguir añorando a un tío con el que rompiste hace diez años. Intenta reanudar el contacto con él o sácatelo de dentro. Para cualquiera de las dos opciones necesitas verle cara a cara, así que localízale y propicia un encuentro. A lo mejor, te das cuenta de que has estado llorando por un hombre y unos sentimientos que solo existen en tu recuerdo.

No supe qué responder. En el fondo le daba la razón, pero no me veía capaz de buscar a Zaro después de haber estado rehuyéndole durante una larga década.

—Y a ver si te lees ese maldito libro —insistió Mabel—. Igual resulta que te asesina en el último capítulo y sales de dudas.

Me disgustó esa posibilidad, para qué mentir.

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Pues aún se me ocurre otra mejor. —Mabel intercaló una pausa de efecto—: Búscate un hombre que te dé gustillo en el cuerpo. ¿Por qué no te ligas a ese primo postizo que ha vuelto de Inglaterra? Con eso de que vuestros perros se aman, lo tienes fácil.

—¿A Alfonsito? ¿Seguro que solo has cenado una ensalada? ¿No la habrás aderezado con hongos alucinógenos?

—Tiene su aquel y parece un buen tío.

—¡Antes me compro un Satisfyer, mira tú!

—Te digo una cosa, Eli. —Mabel sonaba muy seria ahora—. Si los cabrones del banco no hubieran puesto mi vida patas arriba, igual me lo agenciaba yo. Parece atractivo y me estoy cansando de estar sola. Pero ahora no llevo la cabeza ni el chichi para hombres. —Un hondo suspiro brotó del móvil—. Y, hablando de todo un poco, ¿qué sabes de las chicas?

Volví a ceder al absurdo reflejo de encogerme de hombros.

—Anacrís, en su línea: se queja del pesado de Rafi y de la ingratitud de los hijos, pero lleva metidos a todos bajo el alerón como si fuera una gallina clueca. Noelia sigue embobada con su arquitecto fetén. ¡Qué digo, embobada! «Tonta perdida» sería la descripción más exacta. Hasta se ha ido a vivir con él porque, según le ha dicho el tipo,

su casa parece una caja de cerillas en un barrio bajo y ella necesita reeducación porque tiene un no sé qué de vulgar. A mí… como que ese hombre me da mala espina…

—Hum, un poco controlador sí que parece el don Perfecto ese —murmuró Mabel.

—Tengo la corazonada de que Noelia se está metiendo en la boca del lobo y lo pasaré mal por…

—¡Nosotras no podemos hacer nada para evitar que se estampe! —me interrumpió—. Ya viste cómo se cabreó cuando le expusimos nuestras reservas con respecto a esa relación… Hasta nos llamó envidiosas. Y vete tú a saber: a lo mejor es verdad que tenemos pelusa. Somos cincuentonas con un pie en la vejez a las que ya no miran ni los abuelos.

—¡No seas exagerada!

—¡Es la pura realidad! Dicen que la edad nos da serenidad. ¡Una mierda pinchada en un palo! Lo único que hace es quitarnos una cosa tras otra: la belleza, la firmeza de la carne, la ilusión, las posibilidades de ligar y de encontrar un buen trabajo…

Calló para tomar aire. Su repentina pausa me llevó a pensar que, pese a su habilidad para disimular, mi amiga estaba tan desmoralizada como yo.

—También nos regala algunas cosas, como la publicidad de sonotones de los centros auditivos… —intenté bromear.

—Y los anuncios de compresas para incontinentes. Deben de pensar que nos pasamos el día meándonos encima.

—Bueno, a mí aún no se me escapa el pis, pero sí que meo más que antes.

—¡Qué grima da esto, por Dios! —se quejó Mabel—. Oye, ¿y Susa? ¿Sigue tan rarita?

—Peor. La he llamado varias veces y cada día suena más apagada. Estoy convencida de que tiene algún problema gordo, pero ya sabes cómo es. No le sacaremos nada hasta que ella misma decida contárnoslo, si es que lo hace.

—Es tan reservada, la puñetera… —comentó Mabel—. Mañana la llamaré sin falta, a ver si la pillo con la guardia baja y suelta prenda. —Un repentino suspiro brotó del móvil—. Bueno, Eli, la Excel y mi plan de negocio me reclaman. En cuanto tenga las cosas claras, serás la primera en enterarte de lo que me llevo entre manos. Prometido.

Colgó antes de que yo pudiera responderle. Ni siquiera tuve tiempo de decirle adiós. Me dirigí a Scarlett, que seguía olfateando.

—¿Qué te parece? Me ha dejado con la palabra en la boca. Y tu galán sin presentarse. Hoy no es nuestra noche, ¿eh?

Ella alzó la cabeza, me miró a través de las guedejas lanudas que le tapaban los ojos y meneó el rabo. Mi estómago emitió el enésimo rugido de hambre. Había llegado la hora de regresar a casa, prepararme algo rápido para cenar, tomarme una copa de chardonnay ovillada en el sofá y arrastrarme hasta la cama. Mi pobre consuelo de solitaria era la certeza de que Scarlett se auparía a la cama y me calentaría los pies.

16

Di media vuelta y tiré de Scarlett en dirección a mi portal. De repente, brotó de entre los coches un ser de andares patizambos, hocico caído y pelaje jaspeado en blanco y marrón. Se abalanzó sobre Scarlett y empezó a olfatearle el trasero para regocijo de la muy pendona. Tras un lapso de varios segundos, apareció al otro extremo de la interminable correa extensible el dueño del can. Llevaba un estiloso abrigo de paño en lugar del chaquetón acolchado de otras veces, bajo el que asomaban unos pantalones impecables de raya bien marcada, seguramente con plancha de vapor, que parecían de traje. El cuello del abrigo dejaba entrever una corbata oscura de lunares sobre camisa blanca. El uniforme de ejecutivo al completo.

—Deberías enseñar a tu Winston a que te siga, en lugar de permitir que tire de ti —le largué—. Si te pones unos patines, parecerá que te deslizas en un trineo tirado por *huskies*.

—Buenas noches, Elisa —dijo él, con suave retintín—. Yo también te aprecio.

Touché. Ese maldito Alfonso había aprendido en la madurez a abochornarme. Habría preferido verle atragantarse en la calle con un tocinillo de cielo.

—Vale, he sido petarda. Lo admito. Es el hambre. Me vuelve sarcástica.

—Yo ando canino también. He trabajado hasta tarde y, al llegar a casa, este —señaló con la cabeza a su *bulldog*— no me ha dejado ni cambiarme de ropa. Aunque después de ver la meada que acaba de echar, entiendo sus prisas. —La mirada de Alfonso se iluminó de pronto, acompañada de una sonrisa—. Tengo una idea. ¿Y si nos compramos unos bocadillos y unas cervezas y nos los comemos en un banco de la plaza de San Francisco? Yo invito.

—¿A estas horas y con el frío que hace?

—Si tú llevas un chambergo que debes de ir como metida en una sauna.

«Otro que se burla de mi plumas», rumié para mí, pero no se me ocurrió nada ingenioso que replicar.

—Sé de un sitio aquí al lado que vende unos bocadillos de vicio y cierra tarde —continuó él—. Yo me aprovisiono ahí muy a menudo. No tiene terraza y con los perros no nos dejarán entrar, pero siempre

habrá para nosotros un rincón resguardado en la plaza. Venga, anímate, no hay nada más estimulante que un pícnic otoñal.

Estuve por decirle que los bancos colocados en los jardines de la plaza no se hallaban protegidos del viento, pero el hambre ya me tenía a punto de desfallecer y me dejé arrastrar.

Alfonso me llevó al San Petersburgo, un pequeño bar próximo a mi calle que en tiempos empezó su andadura aglutinando a todos los *heavies* de Zaragoza y acabó conquistando merecida fama en la ciudad por la calidad de sus bocadillos y hamburguesas. Seguían acudiendo a él, al acabar los conciertos de *heavy metal* que ofrecían las salas del barrio, tipos melenudos con chupa de cuero negra (algunos ya talluditos y con la cabellera agonizante recogida en una coleta de ratón), pero ahora la clientela se había vuelto más variada. Desde estudiantes universitarios hasta parejas de mediana edad…, todos tenían cabida en el San Petersburgo. Metafóricamente hablando, pues el local no era muy grande. Alfonso me endosó su *bulldog* y se abrió paso a través de la parroquia amontonada ante la entrada, que castigó su osadía con miradas de pocos amigos. Afortunadamente, Zeus, alias Winston, se portó bien mientras esperábamos a su amo, y este tardó poco en salir.

—Me he tomado la libertad de encargar hamburguesas de dos pisos. Las de tres son difíciles de morder porque no caben en la boca. —Sonrió—. Aquí las hacen de vicio. Nada que ver con las de las grandes cadenas.

—Lo sé. Cuando no tengo ganas de prepararme cena, vengo aquí y me compro algo.

—Mira qué bien, igual que yo —dijo Alfonso—. Lo malo es que toda esta gente va delante de nosotros y nos toca esperar. Pero merecerá la pena.

Después de un rato de plantón en la calle, con el estómago rugiente y los perros cada vez más inquietos, al fin pudimos recoger la pitanza y sentarnos en un banco en medio de la plaza de San Francisco, cerca de la entrada a la ciudad universitaria. Al ser un día entre semana, a esa hora la mayoría de los muchos bares y restaurantes que alberga la plaza ya estaban cerrados. No podía decirse que nos halláramos a resguardo, pero por suerte el viento había amainado y el frío otoñal era soportable. Abrimos el envoltorio de las suculentas hamburguesas elegidas por Alfonso. Las devoramos poniendo mucho cuidado en no pringarnos la ropa y compartiéndolas con nuestros canes, que, sentados delante de nosotros sobre sus patas traseras, se dejaban empapuzar mirándonos con ojos de pedigüeños. En aras de la limpieza, aporté el paquete de pañuelos de papel que llevaba en el

bolsillo y los gastamos en un santiamén.

Alfonso acabó antes que yo. Dio un generoso trago a su cerveza, reprimió un eructo, se limpió los dedos pringosos y exclamó:

—¡Qué hambre tenía! Menudo día de curro he llevado.

Apuró su lata, ya con más calma. Recordé que estudió Derecho y la última vez que coincidimos en casa de la tía Elo nos comentó que se dedicaba a la rama mercantil.

—¿En qué trabajas ahora?

Él introdujo la lata vacía y el envoltorio de la hamburguesa en la bolsa de plástico en la que le habían entregado las provisiones los del bar.

—Tuve la suerte de encontrar trabajo de lo mío en el bufete de un amigo de la facultad. Si no, aún estaría en Londres, más solo que la una. Kitty y yo acabamos malamente. Nuestros amigos comunes tomaron partido por ella y empezaron a pasar de mí. Para colmo, cuando comenzó a fraguarse el tema del Brexit, se fue enrareciendo el ambiente laboral para los extranjeros y ya no estaba a gusto allí. Admito que igual me influyó la edad a la hora de tomar la decisión de regresar a Zaragoza. Con los años vas perdiendo el espíritu aventurero. Así que aquí me ves, de nuevo en casita, sintiéndome como un marciano que acaba de aterrizar en la tierra y compitiendo con jóvenes recién salidos de la facultad que matarían a su propia madre por un contrato basura. Menos mal que en Londres adquirí mucha experiencia en derecho mercantil. Eso me salva. De momento…

Detecté mucho desencanto en las palabras de Alfonso. No supe qué decirle. Tampoco me creía la más indicada para soltarle frases de ánimo hueras, precisamente yo, que llevaba una buena temporada hecha un sauce llorón. Me limité a masticar el último bocado de mi hamburguesa.

—Tiene gracia —añadió él— que me vea compartiendo estas cosas precisamente contigo mientras nos zampamos una hamburguesa gigante sentados en un banco, como botelloneros trasnochados.

—Cualquiera que te oyese pensaría que soy una bruja —me piqué.

—No te molestes, pero entre tú y tu hermana me puteabais cantidad cuando éramos niños.

—Tú lo has dicho: éramos niños.

—Con lo que yo os quería. —El tono burlón de Alfonso no ocultó del todo su fondo melancólico—. Te voy a confesar un secreto: de crío andaba coladísimo por Cecilia.

Yo estaba apurando mi cerveza y, de la sorpresa, casi me eché encima la poca que quedaba. Tomé el último trago y metí el recipiente

vacío en la bolsa de los desperdicios.

—Tú también me gustabas —se apresuró a añadir Alfonso—, pero Cecilia, tan morena y con esas trenzas negras de gitanilla… Solo era un crío entonces, pero no puedes imaginarte la de herejías que me pasaban por la cabeza…

—Eras un pervertido en ciernes —le chinché—. Ya sé de dónde le viene a tu Winston la afición por olfatear culos de hembra.

Él se limitó a reírse.

—Cuando la volví a ver, después de la tira de años, en aquella extraña comida que nos organizó la tía Elo en su casa, con esas mechas rubias de californiana de pacotilla, se me cayó el alma a los pies. ¿Cómo pudo hacerse semejante masacre?

—Por una vez coincidimos en algo. Le sientan regular.

—Tirando a mal —matizó él—. La de veces que me acuerdo de esa reunión. Fue de un surrealismo patético a más no poder. La tía Elo escenificando su despedida de este mundo, tu madre echando espumarajos por la boca del cabreo que pilló…

—Tú atragantándote con el tocinillo de cielo… —le interrumpí.

La socarronería de Alfonso no se hizo esperar:

—Pero ¡qué brujilla eres! Que sepas que no he vuelto a probar un maldito tocinillo de cielo desde entonces. Casi la palmo ese día. Toda mi vida desfiló ante mis ojos mientras vosotras os lo pasabais en grande a mi costa…

—¡De eso nada! —protesté—. Que Ceci y yo te veíamos ya en la caja de pino. Hasta habíamos descolgado el teléfono para llamar a una ambulancia cuando volviste a la vida.

Los dos estallamos en carcajadas tan ruidosas que los perros se quedaron mirándonos con extrañeza.

—No te enfades —dije, en cuanto pude hablar, mientras me limpiaba las lágrimas de risa—, pero las dos sospechábamos que querías el piso de la tía Elo y te atragantaste de la impresión al oír que lo había vendido.

Alfonso no torció el gesto, pero su respuesta fue contundente:

—¡Nunca le eché el ojo a ese piso! Es más, fui yo quien encontró comprador y se encargó de tramitar la venta. ¿Ves como Cecilia y tú erais malvadas?

—En el fondo te queríamos.

—Muy en el fondo —bromeó Alfonso. Alzó la manga izquierda y consultó el reloj—. Bueno, adorada casi prima, o prima impuesta por la tía Elo: Zeus Churchill y yo estamos muy a gusto, pero se ha hecho tarde y mañana toca madrugar. Este —señaló al perro— se pasará el día frito en el sofá, pero yo tengo que rendir, entre otras razones, para

poder comprarle su pienso. No sabes lo que traga…

Se puso en pie y se alisó el abrigo con las manos. Yo le imité, escobando con las puntas de los dedos unas pocas migas que llevaba en la pechera. Scarlett y su enamorado se levantaron meneando los rabos. Alfonso insistió en acompañarnos hasta el portal. Mi casa estaba muy cerca e hicimos el breve trayecto sin hablar. Al entrar en mi calle, empecé a sentirme incómoda. Llevaba muchos meses sin acostarme con un hombre. Mi última escaramuza carnal con un ligue que me eché en un bar tras una cena de chicas no fue precisamente memorable. Empezaron a pasarme por la cabeza las tonterías propias de una cincuentona con hambre atrasada. ¿Qué haría si a Alfonso se le ocurría tirarme los tejos? Él no era mi tipo, nunca lo fue. Recordé que, pocos días atrás, hasta había sopesado la posibilidad de emparejarle con Mabel. Seguro que a ella le haría mejor papel que a mí. Pero, al mismo tiempo, el hombre no estaba mal, iba limpio y olía bien incluso a esas horas de la noche. ¿Y si me besaba en el portal a la antigua usanza? ¿Merecería la pena el esfuerzo de arrastrarle hasta mi cama? Y si él se dejaba atrapar, ¿qué haríamos con los perros? Le miré de reojo. La cara de Alfonso no reflejaba un dilema interior como el mío. Más bien somnolencia en estado puro. Cuando nos detuvimos ante mi portal, noté cómo todos mis músculos se tensaban. «Ahora me dará un morreo y tendré que decidir», pensé. Alfonso fue aproximando su rostro al mío. Mi nariz percibió su loción de afeitar. La misma que usaba Zaro. Se me puso la piel de gallina. Preparé los labios para recibir su beso.

Lo único que noté fue un roce fugaz en la mejilla y, enseguida, la cara de Alfonso alejándose con rapidez.

—Bueno, Elisa, mi Zeus Churchill y yo hemos disfrutado cenando contigo y con la bella Scarlett. Habrá que repetir la experiencia una tarde de estas. —Alfonso dobló el torso en una reverencia burlona—. Pero, ahora, *mister* Churchill y yo nos retiramos a nuestros aposentos. Buenas noches, señoritas.

Sin darme tiempo a replicar, se alejó calle abajo tirando de Winston. Por una vez no era su perro el que marcaba el paso.

Entré en el *hall* con Scarlett, nos metimos en el ascensor y abrí la puerta de mi piso rumiando una mezcla de alivio y decepción. Sin duda, el hambre de sexo, unida a mi imaginación desbordada, me había jugado una mala pasada. Esa noche de otoño temprano, una vez más, fue mi medusa con patas la que me calentó los pies.

17

El resto de la semana se consumió sin pena ni gloria mientras se aproximaba el lanzamiento de la novela de Zaro. Acababa de empezar noviembre. Los medios y las redes sociales ya calentaban motores vaticinando que iba a convertirse en el libro de la temporada. En la tienda, muchos clientes me preguntaban si había podido hojear un adelanto y yo les remitía a Adela. Ella se había acabado la edición anticipada leyéndola cuando yo la sacaba del bolso y la dejaba en mi escritorio, y andaba entusiasmada. Las reservas iban en aumento. Yo, lejos de alegrarme por los beneficios que le reportaría eso a la librería, me reconcomía de pura desazón.

Con Alfonso y su Winston no volví a coincidir durante esos días. Tampoco hubo encuentros con las amigas. A Noelia y Susa parecía habérselas tragado la tierra, para escupirlas en un lugar donde no había teléfonos. Mabel me llamó el jueves por la noche. Mencionó los desvelos que le causaban los cálculos en Excel, pero no soltó prenda sobre sus planes de futuro. Se mostró muy interesada cuando le relaté mi improvisado pícnic con Alfonso.

—¡Qué divertido! Igual que esa escena de *Manhattan* en la que Woody Allen y Diane Keaton se sientan de madrugada en un banco con vistas al puente de Brooklyn. Es tan romántica…

Recordé, con cierta amargura, mis absurdas fantasías sexuales cuando Alfonso me acompañó hasta el portal y la mezcla de alivio y desilusión que me inundó cuando él se despidió sin más. Volví a sentirme muy estúpida.

—En *Manhattan* no se pringan los dedos comiendo hamburguesas en un banco… —maticé—. Por cierto, estaban buenísimas. Pero de romántico no tuvo nada ese pícnic.

—Pues a mí sí me lo parece —insistió Mabel, con el tono tozudo que le salía cuando se emperraba en algo.

Charlamos un rato más sobre bagatelas y nos despedimos sin habernos puesto de acuerdo sobre si aquel pícnic con hamburguesas y cerveza merecía el calificativo de romántico o no.

Anacrís volvió a pasar por la librería el viernes. Se llevó un libro de Nora Roberts, su autora favorita, y otro de Danielle Steel, la segunda en su *ranking* de escritoras de cabecera. Menos mal que ambas son muy prolíficas, pues a semejante ritmo de lectura Anacrís ya habría

agotado la obra de cualquier otra autora. Tras la compra, nos fuimos al bar de al lado a tomarnos el café habitual. También el tema de conversación fue el de siempre: el egoísmo de Rafi y de los hijos, que solo pensaban en ellos mismos. Aunque con una pequeña variación.

—Lo único que le interesa a Rafi es que tenga la casa limpia, su ropa planchada con vapor y que le cocine cosas ricas. Y los chicos solo me hacen caso si quieren pedirme algo. Ni siquiera me agradecen el esfuerzo cuando les guiso sus platos favoritos. Engullen y a otra cosa.

—Ya será menos, mujer —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Estoy harta de todos. Me tratan como una tontita —se desahogó ella—. ¡Esto es una mierda!

—¿El qué?

—Mi vida entera, Eli. Me pasé la infancia de mis hijos pensando que cuando crecieran y empezaran a despegarse tendría más tiempo para mis cosas. Y ahora que llevan su vida y les importo tres pimientos morrones, añoro hasta cuando los llevaba todo el día pegados a mí como lapas. La maternidad puede ser muy contradictoria.

—Ahí no puedo opinar —murmuré.

—Y si es el padre de las criaturas —Anacrís tomó aire y reanudó su perorata con más fuerza, si cabe—, ese ni se da cuenta de si estoy deprimida o me duele algo. Ni se ha enterado de que llevo ocho meses sin reglar y estoy más hinchada que un globo aerostático.

La escruté con disimulo. Exageraba, como siempre. Sí, estaba algo más rellenita en las caderas, la cintura parecía más ancha, pero nada que ver con un globo aerostático. Anacrís emitió un bufido y se pasó las puntas de los dedos por los ojos con ademán trágico a lo Anna Magnani. Siempre tuvo tendencia a sobreactuar. Aproximó su cara a mi oreja derecha y susurró:

—Me estoy quedando seca…

—¿Cómo que te estás quedando seca?

Anacrís bajó la voz aún más, si cabe.

—Ahí abajo… —Trazó un gesto imposible de interpretar; podía significar cualquier cosa—. Cuando Rafi quiere marcha, como dicen los jóvenes, estoy tan reseca que me raspa su… ya sabes…

Escuchar la palabra «marcha» de labios de Anacrís no dejaba de tener un toque surrealista. Ella siempre empleaba expresiones grandilocuentes como «hacer el amor» o «hacer uso del matrimonio», que ya era el colmo de lo repipi y trasnochado.

—¡Vamos, que tienes el coño seco! —se me escapó. No suelo ser tan explícita, pero la cursilería de Anacrís sacaba lo peor de mí.

—Hija, ¡qué burra eres! Te habrá oído todo el bar —me regañó

ella.

Miré a nuestro alrededor. El garito de Emilio era un antro vetusto, aunque escrupulosamente limpio, que frecuentaban sobre todo los vejetes del barrio. Allí mataban las horas jugando al guiñote o al dominó, mientras estiraban una única copa de vino o un café, ambas bebidas de buena calidad pese a lo destartalado que estaba el local. Esa mañana solo quedaban tres abuelos, absortos hasta el autismo en su partida de cartas.

—Anacrís —dije, con más suavidad—, la sequedad vaginal tiene remedio. Coméntaselo a tu ginecólogo.

Ella abrió mucho sus ojos azules, grandes y muy bonitos, aunque maltratados por una sombra turquesa pasada de moda que ni Mabel ni nadie había logrado hacerle cambiar.

—Pero es que… ya no me gusta hacerlo con Rafi —se lamentó—. Siempre me toca en los mismos sitios. Después de tantos años, aún no se ha enterado de lo que me gusta. Y cuando empiezo a animarme un poco, le entra el tembleque y sanseacabó.

—O sea que se te corre antes de tiempo…

—Ay, Elisa, cómo estás hoy de bruta…

Me encogí de hombros. ¿Qué podía aconsejarle a la pobre, si yo llevaba meses sin echarme varón al cuerpo?

—Lo siento, Anacrís. Hoy no soy buena confidente. ¿Por qué no vais a un psicólogo los dos?

—¿A un loquero de esos, como en las películas americanas? ¡Ni harta de vino barato me llevo a Rafi a un sitio así! Además, él nunca accedería. Es tan clásico…

—Habla con él y cuéntale cómo te sientes.

—Eso no funciona con Rafi. Siempre va a la suya.

—Pues guíale tú cuando os metáis en harina. A los hombres hay que dárselo todo hecho. Ya sabes lo cortitos que son.

Anacrís meneó la cabeza, dio un sorbo desganado a su café con leche y se abismó en un silencio pesaroso. A mí ya no se me ocurrió qué más decirle. Como consejera matrimonial habría tenido un futuro muy negro. De repente, ella se frotó los ojos y me miró fijamente, con la máscara de pestañas azul recién emborronada alrededor de los párpados.

—¡Cualquier día de estos hago la maleta y me largo de casa!

Eso lo puse en duda para mis adentros. Llevaba escuchando sus quejas desde que nos conocimos años atrás en el gimnasio, y ya no me las creía. Anacrís nunca se marcharía de casa. Y aunque se animara a dejar a su hombre y los hijos, sin un trabajo decente ni experiencia laboral, aparte de sus años mozos como azafata de vuelo, no llegaría

muy lejos. Entonces fue cuando me sorprendió:

—El otro día me encontré con una amiga del colegio —arrancó—. Uf, hacía siglos que no la veía. Resulta que trabaja de recepcionista en un centro de radiología. Y, alucina, Eli, me dijo que buscan una persona para ayudarle a atender las llamadas telefónicas y a la gente que acude a hacerse placas. Y ¿sabes qué?

Negué con la cabeza. ¿Adónde quería ir a parar Anacrís?

—Tanto le insistí que le habló de mí a la jefa y me han hecho una entrevista esta misma mañana. No sé si me llamarán, con la de gente joven y preparada que anda buscando trabajo, pero te digo que, si por alguna de esas les intereso, me lanzo de cabeza. A la porra mis chicos. Que aprendan a arreglárselas, que ya vale de hacerles de chacha.

Me pregunté si sabría desenvolverse en el mundo laboral tras décadas ejerciendo de maruja. Ella debió de leerme el pensamiento.

—Estoy desentrenada después de tanto tiempo sin trabajar fuera de casa, pero, si me contratan, me dejaré la piel. Te lo aseguro.

Sonreí al verla tan decidida. Solo desentonaban en su súbita energía los restregones azulados que llevaba alrededor de los ojos. Rebusqué en el bolso. Saqué un clínex y el espejito plegable que llevaba siempre en un bolsillo lateral y le tendí las dos cosas en silencio. Anacrís comprendió. Suspiró, abrió el espejo y se limpió los churretes.

—Dios mío, estoy hecha un adefesio.

—Tampoco exageres…

La conversación viró hacia otros asuntos. Hablamos del despido de Mabel y de lo tristona que nos pareció Susa en nuestra última cena de amigas. Al cabo de un cuarto de hora, Anacrís dijo que se le hacía tarde para preparar la comida, prometió que si la llamaban para el trabajo yo sería la primera en enterarme y nos despedimos en la puerta del bar. Se marchó cargada con su bolsa de libros, algún pequeño churrete de rímel que no había podido quitarse y su nueva y sorprendente ilusión. Yo me arrastré de vuelta a la librería. Al menos, el pataleo de Anacrís no había sido tan estéril como de costumbre.

18

El sábado visité a mi madre en la residencia. Desde que tuve que ingresarla en esa morada de la que ningún inquilino sale vivo, luchaba cada semana por no hundirme ante la decrepitud de la mujer que en tiempos bulló de energía e inquietudes intelectuales. Cuando la veía, arrugada y encogida sobre sí misma, con la mirada vacía clavada sabe Dios dónde, me surgía siempre la incógnita de si me reconocería o no. ¿Cómo podía ser ese despojo la misma persona que devoraba los libros que le llevaba papá y después los comentaba con él? La que nos recomendaba lecturas a Cecilia y a mí en cuanto caímos en ese pozo de desconcierto que es la adolescencia. La que fumaba por rebeldía más que por gusto fue de las pioneras en hacer *topless* por el mero placer de fastidiar a los carcamales y acudía, con un fular morado alrededor del cuello, a las primeras manifestaciones feministas de la Transición, aferrada al palo de una pancarta que había confeccionado ella misma. Como única respuesta, me venía a la cabeza la frase del replicante moribundo de *Blade Runner*.

Hallé a mamá en la sala común. La habían sentado en un sillón de cuero artificial con apoyapiés. Miraba sin ver las figuras que se deslizaban por la pantalla del televisor, en medio de un guirigay de voces que se mezclaba con los murmullos y las toses de las cinco mujeres y los tres hombres que acompañaban a mamá en su viaje al corazón de las tinieblas. Todos eran viejos conocidos míos. Los que conservaban algo de lucidez me saludaron. Les devolví el saludo y les pregunté uno a uno cómo se encontraban. Después, cogí una silla de las que había para los visitantes y me senté delante de mi madre, muerta en vida a los setenta y cuatro años. Tragué saliva para sofocar las náuseas que me escalaban hasta la garganta. Jamás me acostumbraría a ese olor penetrante que amalgamaba vejez, enfermedad, desinfectantes y la colonia para niños con la que las cuidadoras perfumaban a los internos después de lavarlos. Agarré la mano de mamá y la apreté fuerte. Ella apartó los ojos del televisor y los posó en mí sin parpadear apenas. Tampoco habló. Busqué en su mirada vacía una chispa de reconocimiento, por diminuta que fuera. Desde que tuve que ingresarla en la residencia, intentaba aparentar normalidad en mis visitas hablándole sin parar. Alguien me había dicho un día que eso estimulaba a los enfermos de alzhéimer. Pero

aquella tarde no me salieron las palabras. Me limité a sostener su mano fría y pegajosa.

—Anda muy apagadica estos días —dijo Dolores, la anciana de noventa años que compartía cuarto con mi madre. Impedida, seca de carnes y más arrugada que una pasa, conservaba sin embargo una extraordinaria lucidez. Las cuidadoras la habían sentado en el sillón de al lado. Y desde allí me escrutaba con sus ojos de galápago sabio.

Le sonreí y miré de nuevo a mamá. ¡Qué desmejorada me pareció de pronto! ¿Ya estaba así de pálida y escuálida el sábado anterior y no me di cuenta? Sentí de pronto el peso de una mano sobre el hombro. Volví la cabeza. Detrás de mí se había plantado la directora de la residencia, una mujer de mi edad, canosa y sobrada de carnes que se habían asentado en el trasero mostrándose desdeñosas con las tetas. Me miraba muy seria a través de los cristales de sus gafas de pasta. Eso disparó todas mis alarmas. ¿Qué querría de mí un sábado por la tarde? Cuando solicitaba hablar con ella, siempre me citaba para acudir a su despacho algún día entre semana.

—Elisa, me gustaría charlar un rato contigo. —Amagó una sonrisa—. ¿Puedes pasar por mi oficina antes de marcharte?

—Sí, claro —murmuré.

Ella recogió su embrión de sonrisa y se marchó sin hacer ruido, igual que había llegado.

—¡Esta Marina es una siesa! —oí susurrar a Dolores entre dientes.

Las dos intercambiamos risillas culpables, como niñas que se mofan de la maestra a sus espaldas.

Al cabo de media hora, que se me hizo eterna y en la que apenas conseguí arrancar a mamá unos cuantos monosílabos desorientados, me despegué de la silla, anquilosada y con el alma hecha puré. Le di un beso en cada mejilla y le acaricié la cabellera blanca, peinada con mucha laca por la peluquera que iba a la residencia un día a la semana y por cuyo trabajo nos cobraban un sobreprecio. Recordé cuánto odiaba mamá los cardados y las lacas. Quizá debería advertírselo al personal de la residencia. Aunque ella no se enterara a esas alturas, a mí me partía el corazón verla peinada como Benny Hill cuando aparecía en algún *sketch* disfrazado de marujona inglesa. Me despedí de Dolores y le rogué que cuidara de mi madre.

—Vete tranquila, chiquilla —replicó ella—. De cuerpo ya no valgo un pimiento, pero la cabeza me va como un tiro. —Intercaló un suspiro ronco que me puso la carne de gallina—. No sé qué es peor a estas alturas…

Abandoné el salón luchando contra la tentación de huir por pies de esa tierra de irás y no volverás. Pero aún me quedaba la desagradable

tarea de hablar con la directora. Me arrastré cual lombriz hasta su despacho. Ella me recibió con la cara aún más larga que antes. Malas noticias a la vista, pensé.

—Siéntate, Elisa.

Marina hablaba de tú a todo el mundo, pero su tuteo resultaba forzado y cortaba como el filo de una guillotina. Señaló una de las dos sillas de visitantes. La aparté de la mesa y me empotré en ella. Seguro que un reo atado a la silla eléctrica con la cabeza llena de cables no se habría sentido peor que yo en ese instante. La directora tomó aire. Fiel a su carácter adusto, no se anduvo con rodeos:

—Supongo que ya imaginarás que quiero…, que debo hablarte de tu madre.

Asentí con la cabeza. Esa mujer me hacía sentir culpable con solo mirarme.

—Cuando la trajiste, todos… —me clavó aún más sus ojillos de cuervo—, es decir, vuestro médico, tú, el médico de la residencia, yo misma…, sabíamos que su estado no daba lugar a esperanzas de mejoría. Pero ahora… —su mirada hurgó un poco más en la mía— ya habrás ido viendo que tu madre empeora a toda velocidad. Ya no camina, los escasos momentos de lucidez que tenía se han apagado por completo y apenas conseguimos que coma papillas porque ha olvidado masticar. Es mi obligación informarte…, y mira que lo lamento…, de que, llegados a este punto, el deterioro es sumamente rápido. Por supuesto, la cuidaremos con el esmero de siempre, puedes estar tranquila…, pero conviene que estés preparada…, en fin…

Un cuarto de hora más tarde, salí del despacho anonadada, pues una cosa es intuir la realidad y otra que te la expliquen sin misericordia. Permanecí un buen rato sentada en el coche, sin saber si arrancar ni adónde ir. Cuando pude reaccionar, consulté el reloj. Había sacado a Scarlett a hacer sus necesidades justo antes de ir a la residencia. Aún me quedaba tiempo hasta la hora del siguiente paseo. Suponiendo que a mi señorita Escarlata no le hubiera dado un apretón y hubiera aligerado los esfínteres en casa. Poco a poco había conseguido enseñarle a controlarse, pero de vez en cuando aún me encontraba algún regalito sobre la tarima del vestíbulo al llegar del trabajo.

Giré la llave de arranque y puse la primera. Salí del aparcamiento de la residencia aferrada al volante con la rigidez de un zombi recién escapado de *The Walking Dead*. Tras circular errática por la periferia de la ciudad, acabé entrando en el garaje subterráneo del centro comercial del Actur, que todos en Zaragoza llamamos La Salchicha por la forma que tiene. Aquella tarde me paré ante los escaparates de

todas las *boutiques* de la galería y hasta entré en El Corte Inglés. Hacía siglos que no invertía tantas horas en elegir y probarme ropa. Volví a casa con la tarjeta de crédito exprimida y más bolsas que Julia Roberts tras su orgía de compras en *Pretty Woman*. A saber si me pondría algún día todas esas prendas.

Pese a mi tardanza, Scarlett se había portado con la elegancia de la señorita sureña a la que debía su nombre. Le puse el arnés y bajé con ella a la calle. No pululaban por el barrio los habituales paseantes de perros. Tampoco me topé con Alfonso y Zeus Churchill, el Dúo Dinámico del barrio. Me alegró no verme obligada a conversar.

19

De nuevo en casa, cené un sándwich de angustia que me rascó el paladar y me recosté en el sofá, enrollada en la manta como el relleno de un canelón. Solo me dejé fuera el brazo derecho para encender el televisor con el mando a distancia y poder alcanzar la botella de chardonnay cuando tocara rellenar mi copa. Scarlett se pegó a mí y se quedó dormida. Tras un rato de zapeo, elegí una película, más por aburrimiento que por interés. Ni siquiera recuerdo cuál era. Entre sorbo y sorbo de vino, con las imágenes de la residencia desfilando por mi cerebro en un caos doloroso, me fui amodorrando. O, tal vez, solo acabé borracha. La cuestión es que desperté de madrugada, con la lengua seca y la cabeza espesa. Scarlett apoyaba su testa greñuda sobre mi regazo, roncando como solo saben roncar los perros… y algunos hombres. La copa estaba vacía. La botella también. Al parecer, había empinado de lo lindo el codo que dejé fuera de la manta. Me sentí fatal. Si seguía soplando a ese ritmo, pronto me vería buscando en Google el teléfono de Alcohólicos Anónimos. Aparté a Scarlett y me levanté para ir al baño. Ella abrió un ojo al notar el movimiento, pero lo cerró enseguida y siguió resoplando.

Trasladé mi campo de operaciones a la cama. Al rato llegó Scarlett y se enroscó a mi lado. Ella volvió a conciliar el sueño enseguida. Yo, no. Las noches de insomnio tras una tarde como aquella despiertan reflexiones oscuras. Sobre la vejez y la enfermedad. Sobre la muerte de los recuerdos que anuncia el final. Y sobre el poder de la genética. ¿Me tocaría a mí marchitarme como a mamá? ¿Sería Cecilia quien sacaría el boleto premiado en la lotería del mal del olvido? ¿O se saltaría el alzhéimer nuestra generación para reaparecer en alguno de mis sobrinos? Llegué a acumular tal angustia que boté de la cama y corrí a la cocina. Tomé un vaso de leche con galletas María y empecé a vagar por la casa sin saber dónde meterme. Los pies acabaron decidiendo por mí. Me vi sentada ante el escritorio del cuarto que usaba como despacho. El mismo donde Zaro escribió sus primeros cuentos años atrás. Ahí estaba su nuevo libro, retándome desde el borde del tablero. La luz del flexo lo iluminaba sin clemencia, como si quisiera advertirme de que ya era hora de enfrentarme a esa maldita novela.

La abrí por la página donde interrumpí la lectura días atrás. La

había marcado doblando un poco la esquina superior, una pésima costumbre por la que solía reprender a los demás, pero de la que yo nunca logré desprenderme. Releí el relato de cómo el protagonista se encamó con la rubia flaca tras la fiesta de Nochevieja, tan parecido al primer polvo que echamos Zaro y yo en el desordenado piso de sus amigos. No tardó en atraparme el embrujo de su escritura, acompañado de una punzada de indignación. De algún rincón oscuro reptó con fuerza lo que sentí por Zaro en el pasado y se me enroscó alrededor de la boca del estómago. Por mi cuerpo se extendió una ola de calor que había creído olvidada. Volví a sentirme viva.

Y eso me dolió.

Releí el fragmento infinidad de veces, atrapada como la aguja de un tocadiscos antiguo entre los surcos de un disco rayado. Por fin conseguí avanzar de capítulo. Consumada la hazaña de Nochevieja, Zaro se explayaba sobre los padres del protagonista, hijo único como él, asfixiado por el amor bien intencionado, aunque egoísta, que le prodigaba esa pareja sobreprotectora y llena de rarezas lindantes con el trastorno psicológico. El padre, un hombre despótico y propenso a los ataques de ira, moría de repente a los sesenta y cinco años, tal como le ocurrió al hombre real que conocí. A la madre, Zaro la describía como una mujer que se dejaba someter por el marido, pero se vengaba de él provocándole a su manera pasivo-agresiva hasta que este estallaba y ella asumía gozosa el papel de víctima. De vez en cuando, Zaro intercalaba algún que otro párrafo centrado en su convivencia con la rubia flaca. Hasta las disputas que narraba eran un calco de nuestras desavenencias reales. Mi ex había vertido bocados de nuestra intimidad en una novela de autoficción que devoré aquella noche con ansia, sin tener claro en ningún momento si me fascinaba o me enojaba su osadía de transformar nuestra realidad en buena literatura.

Entonces, cuando me quedaba algo así como una cuarta parte del libro por leer, llegó el capítulo en el que Zaro narraba cómo tiró a la basura las golosinas que le había regalado la vida y a las que aludía en el título. ¡Eso ya fue demasiado! Arrojé lejos la maldita novela. Si en ese instante le hubiera tenido ante mí, habría sido capaz de arrancarle los ojos con las uñas. ¿Cómo había tenido la desfachatez de exponer hasta el mínimo detalle de nuestra ruptura, incluida la humillación que me infligió y por la que le eché de casa? ¡Cuánto le odié por haber incluido hechos tan dolorosos en un libro que, para más resquemor, le había salido condenadamente bueno!

—¿Cómo has podido, Zaro? —le grité a la noche.

Algo cayó sobre mis muslos. Miré hacia abajo y me topé con los

ojos de Scarlett buscando mi aprobación. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado en el despacho. Sobre mis piernas reposaba la edición anticipada con los bordes mordisqueados.

—¿Cómo has podido, Zaro? —susurré.

20

Seis días después, Mabel regresó al mundo de los vivos convocándonos a todas a una cena de viernes en un restaurante que le gustaba especialmente, un sitio sumamente pijo del centro, de esos donde sirven la comida en porciones diminutas distribuidas sobre platos gigantescos cuyas zonas vacías disimulan trazando dibujos con salsas y siropes. Pensándolo bien, tal vez era eso lo que encantaba a Mabel en su obsesión crónica con las dietas y la báscula, aunque no le hiciera puñetera falta. A las demás, menos predispuestas a pasar hambre disfrazada de cocina creativa, nos llamaba poco ese sitio, pero nos plegábamos a sus propuestas sin rechistar. Ella era el alma del grupo. La que organizaba los encuentros y nos conducía adonde se le antojaba. Nosotras simplemente nos dejábamos llevar. Por pereza, por poseer un espíritu gregario o porque admirábamos su capacidad de liderazgo…, aún no lo sé.

Mabel se presentó la última. Su aspecto era radiante: vestido de gasa floreado de corte *évasé,* botines de ante con tacón vertiginoso y un buen trecho de piernas a la vista, bien moldeadas por unas medias de seda cuyo color combinaba con los del estampado del vestido. Todo eso rematado por una cazadora negra de roquera. Debía de haber pasado bastante frío por la calle, pues la noche casi invernal no se prestaba a exhibiciones de ese tipo, pero ella siempre fue de las que anteponen la estética al sentido común. Yo había estrenado para la ocasión pantalones negros de tela encerada que parecían de cuero y un jersey de brillibrilli que adquirí durante mi orgía consumista de la semana anterior, pero el despliegue de Mabel me hizo sentir como si anduviera en pijama. Y eso que ella alabó mi atuendo con sinceridad. «Ya era hora de que te modernizaras un poco», fue su remate. Claro que Mabel no sabía por qué me compré esas prendas, y muchas más, el sábado en que me fui de compras nada más salir de la residencia de ancianos.

Noelia estaba más delgada y envuelta como una santa en un halo difícil de definir, tal vez fabricado por esa felicidad nociva que atonta las neuronas, pero sienta bien a quien la padece, al menos, al principio. Su relación con don Perfecto debía de ir viento en popa. Anacrís se había puesto de tiros largos, fiel al estilo de señora rancia que ni Mabel ni ninguna de nosotras había conseguido erradicar de su

armario. Tras los besos que intercambiamos las cinco, contentas de reunirnos después de tantos días, Anacrís nos avasalló antes de sentarnos contándonos la última barrabasada de su Rafi. La misma monserga de siempre. Le pregunté en un aparte por su entrevista de trabajo. Ella hizo un mohín despectivo y respondió que el centro de radiología había contratado a una chica joven.

—Lo esperado. Pero pienso seguir buscando —rubricó, entre desdeñosa y decidida.

La que me preocupó, y mucho, fue Susa. Parecía haber encogido de estatura y su cara, sin nada de maquillaje, tenía un feo color entre blanco y grisáceo. Intercambié una mirada furtiva con Mabel. Vi que a ella también le inquietaba el aire macilento de Susa.

Juanjo, el camarero, un cuarentón flaco de mejillas hundidas, solía deshacerse en atenciones hacia Mabel en cuanto la veía entrar por la puerta. Nosotras decíamos en broma que lo de Juanjo era enfermizo, además de baboso, y que cualquier día la secuestraría como Terence Stamp a Samantha Eggar en *El coleccionista,* para recluirla de por vida en una destartalada casa de campo infestada de arañas. Bromas aparte, lo cierto es que los ojos de Juanjo radiografiaban las piernas de Mabel, si llevaba falda, o el trasero, si iba en vaqueros ajustados. Estoy segura de que habría sido capaz de adivinar sin titubeos la talla que usaba Mabel. Fruto de ese amor platónico era que siempre nos reservaba la mejor mesa de todo el local. Mabel fingía disgusto ante nuestra guasa, pero en el fondo le hacía gracia y disfrutaba lo suyo con la lujuria atolondrada del pobre Juanjo. A fin de cuentas, verse a nuestros años admirada por un hombre más joven era mejor antidepresivo que la fluoxetina. Al menos, eso afirmaba ella. Aquella noche, Juanjo nos condujo enseguida a una mesa junto a la ventana, bastante aislada del resto de comensales y con buenas vistas a la calle, lo que aprovechó Anacrís para pelar a conciencia a las mujeres que caminaban por la acera.

Mientras comíamos el aperitivo y el primer plato, minúsculo pero elaborado al máximo, la conversación fue más bien trivial. Todas alabamos el atuendo de Mabel, lo que sentó regular a Anacrís. En el fondo, la pobre envidiaba ese estilo desenfadado. Noelia pasó revista a nuestros peinados y me recordó que pronto me tocaría renovar las mechas. De su maravilloso arquitecto no soltó prenda, pese a que Mabel y yo intentamos tirarle de la lengua. Anacrís siguió quejándose de Rafi. Que si llegaba del trabajo y pasaba el resto del día pegado al televisor, que si nunca la sacaba de casa y, menos aún, de cena romántica; que si no le hacía caso ni cuando deambulaba delante de él en ropa interior sexi (admito que me costó imaginar a Anacrís en

lencería fina). «Es un muermazo de campeonato», rubricó. Le dimos la razón. El resultado fue una mueca de disgusto por parte de ella. Le sentaba fatal que las demás criticáramos a su Rafi. Susa no dijo nada. Solo abrió dos sonrisas flojas que la hicieron parecer aún más apagada.

En cuanto Juanjo nos hubo servido los segundos platos, artísticamente adornados pero tan escasos de ingredientes como los primeros, todas menos Mabel alzamos los cubiertos, resignadas a quedarnos con hambre canina. Entonces, ella exclamó:

—Chicas, ¡tengo que contaros algo!

Cuchillos y tenedores quedaron suspendidos en el aire.

—Has ligado —aventuró Anacrís. En sus ojillos maquillados de azul claro, al más puro estilo años sesenta, apareció un destello de envidia.

—Ay, hija, que todo en la vida no gira alrededor de los hombres —la amonestó Mabel.

—Eso lo decís las que no os coméis una rosca —le espetó Noelia.

—Mira la niña —contraatacó Mabel—. Desde que tiene un novio arquitecto, se nos ha venido arriba. Ya me gustaría a mí ver a tu Richard Gere, ya… A saber lo que te estarás echando al cuerpo, que tú nunca has sabido elegir.

—Te morirías en el acto de envidia cochina —la chinchó Noelia.

La cosa no pintaba nada bien. Decidí intervenir antes de que se enzarzaran de verdad.

—Vale ya. ¡Las dos! Parecéis adolescentes petardas. ¿Qué nos quieres contar, Mabel?

Mi mejor amiga inspiró, expulsó el aire con calma y nos miró una a una. Las demás seguíamos con los cubiertos suspendidos en el aire. De todos modos, cuanto más tardáramos en atacar el escueto segundo plato, más nos duraría. ¿No solían afirmar los nutricionistas que comer despacio saciaba el hambre antes y evitaba engordar? Justo lo que hacíamos nosotras en ese restaurante.

Por fin, Mabel se cansó de crearnos expectación y se dignó anunciar:

—He decidido encarar mi futuro. Voy a abrir mi propio negocio. Tenéis ante vosotras a una empresaria.

Como las demás no dijeron nada, me sentí obligada a exclamar:

—¡Bravo! Montarás algo de lo tuyo, ¿no? ¿Gestoría, asesoría de empresas o algo así?

—Gracias a que me echaron al paro los cabrones del banco, voy a cumplir un sueño que llevaba años postergando.

Pues vaya respuesta…

—¡Suéltalo ya, anda, que se nos enfría la cena! —la apremié.

—¡Voy a abrir una *boutique*!

Todas menos ella dejamos caer los cubiertos sobre los platos.

—¿Te has vuelto majara? —proferí, en cuanto logré digerir parte de la sorpresa—. ¿En plena crisis económica se te ocurre abrir una tienda de ropa? Menuda idea de bombero…

—Parece mentira que seas economista. —Por fin, Susa había usado la boca para algo que no fuera mordisquear con desgana su comida.

—Precisamente por eso —se defendió Mabel—. He hecho un plan de negocio y más hojas de cálculo que durante todos mis años en el banco. Sé lo que puedo invertir y hasta dónde puedo llegar si la tienda no despega. No estoy loca ni soy una inconsciente.

—Pero si esta crisis está dejando cada día más nuevos pobres. A este paso, ¿a quién le va a quedar dinero para gastarlo en ropa? Si están cerrando un montón de tiendas… —protesté.

—¡No seáis tan alarmistas, chicas! Hace tiempo que hemos empezado a remontar. Despacito y sin alcanzar el nivel anterior a 2008, pero hay esperanza. —Mabel tomó aire y exclamó—: Además, ¡me priva la moda! Llevo toda mi vida fantaseando con abrir una *boutique* coqueta. No me había lanzado antes porque tenía un buen trabajo y ganaba una pasta gansa, pero ahora no me voy a quedar con las ganas. Ya tengo el local, he contactado con los gremios para reformarlo a mi gusto y también he localizado proveedores interesantes. Será una *boutique* moderna y con estilo. Clase ante todo.

—Hum… —murmuró Anacrís, deslizando una mirada despectiva sobre el vestido de Mabel—. Ten cuidado, que a veces te pasas de moderna para tu edad.

Mabel la fulminó con la mirada.

—¡Que es la tuya, por si no te acuerdas! Y, dicho sea de paso: a ti no te vendría mal actualizarte un poco. ¡Joder, tía, que ese *look* tuyo a lo Doris Day ya era rancio cuando aún íbamos en pañales!

¿Qué les pasaba a mis amigas esa noche? ¿Por qué estaban tan agresivas? Antes de que Anacrís pudiera responder y se armara la marimorena, pregunté a Mabel:

—¿Dónde la abrirás?

—En León XIII. Es un buen punto de venta.

—Pues tendrás que vender mucho, que los alquileres son caros en esa zona —objetó Noelia.

—Hijas, ¡cuánta negatividad desprendéis hoy! —Mabel suspiró, alzó su cubierto y empezó a escarbar en el plato.

—Somos realistas —dije—. Estamos en medio de una crisis económica feroz…

—¡Para el carro, Eli! —me cortó Mabel—. Soy economista, me he

pasado más de media vida trabajando en un banco y me acaban de echar a la puta calle. Hablarme a mí de crisis, vamos…

Cuando Mabel soltaba palabrotas, significaba que estaba cabreándose mucho. Me callé, hundí el tenedor en mi bacalao gratinado y me embutí un buen trozo en la boca. Las demás hicieron lo mismo. Comimos con tal desgana que el escueto condumio nos duró más de lo normal. Esa noche había una crispación extraña en el ambiente. Vacié pronto mi plato, lo que no era difícil en ese lugar, alcé la vista y escruté a mis amigas una a una. Anacrís y Noelia masticaban en silencio sin mirar a nadie. Enfrente de mí, Mabel revolvía la comida con el cubierto, el enfado aún dibujado en la cara. A su izquierda estaba Susa.

¡Y qué susto me llevé!

Sus manos temblaban, aferradas al tenedor y el cuchillo de pescado. Por sus mejillas resbalaban gruesos lagrimones. Algunos se perdían en las comisuras de los labios, apretados en zigzag; otros seguían su descenso hacia la barbilla. Susa era la viva estampa del desconsuelo. O del miedo. Pero ¿a qué?

—Susa, ¿te encuentras mal?

Mabel dejó de rumiar su enfado y se giró hacia ella. Se quedó tan consternada como yo. Soltó sus cubiertos y rodeó los hombros de Susa con el brazo.

—¿Qué te pasa?

La aludida sacudió la cabeza, los labios aún más apretados. El fluir de las lágrimas se intensificó. Por fin, Anacrís y Noelia se habían dado cuenta de lo que ocurría y miraban a Susa alarmadas.

—¿Te ha hecho alguna puñeta nueva tu ex? —preguntó Mabel.

Susa volvió a negar sin palabras. Hundió la cara en el hombro de Mabel y se abandonó al llanto. Las demás intercambiamos miradas de impotencia. Noelia aún no se había bajado del todo de su nube de felicidad, pero Anacrís empezaba a ponerse nerviosa. Mabel le habló a Susa en voz baja y suave:

—Vamos al pasillo de los baños. Si no han quitado los butacones de siempre, nos sentamos ahí y me cuentas, ¿vale?

Susa asintió. Yo saqué un paquete de clínex del bolso y se lo tendí por encima de la mesa. Fue Mabel quien lo agarró. Cuando hice ademán de levantarme para acompañarlas, me indicó por señas que esperara. Se puso en pie, ayudó a la desmadejada Susa a despegarse de su silla y la condujo con suavidad hacia donde estaban los aseos. Las demás nos quedamos mirándonos unas a otras, vaciando alternativamente las copas de agua y las de vino. Al hallarse nuestra mesa bastante aislada, solo Juanjo se dio cuenta de que algo no

marchaba en nuestro rincón. Muy servicial, se acercó y me preguntó a mí si iba todo bien. Farfullé que nuestra amiga se encontraba algo indispuesta, demasiado vino tal vez. «Pobre Susa», pensé. Si era la más prudente de nosotras a la hora de tomar alcohol. Él trazó una sonrisa de camarero curtido, se ofreció para lo que hiciera falta y se retiró con discreción.

Mabel y Susa no debieron de tardar más de diez minutos en regresar, aunque la espera se nos hizo eterna a todas. Bebíamos agua, sorbíamos vino, restregábamos las posaderas en las sillas, jugueteábamos con los móviles… envueltas en un silencio cada vez más denso e impotente. Cuando ya no pude aguantar más, me puse en pie.

—Voy a ver cómo está Susa.

Justo entonces, la vi acercarse. Mabel la sostenía como se sujeta a una borracha, solo que Susa no había probado el vino. Su copa estaba intacta enfrente de mí. Ya no lloraba, pero sus párpados hinchados y enrojecidos daban fe de que habían corrido muchas lágrimas mientras estuvieron las dos a solas. Cuando reparé en la expresión de Mabel, supe que algo muy malo le ocurría a Susa. Algo relacionado con sus melancólicos silencios de las últimas semanas. Se me abrió un agujero negro en el estómago.

21

Susa se dejó caer como un fardo en su silla. Mabel se sentó también y le apretó el antebrazo, como animándola. En voz baja, le dijo:

—Es mejor que se lo cuentes tú.

Susa tomó aire y balbuceó:

—Yo… yo quería guardármelo para mí. Me resulta difícil hablar de esto, y más en una de nuestras cenas de chicas; por nada en el mundo quería chafaros la noche, pero… ver a Mabel tan ilusionada con su proyecto me ha recordado que yo ya no voy a… —inspiró, ansiosa—. Esto… es… es algo… muy serio…

—¿Te ha vuelto a hacer la pascua el cabrón de tu ex? —aventuró Anacrís, con un patético hilito de voz.

Creo que todas deseábamos que esa fuera la causa del berrinche, porque intuíamos algo infinitamente peor. Susa negó con la cabeza.

—Tengo… tengo cáncer.

La noticia cayó sobre nosotras como una bomba de racimo. Los ojos de nuestra amiga volvieron a llenarse de lágrimas. Mabel le rodeó los hombros y la atrajo hacia sí.

—Siento aguaros la cena… —musitó Susa.

—Pero, Susa —exclamé—, somos amigas y las amigas nos contamos las cosas, las buenas y las malas. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Varias semanas, aunque llevaba ya tiempo encontrándome mal. —Susa se encogió de hombros—. Debería haberme dado cuenta por los síntomas, pero los médicos también nos engañamos a nosotros mismos. Ya se sabe: en casa del herrero, cuchillo de palo…

—Te pondrán tratamiento pronto, ¿no? Con los adelantos que hay ahora…

Siempre digo tonterías cuando me siento consternada o nerviosa, y esa noche se daban las dos circunstancias.

—Es terminal —masculló Susa—. Y no me voy a someter a tratamiento.

—¡No nos digas eso! —proferí, con la garganta cerrada por las ganas de llorar—. Tienes que luchar.

—No me voy a tratar. En mi estado tienen que extirparme un trozo de colon y parte del hígado. Si salgo viva de la operación, me darán radio y quimio hasta abrasarme. Y todo eso para arañar, con suerte, unos meses más de vida, si es que se le puede llamar vida a eso. No

pienso pasar por semejante tortura.

—Pero Susa —profirió Noelia, con tono de angustia—, ¡no puedes rendirte así!

—Soy médico, chicas. Sé de sobra lo que me espera, aunque no me lo hubiera explicado la colega oncóloga que me diagnosticó. No voy a permitir que me corten en pedazos para nada. —Sacó un pañuelo del paquete que le había dado yo y se limpió los ojos. Tragó saliva, tomó aire y añadió—: Esto es una putada muy gorda. Nunca he sido la alegría de la huerta ni el alma de las fiestas, ya lo sabéis, pero amo la vida. No esperaba marcharme tan pronto. —Se encogió de hombros—. En fin…, me ha tocado la china y esto no es negociable. Pero seré yo quien decida cuándo hacer mutis. Sé lo que hay que tomarse para acabar pronto.

—Ostras, Susa —se me escapó.

—La eutanasia aún es ilegal —intervino Anacrís. Su mirada también mostraba el brillo del vidrio.

—No si me la aplico yo misma.

—¿Lo sabe tu familia? —pregunté.

Susa negó con la cabeza.

—Solo quedan mis hermanos y aún no se lo he dicho. Carlos es un despegado y no cuento con él para nada; con mi cuñada, menos aún. La que me preocupa es Carina. Estamos muy unidas y… no sé cómo decírselo, la verdad. En cuanto al mamarracho de mi ex: ese tendrá que conformarse con leer mi esquela en el periódico. —Se sonó y se limpió los ojos—. Os he fastidiado la fiesta y a Mabel su noticia, que es maravillosa, por cierto. Me da muchísima envidia, porque yo… yo ya no tengo tiempo. —Hizo una pausa e inspiró—. Perdonadme. No debería haber venido esta noche.

—Susa, ya te lo he dicho hace un rato —protestó Mabel—. Las amigas no estamos solo para el jolgorio.

Todas nos hundimos en una quietud desganada. Por primera vez desde que frecuentábamos ese establecimiento de raciones mínimas nos dejamos comida en los platos. Fue Mabel quien rompió el repentino silencio.

—¿Pedimos postre?

—No me apetece —murmuré.

—A mí tampoco —dijo Anacrís.

Noelia y Susa se limitaron a menear la cabeza.

—Pues propongo que paguemos y nos marchemos a tomar algo…, a ser posible con mucho alcohol. —Mabel miró a Susa—. ¿Puedes beber?

—Llevo un parche de morfina y tomo más pastillas que una abuela,

pero por unas gotas de alcohol no creo que me muera esta noche —respondió Susa, a medio camino entre resignada y envalentonada.

Las otras nos reímos sin ganas, con la boca microscópica. Como quien se ve masticando de pronto un puñado de almendras amargas, no se atreve a escupirlas y acaba haciendo muecas para disimular el mal trago. Hasta el atolondrado de Juanjo nos miraba cohibido cuando nos llevó la nota. Ni siquiera intentó atisbar un trocito de las piernas de Mabel. Aguantó el tipo mientras hacíamos la colecta para pagar a escote y se esfumó apresuradamente en cuanto le entregamos el dinero.

Nos trasladamos a un pub cercano. De esos con sofás y sillones de capitoné marrón que siempre me hacen pensar en los clubes de campo que salen en las películas inglesas de época. Lo frecuentaba el pijerío más encopetado de Zaragoza y daban buenos sablazos, pero también era de dimensiones generosas. Por eso era fácil encontrar sitio hasta los viernes y sábados por la noche. Nos apoderamos de una mesa libre, al lado de un grupo de cuatro cincuentones peinados con gomina que nos regalaron sonrisas de dientes blanqueados por dentistas caros. Les ignoramos ostentosamente. No llevábamos el cuerpo para tontear con hombres, y menos si parecía que les había lamido la cabeza la vaca del chocolate Milka. Mabel pidió una ronda de Macallan de doce años, que nos echamos al coleto en un visto y no visto. Hasta Anacrís sopló de lo lindo. Fue ella quien llamó al camarero y le pidió a gritos otra ronda. Vi de soslayo cómo los de la gomina se daban codazos entre risitas que mostraban sus dentaduras níveas. Debían de andar calculando si estábamos lo bastante borrachas para lanzar una ofensiva de aproximación.

Después del cuarto *whisky,* los de al lado aún no se habían decidido a atacar. Mabel saltó de su sillón y arrancó a cantar «explota… explota me expló… explota explota mi corazón», ondulándose como una anguila para regocijo de los engominados. Anacrís y yo le hicimos los coros. Hasta Susa se animó a tararear entre dientes. Noelia se puso en pie, abrió las piernas e imitó el baile de Raffaella Carrà, con golpe de melena incluido. Los del fijador nos aplaudieron a rabiar. El resto de la parroquia empezó a mirarnos mal desde las otras mesas. Mabel se envalentonó y berreó *Yes Sir, I Can Boogie,* de las Baccara. No tardó en aparecer un camarero con cara de ir a aguarnos la fiesta. Se inclinó hacia Mabel ondeando la cuenta en el aire y nos instó, discreto pero firme, a dejar de escandalizar o abandonar el local. Ni siquiera se ablandó cuando intercedió por nosotras el gominas que parecía más forrado de los cuatro y tenía un aire a Bertín Osborne. Para rematar su gesto de caballerosidad, sacó una visa oro del bolsillo de la camisa y

dijo algo de invitar a las señoritas. Nosotras nos negamos al unísono. Debió de salirnos la voz muy chillona, pues las miradas de todos los presentes convergieron en nosotras. El galán se ofendió, guardó su tarjeta y dejó de hacernos caso. Sus acólitos, que no habían abierto la boca más que para beber, le imitaron. Pagamos a escote la cuenta, tan astronómica que habría cortado el hipo más persistente, y nos tambaleamos fuera del pub, con mucho cuidado de no perder el equilibrio y acabar sobre el regazo de alguno de esos ricachones salidos.

Poco más recuerdo de aquella triste borrachera. Solo que de algún modo paramos dos taxis y nos distribuimos en función del recorrido. Noelia y Susa se fueron juntas. En el otro vehículo nos metimos Mabel, Anacrís y yo. Mabel se sentó delante y no habló durante todo el camino. A mi lado, en el asiento de atrás, Anacrís se pasó el viaje reprimiendo las ganas de vomitar. Entre arcada y arcada, la oí murmurar que Rafi la echaría de casa en cuanto supiera el dineral que se había gastado en pillar una pítima tan desproporcionada como penosa. Menos mal que se bajó la primera.

22

Me desperté con un dolor de cabeza insoportable y la boca pastosa. Lo primero que pensé fue que estaba pillando la gripe. Cogí el móvil de la mesilla y miré la hora. Las tres y cuarto de la madrugada. Me vinieron a la memoria los juegos del hambre en el restaurante pijo, la mirada de cordero degollado con la que el pobre Juanjo agasajó a Mabel, la horrible revelación de Susa y la absurda borrachera en el pub de los engominados. No era gripe ni fiebre lo que me torturaba, solo la resaca de los Macallan que nos dejaron los monederos temblando. A lo mejor deberíamos haber dejado que nos invitara el doble de Bertín Osborne. Tenía aspecto de poder permitirse un dispendio como ese y muchos más.

La lengua se me pegaba al paladar como un sello de correos. Mi cuerpo pedía agua a gritos. Aparté a Scarlett, que dormía a mi lado como una marmota. Ella ni se inmutó. Me incorporé y bajé los pies al suelo. ¡Qué mareo me entró! El súbito pitido del móvil me hizo dar un respingo. Aún lo llevaba en la mano. Lo desbloqueé. Había entrado un wasap de Mabel. ¡Lo que me faltaba! Entorné los ojos y leí:

—¿Estás dormida?

—Moribunda —tecleé con dedos inseguros.

El teléfono tardó apenas unos segundos en emitir la señal de llamada. Mabel, claro. Descolgué. Ella no me dio tiempo a decir nada.

—¿Estás mala?

—Más bien resacosa, creo.

Mabel resopló al otro lado.

—¡Joder, Elisa! Después de lo de Susa, ¡no me metas estos sustos!

—¿Y tú qué haces mandando wasaps a las tres y pico de la madrugada?

—No puedo dormir. Tú tampoco, ¿no?

—Yo no llevaba ni cinco minutos despierta cuando ha entrado tu wasap. —Sofoqué una arcada—. No debí beber tanto anoche. —Me puse en pie; todo empezó a darme vueltas—. Necesito un vaso de agua… o cuatro. Uno por cada *whisky*. Voy a la cocina. Si oyes que me desmayo, llama a los bomberos y diles que me manden una uvi móvil de esas, atendida por un médico cachas, a ser posible.

—Petarda…

Me planté ante el fregadero sin enredarme con mis propios pies ni

tropezar con Scarlett, que había salido del dormitorio detrás de mí. Las fuerzas me alcanzaron justo para llenarme un vaso de agua y bebérmelo mientras sujetaba el móvil con la otra mano. Saciada la sed, lo alcé y miré la pantalla. Mabel no había colgado.

—¿Sigues ahí? —musité, tonta de mí.

—¡Pues claro!

Aparté una de las sillas que rodeaban la mesa de la cocina y me dejé caer sobre ella. Scarlett, que había bebido agua ruidosamente de su cuenco, vino a donde estaba yo y se hizo un ovillo junto a mis pies.

—Creo que me tomaré una aspirina.

—Yo ya lo he hecho —respondió Mabel—. Entre lo mal que me ha sentado la bebida y lo de Susa, estoy fatal.

La mención del cáncer de nuestra amiga me revolvió el estómago aún más.

—Es una putada muy grande —murmuré, con la boca aún reseca —. No lo asimilo…, y verla tan resignada, tampoco. Debería luchar, por lo menos.

—Elisa, nos han vendido la moto de que, si luchas, puedes curarte, pero no siempre se sale. No es una cuestión de actitud, sino del tipo de cáncer y de lo avanzado que esté. El de Susa es terminal. Se va a morir pronto, haga lo que haga. Es comprensible que no quiera someterse a un tratamiento agresivo sabiendo que…

Mabel se calló. La oí tragar saliva al otro lado de la línea. Durante unos segundos, mi cocina se inundó de un silencio pegajoso. Me oí decir:

—¿Te das cuenta de que nuestra vida se está convirtiendo en una mierda?

Mabel se sonó ruidosamente y sorbió mocos antes de exclamar:

—Una puta mierda pinchada en un palo de fregona. —Su voz se había vuelto gangosa—. Y, encima, para una vez que habríamos ligado sin esfuerzo, vamos y les dejamos escapar. Con lo entregados que teníamos a los tipos de la gomina.

—¡Eran unos callos! Para liarme con uno de esos, prefiero un Satisfyer. Estoy por comprarme uno cualquier día de estos.

—Hija, ¡qué manía te ha entrado ahora con ese chisme! —me echó en cara Mabel—. Cómpratelo de una vez y deja de dar la brasa, que es un gran invento para darle gustillo al cuerpo. Personalmente prefiero un buen pedazo de carne, pero el chisme me hace su papel cuando no hay chicha a mano… —Me llegó su risa desganada—. Pues, volviendo a los de la gomina, el que llevaba la voz cantante no estaba del todo mal. Y se le veía forrado. Mira que si me he perdido a un millonetis… Ahora que estoy en el paro, me vendría bien un galán podrido de

pasta que me mantenga.

—¿Tú dejándote mantener por un tío? No me lo creo.

—Yo tampoco.

Las dos estallamos en carcajadas tan tristes como mi billetera después de pagar mi parte de las rondas de Macallan. El esfuerzo de reír me estrujó el estómago. Sofoqué las ganas de vomitar.

—¡A veces lo mandaría todo a la mierda! —se desahogó Mabel—. Se me están ensanchando las caderas y la cintura, me han echado del trabajo, el amor de mi vida lleva casi treinta años muerto, mi madre se me ha vuelto abuela y mis hermanos van de machitos y hacen piña entre ellos, como llevan haciendo toda su santa vida. De mis cuñadas no espero nada. Son unas brujas. Tanto cuento que tiene la gente con la familia… y la mía es un despropósito…

—Pues ¡anda que la mía! Solo me queda cerca mi madre y es como una muerta viviente, la pobre.

—Menos mal que estamos las amigas —se consoló ella—. Para que luego digan que las mujeres somos malas entre nosotras.

—Bueno, a veces sí que nos hacemos la puñeta… —quise puntualizar.

—Solo cuando hay hombres por medio. En ese caso somos implacables.

—Si tú lo dices…

Nos reímos sin alegría y caímos en un silencio melancólico. Pensé en Susa, condenada a marcharse antes de tiempo por esa maldita enfermedad llamada cáncer. Intuí que, al otro lado de la línea telefónica, Mabel daba vueltas a lo mismo. Decidí cambiar de tema, aunque pronto pude comprobar que el resultado no fue nada afortunado.

—Oye, ¿de verdad que vas en serio con eso de la *boutique?*

—¡Pues sí! —saltó ella—. Y no me sermonees a estas horas de la madrugada, que te cuelgo el teléfono ahora mismo.

Me tragué el puñado de argumentos disuasorios que había preparado sobre la marcha.

—No te preocupes tanto, Eli —añadió Mabel. Su voz se había vuelto melosa—. Tengo todo calculado y sé hasta dónde puedo llegar si la tienda no despega. No soy kamikaze, ni tengo ganas de arruinarme a estas alturas.

No supe qué decir. Nos ahogamos las dos en una nueva charca de silencio, roto solo por los leves ronquidos de Scarlett, cuya cabeza guedejosa reposaba sobre mi pie derecho. De pronto, oí como Mabel sofocaba un bostezo. Yo seguía mareada, con el estómago revuelto y necesitada de tomarme un cargamento entero de aspirinas. Mabel fue

la primera en hablar.

—¿Sabes? Está comprobado que charlar con las amigas de madrugada relaja el desasosiego. Me empieza a entrar hasta sueño. Ya era hora, de todos modos. Voy a apagar la luz sin más tardanza, a ver si me duermo de una vez. Espero no haberte desvelado demasiado.

—¡Qué va! Estoy que se me cierran los ojos.

—Cuelgo ya, Eli. Mañana te llamo a una hora de persona normal.

No me dio tiempo ni a abrir la boca para responderle. Del móvil brotó un chasquido y apareció la pantalla de inicio. Saqué el pie de debajo de mi perra medusa, me levanté con toda la celeridad que me permitió la resaca, fui hacia el armario donde guardaba aspirinas, paracetamol, ibuprofeno, las Saldeva para las molestias de la regla —que llevaban meses vegetando en su caja— y las cápsulas de Fitogyn recién incorporadas a mi botiquín para mitigar «las calores», como llamaba mamá a los sofocos y la hinchazón provocada por el cambio hormonal. Reza el tópico que las mujeres nos vamos pareciendo a nuestras madres conforme entramos en la madurez. Mabel me aseguraba, cuando la abrumaba con mis angustias, que me veía tan delgada y juvenil como siempre. Para mí, sin embargo, el cuerpo se estaba convirtiendo en un adversario con pechos en caída libre, flaccideces en los lugares más insospechados y cerebro olvidadizo. Un *alien* empeñado en confirmarme sin piedad lo que de joven se me antojó un lugar común. Cuando me asomaba al espejo por las mañanas, era mamá quien me miraba, no la Elisa cuyos ojos austrohúngaros sedujeron al redicho de Zaro en la prehistoria. Y eso me tenía muerta de miedo. No quería convertirme en una sombra desmemoriada como ella, aunque era consciente de que la batalla contra los estragos de la vejez está perdida de antemano. En esas refriegas siempre es el tiempo el que vence.

23

Le había dicho a Mabel que se me estaban cerrando los ojos, y en ese momento era verdad, pero el sueño huyó en cuanto me volví a meter en la cama. Ni siquiera conseguí dormirme cuando el efecto de la aspirina disipó el dolor de cabeza y parte del mareo resacoso. En la oscuridad consulté el reloj del móvil una vez más. Entre la intempestiva conversación telefónica con mi amiga y el rato que llevaba acurrucada bajo el nórdico, con Scarlett roncando a mi lado al volumen de una motosierra, se me hicieron más de las cuatro. El edredón empezaba a pesarme como si me hubiera tapado con una pila de ladrillos. De puro aburrimiento, lo eché a un lado y me levanté. Fui a la cocina. Me senté a la mesa y, arrugada como si me hubiera arrastrado la marea tras un naufragio, me tomé a sorbos lentos un vaso de leche. Scarlett no tardó en acudir, se desparramó en el suelo y utilizó mis pies de nuevo como almohada. Me incliné y la acaricié detrás de las orejas.

—¿Qué hacemos ahora, señorita Escarlata?

Ella me dedicó una mirada amorosa. Apuré la leche y me levanté. Me pasó por la cabeza ducharme, dar a Scarlett su paseo matinal, arreglarme y marcharme a la librería, donde, pese a la increíble diligencia de Adela, siempre había papeleos que poner al día, novedades por colocar, estantes del almacén necesitados de una reorganización o arreglos pendientes en el escaparate. Pero, ya en el pasillo, un impulso me condujo al despacho. Encendí la luz y me dejé caer sobre la silla giratoria del escritorio. Allí estaba la novela de Zaro, en la misma esquina donde la había dejado al sacarla del bolso, en el que la paseaba sin atreverme a reanudar su lectura. Me esperaba con el tesón propio de los objetos que detestamos. La abrí por el capítulo que tanto me sobrecogió días atrás. Podría haber ido a la ducha y haber dejado en paz el pasado, al menos en esa noche espantosa, pero los seres humanos nos regimos por impulsos autodestructivos. En eso nunca fui una excepción. La espina que me clavó Zaro aún me dolía y en diez años no había aprendido a arrancármela. Ante mis ojos bailaron de nuevo las palabras que narraban, negro sobre blanco, el capítulo más cruel de mi vida.

«Nunca fui un mujeriego de los que se someten a las leyes del pene.

Poseía un sexto sentido para detectar a las locas, las pegajosas o las que se empeñan en domesticar a los hombres. Solo follaba con las tías que me convenían. Cuando la Flaca entró en mi vida, me absorbió tanto que las otras dejaron de existir. Hasta que apareció ELLA y todo saltó por los aires.

»Yo acababa de cumplir cuarenta años. Hay quien dice que la crisis de los cuarenta es un tópico. A mí me alcanzó de lleno. Mi nueva década culminaba unos meses deprimentes. Mi padre llevaba medio año muerto. Le había matado un cáncer galopante que me dejó desconcertado, al borde de la depresión. Mi viejo y yo nos llevábamos mal desde que entré en la adolescencia. Él era un hombre de ordeno y mando, agriado por un trabajo que le hacía sentirse pequeño. Yo le llevaba la contraria por cualquier cosa, tensando el hilo hasta que cosechaba el inevitable bofetón. El viejo se quedaba tranquilo tras su afirmación de autoridad y yo le detestaba un poco más; nada que no se ajustara a nuestra malsana rutina. Así anduvimos, de gresca en gresca, hasta que mi madre le convenció para que financiara mis estudios fuera de Zaragoza. Un lustro de libertad que concluyó cuando acabé la carrera y él cerró el grifo del dinero. Tuve que regresar a la cárcel del hogar paterno. Conseguí aprobar las oposiciones tras meses de vida ermitaña hincando los codos, me hice con una plaza fija en un instituto situado en el centro de Zaragoza y me mudé a un piso compartido con unos amigos. Dos años después, me fui a vivir con la Flaca y me distancié aún más de mis viejos.

»Nunca imaginé que lloraría tanto por el hombre al que aborrecí durante más de media vida.

»Fue madre quien me soltó por teléfono que a padre le habían diagnosticado un cáncer intratable. Las dos últimas palabras ya se le mezclaron con sollozos. Ella era así. Directa al grano, sin anestesia ni contemplaciones. Vi consumirse a mi viejo, su personalidad arisca doblegada por la enfermedad, la agresividad innata domada por los medicamentos que le había prescrito el médico contra el dolor. El hombre de ordeno y mando, el que zanjaba mi rebeldía a bofetones, quedó reducido a un cuerpo en proceso de desintegración. Murió en la cama que había compartido durante décadas con su esposa legitimada por la Iglesia católica. Le acompañamos en su agonía madre, la Flaca y yo. Su mirada de moribundo se posó primero en mí, después en la Flaca y por último en madre. Algo parecido a una sonrisa destelló en sus ojos vidriosos. Después, un estertor. Y toda una vida se extinguió en un segundo. La parca no solo se llevó a mi padre: también sus recuerdos, sus afectos, las experiencias que había ido atesorando a lo largo de una existencia que siempre se le antojó pequeña. De pronto,

fui consciente de mi propia mortalidad. Tenía cuarenta años y había consumido la mitad de mi vida. Desaparecido mi padre, empezaba mi propia e inexorable cuenta atrás hacia el final. Durante meses, me arrastré por la árida senda de la depresión. La vida me amargaba en la boca del estómago, convirtió mi lengua en papel de lija.

»Y de repente: Virginia.

»Apareció en mi instituto para sustituir a una compañera que acababa de dar a luz. Era insultantemente joven. Recién licenciada. De formas rotundas. Voluptuosa como las actrices que siempre me gustaron. Marilyn Monroe, Sofía Loren y Anita Ekberg amalgamadas en una chica de vaqueros ajustados y un top de lunares marcando unos pechos que invitaban a surcar su canalillo como el submarino del capitán Nemo las profundidades del océano. Venida desde Madrid para despertar mi libido aletargada. O para sacudirla. Vapulearla. Volverla del revés.

»¿Fue amor lo que me empujó hacia ella, paradigma de exuberancia?»

¡No pude seguir leyendo! Cerré la maldita novela y la arrojé sobre la mesa donde Zaro escribió sus primeros relatos publicables. ¿Qué me importaba a esas alturas si él se enamoró de aquella chica o solo quiso alejar la sombra de la muerte bebiéndose su juventud como un vampiro la sangre? Lo cierto era que me engañó y ahora lo aireaba con pelos y señales en una novela. ¡No tenía derecho a narrar la causa de nuestra ruptura en un libro que, si los cálculos de su editorial salían bien, iban a leer cientos de miles de lectores! ¿Qué pretendía con ello? ¿Era exhibicionismo puro, deseo de expiar su traición o simplemente se le había agotado la imaginación para fabular?

Recordé los meses de tristeza que siguieron a nuestra separación, cuando el piso que habíamos compartido se agigantó y se volvió hostil. Cuando nuestros amigos comunes, que en realidad eran los camaradas de infancia de Zaro y las mujeres con las que se habían ido emparejando, comenzaron a rehuirme hasta esfumarse por completo. La constante sensación de soledad que mitigó el pobre Fred cuando lo saqué de la perrera y de la que me salvó definitivamente el reencuentro con Mabel y la amistad que hicimos las dos con Susa, Noelia y Anacrís en aquellas horrendas clases de zumba. ¡Maldita novela destinada a ser *best-seller!*

Sentí de pronto el peso de la cabeza de Scarlett sobre mis pies. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había vuelto a tumbar delante de mí.

—¿Sabes que te digo, Scarlett?

Ella alzó las orejas y me miró sin cambiar de postura. Liberé mis extremidades como pude de debajo de su cabeza y me dirigí hacia la puerta. Eso la motivó a incorporarse y venir detrás de mí. «Taptap», sonaron sus patazas sobre la tarima.

—Como no hay manera de que vuelva a conciliar el sueño —continué hablando con ella—, nos vamos a dar una vuelta para despejarnos. Menudo sábado me espera. Resacosa y sin dormir apenas. Y, encima, las dichosas rondas de Macallan nos costaron un dineral. En fin, todo sea por haber animado un poco a Susa.

Scarlett se limitó a mover el rabo y a seguirme por el pasillo.

Me cambié el pijama por un chándal y me puse encima el plumas que Mabel comparaba con un nubarrón. Coloqué el arnés a Scarlett, cogí móvil, llaves más un billete de veinte euros por no salir sin dinero, y en un santiamén pisábamos la acera las dos.

24

En la calle hacía un frío intenso. Nos hallábamos a mediados de noviembre, pero era como si el invierno hubiera decidido presentarse antes de lo habitual. Me cerré bien la cremallera del plumas y me subí el cuello acolchado hasta donde dio de sí. Por un instante, me hice una idea de lo que debe de sentir una tortuga dentro de su caparazón. Moví mi esqueleto insomne detrás de Scarlett, que ahora se deleitaba olfateando todo lo habido y por haber, con el hocico bien pegado a las baldosas. Yo no lograba sacarme de la cabeza la enfermedad de Susa. ¿Cuánto tiempo llevaría cargando con ese diagnóstico demoledor sin que ninguna de sus amigas sospecháramos siquiera que, esta vez, su gesto de preocupación no se debía a una jugarreta del impresentable de su ex? ¿Cómo se siente alguien que debe enfrentarse de repente a la certeza de que morirá pronto, de que ya no podrá hacer planes ni cumplir esos sueños que todos vamos postergando ni disfrutar de los pequeños placeres o del lujo de abrir los ojos por la mañana y estrenar un nuevo día? Alcé la mirada hacia el cielo oscuro trufado de nubes. Aún tardaría en salir el sol, si es que lograba atravesar ese telón nuboso, pero en algún lugar aguardaba para saltar a escena. Me dije que la vida es un regalo y, por respeto a Susa, en adelante debería dejar de abrumarme con miserias tontas que solo producen malestar.

Caminaba tan absorta en mi cavilación que estuve en un tris de tropezar con un ser que se me echó encima desde la oscuridad. Un calco canino de Winston Churchill, con su mismo careto aplastado y la papada colgante. A una distancia de dos metros, o puede que más, reconocí a Alfonsito. Se dejaba arrastrar con la habitual resignación por su impetuoso can. Llevaba un pantalón de chándal bolsudo sobre el que caía un anorak de plumas aún más acolchado que mi chambergo. Una gorra de pana le tapaba media cara y completaba el desaliñado atuendo.

«Otro que ha salido de la cama sin desayunar», pensé mientras apartaba con el pie al pervertido trasunto de Churchill del trasero de mi Scarlett. Sin violencia, pero con discreta autoridad. La sonrisa burlona de Alfonso delató que se había percatado de mi maniobra.

—¡Cuánto bueno por aquí! —exclamó, nada más llegar a nuestra altura—. Saluda a las damiselas, Zeus Churchill… —añadió, enfatizando exageradamente lo de «Churchill»—, y deja de atosigar a

la pequeña Scarlett. Es demasiado joven para ti. Además, nuestra Elisa ya te mira con malos ojos. Cualquier día de estos te denuncia por pederasta canino y acabas en la perrera.

El *bulldog* más feo del mundo meneó el rabo sin apartarse de mi Scarlett. Y la muy pendona se dejó cortejar con expresión de gusto.

—Nunca entenderé qué le ve a tu Winston.

—El amor es ciego…, y más cuando las hormonas de la adolescencia aprietan.

—Y que lo digas. Ciego y tonto. —La sarta de disparates enlazados nos hizo reír; me pareció que hasta los perros sonreían. Quise pinchar un poco más a Alfonso—: Mira que sois raritos los dos. Después de un montón de días sin veros, coincidimos a estas horas de la madrugada y con semejante frío. ¿Dónde os habíais metido?

—He estado en Londres. —Alfonso se encogió de hombros bajo su desproporcionado anorak—. Papeleos de mi divorcio, reparto de bienes y tal. Bastante deprimente. Y lo de salir a estas horas es por culpa de este, que anda suelto de las tripas. Lo dejé con mis padres mientras estuve fuera y… a saber si no me lo habrán empapuzado… Me parece que están mayores para endosarles a un perro tragaldabas como este. Tendré que buscar una alternativa para cuando me toque viajar.

—Yo hace siglos que no viajo —murmuré por lo bajini.

Me vinieron a la cabeza los países que conocí con Zaro y el estómago me dio un vuelco. Tras nuestra ruptura, ¿en qué momento dejé de interesarme por descubrir el mundo? Podría haber planteado viajes a Mabel o a mis otras amigas del Séptimo de Caballería, incluso podría haber salido sola, pero cada verano me limitaba a alquilarme una habitación en una casa rural donde admitían mascotas y pasaba mis vacaciones asilvestrada en lugares perdidos. Fred disfrutaba de lo lindo de nuestras andadas por el monte; yo también, pero confieso que no elegí aquellos destinos por eso. Simplemente se me había apagado la curiosidad. Dicen que cuando perdemos la curiosidad empezamos a envejecer. Tal vez sea verdad y llevaba años deslizándome por la pendiente de la decrepitud. Lo que sí era cierto es que mi vida se había ido encogiendo poco a poco, como suele ocurrirles a los que se apoltronan.

Me di cuenta de que los ojos de Alfonso me escrutaban con atención desde debajo de la visera de su gorra. Una ola de calor me invadió la cara pese al frío. Ese tío había desarrollado con los años la capacidad de leer los pensamientos, las frustraciones acumuladas y el dolor añejo, cosa que me hizo sentir muy vulnerable.

Él miró el reloj, después a mí y dijo:

—Te invito a desayunar en el único bar del barrio que abre a estas horas intempestivas.

Dentro de mí lucharon el deseo de aceptar y el de escabullirme.

—No nos dejarán entrar con los perros —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Esos ponen mesas en la calle, incluso en invierno. Ya sabes, para los fumadores impenitentes. Y, si no las han colocado aún, siempre nos quedará la opción de que nos preparen el café para llevar y nos lo tomamos en nuestro banco de la plaza San Francisco.

Pensé excusarme y marcharme a casa con Scarlett. Solo me faltaba acabar hecha un carámbano en mitad de la plaza, agarrada cual *homeless* a un triste café en vaso de plástico. Pero se impuso la necesidad de calor humano en esa mañana mustia, aunque lo irradiara el compañero de juegos sosito que nos imponían los adultos a mi hermana y a mí cuando éramos niñas. De ley es matizar que ya no resultaba soso y con los años había desarrollado un sentido del humor singular, pero aun así…

Al cabo de cinco minutos, Alfonso y yo limpiábamos con servilletas de papel la escarcha matutina de las sillas de plástico que rodeaban una mesa cubierta por la misma capa blancuzca. Adecentado el mobiliario en la medida de lo posible, Alfonso me invitó a sentarme y se ofreció a entrar al bar a por los cafés. Me dejé caer sobre mi silla con algo de reticencia.

—Se nos va a congelar el culo aquí…

—Vamos, mujer, con el edredón que te has puesto es imposible tener frío —respondió él, dedicando una mirada burlona a mi plumas antes de desaparecer en el interior de la cafetería. Miré a través del cristal. Dentro solo se apoyaban en la barra dos hombres con caras de sueño y, al otro lado, un camarero de gestos lentos y expresión de no haberse despertado todavía. Alfonso tardó poco en salir transportando dos tazones de café con leche humeante. Los depositó encima del tablero y regresó para reaparecer enseguida con un plato de churros. Lo colocó delante de mí antes de ocupar la silla de enfrente. Los perros se acurrucaron a nuestros pies, bien pegados entre sí. Eché algo de azúcar en mi taza, removí con la cuchara y tomé un sorbo. Hacía tanto frío que ni me importó quemarme la lengua. Tras un primer intercambio de frases intrascendentes, Alfonso sacó a relucir su divorcio. Debía de andar deseoso de explayarse sobre las maldades que había tramado el picapleitos de Kitty. Se confesó incapaz de entender cómo habían llegado a ese punto. Años atrás se habían querido a rabiar y ahora sus respectivos abogados urdían una barbaridad tras otra para repartir las cuatro perras y los cachivaches

del todo prescindibles que habían reunido durante su vida en común. Ni que el suyo fuera el divorcio millonario de Bill y Melinda Gates.

Yo le escuchaba, asentía, sonreía o me mostraba indignada, según procediera, y sorbía el líquido revitalizador que sabía rico y me calentaba las tripas, todavía revueltas por la revelación de Susa y la resaca de Macallan. Y, sin saber cómo, acabé desahogando mi desazón hablándole al antiguo Alfonsito el Sosito del cáncer de mi amiga.

—Menuda putada —murmuró él, consternado. Eligió un churro y lo deglutió en un santiamén.

—Y cuanto más lo pienso, menos sé cómo comportarme con Susa a partir de ahora, sabiendo que ya tiene asignada su fecha de caducidad. —Dudé si contarle que ella pensaba aprovechar su condición de médico para quitarse de en medio antes del final, pero me pareció ir demasiado lejos contando intimidades ajenas.

—Yo tampoco lo sé —respondió Alfonso, tras un lapso de cavilación y un segundo churro—. Supongo que lo mejor es la naturalidad, pero no me preguntes cómo se consigue eso.

—Claro, ¡ahí está! Mi única experiencia con un cáncer terminal es de cuando murió el padre de mi ex…, ¡y fue horrible! Desde entonces, aún no he aprendido a tratar con alguien que se está muriendo. Mi único impulso es alejarme de esa persona. Una cobardía imperdonable, lo sé…

Apuré mi café, tomé un churro y empecé a mordisquearlo. Se me retorció aún más el estómago y se lo di a Scarlett, que tardó menos de un segundo en devorarlo.

—Eso nos pasa todos —murmuró él, con aire melancólico.

Nos envolvió un silencio que me hizo sentir culpable de haber sembrado amargura de buena mañana.

—Lo siento, Alfonso. Te estoy deprimiendo. Lo mejor será que vuelva a casa, me dé una buena ducha y corra a abrir la librería.

—No te preocupes, mujer. Estas charlas sirven de terapia… y nos ahorramos el psicólogo, que no es poco.

Me entró la risa tonta. Enfilada la senda de las confidencias, acabé mencionando hasta los planes de futuro de Mabel, que a mí se me antojaban suicidas. Al mencionar a mi amiga, vi destellar en los ojos de Alfonso una chispa de interés.

—Tu amiga parece una mujer cabal. —En su boca se perfiló una sonrisa, incluso se ruborizó a la media luz de la madrugada—. No le veo pinta de ser de las que se meten en camisas de once varas. Y merece perseguir su sueño, aunque sea en medio de esta crisis que nos está machacando. Todos necesitamos una ilusión. —Volvió a clavar sus ojos en los míos. Reparé en la red de arruguitas que los rodeaba y,

por primera vez desde que le conocía, me di cuenta de que su iris era casi verde—. ¿Cuál es la tuya, Elisa?

—Ahora mismo no tengo —tuve que admitir—. Me conformo con sobrevivir.

—Yo también —susurró Alfonso—. Y me gustaría encontrar un proyecto ilusionante al que agarrarme, lo confieso. Esto de limitarse a sobrevivir es de tristes.

—Y que lo digas…, de tristes y modorros. —Reprimí un suspiro—. Ay, Alfonso, quién me iba a decir, cuando a Cecilia y a mí nos obligaban a jugar contigo de crías, que iba a acabar contándote tantas intimidades de madrugada.

—Sorpresas que da la vida. —Él se rio de buena gana, sacó la muñeca izquierda de debajo de la manga del chaquetón y consultó el reloj—. No tan de madrugada ya, por cierto. Son más de las siete. La hora ideal para volver a casa con este —señaló a Winston, que, tras haber devorado tres churros mientras hablábamos, dormitaba pegado a las piernas de su dueño— y arañar un ratito más de sueño aprovechando que es sábado. Aunque, igual me pongo a adelantar trabajo, que el mundo empresarial es implacable.

«Díselo a Mabel», pensé. No lo comenté en voz alta.

Fuimos hacia mi casa por las calles que habíamos recorrido tres cuartos de hora antes. Ahora se habían poblado de gente con aspecto de ir a trabajar y de paseantes de perros. La mayoría eran viejos conocidos míos, de cuando saqué a Fred de la perrera y acabé integrándome, por pura inercia, en la comunidad de dueños de canes del vecindario. Nos saludaron a Alfonso y a mí con sonrisas entre corteses y cotillas. Debían de pensar que me había echado novio. No les di pie ni a acercarse. Odio los chismorreos de vecinos ociosos. Y los de paseantes de perros entrometidos, aún más.

Ante mi portal, Alfonso se quedó parado. No me dio tiempo a urdir delirantes fantasías de menopáusica hambrienta de sexo. Desplegó su sonrisa burlona, se tocó la gorra con ademán de caballero decimonónico, miró a Scarlett, después a mí y dijo:

—Señoritas, ha sido un placer empezar el día con ustedes. Ahora, este y yo nos retiramos. Él a dormir y yo, definitivamente, voy a adelantar trabajo para el lunes. Buen fin de semana a las dos.

Me quedé farfullando una despedida mientras Alfonso y el *bulldog* más feo del mundo se alejaban ya a buen paso con rumbo a su casa. O hacia donde yo suponía que vivía, pues aún no conocía su dirección, tampoco el teléfono. El antiguo pelmazo de mi infancia aparecía y desaparecía durante mis paseos caninos como un espectro surgido de otros tiempos. A lo mejor, el envejecimiento es eso: intercambiar

confidencias con un hombre al que detestábamos en el pasado y que de pronto nos resulta agradable, a ratos incluso apetecible, sin que él dé muestras de albergar el menor interés sexual por nuestros huesos.

Me encogí de hombros y entré con Scarlett en el portal. Ahora tocaba ducharme, aplicarme un mínimo de maquillaje para no asustar a los clientes, atizarme otro café seguido de una aspirina y marcharme a abrir la librería. La rutina habitual, rota de pronto por la aterradora certeza de que una de mis amigas ya conocía su fecha de caducidad.

25

Transcurrió una semana durante la que apenas supe del Séptimo de Caballería. Susa me despachaba con buenas palabras cuando la llamaba por teléfono. Solo repetía, como si fuera un mantra, que se encontraba bien dentro de las circunstancias y que no debía preocuparme por ella. Mabel cortaba enseguida nuestras conversaciones telefónicas con la promesa de contarme muy pronto cómo marchaban sus planes. Noelia también se mostró parca en palabras el día en que la llamé para pedir cita en su peluquería. La única a la que no vi apresurada era a Anacrís. Fiel a su costumbre, se presentó en la librería el martes para aprovisionarse de novelas. Después de la compra, nos fuimos a tomar café al bar de siempre. Allí se explayó a gusto sobre la indiferencia de su Rafi, que cada día percibía más acentuada.

—Pasa tanto de mí que hasta un leño me daría más cariño que él.

No le hice mucho caso, lo confieso. En mi descargo alego que ella tampoco dio pie a intercalar comentarios en su verborrea, más imparable que otras veces y centrada exclusivamente en el ostentoso desinterés de su Rafi. Ni siquiera habló de los hijos, su segundo tema favorito en la escala de material para alimentar sus quejas. Agotado el asunto Rafi, sacó el de la búsqueda de trabajo. Tras la desilusión con el centro de radiología, había decidido presentarse a cuantas entrevistas le surgieran. Incluso acababa de iniciar un curso que le ocupaba todas las tardes, cuya denominación oficial era «atención sociosanitaria a personas dependientes en instituciones sociales del INAEM», retahíla que me soltó casi sin aliento.

—Ya sabes, si apruebas la parte teórica y las prácticas, te dan un certificado de profesionalidad y, si tienes suerte, a lo mejor te contratan en una residencia de ancianos.

Yo no tenía ni idea de cómo funcionaba esa clase de formación, pero me callé.

—Es decir, duchar a los abuelos, lavarlos y trasladarlos a la silla de ruedas si están impedidos, y cosas así. No suena glamuroso, pero después de tantos años sin currar, me daría con un canto en los dientes si consigo meter la nariz ahí. ¡Y te juro que me dejaré la piel para aprobar, Eli! Se van a enterar en casa, sobre todo el Rafi, de lo que soy capaz.

Siguió explayándose sobre sus planes de regresar al mundo laboral. Al cabo de media hora, logré meter baza para anunciar que debía volver a la librería. Nos despedimos intercambiando besos en la puerta del bar y Anacrís se alejó diligente, aferrada a la bolsa de papel donde llevaba los tres libros que había comprado y en la que ponía «Librería Cantarena, su elección más serena». Anacrís podía tener espíritu marujil y vestir como Doris Day cuando rodó aquellas películas azucaradas con Rock Hudson como *partenaire,* pero nadie pudo decir jamás que no caminara tiesa como un puerro…

A mediodía acudí a la peluquería de Noelia para someterme a la tortura del mantenimiento capilar. Me llamaron la atención dos cosas. La primera, que ella no levantó la cabeza para saludarme. Ni siquiera me miró cuando me lanzó un «buenos días» apresurado, de puro compromiso. Andaba secándole el pelo con flequillo asimétrico, de esos cortes que llaman *pixie,* a una señora añosa y fondona de las que buscan sentirse jóvenes a través del peinado y a las que, en el fondo, envidio por su espíritu optimista.

Lo segundo a destacar fue que Mabel ocupaba un extremo del sofá rojo de las esperas. Me dirigí hacia ella.

—¡Tú por aquí! Ya podrías haberme dicho que ibas a venir. Andas bien cara de ver últimamente —le reproché.

—Voy liadísima y mira qué pelos llevo. He llamado esta mañana en un impulso, después de haberme visto en el espejo. A base de suplicar, he conseguido que Noelia me haga un hueco. Por cierto, no me ha dicho que tienes cita hoy.

La aludida ni siquiera nos miró, aunque noté que trabajaba pendiente de nosotras y de lo que decíamos. Lucinda, parapetada tras el lavacabezas como un soldado en su trinchera, masajeaba la cabeza enjabonada de una chica muy joven. Como siempre, no perdía detalle de lo que ocurría en el local. Me senté al lado de Mabel. Ella me clavó disimuladamente el codo en un costado y me susurró al oído:

—Fíjate en nuestra *pretty woman.* Está adelgazando a marchas forzadas. Como siga así, va a acabar hecha un esqueleto.

Escruté a Noelia desde el sofá. Mabel tenía razón. Había perdido aún más volumen desde la última vez que nos vimos. En eso se notaba que era más joven que nosotras y aún no había entrado en el carrusel del desajuste hormonal. Le costaba menos adelgazar. Mabel, en su obsesión crónica por mantenerse delgada, debía de estar muerta de envidia por dentro. A Noelia no le sentaba bien la escualidez. Solo cabía esperar que no hubiera caído en la anorexia o, una posibilidad aún peor, que no hubiera enfermado como Susa.

—Cuando he aludido antes a su pérdida de peso —continuó Mabel

—, ¿sabes lo que me ha respondido? Que su Richard Gere le había dicho que la veía muy rolliza y eso la hacía parecer vulgar. El tío la ha puesto a régimen. Literalmente, porque le controla la comida.

—¡Qué barbaridad! Noelia está mejor con más chicha.

—Y mírala bien: se mueve sin alegría, como avergonzada.

—¿De qué va a avergonzarse Noelia?

—De sí misma —fue la críptica respuesta.

—No te entiendo.

—A Noelia se le ha escapado que el Vicen ese la está puliendo para que sea más elegante.

—Hum, ella ya me contó hace días que él se había propuesto reeducarla. Recuerda que te lo comenté. Y que me daba mal rollo. La verdad es que no veo con qué autoridad se adjudica el señorito el derecho a reeducarla.

Mabel asintió con la cabeza.

—Exactamente. Una cosa es enseñarle a sacarse más partido dentro de su personalidad, como hicimos nosotras, y otra querer cambiarla de arriba abajo. Eso es anularla. A mí también me da mala espina, Eli. Me parece que Noelia se ha echado un novio tóxico. Solo espero que no sea un maltratador.

—Tampoco te pases…

—Calla, que viene —me cortó.

Alcé la vista. La señora fondona del corte de pelo *pixie* aguardaba delante del mostrador donde estaba la caja registradora. Noelia, en lugar de cobrarle, se había plantado delante de nosotras.

—Chicas, hoy parecéis porteras cuchicheando —dejó caer, en una mezcla de acritud y abatimiento—. ¿Cuál de vosotras quiere pasar primero?

—Yo, si no te importa. —Miré a Mabel—. Tengo que ordenar la avalancha de novedades que me están llegando y, antes de ir a la librería, debo sacar a la Scarlett de paseo.

—Venga, no te prives. —Mabel se encogió de hombros—. Yo solo tengo que poner en marcha un negocio, ruinoso según tú, para aprovechar la campaña de Navidad.

—¿Quieres abrir antes de Navidad? Pero ¡si no quedan ni dos meses!

—Bueno, ¿pasas o qué? —me atosigó Noelia—. Ya charlaréis después.

—Hija, estás de marimandona… —murmuró Mabel.

Noelia ni se dignó responder. Nos dio la espalda y corrió a cobrarle a la señora *pixie,* que ya daba muestras de impaciencia. ¡Cómo estaba el patio! Me levanté despacio. Se me habían quitado las ganas de

ponerme en manos de Noelia. Con el humor que llevaba, era capaz de hacerme mechas fluorescentes. O algo peor. Noté cómo Mabel me tiraba de la manga desde su posición sentada.

—¿Comemos algo rápido cuando salgamos de aquí? Hoy no me toca tinte, así que lo mío será un visto y no visto. Solo lavar, adecentarme el flequillo, que parezco un perro de aguas, y secar. ¿Sabes que empiezo a plantearme muy seriamente dejarme las canas? Un día, que venga con más tiempo, se lo comentaré a Noelia. Ahora no, que está muy irascible…

Mabel, la presumida, la que llevaba en lucha contra las canas desde antes de cumplir los cuarenta, había decidido deponer las armas. ¿Qué nos ocurría a todas últimamente? ¿Nos estaban cambiando el carácter los desajustes hormonales de la menopausia? Vi que Noelia me hacía señas llenas de impaciencia, apoyando una mano en el respaldo de la butaca que había preparado para mí.

—Muy rápido tendrá que ser —respondí—. Luego lo hablamos, que Noelia está a punto de echar espumarajos por la boca.

Oí a Mabel reírse por lo bajini mientras me dirigía al tocador. Noelia abrió una mueca de disgusto, pero no dijo nada. Sumida en su denso silencio, perpetró el ritual que tanto gusta a los peluqueros: el de escarbar con dedos afilados en la melena de las clientas.

—Estas mechas te dan mucha alegría a la cara —murmuró, sin su habitual entusiasmo—. Solo necesitas un repaso. Y, por supuesto, rehacerte el corte, que se te ha asilvestrado. Tendrías que venir más a menudo.

—No es tan fácil, con lo liada que ando.

—Todas andamos liadas.

Noelia había hablado tan bajito que me costó entenderla. Contemplé su imagen reflejada en el espejo del tocador. Pese al maquillaje, se la veía pálida, incluso tristona. Claro que si estaba a dieta forzosa… Cuando quise darme cuenta, ya se me había deslizado entre los labios el peor comentario que le podría haber hecho esa mañana.

—Te veo muy delgada.

Noelia dio un respingo. De soslayo vi cómo Lucinda hacía oreja desde detrás del lavacabezas, a la par que le aclaraba el pelo a otra chica jovencita. ¿O era la misma de antes?

—¿Tú también? Mira que estáis pesadicas hoy.

—No adelgaces tanto, Noelia —murmuré—. No te sienta bien. Estás mejor con tus curvas de siempre.

—A Vicen le gusto más así —me interrumpió ella—. Dice que me hace más elegante, que antes parecía una poligonera.

—¡Poligonera! —me indigné—. Vaya ocurrencia.

—Como comprenderás, la opinión que me importa es la de Vicen, no la vuestra.

—Vale, vale —murmuré, desconcertada ante su agresividad. Y, entonces, le hice una pregunta que debí haberme callado. No en vano se dice que la curiosidad mató al gato—: ¿Sigues viviendo con él…?

Noelia no me dejó ni acabar.

—¡Sois unas impertinentes las dos! Por muy amigas que seamos, lo mío con Vicen no os incumbe.

Reconozco que había sido inoportuna, pero los exabruptos de Noelia me dolieron. En el espejo vi reflejada la cara de consternación de Mabel. Cerré la boca y no la volví a abrir. Noelia tampoco se esforzó por suavizar la tensión. Sumida en un silencio hostil, me aplicó tinte en las mechas, las envolvió en papel de aluminio y me cubrió la cabeza con el secador vaporizador. Un golpe muy bajo, pues sabía de sobra que detesto aguantar envuelta en el calor húmedo de ese chisme, aunque eso suponga acortar el proceso a la mitad. Debía de tener muchísimas ganas de perderme de vista.

26

—Después de zamparme esto, me tocará pasarme un mes a régimen —se quejó Mabel, tras haber reducido su bocadillo de beicon y queso a menos de la mitad.

Habíamos salido juntas de la peluquería y nos habíamos animado a comer algo en el bar de al lado de la librería. Yo estaba desfallecida de hambre y Mabel tampoco debía de andar manca, a juzgar por su velocidad de deglución.

—No seas exagerada, que estás estupenda.

—¡Qué más quisiera yo! —farfulló ella, con la boca llena.

—Te quejas de vicio, como siempre.

Seguimos aplacando el hambre en silencio, hasta que Mabel dejó caer sobre su plato el currusco superviviente del bocadillo, tomó un trago de agua mineral y dijo:

—¿Qué opinas de lo de Noelia? Admitirás que se ha liado con un pigmalión de vía estrecha, manipulador y maltratador.

—Admito solo parte del argumento, señor juez. El que sea un manipulador no implica que le zurre…

—Eli —me interrumpió Mabel—, a mí esa clase de tíos no me la dan con queso. El maltrato no es solo físico: también está el psicológico. Créeme, yo lo huelo a la legua, sea de la variante que sea.

Algo en la voz de Mabel me hizo sospechar. La miré a los ojos.

—No habrás dado con algún tipo que…

—¡Yo no! —me interrumpió ella, categórica—. ¡Que se atreva un tío a ponerme la mano encima y verá lo que es bueno!

Las dos nos echamos a reír. Eso rebajó un poco el desasosiego. Me levanté, fui hacia la barra y pedí los cafés sin consultarlo con Mabel. Sabía que ella lo tomaba solo y con un poco de sacarina. En eso era inflexible. Me demoré hasta que el camarero los preparó y yo misma los llevé a la mesa. Nada más sentarme, Mabel abrió el sobre de edulcorante, echó un poco dentro de su café negro, lo removió y se lo tomó a sorbos ansiosos. Dejó la taza vacía sobre el platillo y susurró:

—Mi padre golpeó a mi madre durante años. Dejó de hacerlo cuando le dio el ictus y ya no pudo levantarle la mano. Literalmente. Entonces, la machacó diciéndole cosas horribles, como que era una inútil más simple que el asa de un cubo, que maldita la hora en que se casó con una mujer tan ordinaria, incluso la llamaba puta… y lindezas

así a todas horas. Y ella le cuidó con abnegación hasta que, por fin, el señor tuvo a bien palmarla. Un lustro entero anduvo pendiente de él, aguantando sus insultos. Yo le habría dado cianuro. —Bebió otro trago, forzó una sonrisa y añadió—: O me lo habría cargado mucho antes con un hueso de jamón, a lo Carmen Maura en *¿Qué he hecho yo para merecer esto?* ¿Te acuerdas de esa peli?

Asentí con la cabeza. Mabel y yo nos reíamos a menudo comentando esa escena de humor negro y surrealista. Pero aquella tarde no estaba yo para hablar de películas de Almodóvar. Me inquietaban dos cosas: la inesperada revelación de Mabel y por qué me la hacía precisamente cuando hablábamos del novio de Noelia.

Yo sabía lo del ictus de su padre, pero jamás sospeché que a ese hombre se le hubiera ido la mano con su mujer. Ingenua de mí, pensaba que el reparto de funciones en aquel matrimonio era el que se consideraba normal durante nuestra infancia y adolescencia: el padre ejerciendo de general en jefe proveedor-de-manduca y la madre reducida a soldado-raso-doméstico a cargo de la intendencia. Ahora, de pronto, empezaban a encajar muchas cosas que llevaban años flotando en mi mente como piezas de Tetris.

—¿Cuando quedábamos siempre en mi casa para estudiar porque decías que tu madre padecía jaquecas y no querías molestarla…?

—Era porque había quedado hecha un eccehomo después de una paliza.

No pude reprimir el súbito enfado.

—Mabel, nos conocemos desde el instituto. ¿Por qué nunca me habías dicho nada? Puedo entender que te diera corte de adolescente, pero ya de adulta…

—Me daba vergüenza —murmuró ella—. De hecho, aún llevo la vergüenza pegada a la piel como una costra.

—Si alguien tenía que avergonzarse, era tu padre, no tú.

—No lo entiendes, Eli. —Mabel apuró su taza en silencio, tan angustiada que le puse una mano sobre el antebrazo para sosegarla—. Hice todo lo posible por conseguir que me enviaran a estudiar fuera. En cuanto pude, me largué de casa con viento fresco. Dejé a mi madre sola con el monstruo y con los machitos de mis hermanos, que miraban para otro lado y nunca movieron un triste dedo para defenderla. Aunque yo tampoco le ayudé. Me piré y viví mi vida como si nunca la hubiera visto marcada por los golpes de ese bestia ni la hubiera oído llorar, encerrada en el cuarto de baño después de una paliza. Eso es lo que me avergüenza… y me avergonzará hasta que me muera. Fui cobarde y le fallé.

Le apreté el antebrazo.

—Lo siento, Mabel. Yo te fallé a ti. Debería haberme dado cuenta de lo que ocurría en tu casa. Y eso que había cosas que no encajaban. Ahora lo veo, pero entonces…

—Tú no podías enterarte de eso. Eras una adolescente razonablemente feliz. Tu padre era un pedazo de pan y en tu casa había paz, incluso alegría. ¡No sabes cómo os envidiaba a ti y a Cecilia!

Me acabé el cortado a tragos ansiosos. Seguía sin saber qué decirle.

—Cuando perdí a Aitor por culpa de ese borracho de mierda que lo arrolló —siguió Mabel—, pensé durante mucho tiempo que había sido mi castigo por haber huido del problema que había en casa.

—No digas eso, mujer…

Ella se encogió de hombros, llena de impotencia y tristeza.

—¿Y sabes lo más raro de todo, Eli?

Negué con la cabeza. A saber qué saldría de su boca ahora.

—Cuando por fin murió mi padre, mi madre y yo le lloramos. Creo que en el fondo le quisimos y él nos quiso un poco a nosotras, a su violenta y retorcida manera. O, quién sabe, a lo mejor lo que me dolió fue el hecho de no haber tenido nunca un progenitor de esos cariñosos que adoran a su mujer y a su prole; uno como el tuyo. Puede decirse que perdí a mi padre sin haber tenido nunca un padre de verdad.

Yo seguía muda. Tan compungida, tan incómoda que no sabía qué hacer. Me limité a seguir acariciándole el antebrazo a mi amiga.

—Con los años —murmuró Mabel, abismando la mirada en el poso negro sedimentado en su taza vacía— he llegado a la conclusión de que se establece una relación de dependencia mutua entre el maltratador y su víctima. Los dos se necesitan de una manera malsana. Vale que, cuando éramos niñas, las mujeres lo tenían muy crudo para escapar de ese círculo vicioso. Imagínate a mi madre, con tres hijos y sin trabajo ni cualificación profesional conocida. Pero es que ella, encima, siempre perdonaba a mi padre, incluso se las arreglaba para justificar sus arranques de ira. Que si había tenido un mal día, que si trabajaba mucho para sacarnos adelante… Después del ictus, me decía que la insultaba porque había quedado hecho una piltrafa. —Mabel intercaló un suspiro—. Yo le odiaba, pero al mismo tiempo me pasé la adolescencia y la juventud buscando su aprobación y alguna migaja de cariño. —Su boca se torció en una sonrisita amarga—. Cosa que nunca encontré, porque, cuando el señor estaba agrio, y eso era casi siempre, podía ser muy cruel.

—¿Te llego a pegar?

—A mí, no. Los golpes los guardaba para mi madre.

Me recliné en mi silla. Estaba hecha un lío.

—Sigo pensando que deberías haber confiado en mí. Somos amigas desde la adolescencia.

—Nunca me ha resultado fácil hablar de esto —se defendió Mabel—. De hecho, jamás se lo conté a nadie. Era mi secreto vergonzante. Y, ahora, quiero que este tema vuelva al cajón donde lo guardaba bajo llave. Hoy lo he sacado a colación para que veas que no hablo por hablar. Huelo a distancia a los tipos que maltratan a sus mujeres, sea física o psicológicamente. Y me da que el Richard Gere con el que se ha liado Noelia es tóxico de narices.

—Deberíamos hacer algo, ¿no?

—No podemos, Eli. Noelia está enamoradísima de ese tío y todo le parece maravilloso. No nos va a escuchar, digamos lo que le digamos. Ya has visto cómo se ha puesto esta mañana.

—Pues menudo panorama tenemos. Susa enferma terminal, Noelia enrollada con un tipo que la anula…

—Es la vida, que saca su mala leche cuando menos te lo esperas.

—Y que lo digas.

Mabel se levantó, como a cámara lenta.

—Bueno, me tengo que ir a poner en marcha mi negocio ruinoso. —Había subrayado la palabra «ruinoso» con una risita nada alegre—. Invito yo, ahora que aún puedo.

—Eso no ha tenido gracia. Si no veo claro lo de la *boutique* es porque me preocupo por ti. Nada más.

Me puse en pie también.

—Lo sé, mujer —replicó ella, en tono conciliador—. Pero puedes estar tranquila. Recuerda que soy economista. En el banco he aprendido a moverme con prudencia cuando se trata de dinero.

Me encogí de hombros. Noelia no era la única que no escuchaba a sus amigas.

—¿Al menos, me harás descuento cuando te compre modelitos?

—¡Por supuesto! Y te vestiré tan *fashion* que tendrás que sacudirte a los tíos con la paleta matamoscas, ya lo verás.

27

Pasé el resto del día rumiando la actitud hostil de Noelia hacia nosotras y las sorprendentes revelaciones de Mabel sobre su padre. Llevábamos más de media vida siendo amigas y no me había enterado de lo que ocurría en su casa hasta que tuvo a bien contármelo. Yo siempre me había tenido por una persona observadora, pero en ese asunto había fallado estrepitosamente. Y no me valía la excusa de que entonces era demasiado cría para advertir los indicios de maltrato en casa de Mabel. Había vivido mi cómoda existencia dentro de una familia sin problemas económicos y más o menos bien avenida, sin interesarme por las miserias del exterior. A eso se le llama ser superficial.

Tras el paseo nocturno de Scarlett, me metí dentro del pijama más vetusto e informe del armario (por ende, el más cómodo), elegí entre mi colección de DVD *Melodías de Broadway 1955,* de Vincente Minnelli, y me incrusté en el sofá con Scarlett al lado y una copa de chardonnay sobre la mesita auxiliar. Cuando llegó el baile de Fred Astaire y Cyd Charisse en un Central Park mágico de cartón piedra, ella con su vestido blanco de falda plisada voladora y calzado plano para disimular que superaba en estatura a Fred, impecable en traje de color crudo y zapatos bicolores, intenté disfrutar de la compenetración de la pareja, de los movimientos perfectos de la Charisse y de la elegante ligereza que lograba transmitir Astaire. Esa escena es una de mis preferidas entre todos los musicales de Hollywood. La he visto miles de veces y siempre me serena, pero aquella noche no consiguieron animarme ni el vino ni la película, ni siquiera el cariño que me daba Scarlett, a mi lado. Al acabar el baile, me sentí aún más vacía y hundida que antes. Cogí el móvil y busqué el número de Mabel en la lista de favoritos. Antes de pulsar el botón de llamada, consulté el reloj y desistí. Era demasiado tarde, incluso para incordiar a la que consideraba mi mejor amiga. Puse la película en pausa, me levanté y fui a la cocina a por más chardonnay.

Mientras rellenaba la copa, mis pensamientos se dispersaron en un caos del que salieron victoriosas mi infancia y mi adolescencia. Las dos épocas en las que se forja nuestra personalidad. Las que nos convierten en lo que seremos, por mucho que después creamos que han sido los avatares de la vida los que nos han ido moldeando. El

tiempo en el que se perfilan nuestros gustos, aunque entonces no nos demos cuenta. Y recordé las veladas que mamá, Cecilia y yo pasábamos prensadas en el sofá viendo películas antiguas en la tele, aderezada la diversión con palomitas de maíz o chocolate, según hubiera dispuesto nuestra madre, mientras papá leía sentado en su sillón orejero, ajeno al parpadeo del televisor. Nuestros favoritos indiscutibles eran los viejos musicales de Hollywood. Cantábamos con Gene Kelly bajo la lluvia y no necesitábamos mojarnos para sentir cómo el agua y la felicidad resbalaban por nuestras mejillas; flotábamos en brazos de Fred Astaire sobre un suelo abrillantado para reflejar el vaivén de las miles de plumas y lentejuelas que adornaban nuestros vestidos níveos; descubríamos junto a Cyd Charisse la sedosa tentación de las medias de seda capitalistas en *La bella de Moscú;* incluso nos sentíamos un poco Liza Minnelli cuando cantaba con su sensual —y rudo— desparpajo «Life is a cabaret of chance…, come to the cabaret…».

En la adolescencia, Cecilia y yo llevábamos una doble vida. Por fuera éramos rebeldes y contestatarias, dispuestas a alejar de nosotras todo lo que había encorsetado a la generación de nuestra madre. No entraba en nuestros planes dejarnos atrapar por el matrimonio ni la maternidad. Las mujeres podíamos y debíamos aspirar a realizar nuestros planes, no a aparcarlos por tiempo indefinido, como había hecho mamá después de mi nacimiento. Sin embargo, en cuanto nos sentábamos con ella ante el televisor para ver el musical de turno, nuestros sueños se impregnaban de música y bailes sensuales en brazos de hombres que nos descubrían el amor entre viajes exóticos, vestidos vaporosos, burbujas de champán y besos fugaces sin lengua ni saliva, como impuso el Código Hays durante décadas en el cine de Hollywood. La vida era un abanico en cuyas varillas brillaban infinidad de posibilidades escritas en letras doradas. Nos parecía que no iban con nosotras la madurez, la menopausia, la decrepitud ni la muerte. Si alguna vez pensábamos en eso, nos decíamos que eran cosas de ancianas. Al fin y al cabo, nuestra generación se hallaba a años luz de la vejez. Teníamos por delante todo el tiempo del mundo

¿Y mamá? Aunque a nosotras entonces nos pareciera vieja, aún era joven, guapa y se hallaba en plenitud de facultades. ¿Qué sueños alimentaría su intelecto inquieto? ¿Se le habría enquistado ya en algún recoveco de la mente el miedo a la vejez? Nunca nos preguntamos cuáles habrían sido las ilusiones o los temores de nuestros padres. Ellos estaban ahí, nos proporcionaban cariño, alimento y cobijo, se preocupaban por labrarnos un futuro mientras para nosotras eran las columnas en las que se apoyaba nuestra

existencia. Y es sabido que las columnas son imprescindibles para que una obra se mantenga en pie, pero nadie se interesa jamás por sus anhelos o desdichas.

Regresé al salón con la copa rellenada y Scarlett pegada a mis talones. Antes de llegar al sofá me detuve ante la mesa grande, la que en tiempos de Zaro usábamos para las comidas con amigos y en la que yo, fiel a mi naturaleza desordenada, solo amontonaba libros, papeles y algún que otro trasto. Desde el tablero me miraba insolente la novela de Zaro, despertando en mí la mezcla de atracción morbosa y rechazo que llevaba semanas torturándome. Tras haberla arrastrado conmigo en el bolso durante días, la había dejado allí nada más entrar en casa. La atrapé con la mano libre y me dejé caer de nuevo en el sofá. Scarlett se hizo un ovillo a mi lado. Durante un buen rato, me debatí entre volver a poner la película o abrir el maldito libro. Venció la curiosidad malsana por seguir leyendo cómo se enredó Zaro con aquella exuberante profesora sustituta. Abrí la novela por la página que tenía marcada con un recibo de mi última compra rápida en el súper. Leche, huevos, yogures y naranjas. ¡Qué marcapáginas tan vulgar para el libro estrella de la *rentrée* de enero!

«Al principio me mantuve lejos de Virginia. Temía extraviarme entre sus pechos de sirena y naufragar en su océano de voluptuosidad. Los tíos somos así de cobardes. Cuanto más nos remueve la entrepierna una mujer, más nos empeñamos en huir de ella. Sobre todo yo, que siempre había creído mandar sobre mis instintos.

»En el fondo era consciente de que ella me buscaba. Bajo sus cejas gruesas y bien perfiladas ardía una mirada de gatona joven, segura de su poder sobre el ratón confundido y sediento de consuelo que era yo, recién estrenada mi cuarentena y la orfandad de padre. Un día quiso el destino que nos encontráramos los dos a solas en la sala de profesores. O quizá no fue el destino. Tal vez los compañeros, conscientes de las chispas que flotaban en el aire cuando ella y yo estábamos juntos, se habían puesto de acuerdo para no interponerse en el camino de la Gatona, ni de la fuerza que me empujaba a caer en su trampa.

»¡Y cómo caí! En realidad, fue todo tan previsible como un telefilm de sobremesa sabatina. Tras las divagaciones de tanteo en la sala de profesores, la Gatona me preguntó a bocajarro si la evitaba porque le caía mal. Me miró con tal tristeza que, para limar asperezas, accedí a tomar una cerveza con ella después del trabajo. Acabamos en un pub oscuro que olía a alcohol enquistado, higiene mínima y artimaña. La cerveza se multiplicó por dos, luego por tres. Mi deseo por cuatro.

»Es sabido que trasegar alcohol a palo seco juega malas pasadas. A mí me hizo abismar la vista en el precipicio de su escote, empujó mi boca hacia sus labios y empotró mi lengua bajo su paladar con sabor a cerveza y almíbar. Su cuerpo irradiaba un perfume floral mezclado con el inconfundible aroma a hembra joven. Sentí un escalofrío, después me consumió el fuego. Siempre he sido muy receptivo a las esencias que desprenden las mujeres. La de la Gatona me condujo al cadalso sin salvación posible. Mi patíbulo fue el piso donde ella vivía con otras dos chicas a las que yo llegaría a conocer en el futuro, aunque no aquella tarde de vapores etílicos y deseo desbocado, besos brumosos entre suspiros y prendas que fuimos abandonando de camino a su dormitorio. Cuando llegamos a la cama, estábamos casi en pelotas y no tuvimos que perder tiempo en desnudarnos.

»Aquella tarde traicioné todo lo que me importaba a cambio de un sexo visceral que engullía las palabras, las caricias y la ternura. Durante meses viví entre las piernas de la Gatona y la mentira; el deseo insolente y un arrepentimiento desmesurado. Me despreciaba a mí mismo por permitir que me dirigiera el sexo, pero era incapaz de alejarme de esa tentación hecha de juventud, pechos firmes y vulva jugosa. La carne gasta esas bromas a los incautos atrapados entre el acceso a la madurez y el duelo por la muerte del padre. ¿Amaba a la Gatona? ¿Fui feliz? Aún no lo sé. Mi única certeza es que me sentí como si volviera a ser un veinteañero y todo fuera posible.»

Cerré el libro y lo dejé caer sobre mi regazo. Entre el resentimiento por la infidelidad de Zaro se filtró un atisbo de comprensión del estado de ánimo que arrastró tras la muerte de su padre. Me acabé de un trago la segunda copa de chardonnay, que había llenado generosamente. De mi bruma espirituosa emergió, cual fantasma del padre de Hamlet, mi exsuegro, un hombre imponente por su talante despótico y por su envergadura física, mucho más robusta que la de Zaro, que se parecía a su madre. A mí nunca llegó a caerme bien. Ni él ni su esposa ni el malsano juego que se traían entre manos los dos. El déspota y la mosquita muerta que, a su manera, se vengaba del maltrato psicológico del marido sacándole de sus casillas y recreándose en el papel de víctima cuando él estallaba. Cada vez que intentaba abrirle los ojos a Zaro sobre ese particular, él me tachaba de retorcida y de ver cosas que solo existían en mi cabeza. Acabé desistiendo, pero seguí convencida de que mis intuiciones eran acertadas, no fruto de un ramalazo maquiavélico ni de la antipatía que me inspiraba esa pareja.

Cuando el cáncer se cernió sobre mi suegro, enterré el hacha de guerra y me uní a los esfuerzos de Zaro y su madre por hacerle más llevadero el doloroso tránsito hacia la muerte. No resulta fácil asistir impotente al deterioro de un ser humano cuyo desenlace se sabe desde el principio, ni ser testigo de su creciente padecimiento, sus secreciones, sus vómitos y la debilidad de sus últimos días, transcurridos entre sopores de morfina y momentos de lucidez en los que pedía quedarse a solas con su hijo para hacer las paces. Zaro nunca me reveló de qué habló con su padre durante sus ratos robados a la parca. Recuerdo esa temporada como un trance agobiante y oscuro, que acabó aislando a Zaro en una cápsula de silencio melancólico. Para mí supuso un alivio cuando observé que recuperaba la energía tras el duelo, sin sospechar para nada cuál era la razón de su regreso a la vida.

Aquella deprimente noche de cincuentona solitaria pensé, por primera vez desde que rompí con Zaro, que debí haberle arropado más tras la muerte del déspota al que él, pese a todo, debió de querer. Aunque a esas alturas ya no importaba. El pasado no se deja enmendar.

Acaricié la cabeza de Scarlett para calmar mi creciente desasosiego.

—¿Qué te parece, señorita Escarlata?

La perra alzó cabeza y orejas. Sus ojillos negros me miraron entre las greñas, tan amorosos como siempre.

—Hasta los tíos que van de listos ceden a los cantos de sirena de unas tetas jóvenes y gordas. No lo olvides cuando te corteje tu Winston.

Ella se limitó a lamerme la mano. Arrojé la novela sobre la mesita de centro. La copa vacía amenazó con volcar. Afortunadamente, se estabilizó y no acabé recogiendo cristalitos del suelo. Esa noche ya habría sido el colmo.

—¡Maldito Zaro! —murmuré con la lengua pastosa—. En lugar de echarte de casa, debí darte una buena patada en la entrepierna. Te habría arrancado de cuajo las ganas de tirarte a jovencitas pechugonas.

28

El resto de aquella semana fue poco memorable. Yo acudía de casa al trabajo y viceversa, soportaba el entusiasmo de Adela por las crecientes reservas de la novela de Zaro y el sábado visité a mamá en su reino tenebroso con olor a medicamentos y vejez. La pobre se debilitaba a ojos vista. La decrepitud de nuestros padres es dura de afrontar, pues nos pone enfrente la película del que será nuestro futuro, salvo que se le adelante la muerte. Yo ya había empezado a preparar a Cecilia durante nuestras conversaciones semanales por Skype para el desenlace más que evidente, pero no por ello menos temido. Me partía el corazón ver su cara de desolación en la pantalla y el brillo que barnizaba sus ojos negros cuando sacaba el tema, pero mi hermana debía saber lo mal que estaba nuestra madre.

Salí de la residencia hundida en una tristeza brumosa de la que no me salvó ninguna llamada redentora de Mabel, ni tampoco de las demás amigas del Séptimo de Caballería. Andábamos todas muy dispersas aquella temporada, pendiente cada una de sus problemas o de su felicidad, como la pobre y abducida Noelia, a la que en el fondo envidiaba un poquito pese a la mala espina que me daba su arquitecto. Podría haber marcado yo el número de alguna de ellas, preferiblemente el de Mabel, pero no me sentí con fuerzas. Regresé a casa, me puse ropa cómoda y me resigné a bajar con Scarlett a la calle porque no me quedaba más remedio, pero el cuerpo me pedía acostarme y arrebujarme bajo el nórdico para olvidar.

Hacía un frío espantoso, anticipo sin duda del invierno que ya llamaba a la puerta. Helada dentro del plumas de nubarrón que me había puesto encima de las mallas y la sudadera anchurosa, con la capucha calada hasta las cejas, saqué con la mano libre un clínex del bolsillo y me limpié las estalactitas que me goteaban de la nariz. Se imponía regresar al calor de la calefacción central antes de que la perra y yo nos convirtiéramos en carámbanos. Tiré de ella y la conduje hacia el portal. Cuando ya nos faltaban pocos pasos para llegar, empecé a buscar las llaves en el bolsillo.

No llegué a sacarlas.

De repente, me vi en el suelo todo lo larga que era, con las baldosas de la acera a dos centímetros de la nariz y enredada toda mi persona en lo que parecía una correa de perro extensible. Scarlett me

lamía la cara, hecha un manojo de nervios y lloriqueando. Un can desconocido, que de reojo me pareció grande y aún más feo que Scarlett, ladraba por encima de mi cabeza con voz chillona. Apoyé los codos en el suelo, rezando por que no me mordiera ese bicho histérico y que no hubiera caído encima de una caca canina. Ya se sabe que en esas situaciones nos asaltan los pensamientos más peregrinos. Entonces, dos manos fuertes me asieron por las axilas y me levantaron como a una muñeca de trapo. Al ponerme en pie, noté un leve dolor en la rodilla derecha. Miré hacia abajo. Había un enorme boquete en la malla a través del que se veía mi piel desollada. Alcé la vista hacia el dueño, o dueña, de las extremidades salvadoras.

Los ojos verdiazules de un hombre joven me miraban bajo unas pobladas cejas rojizas y un gorro de lana negro, de esos que les gustan a los chavales y les dan aspecto de duende. O de atracador del Bronx neoyorquino colocado hasta el pelo de *crack*. El desconocido abrió una sonrisa de preocupación entre su barba de varios días, que me provocó sensaciones parecidas a las que me sacudieron la primera vez que vi a Zaro en la fiesta de Nochevieja de los bilbaínos. Eso me enervó aún más que la caída, provocada sin lugar a dudas por ese chucho que seguía ladrando.

—¡A ver si aprendes a controlar a tu perro! —le grité al chaval—. Es un asesino en potencia. ¡Y tú eres peor que él!

—Lo siento, señora. Le pido mil disculpas. Es que… es que soy nuevo en esto, esto de tener perro…

Le pasé revista de arriba abajo, sin molestarme en disimular. Era lo que las chicas de ahora califican de pibón. A pesar de su aspecto algo desaliñado, un tío bueno en toda regla que me llamaba señora y me decía de usted. ¿Qué se había creído, el muy cretino?

—Puedes ahorrarte lo de señora —le espeté—. No soy tan vieja.

—Claro, señ… —Carraspeó, cohibido—. ¿Se ha hecho daño?

Me palpé por encima del plumas. Apoyé bien un pie, después el otro. Moví brazos y manos al estilo molinillo. Salvo por el escozor de la rodilla, parecía que mi persona estaba entera. Lo más maltrecho era la autoestima. Miré al perro. Un bicho de color canela, grande, flaquísimo, con el párpado de un ojo caído.

—¿Cómo se te ocurre llevar un perro como ese con una correa extensible y, encima, dejar que se alargue tanto? Podría haberme roto algo.

Me incliné para tranquilizar a la pobre Scarlett, que seguía fuera de sí.

—Lo siento, de verdad —balbuceó el tío bueno—. Es que solo hace dos días que está conmigo. Lo encontré vagabundeando por el

campus, más chupado y hambriento que para qué. Me dio pena y me lo llevé a casa. Al principio, a mis compañeros de piso no les hizo ni pizca de gracia, pero acabaron tragando. Uno hasta bajó al súper para comprarle los accesorios.

—Tienes que hacerte con un arnés y una correa más sólida, sobre todo que no sea extensible. Es un perro muy grande y cuando engorde, con esa mierda que usas, no lo podrás controlar. ¿Lo has llevado al veterinario?

Asintió con la cabeza.

—Sí, era la condición de los del piso para no mandarlo a escaparrar. No sé, esos cualquier día me lo convierten en salchichas. —Se cortó y carraspeó de nuevo—. Perdón.

Sonreí contra mi voluntad.

—Sois un poco salvajes, ¿no?

Él se encogió de hombros y abrió una sonrisa blanca. «Buen trabajo de ortodoncia», pensé. Me sentí transportada de nuevo a aquella Nochevieja de mi juventud en la que conocí a Zaro. Me incliné y examiné mi rodilla a través del boquete en la malla.

—Está sangrando —dijo él.

—Eso ya lo veo.

—¿Le duele?

—Psee…

—Yo… estudio Medicina; si quiere, puedo echarle un vistazo. ¿Tiene botiquín en casa?

Hice balance mental: un estuche con agua oxigenada, un frasco de Betadine probablemente caducado, un resto de algodón de farmacia, aspirinas y una cajita de tiritas casi vacía. ¿Podía considerarse eso un botiquín de emergencia? Decidí que sí y afirmé con la cabeza. La cara me empezó a arder pese al frío.

En menos que canta un gallo, entrábamos en mi portal. Yo a la cabeza y el joven detrás de mí, tirando cada uno de la correa de su perro. Los canes se habían tranquilizado. Por el contrario, yo empecé a ponerme muy nerviosa. ¿Cómo se me ocurría llevarme a mi casa a un completo desconocido? Me estaba comportando igual que esas abuelitas confiadas a las que desvalija cualquier embaucador tras haberse colado en su piso con mentiras hueras. Miré de reojo al chucho causante de mi caída y sacudí la cabeza bajo el capuchón. Un hombre capaz de adoptar a un animal callejero tan espantosamente feo como ese y casi tuerto no podía ser un criminal.

Subimos en dos turnos por no sobrecargar el ascensor. En el vestíbulo de casa nos recibió el calor de la calefacción central y el aroma a sándalo del ambientador.

—¡Qué bien se está aquí! —exclamó él—. Donde yo vivo nos matan de frío. Ponen la caldera solo un rato por la tarde.

Me bajé la capucha y me volví hacia él. Se había quitado el gorro de duende y una mata de pelo rubio rojizo le enmarcaba la cara. Volvió a enseñarme su dentadura sana valiéndose de la sonrisa de quien conoce el efecto que causa. ¡Cielos, acababa de meter en casa a una copia de Colin Firth en sus años mozos! Mi mente de cincuentona con hormonas desequilibradas, a dieta forzosa en cuestión de sexo, empezó a desvariar.

—Tú trabajas en la librería Cantarena, ¿verdad? —preguntó él, manoseando cohibido su gorro en medio del vestíbulo, agarrado aún a la correa del chucho.

—Soy la dueña. ¿Vas mucho por ahí?

—Bastante. Siempre me atiende Adela, pero te tengo vista.

¿Cómo no había reparado yo en ese espécimen dentro de la librería? Estaba perdiendo facultades. No supe qué decirle. Me limité a colgar el plumas de nubarrón en el perchero y a quitarle el arnés a Scarlett.

—Pasa al salón, que voy a buscar el botiquín. Puedes soltar a tu perro si lo controlas. A todo esto, ¿cómo se llama?

—Golfo.

Muy apropiado. Señalé la puerta doble acristalada y me dirigí al baño. A cada segundo me ponía más nerviosa y aumentaba la procacidad de mis pensamientos. Hacía meses desde la última vez que un hombre pisó el pergo de la entrada en dirección hacia mi cama. Un tipo de cuarenta y tantos cuyo nombre ni recuerdo, de cuerpo limpio, en estado de forma aceptable y con grandes entradas sobre la frente, al que me había camelado durante una de esas noches de chicas que organizaba Mabel antes de quedarse en el paro. El sexo con él fue agradable, aunque nada del otro mundo. Ahora me iba a tocar la rodilla un chaval que solo pretendía cerciorarse de que la vieja lesionada por su culpa no se había hecho nada grave. Abrí el armario del baño y saqué el neceser donde guardaba mi escueto dispensario. «¡Maldita sea!», rumié. Tendría que haberle despachado en la calle. Para aplicarme Betadine caducado me bastaba yo sola.

Cuando regresé al salón, el trasunto de Colin Firth se había sentado en el sofá, con el anorak desabrochado y expresión de sentirse incómodo. Scarlett y Golfo se desparramaban a sus pies, la primera sin bajar la guardia del todo. El famélico Golfo parecía cohibido y, al mismo tiempo, a gusto sobre la alfombra manchada por Scarlett. Al verme entrar, el joven se levantó de un brinco.

—Puedes quitarte el chaquetón o te vas a asar —le sugerí—. En

esta comunidad ponen la calefacción muy alta.

Él agradeció la invitación con una nueva sonrisa. ¡El condenado enseñaba los dientes más que Chayanne! Se despojó del anorak, lo dobló con cuidado y lo dejó en una esquina del sofá. Sudadera de Geographical Norway, pantalones de chándal con las tres rayas de Adidas, zapatillas de deporte Converse y un cuerpo francamente apetecible. Tragué saliva.

—Siéntese, que le examino la rodilla.

—Puedes tutearme. Me llamo Elisa.

—Yo Florián.

Obedecí y él se acuclilló delante de mí.

—¿Puedo bajarte… hummm… la malla? —preguntó, trazando una expresión muy profesional.

¿En qué curso de Medicina estaría? ¿Les enseñarían ya en las primeras clases a adoptar la pose de médico? Asentí solo con la cabeza. La excitación me había comido el habla. Antes de que él pudiera acercarse a mí, me liberé yo misma la pierna en cuestión, retorciéndome en el sofá cual anguila. Debí de quedar bastante ridícula, con una pernera puesta y la otra colgando. Florián me palpó la rodilla a conciencia, preguntándome en cada cambio de posición de sus dedos si me dolía. Yo respondía siempre «un poco», aunque lo que sentía era el escozor de la herida y nada más.

—Creo que no hay ningún estropicio interno —concluyó él, sin apartar los dedos de mi piel—. ¿Me acercas el Betadine?

—Claro…

Abrí el neceser. Le tendí el frasco y el bolo de algodón que quedaba. Florián arrancó un pedacito, lo hizo una pelota y lo impregnó de Betadine.

—Esto se te está acabando.

—Hummm…

Cuando aplicó el desinfectante, me tuve que contener para no quejarme como una niña del escozor. Siempre he sido muy melindrosa para el dolor físico, por leve que sea.

—Ya está.

Me tendió el frasco y el algodón empapado en desinfectante de color hierro. Pero en lugar de incorporarse o alzar la mirada, sopló con suavidad sobre la zona que aún ardía. Yo le tendí una tirita. Él le quitó el papel protector y me la aplicó con suavidad. Después, volvió a posar sus dedos sobre mi rodilla y… ¿realmente me estaba acariciando la piel alrededor del apósito o eran imaginaciones mías?

Se suele pensar que las mujeres perdemos la libido cuando entramos en la menopausia, que nos convertimos en seres asexuados

como los ángeles, pero sin alas ni rizos dorados, más bien difuminadas en tonos grises; que nos vamos haciendo pequeñas como ratones. Puede que al retroceder la producción de estrógenos dejemos de emitir señales y nos convirtamos en invisibles (e inodoras) para los hombres, pero nosotras seguimos estando receptivas a la belleza masculina. Y en esa extraña noche tenía a un hermoso ejemplar de veinteañero, un rubio casi pelirrojo, de ademanes dulces y sonrisa perpetua, acuclillado a escasos centímetros de mí. Sentía las yemas de sus dedos deslizándose con delicadeza sobre mi piel, aspiraba su aroma a limpio, a hombre que todavía no piensa en la muerte. Con solo estirar un poco la mano, podría tocar ese cuerpo espléndido que aún no había sido mancillado por el tiempo ni la vida.

Me entró pánico. Alejé sus manos de mi rodilla. Me desembaracé del frasco de Betadine casi vacío, el algodón manchado y la caja de tiritas dejándolas caer al suelo y salté del sofá. Él me miraba desde abajo, sorprendido o asustado, no sé.

—¿Te he hecho daño?

Negué con la cabeza. El corazón me latía a mil por hora. La cara me empezó a arder. «Elisa Cantarena, te estás comportando como una adolescente idiota», me reprendí. Inspiré y balbuceé:

—A todo esto, no te he ofrecido nada para agradecerte tu amabilidad. ¿Quieres un vino? Porque café a estas horas…

Florián se incorporó y se acomodó en el sofá. Aún parecía confuso. Igual pensaba que había dado con la loca del barrio. Se encogió de hombros.

—Vale…

Me recoloqué las mallas y me precipité hacia la cocina. Buena la había hecho ofreciéndole vino, cuando tendría que haberle despachado con buenas palabras. O haber obedecido al impulso de meterle mano. Todavía podía sentir sus dedos deslizándose alrededor de la desolladura de mi rodilla. Seguro que Mabel no se habría asustado como una niñata. Cada día me volvía más tonta.

Saqué del frigorífico un chardonnay de Enate, lo descorché y llené dos copas de las que guardaba en un armario de la cocina. Solo faltaba que ese chico me viera sacando las de la cristalería de mamá. Me tomaría por una abuela cursi. Regresé al salón. De tanto que me temblaban las manos, el líquido ambarino levantaba oleajes dentro de los recipientes. Dejé una de las copas sobre la mesita auxiliar delante de Florián y me senté con la mía en el extremo más alejado del otro sofá. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Él debió de pensar algo parecido cuando dio un trago cauteloso a su vino.

—Está bueno… y fresquito.

—Ni siquiera te he preguntado si te va el vino blanco.

—Bueno, soy más de cerveza…, pero este me gusta.

Noté cómo mis labios trazaban una sonrisa a lo Peter Sellers en *El guateque*. O sea, bobalicona a más no poder. Él me la devolvió. La suya seguía en la línea de Chayanne. Así permanecimos un rato, prensados dentro de un silencio que casi dolía. Fue él quien arrancó a parlotear tras haberse aclarado la garganta, como quien se dispone a dar un discurso sacudido por los nervios. Contó de carrerilla que llevaba casi tres años en Zaragoza. Procedía de un pequeño pueblo del Pirineo y se enorgullecía de su origen montañés. Estudiaba tercero de Medicina, su vocación desde bien niño. Tenía intención de especializarse en cardiología o neurología, aún no se había decidido. Vivía cerca del campus con tres amigos, dos de Teruel y uno de Huesca capital. Una noche, cuando salió a dar un paseo para despejarse tras muchas horas de estudio, se encontró con Golfo vagabundeando sin rumbo, las costillas marcadas en el torso como una radiografía, un ojo a la virulé y en el sano la mirada más triste que había visto jamás en un ser vivo. Le encantaban los animales y se fue granjeando su confianza dándole de comer día a día. El perro le esperaba siempre en el mismo lugar a la misma hora, hasta que consiguió que le siguiera a su casa. Golfo aún tenía que ganar kilos, y a su ojo le faltaba abrirse del todo, si es que eso llegaba a ocurrir algún día, pero lo más difícil estaba siendo erradicar su miedo acumulado durante toda una vida callejera y que se adaptara a vivir en un piso.

Había hablado deprisa, como acelerado por la desazón, y tuvo que callarse a tomar aire. Vació media copa de un trago y se me quedó mirando, con las mejillas de montañés sonrosadas, los labios aún húmedos de chardonnay. Se me ocurrió que sería delicioso besar su boca, ahora que sabría a vino blanco. Volví a sentir el impulso de tocar ese cuerpo tentador. ¿Por qué no hacía realidad mi fantasía de una vez y me enfrentaba al más que probable rechazo? Cualquier cosa resultaría menos ridícula que mi comportamiento de solterona pudorosa esa noche.

Florián se puso en pie.

—Bueno…

«Este me ha leído el pensamiento y ahora va a huir como alma que lleva el diablo, tirando de ese perro semituerto al que llama Golfo», anticipé para mis adentros.

Florián se acercó muy despacio a mí, ruborizado cual damisela de una novela de Jane Austen. Una damisela que debía de medir por lo menos uno noventa, poseía un cuerpo de los que envuelven a una

mujer y se parecía a Colin Firth cuando empezó a despuntar en el cine. Deseé que me tragara la tierra sin molestarse siquiera en escupirme en otro lugar. Merecía vegetar para siempre en la endosfera por reprimida y por tonta. Entonces, él murmuró:

—Estás buena, Elisa…

… «pero no me ponen las mujeres mayores», completé mentalmente.

Para mi infinita sorpresa, Florián se inclinó y posó sus labios sobre los míos. Percibí el sabor afrutado del chardonnay mezclado con su esencia, dulce como el moscatel entreverado de la fuerza de un verdejo. Me derretí igual que el azúcar que deshacía mamá en un molde para preparar flan. Abrí la boca y permití que su lengua acariciara la mía. Pese a la niebla de placer que me envolvía, noté que los perros se estaban inquietando. Scarlett ya había empezado a gruñir. Me despegué de Florián, aparté un poco mi cara de la suya y farfullé:

—Tranquila, Scarlett, que es amigo.

Sus gruñidos bajaron algo de intensidad, pero Golfo arrancó a ladrar con su voz estridente de perro famélico.

—Ha pasado tanta hambre que si le pones un cazo de comida, se callará —sugirió Florián.

Me levanté con desgana y corrí a la cocina. Llené un cuenco hasta arriba de pienso para Golfo, eché también en el comedero de Scarlett y coloqué los dos recipientes junto a la puerta de la cocina. Llamé a los canes, que no tardaron en acudir. Scarlett enterró el hocico en su comedero, como para marcar su territorio ante el intruso, que se abalanzó sobre la otra escudilla con el ansia que deja el hambre atrasada. Florián vino, me comprimió contra el marco de la puerta y reanudó el beso interrumpido. Su aroma incrementó aún más mi excitación. No solo por la mezcla de gel de ducha, desodorante, canela y un poco de sudor reciente. Me di cuenta de que los hombres veinteañeros huelen distinto a los de mi edad. A impulso sexual en ebullición. A energía a raudales. A animal preparado para aparearse y perpetuar la especie. Tanto cuento con eso del raciocinio del ser humano y, en el fondo, estamos condicionados por nuestras hormonas, igual que cualquier mamífero sobre la tierra.

—¿Y si me invitas a tu cama? —susurró—. ¿O hay marido a punto de llegar?

Negué con la cabeza, le cogí de una mano y le arrastré hasta el dormitorio, mientras los perros seguían comiendo con avidez. Cerré la puerta para evitar que entraran en la habitación y se nos subieran a la cama a mitad de faena.

Yo llevaba una década sin pareja. Desde que Zaro y yo rompimos, me conformaba con meter en mi alcoba las presas que conseguía atrapar, no las que codiciaba; como un cazador miope que dispara a todo lo que se mueve confiando en la suerte de acertar. De pronto, el azar, encarnado en un chucho flaco y casi tuerto, había puesto en mi camino a un veinteañero apetecible y amable que se parecía a Colin Firth. Un joven que comenzó a desnudarse en cuanto pisamos la habitación, dejando un sendero de ropas *casual* desde la puerta hasta la cama. Mi último pensamiento medio racional, antes de despojarme de las raídas prendas de andar por casa, fue que llevaba siglos sin contemplar un trasero como el de Florián. Ya desnuda y tapándome las tetas con las manos —la ley de la gravedad no se había ensañado con desmedida crueldad, pero temía que no estuvieran a la altura de un hombre tan joven—, me apresuré hacia la cama, sobre la que él me aguardaba ya, tendido boca arriba y sonriendo, siempre sonriendo, con los brazos estirados hacia mí al estilo del protagonista de una película erótica tirando a mala. Bendije mi suerte, me arrodillé sobre la cama a su lado y sembré de besos su torso cubierto de vello rojizo, deslizando al mismo tiempo las puntas de mi melena sobre su piel. Florián se estremeció entre un rosario de suspiros. Noté que se le había puesto la carne de gallina. Me revolvió el pelo provocándome escalofríos placenteros en el cuero cabelludo. De repente, se incorporó en un giro felino. Acabé tumbada de espaldas. Él se colocó encima de mí, me amasó los pechos a conciencia y sentí en el pubis la quemazón de su pene duro y caliente. Florián no se extravió en más preliminares. Apenas tuve tiempo de sacar un preservativo del cajón de la mesita e instarle a colocárselo antes de que me penetrara con la vehemencia, algo torpe pero deliciosa, de su juventud. Me colmó a embestidas enérgicas cuyo ritmo fue en aumento hasta cesar en medio de un fuerte gemido, dejando en mi vulva cincuentona y reseca un escozor sorprendentemente gozoso. El tan buscado punto G, descubierto en la década de los cincuenta por un tipo llamado Gräfenberg y divulgado en los setenta por el Informe Hite, me ardía al rojo vivo. Suponiendo que ese fuego en mi interior fuera de verdad el punto G, que nunca he sabido situar con exactitud.

Florián corrió al baño a quitarse el condón. Yo me levanté, aún obnubilada, y me puse la bata. Mi mayor temor en ese momento era que él me viera desnuda de cuerpo entero y reparara en las pequeñas miserias de mi edad madura. Fui a la cocina a beber agua. Después fui a hacer pis. De regreso al dormitorio, ya me esperaba tendido en la cama, con su eterna sonrisa y una nueva erección. No perdió el tiempo cuando me dejé caer a su lado. Sí controló mejor el ímpetu y

dedicamos más tiempo a acariciarnos, besarnos y darnos mordisquitos en nuestros rincones más remotos, antes de que su pene culminara la segunda hazaña con otra exploración de mi cueva. Entre la progresiva inflamación de la entrepierna empecé a sentir una ternura casi maternal. O lo que una mujer que nunca tuvo hijos puede entender por ternura maternal. Florián se me antojaba un niño grande que aún no ha perdido la inocencia. Pese a que no se parecían físicamente, a ratos me recordaba al Zaro de treinta años atrás. Incluso llegué a comprender que Zaro enloqueciera por una chica joven cuyos sueños aún estarían intactos. Sorbí la juventud de Florián como una sanguijuela que se alimenta de energía en lugar de sangre. Acostarme con él esa noche me resarció de lo que había ido perdiendo a lo largo de los años: la juventud, la alegría, la ilusión por descubrir vivencias nuevas. Tal vez esa sea la razón por la que tantos hombres —y cada vez más mujeres— buscan parejas tres décadas más jóvenes que ellos.

Florián se marchó hacia las cuatro de la madrugada, afirmando que lo había pasado fetén. Me regaló un último beso y salió al rellano con Golfo. Yo cerré la puerta rumiando dos conclusiones: que por fin había sido capaz de disfrutar plenamente de una aventura refrescante sin recurrir a la coartada del amor, y que seguirle el ritmo lúbrico a un chaval en plena flor de la juventud me había dejado postrada. Arrastré lo que quedaba de mí hasta el dormitorio y me metí en la cama que aún olía a Florián. Apenas me dio tiempo a sentir caer el peso de Scarlett sobre mis pies antes de abismarme en el sueño de las que acaban de saciar su sed de sexo tras una prolongada sequía.

29

El 30 de noviembre, a las diez de la noche, me llamó Mabel para invitarme a la inauguración de su tienda. Los días anteriores habíamos charlado algún que otro rato por teléfono, siempre de asuntos superficiales. Ella no había vuelto a mencionar a su padre ni yo saqué a colación la novela de Zaro, que cada día me desasosegaba más. Nuestras apresuradas conversaciones tampoco dieron pie a contarle mi aventura con Florián, cuyo recuerdo saboreaba cada vez que me hostigaba el desánimo. No le había vuelto a ver durante mis paseos perrunos y admito que eso me desasosegaba un poco. ¿Y si no había disfrutado tanto como afirmó antes de marcharse? Tampoco había rastro de Alfonsito y Winston Churchill, lo que no dejaba de ser bastante extraño.

El proyecto de Mabel me seguía pareciendo una locura, dada la crisis económica que aún nos hostigaba, por mucho que ella hablara de una tímida recuperación. Sin embargo, había decidido no darle más vueltas. Mi amiga era economista y tenía, o se le suponía, suficiente experiencia para haber trazado un plan B por si su tienda no despegaba. Y, de todos modos, ya se había metido hasta el cuello en esa aventura. La invitación a su fiesta hasta me hizo ilusión. No me vendría mal pasar una tarde distendida con las amigas y curiosear entre modelitos que, conociendo a Mabel, serían sin duda originales y estilosos. Hacía semanas que las del Séptimo de Caballería no nos reuníamos para cenar ni organizábamos noches de chicas por los antros de Zaragoza. Había llegado a un punto en el que añoraba hasta nuestras patéticas batidas de caza nocturnas en busca de un hombre medio decente que llevarnos a la cama, en las que siempre era Mabel quien se cobraba la única pieza masculina apetecible.

La tarde de la fiesta dejé la librería en manos de Adela hacia las siete de la tarde. Saqué a Scarlett a pasear, me di una buena ducha, reuní en mi persona las mejores galas de mi ropero, invertí más tiempo del habitual en maquillarme y acudí a la tienda a pie. En León XIII no resulta fácil aparcar y esa calle de alto copete no está demasiado lejos de mi casa —al menos en distancia física, que no de estatus económico—, por lo que no merecía la pena parar un taxi ni recurrir al transporte público. La tienda de Mabel se hallaba en la parte de León XIII que desemboca en el Paseo de las Damas, ya

próxima al edificio de El Corte Inglés, donde los alquileres deben de rondar lo estratosférico. Ese viernes soplaba un cierzo inmisericorde. Llegué con la nariz helada y goteante. Las orejas las salvaba de la congelación una boina parisina granate a juego con la bufanda, ambas adquiridas en una tienda de sombreros de la Gran Vía. Estaba segura de que merecerían la aprobación de nuestra admirada gurú de la moda. Tanto la iluminación del escaparate como el rótulo derrochaban vatios. Deslumbrada, me pregunté cómo pensaba afrontar Mabel los gastos fijos de cada mes. Mucha ropa tendría que vender para pagar el alquiler y el recibo de la luz.

Me detuve ante la puerta y miré a través del cristal. Dentro de la tienda ya se amontonaba un buen número de gente. Mi amiga debía de haber invitado a media ciudad. Me limpié la nariz con un clínex, empujé la puerta y entré. En el interior hacía un calor subtropical. Lo primero que hice fue buscar a mis amigas entre el gentío y los expositores de ropa colocados estratégicamente. Las divisé al fondo del espacioso local. Noelia, Anacrís y Susa se apretujaban junto a una mesa de *catering* como si estuvieran hambrientas, aunque ninguna de las tres comía. Me dispuse a abrirme camino hacia ellas cuando Mabel se materializó ante mí, aferrada a una copa de cava cuyas burbujas destellaban bajo los potentes focos.

—¡Elisa, vida mía, me encanta tu *look* parisino! —exclamó. Encasquetó su copa a una señora que le salió al paso y se quedó sujetando la vasija con cara de estupor, se abalanzó sobre mí, me abrió la cremallera del abrigo y lo apartó para estudiar mi atuendo—. Vale, notable alto. Estás progresando…, y espera, que cuando te vistas en El Rinconcito de Mabel serás la más estilosa de la ciudad. ¡Qué digo yo! ¡De todo el país!

Me quité la boina. Mientras me ahuecaba el pelo con los dedos, observé a mi amiga. Brillaba como una luciérnaga bajo el derroche de luces que inundaban la tienda, con su minivestido negro de punto, un interminable collar de coral y las altísimas botas de mosquetero de ante color burdeos. Solo ella podía ponerse un atuendo tan llamativo y derrochar *glamour*. Por su forma de parlotear arrastrando un poco las sílabas, me dio la impresión de que estaba algo borracha. Si no hubiera sabido que aborrecía las drogas, incluso habría sospechado que se había chutado algo, tal fue su alborotado manoteo cuando me soltó el abrigo.

—Anda, deja de imitar a la Donatella Versace. No te pega nada —la reprendí.

—Mabel es mucho más guapa que esa hortera —intervino una voz masculina detrás de mí.

¿De qué conocía yo ese timbre…?

Me giré con precaución. Sonriéndome de oreja a oreja, mi excompañero de juegos infantiles impuesto por mamá y la tía Elo, goloso escapado *in extremis* de morir joven por culpa de un tocinillo de cielo, me tendía una copa de cava.

—Alfonsito…

—El Sosito —se burló él.

No me quedó más remedio que agarrar su dádiva burbujeante.

—¡Tú por aquí! —balbuceé—. Llevaba tantos días sin verte en la calle que ya empezaba a inquietarme por ti y por tu Winston Churchill. Ahora entiendo vuestra ausencia: ¡te has reciclado en canapero!

Riéndose, Alfonso me dio dos besos que olían a recién duchado y a perfume caro. Cuando se separó, pasé revista a su atuendo sin molestarme en disimular. Americana de *tweed* en tonos grises sobre camisa clara sin corbata y vaqueros negros. Era la primera vez que le veía sin chaquetón acolchado ni abrigo y no tenía mala pinta. Me chocó cómo contemplaba a Mabel: con ojitos de gambón ultracongelado, de besugo al horno, de cochinillo servido en bandeja de plata con una manzana en la boca. Concluí que a Alfonsito no le salvaba ni el mismísimo Han Solo aunque acudiera montado en su Halcón Milenario. En cuanto a Mabel…

Lo de mi amiga podía resumirse en una sola frase: nunca la había visto mirar así a un hombre.

¿Qué había ocurrido entre Alfonsito y Mabel? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Él amplió su sonrisa infinita y tontorrona.

—Andamos ocupados últimamente. Pero puedes decirle a tu Scarlett que su galán se encuentra en plena forma y deseando reanudar el cortejo.

Mabel emitió una risita más bien boba, me apresó de un brazo y empezó a arrastrarme hacia el fondo del local, donde el Séptimo de Caballería seguía apiñándose junto a la mesa de las viandas con expresión de sentirse fuera de lugar.

—¿Qué te traes entre manos con Alfonsito?

—No le llames Alfonsito.

—¿Te lo tiras?

—¡Estás siendo ordinara, Eli!

—¡Y tú vas pedo! —le reproché.

—Solo he tomado un *whisky* por los nervios. ¡No estoy borracha!

Eso lo puse en duda, pero Mabel no me dio tiempo a contradecirle.

—Ya te contaré —susurró—. Ahora, a ver si me animas a esas, que mira qué caras llevan. Por cierto, la pobre Susa tiene un aspecto

horroroso. Le he ofrecido una silla, pero no ha querido. Y me parece que la necesita. —Movió la cabeza de un lado a otro—. Creo que la hemos descuidado mucho. Al menos, yo…

Me quedó claro que no iba a sacarle nada a Mabel esa tarde. Resignada a aguantarme la curiosidad, intercambié los besos de rigor con las chicas. Al mirar a Susa desde una distancia tan corta, se me encogió el corazón. Mabel tenía razón. Estaba escuálida y su cara, sin rastro de maquillaje, se había vuelto cenicienta. Además, al besarla detecté bajo su perfume habitual un olor extraño que me desagradó. ¿Sería manifestación de su enfermedad? Susa se apoyaba contra la pared, agarrada a una copa de cava como si fuera la maroma de un barco, aunque no parecía haber probado la bebida. Me sentí fatal por no haberla llamado más a menudo durante las últimas semanas y por no haber insistido en ir a verla. ¿Qué clase de amiga era yo?

La mirada de Noelia me pareció esquiva y entreverada de hostilidad, y sus movimientos más nerviosos que de costumbre, nada acordes con la felicidad que tanto pregonaba. Invirtió unos segundos en escrutar mi peinado con desaprobación y me espetó:

—Necesitas un repaso de mechas y corte. Eres una dejada…

—Yo también te quiero, Noelia.

Anacrís parecía esa tarde más que nunca la reencarnación de Doris Day, pero en versión opaca y algo fúnebre.

—Para mí que Mabel se nos ha echado novio. ¿Tú sabías algo? —Me taladró con una mirada inquisidora que habría convertido a Torquemada en un tierno monaguillo.

—Ni idea, Anacrís.

—No disimules. Salta a la vista que conoces a ese tío.

—¡Qué talento tienes para el interrogatorio! En la Gestapo se te habrían rifado.

Susa emitió una risilla nerviosa, preocupantemente débil.

—¡Me encanta cómo ha decorado la tienda Mabel! La ropa es una chulada y no especialmente cara. Seguro que será un éxito.

La pobre siempre quitando hierro en cuanto olfateaba desavenencias.

—Demasiado extravagante para mí. —Anacrís frunció su naricita respingona. A veces, me recordaba a las amas de casa emperifolladas que salen en las películas norteamericanas de los años cincuenta. Siempre impolutas, aunque estén limpiando el horno mientras bregan con la colada, una caterva de niños rubios y las cacas del caniche.

—Es que tú eres muy señora —la chinchó Noelia.

Anacrís frunció el ceño y se mordió el labio inferior. Nuestra agresividad latente moteó el aire de cristalitos afilados. ¡Qué mal cariz

tomaba aquello! Últimamente estábamos todas muy irritables.

—¿Cómo va tu curso de sanitaria? —le pregunté a Anacrís.

—Atención sociosanitaria a personas dependientes en instituciones sociales —me corrigió ella, con cierta suficiencia—. ¡Me va fenomenal! Estoy aprendiendo mucho.

—¿Te has apuntado a un curso? —intervino Susa—. Cuenta, cuenta.

Mientras Anacrís se explayaba sobre sus planes de buscar trabajo, me fije en la decoración a través de los escasos huecos que dejaba el gentío, apiñado en grupitos estancos. Tenía razón Susa. Mabel había equipado su sueño con el buen gusto que la caracterizaba. Paredes pintadas en blanco roto, mucha madera lacada en blanco, suelo de pergo gris perla y expositores distribuidos en puntos estratégicos del local. Hasta la ropa que colgaba de las perchas junto a la pared estaba agrupada por colores. Y Mabel se ejercitaba como relaciones públicas mariposeando de grupo en grupo y mostrando un indudable dominio de la situación pese al *whisky* que admitía haber tomado.

—Voy a ver la ropa.

Dejé mi copa sobre la mesa del *catering*. No dudaba de que el cava sería bueno. Mabel no se ponía para menos. Pero más que beber, necesitaba alejarme un rato de mis amigas. ¿Qué nos pasaba últimamente para reaccionar siempre con tanta belicosidad? ¿Sería que los cambios en nuestros cuerpos y las molestias derivadas nos estaban agriando el humor? Me abrí paso como pude entre los invitados hacia donde estaban los vestidos, ojo avizor por si me topaba con Alfonsito. Pobre de él si caía en mis manos. Pensaba aplicarle el tercer grado sin piedad. Pero no se dejó ver. Igual se había marchado ya. O estaba en el baño.

Me encantó la ropa que vendía Mabel. Era moderna, aunque no tan extravagante como para excluir a las clientas de nuestra edad para arriba. Salvo a las muy clásicas como Anacrís, claro. Eché el ojo a dos modelitos y me propuse volver otro día para probármelos. Desde adolescente he preferido los pantalones, pero a nadie le hace daño disponer de un vestido o dos para ocasiones especiales.

—¿Te gustan, Eli? —oí la voz de Mabel a mi espalda.

Me volví. Mi amiga parecía algo más sobria que a mi llegada. Asentí con la cabeza.

—He visto dos que me atraen. Igual vuelvo mañana a probármelos.

—Si quieres, te los guardo.

Acepté su oferta. Mabel apartó las prendas que le indiqué y las llevó a la trastienda. Regresó enseguida.

—Veo que se te va pasando la moña —la chinché.

—Ha sido un momento de subidón —se excusó—. No debí hacer caso a Alfonso. Me dijo que un poco de *whisky* mata los nervios, pero como yo soy más de vino…

Aproveché la oportunidad para atacar:

—¿Estáis enrollados? Confiesa…

Mabel se pasó la lengua por los labios. Tardó unos segundos en responder.

—Nos estamos conociendo, como dicen en las novelas malas —murmuró, muy cohibida de pronto—. Alfonso pasa ahora mucho tiempo en mi casa. Hasta me he hecho amiga de ese perro suyo con careto de Winston Churchill. El bicho es malcarado y brutote, pero amoroso a tope.

—¡Podrías habérmelo contado! Se supone que somos amigas.

—Pensé que no era algo para soltártelo por teléfono. Como Alfonso y tú hablabais tanto y hacíais esos pícnics románticos con hamburguesas y perros, me pareció más legal esperar a contarte en persona que…

—Que te lo tiras.

Mabel enrojeció como una guindilla. Precisamente ella, que no era propensa a ruborizarse.

—No es solo un calentón, Eli. Nos lo pasamos bien juntos, hablamos mucho y… —Me posó la mano en el antebrazo—. Escucha, si me admites mañana en tu casa, podríamos cenar las dos. Yo llevo el papeo de nuestro italiano favorito y tú pones el vino, ¿vale? Te prometo que podrás preguntarme lo que quieras.

—¡Hecho! Hacia las nueve o nueve y media, que mañana es sábado y me toca visitar a mi madre. Ah, y antes de la residencia, si te parece bien, pasaré por aquí un momento a probarme los vestidos.

—Seguro que te quedarán como un guante, con ese tipo que tienes —me halagó Mabel. Sonrió y añadió—: Hace muchos días que no cenamos las dos en tu casa, ¿verdad?

—Demasiados, pero no bajes la guardia. Prometo que te someteré a un interrogatorio que ni la KGB.

—Mientras no me tortures…

—Pues, ahora que lo dices, igual te pongo el *Aserejé* en bucle para predisponerte a la confesión.

Las dos estallamos a la vez en carcajadas. Caí en la cuenta del tiempo que llevábamos sin reírnos juntas tan a gusto. ¡Cuánto había echado de menos esa sintonía entre las dos!

—Mabel, puedes estar tranquila. No tenía planes con Alfonsito…, digo… Alfonso.

Mientras hablaba, recordé las fantasías calenturientas que llegué a

tener cada vez que Alfonso me acompañaba a mi portal tras nuestros paseos con los perros. No se las revelaría a Mabel jamás, ni siquiera estando borracha o bajo tortura. Eran demasiado ridículas.

30

Al día siguiente Mabel, fiel a su costumbre de ser puntual como un *gentleman* inglés y un oficial prusiano juntos, se presentó en mi casa a las nueve y media portando una bolsa de nuestro restaurante italiano de siempre. El vestíbulo se vio inundado por un aroma tan tentador que Scarlett, tras haber recibido a la visita con todos los honores perrunos (estoy segura de que no olvida que Mabel la sacó de la perrera), intentó meter dentro el hocico. Yo había estado por la tarde en la *boutique* y me había comprado los dos vestidos que me gustaban, más una camisola blanca y unos vaqueros grises. Según Mabel, esas prendas me sentaban divinas de la muerte y todos los tíos babearían a mi paso. Yo no aspiraba a tanto. Me bastaba con que mi pequeña orgía de compras mitigara la tristeza que me aplanaba cada sábado tras salir de la residencia de ancianos.

—Pero ¡qué glotones sois los perros! —exclamó Mabel, y alzó la bolsa para retirarla del alcance de Scarlett—. Tu novio, Winston, hace lo mismo. Por cierto, te manda saludos.

Mi mopa con patas la miró y meneó el rabo. Mabel me tendió la bolsa de la cena, que me llevé enseguida a la cocina y dejé sobre la encimera para protegerla del latrocinio de Scarlett. Empecé a abrir armarios para poner la mesa. Solo había adecentado la mesita auxiliar con un mantel, pero no me había atrevido a colocar platos y cubiertos. Todavía no me fiaba de Scarlett. Mabel entró en la cocina.

—¿Te ayudo?

—No hace falta —respondí sin girarme—. Es mejor que te quedes en el salón de segurata, no me destroce nuestra señorita Escarlata la vajilla nada más colocarla.

—¿Aún no ha aprendido a respetar las cosas?

—Qué va. Esta es peor que un buldócer. ¿Te apetece vino tinto o blanco?

—Blanco, como siempre.

Preparé la mesa, elegí dos copas de la cristalería de mamá, saqué de la nevera una botella de *gewürztraminer* del Somontano y llevé todo al salón junto con la comida. Me senté al lado de Mabel, que se había tomado muy en serio su función de guardia de seguridad por un rato. Desempaquetamos los recipientes del italiano y los abrimos. El menú era el que solía pedir Mabel siempre. Solo había prescindido de la

pizza. A ella le correspondió descorchar el vino.

—¿Hoy no tomamos chardonnay? —observó, afanada con el sacacorchos.

—La ocasión merece algo especial. Este vino es buenísimo.

Comimos durante un rato en silencio. Yo iba dándole a la pedigüeña de Scarlett trocitos de lasaña y algún *tortellini*. Cuando solo me quedaba en el plato la mitad de las delicias italianas que me había servido, decidí abordar el tema de Alfonsito. Ya le había concedido a Mabel bastante tregua.

—Siento estar privándote de pasar la fiebre del sábado noche con Alfonsito…, perdón, Alfonso.

Mabel se rio entre dientes.

—¡Qué mal se te da empezar los interrogatorios, Eli!

—Mujer…

—Podemos ser directas. He venido a confesar. —Tomó un trago de vino y añadió, riéndose todavía—: Alfonso y yo nos hemos visto esta semana casi todos los días… con sus noches, así que no nos vendrá mal que hoy corra un poco el aire entre nosotros.

—Se me hace tan raro que te hayas enrollado precisamente con él… —murmuré, entre dos bocados de lasaña—. Ya puedes desembuchar. Empieza por contar cómo saltó la chispa.

—Por pura casualidad. Para que digan que las casualidades no existen. ¡Ja, ja! —respondió—. Una tarde, cuando aún me estaban reformando el local, iba a ver cómo llevaban el trabajo y me encontré con Alfonso en el Paseo de las Damas, ya en la esquina con León XIII. Para ser exacta, andaba despistada y choqué con él. Nos reconocimos, nos saludamos y nos quedamos los dos ahí, sin decidirnos a seguir nuestro camino. Y, entonces, él, todo coloradote, me propuso tomar una cerveza rápida. Así que nos metimos en el Estoril, que nos pillaba más cerca, y ahí se nos hicieron las tantas hablando y bebiendo. Como en las películas tontas esas de la tele. Hasta que Alfonso se acordó de que tenía que sacar a su Winston Churchill a mear y dimos la velada por concluida. Pero ¿sabes qué?

Pregunta retórica. Negué con la cabeza.

—Me dio tanta pena despedirme de él que le propuse cenar juntos después de atender al perro. A Alfonso le faltó tiempo para aceptar. Quedamos para más tarde y acabamos dando un disgusto al pobre Juanjo, que nunca me había visto entrar con un tío en su restaurante.

Me pregunté si el desdichado camarero seguiría asignándonos la mejor mesa del local después de ver a su amor platónico de cenita romántica con un hombre.

—¿Y no se te atragantó Alfonsito? —se me escapó.

Mabel me fulminó con la vista. Si las miradas pudieran matar, me habría caído muerta sobre la alfombra destrozada por la incontinencia de Scarlett.

—Hija, ¡qué pesada estás con lo del tocinillo de cielo aquel!

—Te gusta ese tío.

—¡Pues sí! Estoy de maravilla con él y en la cama funciona. No sabes la de cosas guarras que se le ocurren… ¡Hacía años que no me corría tan a gusto! —Una expresión golosa destelló en los ojos de Mabel—. Es un buen tipo que también ha tenido sus desengaños, me hace reír, sabe cocinar y… —Hizo una pausa, como si necesitara ordenar sus ideas—. Mira, Eli, no siento por Alfonso lo que sentí por Aitor, pero es que Aitor fue mi primer amor y me entregué a él como la cría que era. Si no le hubiera matado el borracho aquel arrollándole con el coche, a saber si hubiéramos seguido juntos o si lo nuestro se habría diluido con el paso de los años. Lo cierto es que no puedo llorarle toda la vida. Ahora tengo canas en el chichi y cargo a la espalda mi mochila de vivencias, algunas buenas, otras malas y muchas regulares. Ya no me lanzo al amor a lo kamikaze, ¡ni falta que me hace! No lo necesitamos ninguna a estas alturas, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Me costaba imaginarme a Mabel y Alfonso como pareja con futuro.

—Alfonso es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Ya me estaba cansando de estar sola. Me siento mayor para andar a la caza de maromos que meter en la cama… —Mabel tomó un buen trago de gewürztraminer—. Maldita sea, creo que me he enamorado de él como la cincuentona que soy, o sea, con calma, sin alardes sexuales ni kamasutras, pero también te digo que esto es sólido. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ahora empleé la cabeza para asentir. Envidiaba a mi amiga por lo que le estaba ocurriendo. Al mismo tiempo, me daba miedo perderla. Con Noelia abducida por ese arquitecto que no parecía trigo limpio y Susa atacada por un cáncer terminal, de mis amigas solo iba a quedarme la quejosa y marujil Anacrís, y también ella se estaba alejando poco a poco.

Mabel debió de haberme leído el pensamiento. Me conocía tan bien que yo era transparente para ella. Dejó su copa sobre la mesita y me apretó el antebrazo.

—Eli, esto no va a afectar a nuestra amistad. Te lo prometo.

—Tengo miedo de quedarme sola —confesé en un susurro.

—No te dejaré de lado. Y mira las ventajas del asunto: no solo conservas una amiga, es que por el mismo precio ganas un amigo nuevo… y un novio para tu Scarlett. El pobre Winston es feo y

patizambo, pero nuestra señorita Escarlata tampoco es la belleza sureña a la que debe su nombre. —Acarició el cuello de la perra, que se había subido al sofá y ahora se enroscaba entre las dos—. Perdona, Scarlett, pero tienes que asumir la verdad.

La perra no se tomó a mal la sinceridad de Mabel. Se abalanzó sobre ella y le lamió la mejilla más próxima. Mabel aguantó estoicamente, pese a que le disgustaban los lengüetazos caninos en la cara tanto como a mí.

—Que conste que te permito esta guarrería porque soy tu madrina —le dijo a Scarlett, que intensificó los lametazos mientras meneaba el rabo—. Pero no te acostumbres.

Me reí, aunque por dentro me pinchaban aguijonazos de envidia malsana mezclada con desazón. Ya me veía envejeciendo sin amigas, sin pareja y sin más sexo que el de producción propia, con o sin Satisfyer. Menudo panorama.

—Por cierto —Mabel se había puesto seria de pronto—, esta mañana he encontrado el teléfono de la hermana de Susa entre mis contactos del móvil y he hablado con ella hace un rato. Dice lo que ya se percibía ayer: que Susa empeora muy deprisa. Está de baja en el trabajo y apenas sale de casa. Se mantiene a base de medicamentos. Vamos, que ir a mi fiesta le supuso un esfuerzo tremendo y hoy no se ha levantado de la cama.

—Vaya tela. ¿Está sola?

Mabel negó moviendo la cabeza.

—Carina se divorció hace poco y sus hijos ya se independizaron, así que se ha mudado temporalmente donde Susa. Ahora anda buscando a una mujer que le ayude con los paliativos cuando llegue el momento. —Mabel tragó saliva ruidosamente—. ¡Joder, cómo cuesta decirlo!

—Y nosotras ocupadas con nuestras cosas…

—Bueno, a lo hecho, pecho. —Se encogió de hombros—. Le he ofrecido mi ayuda a Carina, pero dice que se las puede arreglar sola por ahora, que bastará con que visitemos a Susa de vez en cuando para distraerla un poco.

—Me siento fatal.

—Y yo… —Mabel se limpió los ojos con la punta de los dedos—. Hemos estado tan liadas que nos hemos olvidado de Susa, pero ahora la cosa va en serio, Eli. Muy en serio. Nos necesita más que nunca. No podremos evitar lo inevitable, pero sí hacerle compañía. Tenemos que movilizar a Noelia y Anacrís cuanto antes. Es hora de que dejen de comportarse como petardas y colaboren. ¡El Séptimo de Caballería no debe fallarle a Susa!

31

Por más que intenté hacerme a la idea de que Mabel se había enrollado con Alfonsito, me había quedado bastante noqueada. Hasta que los amoríos y el cáncer empezaron a disgregar al Séptimo de Caballería, las chicas habían sido el mejor apoyo en la existencia solitaria hacia la que me había ido deslizando poco a poco. Ahora me sentía de nuevo amenazada por la soledad. Empezaba a añorar incluso mis peculiares charlas con Alfonsito. Desde que mi primo postizo pasaba la mayor parte del tiempo con mi mejor amiga, ni a él ni a su Winston se los veía por el barrio. Tampoco me topé en aquellos días con Florián paseando a su chucho casi tuerto. Se me iba acumulando tal morriña que ya no bastaba el recuerdo de la noche que pasé con él para animarme. A ese paso, acabaría convertida en una abuela insociable llena de rarezas, de esas que un buen día estiran la pata sin que nadie se entere hasta que empieza a oler mal en el rellano.

Pese a la euforia de su relación recién estrenada con Alfonsito, Mabel urdió un plan para que el grupo visitáramos a Susa al menos una vez por semana y sacó tiempo para exponérnoslo una a una. Según me contó tras acabar la ronda telefónica, Noelia se hizo de rogar con el argumento de que a su Vicen no le gustaba que saliera sin él, pero acabó cediendo, aunque a regañadientes.

Cinco días después de la fiesta en la *boutique* de Mabel, las amigas nos reunimos a las siete de la tarde en una cafetería de la avenida Tenor Fleta, muy cerca de donde vivía Susa. Yo había abandonado, una vez más, a la diligente Adela en la librería. Mabel había dejado la tienda a cargo de Vanesa, la hija de una amiga de Alfonso, a la que había decidido contratar a tiempo parcial. La chica estudiaba *marketing* y, según Alfonso, era de absoluta confianza. Mabel argumentaba que los ingresos se lo permitían y así tendría más libertad de movimientos. Con un vestido de punto color burdeos por debajo de la rodilla que la hacía muy esbelta, botines negros y un collar extralargo de pequeñas cuentas azabache al que había hecho un nudo, Mabel era la pura imagen de buen gusto y seguridad en sí misma, aunque su mirada revelaba que se sentía tan inquieta como yo. Noelia se presentó ceñuda y parca en palabras. Su silueta se dibujaba escuálida al trasluz de la entrada. Mabel y yo intercambiamos una mirada que no le pasó desapercibida a Noelia y la puso a la defensiva.

Anacrís llegó acelerada cuando ya nos había servido el camarero las consumiciones.

—Ay, chicas, no puedo con mi alma —exclamó, tras haberse pedido una Coca-Cola *light*—. El curso me lleva toda la mañana. Tengo que dejar la comida preparada la noche anterior y… ¿creéis que me ayuda alguno de mis hombres con el trabajo de casa?

Ninguna respondimos a esa pregunta que era puro adorno.

—¡Ni un dedo mueven! Los chicos no hacen más que ensuciar, dejar ropa tirada por ahí y vaciar el frigorífico. Y el Rafi…, bah, el Rafi va a hundir los muelles del sofá. Creo que ya se marca su contorno donde se sienta siempre. Me casé con un hombre guapo y… ¿qué tengo ahora? ¡Un Homer Simpson de carne y hueso! ¡Estoy harta de los tres!

—Céntrate en tu curso de sociosanitaria, o como se llame —la animé—. Ni se te ocurra dejarlo.

—¡No pienso abandonar! Estoy aprendiendo mucho y… ¿sabéis qué?

La cara de Anacrís se había vestido de misterio. Mabel y yo nos limitamos a negar con la cabeza. Noelia ni eso. Andaba distraída, con la mirada abismada en su cortado.

—El profe que nos da Intervención en la Atención Sociosanitaria es majísimo. Un cincuentón con un atractivo bestial. De físico es normalito, pero tiene una personalidad… y una voz… Dicen que está divorciado. Y… no os lo vais a creer, chicas: me hace muchísimo caso. Y en las distancias cortas huele de bien…

—Vamos, que te lo tirarías muy a gusto —terció Mabel, apurando su cerveza sin alcohol. Anacrís torció el gesto.

—¡Qué bruta eres!

Noelia dejó sobre el platillo su taza de café vacía y consultó el reloj.

—¿Subimos ya? Tengo que marcharme pronto. No quiero que se me enfade Vicen por volver tarde.

Mabel y yo nos miramos de nuevo. Hasta Anacrís estudiaba a Noelia con expresión de asombro. Pagamos las consumiciones y salimos del bar casi arrastrándonos. Esa visita se nos hacía cuesta arriba antes incluso de habernos acercado al portal.

Fue Carina, la hermana de Susa, quien nos abrió. Iba en pantalón de chándal y camiseta anchurosa de manga corta. Mabel le había consultado días atrás la conveniencia de presentarnos todas juntas y ella le había dado luz verde, de modo que no le sorprendió la invasión. Creo que su cara tristona hasta se iluminó por un segundo. En el vestíbulo nos asaltó un olor peculiar que me resultó conocido,

aunque tardé unos segundos en identificarlo: así olía el piso de mis suegros cuando el padre de Zaro se hallaba ya muy mal. El resultado de mezclarse muchos medicamentos con la descomposición progresiva del cuerpo y la muerte anunciada.

El piso de Susa era grande, con un pasillo interminable y techos bastante altos. Su distribución siempre me había parecido destartalada, aunque Susa tenía buen ojo para la decoración y había sabido sacar partido al laberinto de habitaciones articuladas alrededor de ese largo corredor. Carina nos condujo al salón, de dimensiones más que generosas. Susa se incrustaba en el sofá de dos plazas, con los pies extendidos sobre un puf marroquí y arrebujada en una manta gordísima pese al calor que hacía en esa casa. Tenía mucho peor aspecto que en la fiesta de Mabel. Su rostro ceniciento, de mejillas chupadas, se iluminó brevemente alrededor de una sonrisa cadavérica. Sentí una punzada de náuseas cuando me incliné para besarla. Esa mujer enferma cada día se parecía menos a mi amiga Susa. ¿Cómo podía deteriorarse tan deprisa? Nunca tuve coraje para mirar de frente a la muerte. Aquella tarde, de buena gana habría huido, pero debía mantener el tipo. Observé de reojo a Mabel. No exteriorizaba ninguna emoción. Siempre había sabido poner cara de póquer hasta en las circunstancias más adversas. Carina se hizo cargo de nuestros chaquetones.

—Sentaos, que voy a preparar café. ¿O preferís algún refresco, cerveza…?

Todas nos decantamos por el café. Nos distribuimos entre el sofá de tres plazas y el segundo puf, que me tocó a mí. Recordé que Susa compró esas coloridas piezas durante un viaje que hizo con su hermana a Marruecos, nada más divorciarse. Encajaban muy bien en el salón. Carina salió al vestíbulo llevándose nuestras prendas de abrigo.

—¡Cuánto me alegro de veros! —susurró Susa.

Noté una piedra llena de aristas rascándome la garganta. Reuní las fuerzas justas para forzar una sonrisa, o lo que fuera aquello. A juzgar por el silencio de Noelia y Anacrís, no debían de encontrarse mucho mejor de ánimo que yo.

—El Séptimo de Caballería al completo. ¡Siempre al pie del cañón! —bromeó Mabel.

—Menos cuando lo masacraron los indios en Little Bighorn —se burló Susa.

Las otras fingimos reírnos. Fue entonces cuando Anacrís, con su vocecita aguda, dejó caer un proyectil de los suyos:

—Tienes buen aspecto.

Ni la bomba atómica de Hiroshima habría causado semejante devastación de haber caído en ese salón. Nos quedamos todas mudas. Hasta la esforzada Mabel fue incapaz de reconducir tamaña metedura de pata. Creo que, si hubiera podido darle una colleja a Anacrís, lo habría hecho con saña. De soslayo vi a la pobre bocazas hacerse más y más pequeña. Noelia mantenía la vista fija en sus uñas pintadas a la francesa, como si la manicura fuera lo más interesante del mundo. Al fin, Susa rompió el maleficio.

—Chicas, no os esforcéis en aparentar normalidad. Hablemos claro: me queda poco tiempo. Lo sabe mi oncóloga, lo sabe mi hermana y lo sé yo porque soy médica y porque los que vamos a morir lo intuimos sin necesidad de diagnósticos.

Nosotras seguimos calladas. Oí tragar saliva a Anacrís y Noelia al mismo tiempo, como un dúo bien sincronizado. A Mabel parecía habérsele comido la lengua alguna alimaña. Entró Carina con una bandeja gigante sobre la que llevaba, con equilibrio precario, cuatro tazas de café y sus platillos, cucharillas, azucarera, una jarrita de leche, una cafetera de émbolo y un plato con pastas de té. Nos sirvió sin que nos atreviéramos a decir algo distinto de «gracias» o «así vale, gracias». Una vez distribuido todo sobre la mesita auxiliar, Carina agarró la bandeja vacía y nos dejó a solas con Susa. Esta abrió otra sonrisa cadavérica.

—Mi hermana es maravillosa. A veces me abruma con tantos cuidados. Siento marcharme sobre todo por ella. Nuestros padres murieron hace años, nuestro hermano y su mujer pasan de nosotras y la pobre Carina se va a quedar sola. Sus hijos no viven en Zaragoza y, de todos modos, siempre han ido a su aire. El ex no es un cabrón como el mío, pero ya tiene otra pareja. Para mí que se lio con esa tía cuando aún estaba casado con Carina. —Susa se encogió de hombros; hasta ese movimiento insignificante parecía suponerle un esfuerzo enorme—. Hombres…

Yo llevaba tal congoja que no sabía qué hacer con las manos ni con mi cuerpo. Alcé la taza y bebí hasta vaciarla. Al menos, el café de Carina sabía rico y reconfortaba. Advertí que las otras hacían lo mismo que yo.

—No he tenido mala vida —continuo Susa—. Pude estudiar la carrera que quise y me gustaba mi trabajo. Me enamoré del tipo equivocado, eso sí. Debería haberme divorciado de él mucho antes. También admito que no me divertí lo bastante de joven, pero ya sabéis que nunca fui la alegría de la huerta. Soy una persona tranquila, más bien aburridilla…

—¡De eso nada! —protestó Mabel.

Susa alzó una mano lacia, de aspecto apergaminado.

—Es lo que hay —susurró—. Y ya no importa. Es mejor aceptarse que pretender ser lo que no somos. Total, no importa a estas alturas. Y, os voy a decir algo: uno de los regalos más valiosos que me ha hecho la vida ha sido encontraros a vosotras. Sois las mejores amigas que he tenido jamás.

Vi desde el rabillo del ojo que Noelia se mordía el labio inferior con fuerza.

—He aceptado que me ha tocado la china y… estoy en paz. No voy a negar que tengo miedo. ¡Estoy acojonada! Pero, aun así, en paz.

¿Qué podíamos decir quienes, al menos que supiéramos, aún no estábamos condenadas a disolvernos en la nada?

—Solo me arrepiento de una cosa. —Una sonrisilla pícara suavizó el rostro consumido de Susa—. ¿Queréis saber cuál?

Las cuatro asentimos al unísono.

—¡Tendría que haber follado más!

La tensión acumulada explotó en un coro de risas. Incluso Susa echó unas carcajadas que la agotaron todavía más. Boqueó y añadió, entre jadeos:

—No perdáis… la oportunidad de tiraros… a todos los tíos buenos que se crucen en vuestro camino…

Me acordé de Florián. En otras circunstancias les habría contado a mis amigas cómo acabó en mi cama aquel joven con gorro de duende que se parecía a Colin Firth, pero no se me antojó oportuno cuando Susa aguardaba la muerte encogida como un ratoncito dentro de su nido formado por la bata afelpada y esa manta gorda cuya mera visión me hacía sudar.

—Eso no es tan sencillo… —me oí murmurar—. Cuesta mucho atraparlos.

Mabel, Noelia y Anacrís se echaron a reír otra vez de pura incomodidad. Yo me puse más café de la jarra de émbolo y lo bebí de una tacada. A ese paso, me esperaba un hermoso insomnio cuando me metiera en la cama. Seguimos un rato charlando de tonterías por no volver a tocar el tema de la muerte. Creo que nos angustiaba más a nosotras que a Susa. Como siempre, fue Mabel quien planteó la retirada. Se puso en pie, se alisó el vestido y dijo:

—Por hoy ya te hemos dado bastante la tabarra, Susa. Aguantarnos a todas juntas es mucha paliza. No te cansamos más.

Susa se rio con escasa fuerza.

—Bendito cansancio, chicas —musitó.

—Volveremos la semana que viene —anunció Mabel—. Si nos dejas, claro.

Susa respondió con un débil movimiento de cabeza y una sonrisa minúscula. Anacrís, Noelia y yo nos levantamos. Las cuatro nos acercamos a ella para despedirnos dándole dos besos. El corazón se me retorció cuando su olor invadió mis fosas nasales. Era el mismo que impregnaba el piso, pero más intenso. La confirmación de su sentencia de muerte.

Abandonamos cabizbajas el salón. En el pasillo nos topamos con Carina, que salía de la cocina con los ojos húmedos. Sin mediar palabra nos condujo hacia el vestíbulo. Nosotras la seguimos formando un cuarteto de espectros lánguidos. Ella abrió el armario empotrado donde había colgado nuestros chaquetones y los fue repartiendo. Nos despedimos en silencio. Ya en el rellano, Mabel reunió fuerzas para susurrar, con voz trémula:

—Va deprisa, ¿verdad?

—Es un cáncer agresivo y se lo diagnosticaron estando ya muy avanzado. Parece mentira, siendo mi hermana médica, ¿verdad?

De nuevo habló Mabel. Las demás ni abrimos la boca.

—Volveremos la semana que viene. ¿Te parece bien?

—¡Claro! Así la animáis un poco. No sabéis lo que os agradezco que vengáis a verla. Susa os quiere mucho.

Las cuatro nos embutimos en el ascensor. El silencio era tan denso que solo se oía la respiración irregular de cada una. En la planta baja, Mabel se encaró con Anacrís en cuanto pisamos el *hall:*

—Anda, que se te ocurre cada cosa… ¿Cómo has podido decirle que tiene buen aspecto?

—La he cagado, lo sé. Me sentía incómoda y…

—En esos casos, es mejor guardar silencio —siguió atosigándola Mabel.

El iris azul de Anacrís empezó a diluirse tras una cortina acuosa. Si arrancaba a llorar, caeríamos una detrás de otra como fichas de dominó. Decidí intervenir.

—Vale ya, Mabel. Viendo el estado de Susa, habríamos podido meter la pata cualquiera de nosotras.

—Pero no la metimos —insistió Mabel. Cuando se cegaba con algo, podía ser muy obstinada.

—Deja en paz a Anacrís. Esta bronca no tiene ningún sentido. —Noelia fue hacia la puerta de la calle y la abrió de un tirón. Antes de pisar la acera, se giró y exclamó—: Yo me largo. No quiero que se me cabree Vicen por vuestra culpa.

Desapareció sin darnos tiempo a reaccionar. Anacrís apartó el clínex con el que se estaba limpiando el lagrimal y nos miró, primero a Mabel, después a mí.

—¿Son aprensiones mías o tenemos a Noelia muy dominada por ese tal Vicen?

—No son aprensiones tuyas —confirmé—. Ese tío la está asfixiando.

—Pues vamos apañadas. Noelia enrollada con un tío que parece un carcelero, Susa deteriorándose a marchas forzadas. ¡Vaya mierda!

—Y que lo digas. —Mabel abrió la pesada puerta de madera y cristal y nos dejó pasar—. ¿Tomamos una cerveza rápida para quitarnos el mal sabor de boca? Si entro en casa así, voy a deprimir al pobre Alfonso.

—¡Qué suerte tienes! Rafi nunca se entera cuando estoy depre. Y los chicos, menos aún. He criado a dos cafres emocionales. Cuando pienso en lo monos que eran de pequeños… Como encuentre trabajo, me largo con viento fresco. Se van a enterar esos tres.

Por primera vez en esa tarde aciaga, Mabel y yo nos reímos a gusto.

32

El sonido del teléfono me arrancó de un sueño tan profundo que me costó orientarme en tiempo y espacio. Poco a poco recordé que era la madrugada del miércoles al jueves. Faltaban dos semanas y media para Nochebuena. Habían pasado dos días desde la triste visita a Susa, que aún me tenía con la moral reptando por los suelos. Solo había hablado una vez por teléfono con Mabel, que andaba tan melancólica como yo. Por eso aún no le había contado mi imprevisto desahogo sexual con Florián, que a cada día transcurrido se hundía más en el pasado. De Anacrís y Noelia no sabía nada. La fecha de publicación del libro de Zaro se acercaba amenazante. En la librería ya habíamos acumulado un buen número de reservas de *Golosinas en la basura* y los clientes esperaban ansiosos el momento de sostener en sus manos lo último de Zaro Rivas. Yo no había vuelto a reunir valor para abrir el maldito libro y el trabajo que ya teníamos en la tienda de cara a las compras navideñas me servía de excusa para no seguir leyendo la historia cuyos renglones me mordían las tripas a dentelladas.

Me desenredé del nórdico. Suelo dormir envuelta en él como el relleno de un canelón. Scarlett roncaba a mi lado sin inmutarse por el insistente soniquete del inalámbrico sobre la mesita de noche. Consulté el reloj despertador. Las dos y cinco. Un bolo de amenaza me obstruyó la boca del estómago. Me despejé de golpe. Una llamada a esa hora no presagiaba nada bueno. ¿Habría empeorado Susa? Encendí la luz. Scarlett atiesó las orejas. Sus ronquidos cesaron. Alargué el brazo derecho, descolgué y logré farfullar:

—Diga…

—¿Elisa?

Esa voz de mujer me resultaba conocida, pero no conseguí situarla. No pertenecía a mi hermana, ni a ninguna de mis amigas. Tampoco a Adela. Me incorporé en la cama y apoyé la espalda contra el cabezal.

—Sí… —articulé.

—Soy Marina… Marina Vergara.

Di un respingo. Que me llamara la directora de la residencia de ancianos en medio de la noche significaba…, ¿qué podía significar? Nada bueno, seguro.

—Ho… hola —tartamudeé.

—Escucha, Elisa, lamento verme obligada a sacarte de la cama.

Tengo una mala noticia… —Marina hizo una pausa que me crispó los nervios—. Tu madre ha muerto esta noche. Lo siento muchísimo, de verdad.

La diligente Marina Vergara nunca se andaba por las ramas.

Recordé a mamá cuando una cuidadora de la residencia se la llevó de la sala de familiares tras mi visita del último sábado: encogida en la silla de ruedas donde la sentaban porque ya no caminaba, diminuta como un gorrión, la boca entreabierta y la mirada muerta prendida en algún punto sin determinar. Salí de la residencia con un mal presentimiento clavado en el corazón. Ahora se había cumplido. Mi madre ya no existía.

Llevaba mucho tiempo mentalizándome, y mentalizando también a mi hermana, para encajar ese desenlace. Cuando el infarto fulminó a papá en la trastienda de la librería, las dos éramos muy jóvenes y nos costó asumirlo. Mamá, Cecilia y yo nos despedimos por la mañana de un hombre sonriente que parecía sano y, hacia la una, cuando la comida estaba casi preparada y habíamos empezado a poner la mesa, se presentó Adela en casa, destrozada, temblorosa y ahogándose en lágrimas, para darnos en persona la mala noticia. Ahora, Cecilia y yo nos hallábamos lejos de aquella juventud inocente y lo de mamá se veía venir desde hacía tiempo. Había creído estar preparada, pero no era así. La muerte anunciada duele tanto como la repentina. La única diferencia es que no ataca por sorpresa. Respiré hondo para empujar abajo las lágrimas que ya me temblaban dentro del pecho.

—¿Elisa, sigues ahí…?

—Si, te escucho —gemí.

—No sé si esto te servirá, pero ha muerto plácidamente mientras dormía.

El rollo de siempre. ¿Cómo podía saber Marina lo que le pasa por la cabeza a una persona demenciada mientras se muere? ¿Y si mamá tuvo un último destello de lucidez en ese instante? ¿Y si sus neuronas vacías sacaron de algún recoveco retazos de imágenes de su marido, de sus hijas, de su vida cuando aún no se había convertido en un desierto? Estuve a punto de decirle eso a Marina, pero me contuve. La mujer solo hacía su trabajo. No podía culparla a ella de que mi madre hubiera dejado este mundo hecha un vegetal. Bastante tenía Marina con verse obligada a despertar a los familiares a medianoche para darles malas noticias aderezadas con lugares comunes.

Quedé con ella en acudir enseguida a la residencia y colgué.

El llanto no se hizo esperar. Me deshice en sollozos mientras Scarlett me lamía las lágrimas conforme iban escurriendo mejillas abajo. Cuando me calmé un poco tras el primer desahogo, me acordé

de mi hermana. Debía llamarla antes de que se hiciera más tarde. Entre San Francisco y Madrid hay nueve horas de diferencia. Calculé que allí serían las seis de la tarde del miércoles. Mi hermana y Mark, al que le chiflaba cocinar —debo puntualizar que los resultados no andaban a la altura de su pasión—, estarían acabando de preparar la cena para sus gemelos rubios y anglosajones. Eso si no se habían sentado ya todos alrededor de la mesa de madera de pino que llenaba un rincón de su espaciosa cocina, decorada al más puro estilo californiano. La noticia explotaría como un obús en ese rato de reunión familiar que era sagrado para mi cuñado. Me dio pena aguárselo, pero no quedaba más remedio. Tragué saliva, respiré hondo, cogí el móvil y busqué el número de Cecilia en mi lista de favoritos. Ella descolgó al tercer timbrazo. Pronunció mi nombre con miedo.

Le di la noticia con todo el tacto del que fui capaz. Su reacción demostró lo baldío de mis esfuerzos por prepararla para la muerte anunciada de mamá. Estalló en un llanto histérico. Durante unos segundos, solo oí sus sollozos hasta que se mezcló la voz de Mark profiriendo «Oh my God!». Debía de haberse puesto muy nervioso, pues añadió en inglés que Cecilia me llamaría cuando se tranquilizara y colgó.

Me vestí deprisa y corriendo. Saqué el coche del garaje y conduje hasta la residencia a través de la ciudad durmiente. Aún no habían sacado a mamá de la habitación. Solo se habían llevado a Dolores, la compañera de cuarto nonagenaria, sin decirle lo que ocurría para evitar que la pobre se impresionara, pero yo estaba segura de que la pizpireta anciana no se habría dejado engañar. Apareció Marina con expresión circunspecta. Dijo que la cuidadora encargada de la última ronda nocturna se dio cuenta de que algo no iba bien con mamá. Al tomarle el pulso, comprobó que estaba muerta y dio la voz de alarma. Pedí a Marina que me dejara quedarme un rato a solas con el cuerpo inerte que, en un tiempo muy remoto, fue la joven hermosa de ojos claros —«austrohúngaros», habría dicho Zaro— que enamoró a papá entre novelas de la Biblioteca Colección Salvat, bolígrafos BIC, cuadernos Rubio y folios de la marca Galgo. No me atreví a tocar lo que quedaba de ella. Por nada del mundo deseaba que el recuerdo de una piel fría anulara el de la mujer cuyo vientre nos gestó a Cecilia y a mí. La que nos preparaba chocolate o palomitas, según se le antojara ese día, y se sentaba con nosotras a ver musicales de Hollywood en la tele. La que nos esperaba despierta cuando regresábamos a casa de nuestras correrías sabatinas y nos olfateaba con disimulo para detectar, con su nariz de sabueso, si habíamos bebido o fumado

porros. Sentada en el sillón de visitantes de aquel cuarto, me pasaron por la cabeza muchas cosas que me habría gustado decirle, pero solo pude susurrar una y otra vez: «Adiós, mamá».

El sonido del móvil interrumpió mi patética despedida. Miré la pantalla. ¡Cecilia! Salí al pasillo para descolgar. No debía perturbar la paz que por fin había hallado mamá tras su cruel travesía por la desmemoria.

—Perdona, Eli. —Cecilia arrastraba las sílabas con languidez. Seguro que Mark le había hecho tomarse un tranquilizante del botiquín familiar—. No he podido controlarme.

—No te excuses, mujer. Yo he pasado un buen rato llorando en casa.

—¿Dónde estás?

—En la residencia. Aún no se la han llevado. Para serte sincera, no me he enterado muy bien de lo que van a hacer ahora. Estoy atontada.

—Siento que tengas que pasar por esto sola.

—Tranquila, Ceci, podré…

—Escucha —me interrumpió—. Mark está haciendo gestiones para conseguirme un vuelo a Madrid o Barcelona. Desde allí continuaré a Zaragoza en tren. Resiste, que pronto estaré a tu lado y pasaremos juntas por esto.

Dentro de aquella congoja, me alegró la perspectiva de poder abrazar a mi hermana, tras cinco años comunicándonos por teléfono hasta que descubrimos Skype. Tenía narices que hubiera tenido que morir mamá para reunirnos de nuevo en persona.

Vi acercarse a Marina por el pasillo. La acompañaban dos hombres con cara de sueño. Empujaban una camilla vacía cuyas ruedas chirriaban al deslizarse sobre el suelo de granito. Prometí a Cecilia que la llamaría más tarde y colgué. Había llegado la hora del adiós definitivo a mamá.

33

Conseguí no llorar durante el funeral civil que celebramos en una de las salas del cementerio de Torrero. Mis padres no fueron creyentes, yo tampoco lo era desde que me desengañé de la religión en la adolescencia, y no me pareció coherente contratar una misa de despedida. Sentada en la primera fila, me flanqueaban a la izquierda Mabel y a la derecha Alfonso, tan solícito y afligido como si en lugar de primo postizo hubiera sido un hermano. Los dos me habían acompañado también durante el horrible velatorio en uno de esos cubículos demasiado caldeados del tanatorio, donde se exhibe a los muertos tras una cristalera y por el que desfilan a lo largo del día familiares, amigos y hasta algunos enemigos. Yo me había negado a mostrar el cuerpo consumido de mamá. Mi única concesión al culto mortuorio fue aportar una fotografía de su esplendorosa juventud, que los empleados de la funeraria colocaron sobre el féretro cerrado. Por parte de papá y tía Elo acudieron los únicos familiares que quedaban: dos primos solterones, muy ancianos y aficionados a leer las esquelas de los periódicos, que se habían enterado del fallecimiento por ese medio. Cuando me dieron el pésame tras haber asomado sus caras de quelonios a la cristalera, no tuve claro si su condición de supervivientes les alegraba o les causaba pavor. El único hermano de mamá, diez años mayor que ella, viudo y residente en Huesca desde comienzos de los años sesenta, con el que casi no habíamos tenido contacto, estaba tan anciano que se presentó sostenido por mis dos primas, sesentonas a las que apenas había visto cuatro o cinco veces en mi vida. Adela asistió en compañía de tres de los clientes más antiguos de la librería, que llegaron a hacerse muy amigos de papá y también conocieron a mamá. Distinguí entre los presentes a dos amigos de juventud de papá, muy viejitos ambos, uno de ellos apoyado en un andador, y a un matrimonio de la edad de papá que frecuentaba nuestra casa cuando Cecilia y yo éramos niñas. Esos se conservaban mejor.

La ceremonia se me antojó interminable. Cuando al fin acabó, la gente me dio el pésame y se fue marchando en lento goteo. La última en acercarse fue Dolores, la compañera de cuarto de mamá, sentada en una silla de ruedas que empujaba una mujer de mediana edad y rasgos eslavos. Reconocí a una de las cuidadoras de la residencia.

—Ay, niña, no sabes lo que me ha costado que mi hija me deje venir con escolta —graznó la anciana cuando me incliné para besarla—. Pero menuda soy yo para que nadie me prive de despedirme de tu madre. Aunque me parece que me reuniré con ella bien pronto en el más allá, si es que existe…

—No diga eso, Dolores —terció la cuidadora.

—¡Qué sabrás tú, Svetlana! A tu edad aún no la visitan a una los muertos cada noche. —De su boca consumida escapó una risotada rasposa como el papel de lija. Sus ojillos me miraron rodeados por un entramado de arrugas—. Lo siento mucho, niña, ¿qué otra cosa te puedo decir? —Giró el cuello artrítico hacia Svetlana—. Hala, rusa, devuélveme a la cárcel.

Svetlana sonrió por encima de la coronilla de Dolores.

—Esta es una bolchevique de esas que salen en el *Doctor Zhivago* —murmuró Dolores, mientras la mujer maniobraba con la silla de ruedas para llevársela—. ¡Qué guapo era el Omar Sharif, Dios mío! Y pensar que ahora está criando malvas. Si no es cuento eso del cielo y san Pedro, cuando me vea llamando a su puerta pediré que me alojen donde esté el Omar…

Svetlana me dijo adiós con su acento ruso y se llevó a la anciana, que seguía farfullando con la cabeza gacha.

Anacrís y Noelia, que se habían mantenido en un discreto segundo plano, se unieron a la flamante pareja Mabel-Alfonsito para acompañarme al crematorio. Acusé la ausencia de Susa. La pobre se hallaba demasiado enferma para salir de casa. Nos despedimos del cuerpo encerrado en ese absurdo féretro de reluciente madera de caoba. A la salida del crematorio, se marcharon todos menos Mabel y su inseparable Alfonsito. Me llevaron a casa en coche y se quedaron un rato conmigo. Resultaba chocante ver la gran compenetración que reinaba entre ellos, pese al poco tiempo que llevaban saliendo. Tuve claro que su relación estaba destinada a durar.

Cecilia no había encontrado vuelo para llegar al funeral. Le prometí por teléfono que iríamos juntas a recoger las cenizas de mamá. Habíamos decidido hacer con ellas lo mismo que con las de papá: esparcir una parte en la playa de Levante de Salou, que tanto les gustó a los dos, y depositar la otra en el columbario donde los restos de un librero tímido llevaban años esperando a una joven rubia de ojos claros para reunirse con ella en la eternidad de los muertos.

Dos días después, acudí por la tarde a la inhóspita estación de Delicias, homenaje destartalado a la vanidad de políticos y arquitectos con nulo sentido práctico, para esperar entre corrientes de aire el AVE que traía a mi hermana de Barcelona. Tras un cuarto de hora

congelándome en un sillón de plástico del ala de llegadas, los altavoces anunciaron la inminente entrada del tren de alta velocidad procedente de la estación de Sants. Me posicioné junto a la rampa mecánica por la que suben del andén los viajeros recién llegados. Desde allí vi salir el pico de pájaro del AVE del túnel, se abrieron las puertas y la plataforma, desierta solo un minuto antes, se inundó de viajeros y equipajes. Pronto divisé a mi hermana entre la avalancha de gente que se había apresurado hacia la rampa para conseguir uno de los primeros taxis (a los rezagados les tocaba esperar los refuerzos). Con una mano se aferraba a un *trolley* enorme y con la otra a la barandilla. Ella me vio y trazó una sonrisa desvaída.

Había pasado un lustro desde el último viaje relámpago que hizo Cecilia para visitar a mamá, recién diagnosticada de alzhéimer por entonces, pero aún lo bastante lúcida para poner su piso a nombre de mi hermana y mío. Tras ese tiempo sin vernos en persona, la mujer de mediana edad que se paró delante de mí se me antojó una desconocida. Por suerte, cuando nos fundimos en un abrazo, se fugó la sensación de extrañeza y regresó mi hermana pequeña. Cecilia mantenía una figura estilizada y juvenil a base de sesiones de pilates; eso me lo había contado por Skype y lo pude ratificar porque llevaba el abrigo sin abrochar. La cara era otro cantar. No iba maquillada. Apenas lucía un poco de rímel emborronado alrededor de los ojos y su cutis apagado tenía un tono ceniciento. En nuestras sesiones de Skype la había visto muchas veces en ropa de andar por casa y sin pintar, pero, al ser tan morena de tez, su aspecto resultaba saludable. Esa tarde, entre los ojos enrojecidos, la piel grisácea y las mechas rubias que nunca llegaron a sentarle bien del todo, se me antojó envejecida. Claro que su aspecto desvaído podía ser fruto del disgusto y del cansancio tras las muchas horas de viaje.

En los ojos de Cecilia destelló una pátina acuosa. Se pasó el índice por el lagrimal.

—A Mark le habría gustado venir, pero en el trabajo tiene un proyecto importante entre manos… —dijo en voz muy baja.

Pensé que mi cuñado siempre tenía un proyecto importante entre manos.

—… y luego están los chicos. Traerlos suponía un trastorno para ellos y no queríamos dejarlos tantos días con mis suegros. Están viejitos para hacerse cargo de dos chavales adolescentes que cada día se vuelven más respondones.

Oyendo hablar a mi hermana en persona, percibí su acento americano aún más que por Skype.

—Me quedaré el tiempo que haga falta para ayudarte con las cosas

de mamá y el piso.

Sus palabras bienintencionadas me clavaron un puñal de culpabilidad en las tripas. Hacía semanas que no pisaba la vivienda donde nos criamos las dos. Debería haberla vaciado ya para ponerla a la venta y solo había sido capaz de tirar unos cuantos cachivaches, la tarde en que estuve allí con Mabel.

—Tendría que haber sacado sus cosas como te prometí, pero no aguanto ahí dentro ni una hora. Los pisos vacíos son deprimentes. Hasta los objetos más insignificantes rezuman melancolía.

—La melancolía de las cosas… —murmuró Cecilia—. ¿Quién sabe? Igual hasta nos echan de menos cuando desaparecemos…

Solo faltaba eso. Agarré a mi hermana de un brazo y tiré de ella hacia la salida.

—Vamos a ver si queda algún taxi, que tendrás hambre y querrás descansar.

Ella volvió a asir el asa de su *trolley* y me siguió arrastrando los pies.

—Estoy muerta de cansancio —murmuró—. Espero que el *jet lag* me deje dormir.

34

En casa, Scarlett recibió a Cecilia con mirada desconfiada y algún ladrido que quiso ser amenazante, pero se quedó en mero trámite. Mi hermana no le hizo mucho caso y fue a dejar sus cosas en la habitación de invitados. Yo corrí a cambiarme de ropa, seguida por los desconcertados pasitos de la perra. Al salir de mi cuarto, oí a mi hermana trastear en el baño a la vez que hablaba por teléfono con Mark. Fui a la cocina y preparé algo para cenar. Traducida la frase a lenguaje menos pomposo significa que mezclé en una ensalada todos los vegetales que encontré en el frigo e hice una tortilla francesa de dos huevos para cada una. Coloqué en una fuente jamón y triángulos de queso y puse pan integral a tostar. Entre Cecilia y yo colocamos todo en la mesita auxiliar del salón sin perder de vista a Scarlett, que miraba la comida con ojitos golosos.

—Así que esta es tu nueva perra. ¿Se deja tocar?

—Dale un poco de jamón antes. No es agresiva, pero como no te conoce…

Cecilia siguió mis instrucciones y selló su amistad con Scarlett.

—¿Qué raza es?

—Ni idea —respondí, con la boca llena. En los últimos días apenas había comido y por fin sentía hambre—. Es fea, lo sé…

—Pero simpática. —Cecilia masticó con desgana un trocito de tortilla y dejó caer el tenedor—. No me entra…

—No puedes acostarte con el estómago vacío. Te voy a traer un yogur. Tú vigílame a Scarlett. Le gusta robar comida.

Regresé con dos yogures desnatados y hallé a mi hermana hojeando un libro. ¡La novela de Zaro! Llevaba días encima de la mesita pequeña entre los sofás sin que me hubiera animado a continuar su lectura. Debería haberla quitado de ahí. Ahora, Cecilia me cosería a preguntas. Pero ya era tarde para hacer desaparecer el cuerpo del delito. Ella lo alzó y me lo puso delante.

—¿Cuándo ha salido?

—Se publicará en enero —respondí con desgana. Me dejé caer en el sofá—. Estás curioseando la edición anticipada para los libreros. Zaro es la gran apuesta de su editorial para el primer trimestre del año que viene. Llevan semanas dando la brasa con su novela.

Cecilia estudió el retrato de la solapa. Lo que me faltaba.

—Si esta foto es reciente, se conserva atractivo.

Me limité a tenderle en silencio un yogur y una cucharita. No tenía el cuerpo para hablar de Zaro; ni esa tarde ni ninguna otra. Aún dolía demasiado la herida. Cecilia dejó el libro sobre su regazo, abrió la tapa del yogur y empezó a revolver en la crema blanca.

—Perdona, Eli. Aún piensas en él, ¿verdad?

—Humm —gruñí.

Cecilia fue comiéndose el yogur a cucharadas desganadas y en silencio. Yo tampoco tenía ganas de conversar. Al cabo de unos minutos, dejó el vasito vacío sobre el mantel y murmuró:

—No estoy nada fina. ¿Te importa si me voy a la cama? Me tomaré un somnífero, a ver si consigo dormir y recupero mis habilidades sociales. —Se puso en pie con lentitud. El libro de Zaro cayó sobre la alfombra. Ella ni se percató—. Te ayudo a quitar la mesa…

—No hace falta. —Me levante yo también—. Lo más urgente es que descanses. Mañana podemos ir a recoger las cenizas y, si te sientes con fuerzas, viajamos al día siguiente a Salou para…

Me interrumpió un bostezo de Cecilia.

—Según cómo me levante, ¿vale?

—¡Claro! Como decía Escarlata O'Hara, mañana será otro día.

Acompañé a mi hermana a su habitación. Cecilia ni siquiera fue al baño a lavarse los dientes.

—Hasta mañana, hermana mayor —susurró, antes de cerrar la puerta.

—Hasta mañana, Ceci.

Regresé al salón. Scarlett había rapiñado la tortilla de Cecilia y se relamía, hecha una rosquilla sobre la alfombra. Ni siquiera tuve fuerzas para reprenderla. Me llevé a la cocina los restos de la cena y limpié la mesa. La novela de Zaro seguía en el suelo. La recogí y me dejé caer en el sofá. Estaba agotada física y anímicamente, pero no me apetecía meterme en la cama para acabar rumiando pensamientos oscuros. Abrí *Golosinas en la basura* por la página que marqué tantos días atrás con un arrugado tique del supermercado.

«Hay mujeres que florecen cuando se quedan viudas, sobre todo si habían estado casadas con un déspota agrio y minado por el resentimiento. No fue el caso de mi madre. La muerte de su marido no supuso para ella la liberación que cabía esperar. Desaparecido el que todos creímos su hostigador, ella se secó. Por dentro y por fuera. Se convirtió en un esqueleto andante, consumida por la añoranza de una vida pasada que su memoria embellecía sin reparos. Con el paso de los años y mi propia madurez, fui descubriendo la complejidad que

caracterizó la relación de mis viejos. Él, un hombre propenso a los ataques de ira, estallaba por cualquier nimiedad. Ella, actriz de andar por casa especializada en el papel de víctima, disfrutaba provocando a su difunto hasta que él perdía los papeles y le gritaba cosas horribles. Entonces, ella se replegaba tras el caparazón del victimismo, a la espera de la próxima oportunidad para hacer salir al dragón de su guarida. Mi vieja, un san Jorge femenino con bata guateada, escoba y recogedor, había desarrollado una excelsa puntería para clavar la lanza en el corazón de su fiera, a la que necesitaba tanto como la fiera a ella. Cuando el cáncer minó la agresividad de mi padre y acabó llevándole al otro barrio, ella ya no tuvo con quien jugar a ese juego. La hipocondría sustituyo al dragón. Su existencia empezó a girar alrededor de enfermedades, reales o imaginarias, que le permitían seguir siendo la víctima. Siempre víctima de alguien. O de algo.

»La Flaca era lista. Se dio cuenta enseguida del insano juego de mis viejos. Yo no le hacía caso cuando intentaba abrirme los ojos. Estaba harto de esos rifirrafes desde niño; al mismo tiempo, me había habituado a ellos. Solo aspiraba a vivir lo más lejos posible de mis padres.

»Sí, mi Flaca las cazaba al vuelo. Aunque en una ocasión, solo en una, no supo o no quiso detectar las señales que le enviaba el entorno. Las que proclamaban a los cuatro vientos mi relación con Virginia, la Voluptuosa, la Gatona de escote abisal, aquella enorme estupidez que dinamitó mi vida con la rubia de los ojos austrohúngaros. Incluso las mujeres inteligentes descuidan las evidencias, hasta que un bocazas se emborracha y su lengua, aflojada por el alcohol, detona la mina antipersona que aguardaba su momento escondida bajo una baldosa.»

Cerré el libro de un golpe seco que resonó en todo el salón y lo tiré sobre la mesita auxiliar. Ni siquiera estallé en uno de los enfados retrospectivos que me provocaba esa novela, ni maldije la bragueta aventurera de Zaro. Aplanada por un cansancio que me vaciaba de energía, me hice un ovillo en el sofá. Me quedé dormida y desperté a medianoche, helada de frío, con la columna vertebral hecha un cuatro, la nuca rígida y la cabeza de Scarlett sobre mi regazo. Me arrastré hasta el dormitorio, donde pasé el resto de la noche alternando momentos de duermevela con otros de sueño inquieto amenizados por los ronquidos perrunos de Scarlett. Me alegré cuando abrí los ojos y vi que empezaba a amanecer al otro lado de la ventana.

35

Los pasillos de los hoteles de playa en temporada baja me recuerdan a *El resplandor,* de Kubrick. Mientras arrastraba detrás de Cecilia el *trolley* con nuestras cosas en busca de la habitación doble que teníamos reservada, las paredes devolvían el rítmico «toptop» de las patazas de Scarlett y el ruido de nuestros pasos humanos convertido en un eco siniestro. No me habría sorprendido nada si nos hubiera asaltado Jack Nicholson con hacha y cara de loco, o si se hubieran materializado ante nosotras las dos niñas fantasmas y repipis vestidas de azul. Habíamos viajado a la playa en mi coche, turnándonos para conducir y llorar. La que ocupaba el asiento del copiloto tenía bula para sollozar a discreción. Entre Cecilia y yo gastamos tres paquetes de clínex, mientras el estado de ánimo de Scarlett, sujeta por el arnés a la fijación del cinturón de seguridad del asiento trasero, oscilaba entre la excitación por el viaje y la preocupación que le causaba nuestra tristeza.

Quien había insistido en recoger las cenizas de mamá y partir enseguida para Salou había sido Cecilia. Y eso que al día siguiente de su llegada se había levantado somnolienta, legañosa y con enormes ojeras negruzcas de oso panda. «Cuanto más lo demoremos, más nos costará», fue su argumento. Así que, reservé por Internet una habitación doble en un establecimiento que abría en invierno y admitía perros, preparamos nuestro exiguo equipaje para una noche, recogimos la urna con lo que quedaba de nuestra madre, preparamos a Scarlett y nos pusimos en camino.

Llegamos a Salou hacia las seis de la tarde. Ya había oscurecido. El mar rugía en su negrura más allá de las luces del paseo marítimo, por donde no circulaba ni un alma a esa hora. En el garaje subterráneo del hotel solo había dos turismos con matrícula holandesa y uno que lucía la pegatina de una empresa de alquiler. La recepcionista se movía tan desganada como nosotras. Concluidos los trámites, nos entregó con mano laxa dos llaves electrónicas. En el primer piso, Cecilia, la perra y yo reptamos por ese pasillo infinito y desierto. Nos aplastaba una apatía tan grande que de habernos asaltado un émulo de Jack Nicholson con el hacha en ristre ni nos habríamos inmutado. Cuando llevas en una mochila la urna con las cenizas de tu madre, ¿qué puede importar un loco más o menos?

El resto de la velada se nos fue intentando empujar esófago abajo un parco plato combinado en la cafetería, rodeadas por unos cuantos abuelos con aspecto de centroeuropeos pudientes. Apenas hablamos durante la cena. Cuando entramos en nuestra habitación para echarnos a dormir, hallamos a Scarlett hecha un ovillo sobre la colcha de una de las camas. Afortunadamente, no había revuelto ni destrozado nada. Solo había robado una de las toallas del baño, que asomaba arrugada bajo su cuerpo peludo. Las pastillas que sacó mi hermana de su botiquín y de las que nos tragamos una cada una nos dejaron fuera de combate en cuestión de minutos.

No sé qué clase de somníferos recetaban en California. Solo sé que a la mañana siguiente necesité beber tres cafés seguidos para empezar a despertar. La playa de Levante nos recibió con un viento helado y húmedo que atravesó nuestros abrigos y nos hizo tiritar a las dos como si tuviéramos el baile de San Vito. Solo nos cruzamos con una pareja de paseantes, tan envueltos en chubasqueros, gorros y bufandas que no supimos si eran jóvenes o viejos. Contemplamos cómo Scarlett saltaba y se rebozaba en la arena.

—¿Te acuerdas de la primera vez que nos trajeron a Salou? —preguntó Cecilia.

—Éramos dos cacahuetes. ¡Y lo que disfrutábamos! Igual que Scarlett.

—Yo no —matizó ella—. Al principio, me daba miedo el agua y a papá le costó lo suyo hasta que accedí a mojarme los pies. Después me gustó y no quería salir. Lo recuerdo perfectamente.

Las imágenes que guardaba yo en la memoria no coincidían con las de mi hermana, pero no hice ningún comentario. Seguro que si escarbábamos en los recuerdos que creíamos comunes, hallaríamos muchas más discrepancias.

Cuando Scarlett se tumbó en la arena, exhausta, pudimos cumplir con el ritual funerario que nos había llevado a Salou. Saqué la urna de la mochila y extraje un puñadito de mamá tragándome la aprensión. En cuanto abrí la mano, el viento me arrebató las cenizas y las sopló a su albedrío. Cerré la tapa deprisa para proteger la porción destinada a reposar en el columbario junto a los restos de papá y me limpié con un clínex. Miré a Cecilia. Forzaba una sonrisa de las que amenazan con derivar en llanto. Sorbió mocos y escarbó dentro de su bolso hasta que dio con el móvil. Deslizó el dedo índice por la pantalla. De pronto, una voz de golfo indolente pugnó por imponerse al ulular del viento costero:

When marimba rhythms start to play
Dance with me, make me sway

Like a lazy ocean hugs the shore
Hold me close, sway me more…

—¡Cuánto le gustaba esta canción!

Asentí con la cabeza. Ahora me goteaba la nariz a mí. Saqué otro pañuelo de papel del bolsillo y me soné.

—Lo más curioso —prosiguió mi hermana— es que yo detestaba esta música de joven. Era la que escuchaban nuestros viejos y me parecía superrancia. Y ahora, cuanto más mayor me hago, más me gusta. En casa me pongo con frecuencia a Dean Martin en Spotify, y a Frank Sinatra, Tony Bennett…

—Nat King Cole.

—Johnny Mathis —completó ella—. ¿Será que nos estamos haciendo viejas?

—Igual es que los años nos abren la mente…, o la reblandecen, vete a saber.

—Me recuerdas a Al Pacino en *Carlito's Way* cuando dice eso de: «Uno no se reforma, solo pierde fuerza con el tiempo».

Nos extraviamos en un bosque de risas melancólicas, mecidas por el viento invernal y la voz de Dean Martin.

—Cuando eres joven —me dio por filosofar— te preocupa lo que digan los demás de ti. Ante todo, que no te llamen carroza ni rancia y que no te excluyan del grupo. Al menos, eso me pasaba a mí. Ahora me importa un pimiento lo que piensen de mis gustos. Si quiero empaparme por las noches de musicales antiguos de Hollywood, pues lo hago. Si quiero hartarme de escuchar las canciones más azucaradas de Frank Sinatra, me doy un homenaje y punto. Es una de las ventajas que le veo a esto de envejecer.

Escuchamos hasta el final la canción que tantas veces habían bailado nuestros padres en casa, cuando les asaltaba la comezón romántica, por no decir lujuriosa, y se olvidaban de nuestra presencia. Ahí estábamos las dos, paradas en la orilla de un mar de invierno rugiente, hechas unos pasmarotes despeinados por el viento, con la humedad calándonos hasta los huesos y las entrañas revueltas de tristeza y recuerdos.

Cecilia hizo callar a Dean Martin y guardó su móvil en el bolso.

—Ahora somos huérfanas, Eli —murmuró.

La palabra «huérfanas» sacó de mi archivo personal el duelo de Zaro por su padre y lo poco que le ayudé entonces. Me anegó una ola de culpabilidad retrospectiva. Si le hubiera apoyado más, ¿habría evitado que él intentara calmar su dolor emborrachándose de lujuria con otra mujer? ¿O su infidelidad se debió simplemente a que el amor se nos había agujereado cual calcetín viejo?

—Al menos, nuestros padres están juntos por fin, dondequiera que sea.

—Triste consuelo. —Mi hermana sacó un clínex del bolsillo, se limpió los ojos húmedos y se sonó—. Mamá no merecía morir convertida en un vegetal. Era una buena persona, nunca hizo daño…

—Nadie merece el maldito alzhéimer. No se lo deseo ni a los más cabrones entre los cabrones.

—¿Crees que nos tocará a nosotras?

Me encogí de hombros.

—¿Quién puede saberlo? Supongo que dependerá del cóctel de genes que llevemos dentro.

—La vida tiene muy mala leche.

—Y que lo digas…

—¿Sabes? Deberíamos empezar a vaciar el piso mañana.

Vaya cambio de tema brusco. Imité el saludo militar con la mano que no sujetaba la urna.

—A sus órdenes, teniente O'Neil.

Cecilia emitió una risita cohibida.

—Es que… no te lo tomes a mal, Eli, pero me gustaría acabar pronto para celebrar las Navidades con mi familia.

Disimulé la desazón que me había provocado la alusión a las fiestas navideñas. Cada año las detestaba más.

—Tranquila, te entiendo perfectamente.

—¿Por qué no las pasas con nosotros? Te vendría bien cambiar de aires.

—No sé —susurré. ¿Qué se me había perdido a mí en California por esas fechas?—. Hablando de aires, yo ya he tenido bastante viento por hoy. Propongo que nos tomemos un café bien caliente y emprendamos el viaje de vuelta. Aquí hemos cumplido y la playa en invierno me deprime cantidad. No necesitamos más tristezas.

—*Okey* —respondió mi hermana, con más acento americano que nunca—. Pero piénsate lo de venirte conmigo. Estarás mejor que aquí, tan sola. Verás la parafernalia navideña que monta tu cuñado, disfraz de Santa Claus incluido. Empezó a vestirse cuando los chicos eran pequeños y, como se lo pasa en grande, de vez en cuando nos sorprende saliendo de algún cuarto disfrazado, grita «ho ho ho» y nos canta el *Last Christmas* imitando a George Michael. Le privan las Navidades. Es como un niño grande.

Prometí pensármelo. Al mismo tiempo, me pregunté dónde dejaría a Scarlett si me decidía a hacer ese viaje. Además, no me veía con ánimos para reírle a mi cuñado la gracia de cantar *Last Christmas* vestido de rojo, con barba blanca postiza y barrigón de atrezo.

Precisamente él, que en las fotos recientes aparece tan fideo como fue en la veintena. Mi capacidad de contemplar el ridículo ajeno sin que me dé la risa tonta tiene un límite.

36

Necesitamos un día entero para recuperar el ánimo tras nuestro triste viaje al Salou invernal. Una vez acomodada la urna de mamá en el columbario del cementerio junto a la de papá, Cecilia y yo nos dedicamos en cuerpo y alma a vaciar el piso familiar, que para mí llevaba tiempo convertido en un territorio hostil lleno de objetos melancólicos. Si ya me daba grima entrar allí cuando mamá aún vegetaba en la residencia, ahora que también se había extinguido su cuerpo tenía que arengarme para traspasar el umbral hacia el tártaro en cuyo vestíbulo empezamos a amontonar bolsas de basura llenas de trastos para tirar. Contraté temporalmente a Rosy, una joven a la que solía recurrir para las campañas de la librería que suponían trabajo extra, y dejé durante esos días el control en las eficientes manos de Adela, que me tranquilizó declarándose capaz de organizar el tinglado. Mabel también se ofreció a echar una mano, pero decliné. Con la *boutique* recién abierta, no le convenía dispersarse.

Nos llevamos a Scarlett, y una bolsa de pienso, por no dejarla tanto tiempo sola en mi piso. Mientras ella olfateaba todos los rincones, Cecilia y yo empezamos nuestra triste encomienda por la alcoba principal revisando las ropas de mamá que no le llevé a la residencia y dormían olvidadas en el armario. Después la emprendimos con sábanas y toallas, manteles y trapos de cocina. No nos apetecía quedarnos con nada —«Yo no pienso llevarme modelitos anticuados ni pañitos en el avión», sentenció mi hermana— y metimos todo en bolsas para donarlo a la Cruz Roja. A continuación, les tocó el turno a las joyas. A mamá nunca llegaron a interesarle. Las pocas que tenía se las regaló papá y ella se las ponía de uvas a peras. Las guardaba en el primer cajón de la cómoda, dentro de una cajita de marquetería. Ni a Cecilia ni a mí nos sobraba ánimo para revisar el joyero y volvimos a dejarlo donde estaba para más adelante.

De los discos y CD que se amontonaban en el estudio, Cecilia apartó un LP de Dean Martin como recuerdo. Yo elegí uno de Frank Sinatra. Eran los *crooners* que sonaban en casa a todas horas. Dos hombres fallecidos hacía años cuyas voces pusieron banda sonora al matrimonio de nuestros padres hasta que a él se lo llevó el infarto. El resto lo guardamos en cajas de cartón para regalarlos o vendérselos a una tienda de segunda mano. Pospusimos la revisión de los libros.

Muchos de ellos eran primeras ediciones firmadas por sus autores, que papá fue coleccionando a lo largo de los años. Como buena librera, la idea de desprenderme así como así de la biblioteca familiar me dolía, pero no podía quedarme con todos los ejemplares. Anoté en mi lista mental otro tema a resolver más adelante.

Hacia las seis de la tarde, tras horas clasificando cosas bajo el peso del silencio, los rugidos de nuestros estómagos y una repentina sensación de debilidad en las rodillas nos advirtieron de que no habíamos comido nada desde el desayuno. Cecilia se ofreció a bajar a Scarlett a hacer sus necesidades y subir del bar de la esquina bocadillos o cualquier cosa comestible.

—¿Te las arreglarás con ella?

—Claro, si nos hemos hecho muy amigas —me aseguró Cecilia—. Y mira lo tranquila que está hoy…

—Se le habrá pegado la tristeza que flota en este piso.

Coloqué el arnés a Scarlett, que se dejó sacar al rellano por mi hermana sin dar sus habituales muestras de alegría previas a los paseos.

Me quedé revisando uno de los armarios del estudio. Entre archivadores y carpetas de anillas se apretujaban los álbumes de fotos familiares. Sentí un aguijonazo de aprensión cuando los saqué. Detesto alimentar la nostalgia contemplando instantáneas antiguas. Me parece un ejercicio lastimero que no conduce a ninguna parte. En mi casa guardaba cientos de fotografías de mis buenos tiempos con Zaro, de los viajes que hicimos juntos, de las celebraciones con nuestros amigos de entonces, de pequeños instantes felices, y ni en los momentos de máxima autocompasión me dio por sacarlas de su escondrijo. Pero aquel día no era uno de tantos, sino la despedida definitiva de mamá a través de sus pertenencias. El punto final a toda una vida. Me llené los pulmones de aire y abrí el álbum más viejo y manoseado. Una pareja joven me sonrió en blanco y negro. Él, guapo y moreno, con quevedos de intelectual cegato, traje oscuro a juego con la corbata y el ribete de un pañuelo níveo asomando por el bolsillo delantero de la americana, muy al gusto de los años sesenta, le sacaba media cabeza a la chica rubia que posaba a su lado tocada con un velo de tul esponjoso. Menuda y grácil dentro de su vestido de novia entallado, aunque no tan ceñido que atentara contra el recato impuesto en aquella época. Las manos cerradas alrededor de un ramo de rosas blancas como símbolo de pureza virginal.

Se me hizo un nudo en el estómago. Me senté en el raído diván azul y seguí hojeando los testigos de dos vidas extintas, primero en blanco y negro, después, en el inconfundible color desvaído que

distingue las fotos de los años setenta. El llanto asomó sin avisar. Un caudal desbordado imposible de contener.

Así me encontró mi hermana cuando regresó con una bolsa de plástico transparente en cuyo interior se adivinaban dos bocadillos envueltos en papel de aluminio y dos latas de Coca-Cola. Soltó la correa de Scarlett, arrojó su botín sobre el escritorio y se dejó caer a mi lado. Al otro se colocó la perra, como deseosa de protegerme. Oí escarbar a Cecilia en su bolso y apareció ante mis narices un clínex impoluto.

—¿Qué te pasa, Eli?

Tomé el pañuelo y me soné. Los hipidos me impedían hablar. La lengua de mi mopa con patas me lamía las mejillas. Entre lágrimas atiné a quitarle el arnés. Busqué la página con la foto de boda de nuestros padres y coloqué el álbum sobre el regazo de mi hermana.

—Joder —murmuró ella.

Sin hablar, inesperadamente serena, fue pasando páginas y embebiéndose de lo que quedaba de nuestros padres: un puñado de fotografías antiguas guardadas en un álbum igual de vetusto. Me limpié los ojos y me volví a sonar. No conseguía detener las lágrimas acumuladas durante días, quién sabe si meses.

—Mira, ¡qué jóvenes estaban aquí! Y tan sesenteros…

El índice de Cecilia se posó sobre la esquina derecha de una foto que retrataba a nuestros padres junto a la entrada principal de la basílica del Pilar. A su alrededor se veía a dos señoras saliendo de misa, el cabello cubierto por el velo negro que en tiempos de Franco se les exigía a las mujeres para permitirles entrar en las iglesias. Por sus ropas deduje que debía de ser primavera avanzada. Papá posaba con un traje oscuro semejante al de la boda —o tal vez el mismo—, corbata negra y el inevitable pañuelo blanco asomando por el bolsillo de la americana. Mamá llevaba una falda ajustada que le cubría las rodillas y una chaqueta corta al estilo de las que puso de moda Jackie Kennedy. Por supuesto, en versión humilde, cosida seguramente por la modista a la que acudían las mujeres del barrio cuando Cecilia y yo éramos niñas.

—¡Qué buena pareja hacían! —susurró mi hermana—. Eran guapos, ¿verdad?

—Mucho. Mamá parecía extranjera, tan rubia y con los ojos tan claros.

—Igual que tú. Yo siempre he sido muy conguita.

—Con lo bonito que es el color original de tu pelo…

Casi aludí a sus desafortunadas mechas californianas, pero me detuve a tiempo. Ella debió de adivinar lo que me callaba. Siempre

destacó por su aguda intuición.

—Creo que ya no me voy a teñir —murmuró—. Estoy planteándome dejarme las canas. Cada vez me salen más y pronto tendrán que taparlas con tinte completo. No me apetece entrar en ese círculo vicioso.

Alzó la mano que había sujetado el álbum y escarbó en mi melena.

—Tú aún no tienes.

—Sí que tengo, pero al ser rubia se disimulan bien con las mechas.

Cecilia se rio.

—Tiene gracia que viendo las viejas fotos de nuestros padres solo se nos ocurra hablar de canas, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Mecanismo de defensa, supongo.

—¿Recuerdas cómo se enfadó mamá cuando me concedieron la beca y le solté a bocajarro que me iba a California?

—A veces le salía un pronto muy puñetero.

—Ahora entiendo su reacción. Solicité la beca en secreto y coloqué a nuestros padres ante hechos consumados. Lo único que hizo mamá fue representar su papel de poli malo mientras papá ejercía de poli bueno, de acuerdo con su habitual reparto de roles. Y aún te digo más: si uno de mis chicos me viene algún día con que se marcha a estudiar o trabajar a Australia, o que se viene a Europa, por poner un ejemplo, le arranco la cabeza. Desde que tuve a los chicos, cada vez reacciono más como mamá.

—¿Tú también eres el poli malo de la familia?

—Con más frecuencia de la que me gustaría. Mark se hace el enrollado con los gemelos y me toca a mí sacar la cachiporra. Empiezo a cansarme de ejercer de Dirty Harry. —Rio entre dientes; yo solo pensé que antes de marcharse a California decía «Harry el Sucio», como cualquier español de a pie—. Quiero mucho a mis chicos, pero a veces me ponen de los nervios. Mark el que más.

—Si tu Mark es un pedazo de pan y encima te canta *Last Christmas*. No te lo mereces.

Ahora fue Cecilia quien se encogió de hombros. Tuve la intuición de que su matrimonio no era tan idílico como siempre me había parecido. De pronto, ella me miró de hito en hito y soltó, a bocajarro:

—¿Echas de menos haber tenido hijos, Eli?

Me sentí tan incómoda que tardé en responder. Cuando lo hice, las palabras me salieron como arrastrándose desde una trinchera.

—No llegué a desarrollar instinto maternal y Zaro tampoco se moría por procrear. No se echa de menos lo que no se conoce y nunca se deseó. —Me costó añadir la siguiente frase—: A Zaro sí que le

añoro. Desde que me entregaron la edición anticipada de su maldito libro, estoy en un sinvivir.

—¿Sabes algo de su vida actual? ¿Tiene pareja?

En las últimas semanas me había hecho esa misma pregunta con mayor frecuencia de lo que le convenía a mi salud mental. Me limité a menear la cabeza. Susurré:

—No tengo ni idea.

El estridente sonsonete de mi móvil me eximió de seguir hurgando en ese tema ingrato. En la pantalla apareció la foto de Mabel. Pulsé el botón de descolgar.

—¿Cómo están mis chicas favoritas? —bramó—. ¿Habéis acabado ya por hoy?

Consulté el reloj. Mirando aquellas fotografías viejas, nos habían dado las siete y aún no habíamos tocado los bocadillos que había comprado Cecilia. A mí se me había pasado hasta el hambre.

—Pues no sé qué decirte. Hace un buen rato que andamos dispersas, viendo fotos de nuestros padres y alimentando nostalgias.

—Eso es que necesitáis parar por hoy —sentenció Mabel—. Propongo una cena de chicas para aliviar las penas.

—Mabel, no te lo tomes a mal, pero no andamos de humor para salir por ahí con el Séptimo de Caballería.

—Solo nosotras tres, mujer. Me queda un rato de estar en la tienda… Por cierto, no ha parado de entrar clientela hasta ahora mismo, ¡qué estrés, por Dios!, pero la caja está pletórica. —Interrumpió su acelerada verborrea para tomar aire—. Bueno, pues volviendo al tema de la manduca: en cuanto cierre, paso por el italiano de nuestros amores y me presento con la cena donde me digáis.

Interrogué a Cecilia con la mirada. Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Vale, estaremos más cómodas en mi casa. Yo pongo el vino, como siempre.

—Hecho. Creo que podré llegar ahí sobre las nueve y media, más o menos.

—No encargues mucha comida —le advertí—, que estamos inapetentes.

—Razón de más para que os lleve cosas ricas, que os vais a quedar como esquejes. Tu hermana volverá a casa en el chasis y su marido te echará la culpa a ti. —Oí el sonido de una campanilla y el golpe de la puerta de cristal al cerrarse—. Corto, que acaba de entrar una clienta.

—Esta Mabel… —dije, en cuanto colgué—. A veces parece una *mamma* siciliana. Seguro que aparecerá con un bolsón lleno de delicias

italianas que no conseguiremos empujar gaznate abajo.

Cecilia se rio por lo bajini.

—Lo que no habríamos podido tragar son los bocadillos que me ha preparado el del bar. A simple vista parecen suelas de zapato. No quiero ni imaginar cómo será hincarles el diente. —Dejó el álbum de fotos sobre el diván y se puso en pie—. Anda, cerremos por hoy, que ya vale. ¿Sabes qué? —Negué con la cabeza—. Al pensar en comida italiana me está entrando hasta hambre.

—Entonces no perdamos el tiempo. Mañana será otro día.

37

Mabel se presentó en mi casa cerca de las diez, tan acelerada como me había parecido por teléfono. Llamaban la atención sus ojeras de cansancio en un rostro que, por lo demás, irradiaba satisfacción. Iba tan bien vestida como de costumbre y tocada con una boina parisina roja que lucía ladeada. Bajo el abrigo gris tres cuartos al estilo de los años cincuenta llevaba unos vaqueros de pitillo ajustadísimos sobre un jersey negro muy largo, de esos que las vendedoras de *boutique* llaman *oversize* y cuya impecable caída no marcaba ni una sola arruga. Sus botas altas, también negras, eran casi planas, detalle que no le restaba ni un ápice de elegancia. El conjunto lo remataba un collarón de bisutería de eslabones dorados que a cualquier otra le habría hecho parecer el conde de Montecristo encadenado en su celda del castillo de If. Pero Mabel podía permitirse cualquier excentricidad. De hecho, podría haber posado con ese atuendo para una revista de moda.

Cecilia y ella ya se conocían de los tiempos del instituto y siempre simpatizaron. Intercambiaron besos efusivos y se piropearon mutuamente sobre lo bien que les sentaban los años. Tras el saludo, Mabel se quitó la boina y sacudió la melena como si estuviera rodando un anuncio de champú.

Mi hermana y yo nos quedamos mirando su pelo al unísono. Ya no lo llevaba del color castaño que le aplicaba Noelia cuando se lo teñía. Ahora lucía un corte por debajo de las orejas, a lo Audrey Tautou en *Amélie,* entreverado de finas mechas canosas que le sentaban asombrosamente bien.

—¡Vaya cambio! —exclamé—.¿Ha sido cosa de Noelia o tuya?

Mabel se pasó los dedos por el pelo a modo de peine.

—Se lo pedí yo ayer. De momento, me ha decolorado mechas y así, conforme vaya creciendo y me corte las puntas, quedarán visibles mis pelos blancos, que son muchos ya. Hacía tiempo que estaba harta de camuflar la edad. Encima, ahora tengo el cabello más fino y se me estropea con los tintes. Y… ¡qué diablos! Soy cincuentona, tengo canas desde la treintena y pienso lucirlas con todo el orgullo del mundo. Si un tío canoso resulta interesante y sexi, ¿por qué a las mujeres nos consideran viejas y dejadas por llevar el pelo natural?

—¡Di que sí! —exclamé—. Ya va siendo hora de que nos rebelemos contra los estereotipos.

—Te queda de maravilla, Mabel —la alabó Cecilia—. Yo tendré que animarme a hacer lo mismo cualquier día de estos.

—Verás como no te arrepientes —le aseguró Mabel. Arrojó la boina sobre la mesa grande y se dirigió hacia el sofá con las bolsas de la cena—. ¿Papeamos? Estoy canina.

Nos distribuimos entre los dos sofás. Como me había temido, cuando Mabel empezó a sacar recipientes de las bolsas con el logo del italiano y a extenderlos sobre la mesa auxiliar, preparada con mimo por Cecilia, vimos que había pitanza para alimentar a un batallón de legionarios hambrientos con cabra incluida. Por el salón se extendió un aroma tentador que hizo salir a Scarlett del letargo melancólico en el que había pasado el día. Corté una esquina de la lasaña de carne y le fui acercando trocitos.

—¿Y tu Romeo? —le pregunté a Mabel—. ¿Le has dado fiesta hoy?

—Está en Londres para resolver una nueva puñeta de su ex. Volverá mañana.

—¿Y el malcarado Winston Churchill?

—En casa de un amigo que vive en un adosado y lo adora. Yo me lo habría quedado, pero estando todo el día fuera de casa…

Me volví hacia Cecilia, que ya comía con avidez una porción de ñoquis a la carbonara.

—¿Sabes que Mabel se ha enrollado con nuestro Alfonsito?

—¿El Sosito? —Mi hermana se tapó la boca, como una niña pillada en falta—. Ay, perdona, Mabel, con esto de mi madre no ando nada fina. Es que de pequeñas…

Mi amiga movió la mano con magnanimidad, como para escobar la metedura de pata de Cecilia bajo la alfombra.

—Sé cuánto le puteabais de niñas. —A la puñetera le hacía gracia nuestra repentina consternación—. Erais malvadas, pero me consta que él no os guarda rencor.

—Alfonso es un tío estupendo —tercié yo—. Nada que ver con el recuerdo que guardamos de cuando se atragantó comiendo tocinillo de cielo.

La alusión al incidente en casa de la tía Elo sí que molestó a Mabel. Frunció el ceño, se sirvió una cucharada de ñoquis y empezó a comer en silencio. Yo me habría dado de bofetadas por mi falta de tacto. A ver cómo arreglaba el desaguisado. De haber ingresado en el cuerpo diplomático, mi carrera habría sido más breve que la vida de una mosca. Descorché un chardonnay de la bodega cariñenense Solar de Urbezo, recomendación del dueño de la tienda de vinos *gourmet* adonde acudía a veces en busca de caldos especiales. Repartí el vino dorado en las copas. Mabel seguía seria. Carina le envió una mirada

suplicante.

—No te enfades, mujer. Le tenemos mucho cariño a Alfonso.

Alcé mi copa.

—Venga, chicas, brindemos por la vida y por lo tontas que estamos hoy las hermanas Cantarena.

Cecilia me imitó. A Mabel no le quedó más remedio que sumarse al brindis.

—¡Por los amores nuevos! —exclamé.

El brindis hizo tintinear el cristal. Scarlett nos observaba meneando el rabo con alegría.

—Oye, Mabel —empezó Cecilia, titubeante—, ¿cómo se siente una estrenando amor a nuestros años? Llevo tanto tiempo con el mismo tío que ya ni recuerdo lo que es excitarse.

—¡De puta madre! —profirió Mabel—. ¡Mejor que nunca! Paso olímpicamente de los sofocos, los meses sin reglar, la hinchazón, los cambios de humor… Es más eficaz que el Fitogyn ese que me recomendó mi ginecóloga. Ya ni me acuerdo de que los cabrones del banco me despidieron sin previo aviso.

Mi hermana vació su copa de una tacada.

—A mí no me vendría nada mal un remedio como ese.

—No te quejes —observé yo—, que tu Mark es una joya. Si hasta cocina y te canta villancicos disfrazado de Papa Noel.

Cecilia se echó más vino, tomó un sorbo y susurró:

—Preferiría que me metiera mano de vez en cuando. De un tiempo a esta parte me siento como un yogur caducado. Hasta he llegado a sospechar si mi marido no tendrá una amante escondida por ahí.

—¿Mark? ¡Imposible! —Me había cargado de razón, más por aliviar el súbito desánimo de mi hermana que por convicción. ¿Qué podía saber yo de mi cuñado, si llevaba siglos sin verle más allá de la pantalla del ordenador?—. Él te adora.

—Mucha adoración, pero apenas me folla —se quejó Cecilia entre trago y trago.

—¿No estará con la pitopausia? —aventuró Mabel—. Los hombres también pasan su climaterio.

Mi hermana se encogió de hombros.

—La existencia se vuelve tan gris a nuestros años… Te salen canas y arrugas, se te caen las tetas y el culo, las reglas vienen y van a su aire, el cuerpo se infla y se desinfla y ya no te miran ni los abuelos. La vida te da una cosa, si es que te la da, y a cambio te quita cinco. ¡No quiero hacerme vieja!

—No digas eso, Ceci. —Asustaba el desánimo que el chardonnay había hecho aflorar en mi hermana. *In vino veritas*.

—No tenemos alternativa —intervino Mabel—. O envejeces o la palmas. Deja de darte mal con eso de la edad y disfruta todo lo que puedas. Te aseguro que hay vida más allá de las reglas y la fertilidad. Mírame a mí: empiezo a encontrarme bien con la mujer que soy ahora.

Me acordé de Susa y, al instante, me sentí como una desalmada.

—Oye, ¿has sabido algo de Susa estos días? Con lo de mamá, ni la he llamado.

—No te agobies, Eli. Ya tenéis bastante con lo de vuestra madre y la ingrata tarea de vaciar el piso. Mañana nos toca visitarla, pero si no puedes…

—¡No faltaré! —la interrumpí—. ¿Quedamos en el bar a la misma hora?

Mabel asintió.

—He llamado esta tarde a las otras para que no se olviden. Noelia ha empezado a poner pegas. Que si a Vicen no le gusta que pierda el tiempo con nosotras, que si somos una mala influencia…, así me lo soltó. Ni que fuéramos delincuentes. —Meneó la cabeza y se dirigió a Cecilia—. Susa es una buena amiga nuestra. Le han diagnosticado un cáncer terminal que se la está comiendo a toda velocidad. —Volvió a mirarme a mí—. Se nos muere, Eli…

—¡Solo tiene cincuenta y cuatro años! —me lamenté.

Las tres sorbimos nuestro vino en denso silencio, sin hacer caso a las delicias italianas que había traído Mabel. El alcohol transformó pronto nuestra tristeza en melancolía de borrachas.

—Prefiero mi vida gris de menopáusica a ninguna —me oí farfullar.

—Chicas, nos estamos poniendo insoportablemente mustias. —La lengua de Mabel también empezaba a derrapar—. Yo que pensaba contaros lo bien que me funciona la tienda en estos días. No paran de entrar clientas. Las tías casi me quitan el género de las manos. Sé que es porque necesitan comprar regalos de Reyes y modelitos para las fiestas, y también influirá la novedad, supongo. Pero ¡qué diablos!, con lo escurridiza que es la vida, hay que celebrar todo lo bueno que nos pasa—. Levantó su copa con gesto teatral—. ¡Por la vida!

—¡Por que me caiga un buen polvo! —añadió Cecilia.

—¡Por que me salga novio! —voceé yo.

—¡Por que me dure lo de Alfonso! —rubricó Mabel.

Estallamos en un coro de risas histéricas; Cecilia y yo bordeando peligrosamente el llanto. Cuando se apagó la última carcajada, vi de reojo como mi hermana se restregaba los ojos. Le oí decir:

—Eli, ¿tú crees que nuestros padres seguían follando de

cincuentones?

Me quedé sin habla. Una cosa es que me hubiera preguntado yo lo mismo con frecuencia y otra oír a mi hermana plantearlo en voz alta.

—Mujer…

—Se supone que los padres no tienen sexo —profirió Mabel, imitando el tono de una maestra severa.

Cecilia se giró hacia ella.

—Es que… ya sabes que nuestra habitación estaba al lado de la de nuestros padres, y las paredes eran finas…

—Me acuerdo, sí.

—Cuando entramos en la adolescencia —continuó Cecilia—, cada vez que nos echábamos a dormir, hacía oreja por si se oían ruidos al otro lado de la pared, algún indicio de que tenían sexo: suspiros, grititos, muelles chirriantes, risas…, todo eso que nos enseñaban las películas y que yo aún no había experimentado. Pero siempre me dormía sin que se oyera otra cosa que algún ronquido de nuestro padre.

—Tiene gracia. —Alargué la mano hacia la botella y me eché el poco chardonnay que quedaba. Estaba realmente bueno—. Yo hacía lo mismo pensando que tú no te enterabas. Y ahora, más de media vida después, siendo cincuentonas…, bueno, tú casi —puntualicé—, ahora que vamos camino de la decrepitud, se nos ocurre hablar de eso.

—¿Y qué conclusión sacaste? —insistió mi hermana.

—La misma que tú. Me quedaba frita sin haber oído nada. O eran muy discretos o ya no había marcha.

—¡Chicas, esto degenera! —se quejó Mabel—. Hablar de si nuestros viejos echaban polvos es absurdo, desacertado y deprimente. Me niego a seguir por ahí.

Recordé las confidencias tardías que me hizo semanas atrás sobre su padre maltratador. Posé una mano sobre su antebrazo.

—Tienes razón. ¡Brindemos!

Mabel alzó su copa casi vacía.

—¡Por que las señoras de bien sigan llenando mi *boutique!*

—¡Por que tu tienda tenga mucho éxito! —secundé.

—¡Por los buenos polvos! —berreó Cecilia, a todas luces la más ebria de las tres.

—Pero, hija mía —exclamó Mabel—, ¿qué coméis en California que no piensas más que en el fornicio?

Me dio un ataque de hilaridad tan desproporcionado que me atraganté con el vino. La risa se transformó en tos. Mabel y Cecilia me dieron palmaditas en la espalda o, más bien, golpes que me arrancaron la tos, y casi el alma, de cuajo. Cuando me recuperé, me

levanté y me tambaleé hasta la cocina. Saqué otra botella de chardonnay del frigorífico, la descorché y regresé al salón. Mabel escarbaba con desgana en sus ñoquis, Cecilia daba a Scarlett trocitos de la lasaña que le quedaban en el plato. La única que tenía apetito esa noche era mi perra. Rellené las copas. Mi hermana y yo comimos algo más por hacer aprecio a la cena que había traído Mabel, pues nos llamaba más dar buena cuenta de la segunda botella de vino.

Entonces recordé que no había contado a ninguna de las dos mi fugaz aventura con Florián, el tío bueno al que un perro flaco y su endeble correa extensible me habían presentado en bandeja, a cambio de una caída humillante y un desconchón en la rodilla que aún no había cicatrizado del todo. Tomé aire y les solté:

—Chicas, os voy a dar una primicia…

—Cuenta, cuenta —me alentó Mabel.

—Hace poco me tiré a un jovenzano calcado a Colin Firth en *Orgullo y prejuicio*.

Cecilia estaba bebiendo y le faltó el pelo de una rana para echarse el vino por encima.

—Guauuu —susurró, con la mirada vidriosa.

—Mírala, ¡qué callado se lo tenía! —exclamó Mabel—. Con lo que me pone a mí el Colin. Tan *gentleman*, tan *British*… Quiero detalles… ¡ya!

—¡Nos debes una confesión completa! —profirió Cecilia—. Hazte a la idea de que Mabel es agente de la KGB y yo de la CIA.

Las tres acabamos llorando de risa. Cuando recuperé la compostura, me puse en pie. Mi equilibrio se había vuelto muy precario por culpa del vino.

—Antes voy a traer el suero de la verdad.

Mabel se levantó también. Cecilia andaba demasiado borracha para despegar el trasero del sofá. Entre mi amiga y yo recogimos la comida sobrante y la metimos en el frigorífico. A pesar de que el alcohol amenazaba con escapársenos por las orejas, saqué una botella de cava que llevaba meses vegetando en el estante de la puerta. Por precaución, encomendé a Mabel que la abriera encima del fregadero. Lo hizo sin verter ni una gota de más. Elegí tres copas de la cristalería de mamá y, ya en el salón, Mabel las llenó moviéndose al ralentí, como si no se acabara de fiar de sus dedos y, menos aún, de la vista.

—A este paso tendré que quedarme a dormir —balbuceó.

—Scarlett y yo te haremos sitio en mi cama. Donde duermen dos, duermen tres.

Ella miró de soslayo a Scarlett, que se había hecho una rosquilla entre sus pies y los míos.

—No me seduce nada ese *ménage à trois.*

—Es lo que hay hasta que vuelva tu Alfonsito.

—Comprenderás que si debo elegir entre dormir en mi cama o con mi mejor amiga y una perra, gana por goleada la primera opción.

—Mala mujer —le reproché en broma; inicié un nuevo brindis—. Por Alfonso, al que tantos disgustos dimos de niñas.

—*Cheers!* —exclamó Cecilia.

—Sois lo peor.

El tintineo de las copas al chocar llenó el salón. Sorbimos el cava en silencio hasta que Mabel tomó la palabra:

—No creas que hemos olvidado tu confesión. Ya tienes el suero de la verdad, que por cierto está riquísimo, así que desembucha.

Disfruté contándoles mi aventura sin omitir detalle. Entendí por qué algunos hombres se recrean tanto difundiendo sus hazañas sexuales. Narrarlas es como saborearlas por segunda vez. Las dos escucharon hasta el final sin interrumpirme, Cecilia con los ojos como platos.

—Guauuu —volvió a susurrar cuando terminé. Elevó su copa como si fuera a entonar el brindis de *La traviata*—. ¡Por las sorpresas que da la vida!

Nuevo entrechocar de copas.

—No se te ocurra encoñarte —me amonestó Mabel.

—Tranquila, aquello fue flor de un día. No pienso repetir y me da en la nariz que él tampoco, porque no le he vuelto a ver el pelo.

—Así me gusta, Eli. A nuestros años conviene ser realistas. —La voz de Mabel sonaba muy beoda ya.

—Os tengo que confesar una cosa, chicas. —¡Cómo resbalaban las sílabas en mi lengua ebria!—. O no tengo ya el aguante de antes o ese chaval es un fuera de serie. Acabé agotada siguiéndole el ritmo. Pero ¡qué bien me sentó!

—¡Por esos jovenzanos que nos alegran los sofocos! —berreó Mabel.

Enlazamos un brindis tras otro hasta que se nos acabó el cava. No rompimos las copas de milagro. Por los hombres de pelo en pecho; por los que nos calientan los pies helados en invierno; por los que son suaves como ositos de peluche; por los que cantan *Last Christmas* contoneándose a lo George Michael y por los empotradores jóvenes cuyos polvazos nos hacen perder el sentido. Esto último lo aportó mi hermana: debía de andar aún más ávida de sexo de lo que había confesado.

Cuando Mabel decidió marcharse a su casa, tuvo serias dificultades para que la operadora de radiotaxi entendiera sus balbuceos. Una vez

a solas Cecilia y yo, reunimos las fuerzas justas para poner a salvo copas y platos por si a Scarlett le entraba la furia destructora. Después de eso, nos metimos cada una en su cama. Yo soñé que Zaro dormía a mi lado, roncaba convertido en un oso de peluche y me calentaba los pies. Me desperté a las seis de la mañana con un terrible dolor de cabeza resacoso. Scarlett dormía tumbada encima de mis pies. Con el anhelo de Zaro agarrado a la boca del estómago, tuve claro que, salvo que me sacaran de apuros las aspirinas, me esperaba un día aciago vaciando el piso de mamá.

38

A mis cincuenta tacos, las fiestas navideñas se habían convertido en un incordio anual que no había más remedio que capear. Empecé a aborrecerlas en la adolescencia. Todo lo que me había ilusionado de niña —el brillo del espumillón, los villancicos, las lucecitas de colores que arrancaban destellos a los adornos del abeto artificial comprado en el Sepu, el belén lleno de pastorcillos, lavanderas y un *caganer* junto al espejito que simulaba un lago, la espera de los Reyes Magos con su parafernalia de zapatos y provisiones para los camellos, los villancicos de marimorenas y peces bebedores— se me antojó artificial e insoportable. Cuando viví con Zaro, recuperé algunas de las cosas que había llegado a denostar: las canciones navideñas cantadas por Frank Sinatra porque a los dos nos entusiasmaba la inimitable voz de Frankie, el árbol de Navidad —artificial, aunque más logrado que el de mi infancia— y la cena especial de Nochebuena sobre una mesa dispuesta con el buen gusto que tenía Zaro para esas cosas. Todo eso desapareció tras nuestra separación. Las fiestas se redujeron a pasar veladas deprimentes con mamá y sus recuerdos de otros tiempos, cada año más desvaídos y embrollados, hasta que su deterioro mental me obligó a ingresarla en la residencia. A eso le sucedieron años de cenar en Nochebuena a solas con el pobre Fred, de recibir el nuevo año brindando conmigo misma bajo su mirada perruna y de acostarme temprano. Un buen día, Mabel y yo decidimos engañar a las odiosas Navidades cenando juntas en las noches señaladas. A esas reuniones de solitarias se fueron sumando poco a poco las amigas del Séptimo de Caballería; salvo Anacrís, claro, la única que podía presumir de tener una familia *comme il faut*.

De pronto, el escenario había cambiado drásticamente. La muerte se había llevado lo que quedaba de mamá, Mabel y Noelia tenían pareja y a Susa la consumía un cáncer agresivo. Contaba con mi hermana, pero sabía que sería por pocos días. Cecilia tenía tantas ganas de regresar a casa con sus hijos y el pitopáusico Mark que las dos pasábamos los días enteros en el piso de nuestros padres, clasificando las pertenencias de mamá y evocando recuerdos familiares que nos hacían llorar como magdalenas. Pese a lo agotadas y deprimidas que acabábamos cada noche, invertir tantas horas en aquella ingrata misión tuvo su recompensa. El 22 de diciembre,

cuando los niños de San Ildefonso cantaban los números premiados del sorteo de la lotería de Navidad, en el vestíbulo se amontonaban cajas de cartón con ropas, menaje de cocina y libros para donar. Lo que se podía tirar ya lo habíamos echado a los contenedores correspondientes. Los muebles se los iba a llevar después de las fiestas una ONG dedicada a la rehabilitación de drogadictos. Yo me quedé con el diván azul del estudio, que pedía a gritos un nuevo tapizado, y un buen botín de primeras ediciones de novelas firmadas por sus autores. Los álbumes de fotos nos los repartimos Cecilia y yo, con la idea de escanear cada una las instantáneas que le habían correspondido y enviárselas a la otra por correo electrónico. De los discos, Cecilia y yo solo nos quedamos los que ya habíamos apartado días atrás. Hicimos una repartición equitativa de las escasas joyas maternas, más por su valor sentimental que por nuestra afición al oro, que era mínima.

El 23 de diciembre acompañé a mi hermana a la estación de Delicias, con una incongruente mezcla de alivio y vacío en el corazón. Alivio porque pronto estaría el piso listo para ponerlo a la venta, vacío porque me dolía separarme de nuevo de Cecilia.

—¿No quieres pensarte lo de pasar las fiestas con nosotros? —insistió ella mientras nos abrazábamos ante el control de acceso a los andenes—. Aún estás a tiempo.

—Iré a veros en otro momento. Tenerme allí ahora solo serviría para aguaros las Navidades. Eso sí: mándame un vídeo de Mark cantando *Last Christmas.*

Cecilia trazó una sonrisilla de ojos húmedos.

—Prometido —murmuró—. Visítanos pronto, Eli.

Se separó de mí, agarró el asa de su *trolley* gigante con una mano y, sujetando el billete en la otra, se encaminó hacia la fila de viajeros alineados para pasar por el escáner. Yo esperé hasta que estuvo dentro del recinto de embarque y me dijo adiós con una última sonrisa antes de enfilar la rampa de bajada al andén. Entonces di media vuelta y me dirigí hacia la puerta de salida, junto a la que paraba al autobús que me dejaba cerca de la librería. Ya era hora de recuperar las riendas del negocio y descargar de trabajo a la pobre Adela.

Mis planes para Nochebuena eran simples: cenar cualquier cosa y ponerme en el DVD *¡Qué bello es vivir!,* de Frank Capra. De joven, esa película me resultaba empalagosa. Sin embargo, a partir de los cuarenta empecé a disfrutar viendo cómo un ángel de segunda categoría llamado Clarence, con apariencia de señor mayor regordete y pelmazo, es enviado desde el cielo en plena Navidad para demostrar a un pobre James Stewart arruinado, desesperado y al borde del

suicidio que su vida ha sido crucial para muchas personas de su entorno y que, de no haber nacido él, la existencia de esa gente habría sido muy infortunada o ni siquiera se habría desarrollado. Supongo que, si nos ponemos a examinar a fondo nuestra vida, siempre hallaremos a alguien para quien hemos sido decisivos en algún momento. O eso me decía yo cuando me perdía en cavilaciones y, para salvarme del precipicio de la melancolía, evocaba cómo James Stewart recupera las ganas de vivir gracias a la insistencia de ese ángel estrafalario, que espera ganarse por fin las alas cumpliendo la ardua misión de salvar a un infeliz.

Pero hubo cambio de última hora. Mabel me llamó por teléfono e insistió tanto en que fuera a su casa que Scarlett y yo acabamos cenando con ella, Alfonso y el glotón de Zeus. Habría preferido quedarme esa Nochebuena en el sofá viendo la película de Capra, pues celebrar una fiesta así con la muerte de mamá tan reciente y en compañía de dos tórtolos empachados de almíbar es demasiado para cualquiera. Resultaba evidente que lo de mi amiga con Alfonsito no iba para flor de un día: estaba destinado a convertirse en una relación sólida. En realidad, lo era desde el primer día. Y yo, asfixiada en esa nube de azúcar amoroso, mastiqué sin ganas las delicias preparadas por Alfonsito —que había resultado ser buen cocinero—, bebí los magníficos vinos elegidos también por él y brindé con el Veuve Clicquot y los turrones *gourmet* que aporté yo, esforzándome lo indecible por sofocar la envidia que me reconcomía al ver cómo hasta los perros se hacían ojitos. «Elisa, la desemparejada», rumié para mis adentros en un ataque de autocompasión. A la que invitan a las fiestas por pena, la solterona condenada a hacer de carabina, como el viejo Michaleen al que encomiendan vigilar el cortejo de John Wayne a Maureen O'Hara en *El hombre tranquilo*. En cuanto vi la oportunidad de escapar sin ser descortés, me despedí de la parejita feliz, aparté a Scarlett de su amado Winston y nos marchamos de allí.

Era la una de la madrugada cuando entré en mi casa. Al ser Nochebuena, la calefacción central, que en días normales se apaga hacia las once de la noche, estaba encendida y el piso parecía una incubadora de pollos. Solté el arnés de Scarlett, que corrió al salón y se apoderó de su esquina predilecta del sofá. Yo me quité el abrigo y lo colgué de la percha. No sé qué me empujó a examinarme en el espejo. Acicalada con uno de los vestidos que le compré a Mabel y unas medias brillantes de colorines, me vi más flaca; resultado, sin duda, del desorden alimenticio de los últimos días. El maquillaje que me había aplicado esa tarde aún lucía fresco, sin churretes de rímel ni sombra de ojos emborronada. Necesitaba una visita a la peluquería.

Por lo demás, esa Elisa que hacía posturitas no me disgustó. Me puse en el dormitorio el pijama viejo y la bata afelpada, me desmaquillé a conciencia y fui al salón. Antes de sentarme junto a Scarlett, encendí la lamparita de lectura y apagué la luz del techo.

—¿Qué me dice, señorita Escarlata? ¿Mantita y sesión antidepresiva con Capra y Stewart?

La perra me miró a través de las greñas. La acaricié bajo la barbilla. Entonces reparé en *Golosinas en la basura*. Llevaba días acumulando polvo encima de la mesita pequeña entre los sofás. Lo cogí, limpié la cubierta con la mano y lo abrí por la página donde me había quedado la última vez.

«Mi repentina soltería trajo un remolino de cambios traumáticos. Por evitar el patético recurso de refugiarme en casa de algún amigo, alquilé precipitadamente un piso pequeño y oscuro cerca del instituto. Los muebles eran tan feos, tan sesenteros, que me daban ganas de romperlos a hachazos. El colchón de la cama de matrimonio con cabezal de capitoné, muy al estilo de las comedias del subdesarrollo hispánico protagonizadas por Alfredo Landa, era una tortura para la espalda. Lo arrinconé en el cuarto pequeño y compré uno nuevo en una colchonería cercana. La vajilla, de las de Duralex color ámbar de mi infancia, acabó acumulándose, sucia y pegajosa, en el fregadero por culpa de la apatía que me paralizaba. La Voluptuosa, la Gatona de canalillo abisal, me visitó dos veces en aquel agujero pringoso cuyo baño, de entrada ya poco limpio, había ido acumulando mi suciedad y colonias enteras de gérmenes. Al final de su segunda visita, tras el polvo más triste de mi vida rubricado por una humillante eyaculación precoz, declaró que no pensaba convertirse en el paño de lágrimas de un tipo incapaz de limpiar su propia mierda. De pronto, veía claro que solo había sido el juguete de un hombre asomado a la decrepitud. Más me valía arreglar las cosas con mi parienta antes de hundirme del todo en la pitopausia.

»La dejé marchar sin mediar palabra. No valía la pena luchar por lo que solo fue sexo, cuando a quien añoraba era a la Flaca.

»Siguió una temporada de apatía y soledad; de veladas amargas desparramado en el sofá sesentero, escuchando las versiones de Cole Porter que grabó Ella Fitzgerald o mirando sin ver las imágenes que se deslizaban por el televisor de pantalla gigante que me compré en El Corte Inglés a modo de consuelo; de melancólicas borracheras de *whisky* que solo agravaban el dolor de mi nueva vida; de mañanas ahogando la resaca en litros de café para poder dar mis clases con un

mínimo de dignidad. Adiós al gran escritor en el que soñaba convertirme. Bienvenido, patético borracho bukowskiano, hijo único avasallado por su madre viuda, hipocondriaca y sanguijuela emocional, que no desperdició la oportunidad de volver a meterse en la vida de su retoño.

»El final de curso me salvó del naufragio definitivo. Corregidos los últimos exámenes y concluidas las reuniones del claustro, me entró pánico a acabar aplastado en aquella pocilga por mi propia desidia y los chantajes emocionales de mi madre. Reuní lo imprescindible en una mochila, compré un billete de avión a Nueva York y me propuse recorrer los Estados Unidos de Bukowski, Kerouac y Carver, de Carson McCullers y Dorothy Parker. Llené cuadernos que llegaron a pesar más en mi mochila que las dos mudas, cada vez más gastadas, con las que salí de España. Regresé a casa dos meses después desde Chicago, flaco como un perro pulgoso, con la barba de vagabundo que había hecho desconfiar a los americanos de bien, esos comedores de cereales temerosos de Dios de los que hablaba Kerouac. No había probado en ese tiempo ni una gota de alcohol y me había aclarado las ideas. Mis metas eran buscar un piso decente, desterrar el *whisky* y a mi madre, y centrarme de una vez por todas en llegar a ser un escritor de verdad. No sopesé la posibilidad de buscar el perdón de la Flaca. Me daba pavor enfrentarme a su mirada de reproche. Entonces aún no sabía que ni el éxito literario, cuando al fin llegó, ni otras mujeres lograrían hacerme olvidar a la rubia escuálida de los ojos austrohúngaros que fue el amor de mi vida.»

Recordé haber leído en alguna entrevista de Zaro menciones a su viaje mochilero por los Estados Unidos, pero nunca llegué a imaginar lo importante que debió de haber sido para él. Tampoco supe el pozo al que le precipitó nuestra ruptura, ni que me consideraba el amor de su vida. ¿Cuánto habría de verdad y cuánto sería recurso literario? Al cerrar la novela, me di cuenta de que estaba sonriendo. Por primera vez desde que empecé a leer a regañadientes esa edición anticipada, sentí en el estómago una sensación cálida que había creído perdida para siempre. Acaricié a Scarlett, que no apartaba de mí sus ojos de botón.

—¿Qué opinas, señorita Escarlata? ¿Y si, la próxima vez que coincida con Zaro en algún evento literario, en lugar de esquivarle me acerco a él?

Creí ver como Scarlett me devolvía una sonrisa bajo el redondel de luz que proyectaba sobre las dos la lámpara de lectura. Lo tomé como una buena señal.

39

Sobreviví como pude al habitual zafarrancho de anuncios de juguetes, perfumes, joyas y turrones, aderezado con los villancicos patrios y norteamericanos que se oían por doquier. Adela y yo habíamos distribuido por la librería los inevitables adornos de espumillón, bolas de colores, renos y algún pequeño Santa Claus como concesión a los gustos actuales, pero seguíamos resistiéndonos a reproducir las listas de villancicos de Spotify. No queríamos acabar con la cabeza como un bombo al final de la jornada laboral.

Conforme se aproximaba la Nochevieja, Mabel insistió hasta la saciedad en que cenara con ella y Alfonso. Los dos pensaban celebrar su primera despedida de año como pareja en casa, junto a su reencarnación canina de Winston Churchill. Me mantuve firme en mi negativa y logré zafarme de ejercer de carabina. Con una vez había tenido más que suficiente. Y ellos estarían más a gusto sin mi compañía tristona. El 31 de diciembre acudí, al salir de la librería, a una tienda *gourmet* que vendía platos preparados. Compré una ración de bacalao gratinado al alioli y verduritas, y arroz con leche y *fingers* de pollo para Scarlett. El chico que me atendió me convenció para llevarme una botella de garnacha blanca del Priorat, en lugar de elegir un chardonnay, como tenía pensado.

—Verá como no se arrepiente, señora. Este vino de Les Brugueres es espectacular.

Le detesté por haberme llamado «señora», pero admito que con el vino acertó de pleno.

Pasé la última noche del año hecha un ovillo en el sofá. Hacia las once, vestida con un pijama vetusto y dado de sí, calenté la cena en el microondas, la llevé al salón y elegí entre mis DVD *El apartamento,* de Billy Wilder, protagonizada por Jack Lemmon y Shirley MacLaine. He visto esa película más veces de lo que soy capaz de cuantificar y nunca me cansa. Muchas tardes de sábado la poníamos Zaro y yo, anticipando en voz alta las escenas cuya secuencia nos sabíamos de memoria. Esa noche me reencontré de nuevo con el oficinista trepa y la ascensorista desnortada. Mientras ellos recuperaban la dignidad perdida guiados por el amor, yo me comí mi bacalao y Scarlett dio buena cuenta de los *fingers* que le había troceado en un cuenco y de parte del arroz con leche. Llegó la escena que introduce el final. En un

bar de Nueva York se celebra la Nochevieja entre matasuegras y tocados estrafalarios. Un grupo de parroquianos, enredados en serpentinas y vahos de alcohol, recibe el nuevo año cantando un vals de las velas casi irreconocible de tan desafinado. La cámara se centra en el rostro de Shirley MacLaine y muestra en detalle cómo en ese instante toma la decisión más importante de su vida. Siempre me conmueve el cierre agridulce de esa película. Aquella noche, más de veinticinco años después de la fiesta de los estudiantes vascos en la que conocí a Zaro, con mi madre convertida en cenizas y una de mis amigas condenada a muerte sin posibilidad de indulto, me emocioné tanto que me di una buena hartada de llorar. Un llanto terapéutico que me sirvió para desahogar el cúmulo de emociones de las últimas semanas.

Agotadas las lágrimas, me limpié los ojos con la servilleta de papel, me soné fuerte y me aparté las greñas húmedas de la cara. Miré la pantalla. Ya había concluido hasta el pausado deslizar de los créditos finales de la película. Saqué el DVD, apagué reproductor y televisor y consulté el reloj. La una menos cuarto. En el mundo real también acabábamos de estrenar año. Me eché un poco más de la garnacha blanca del Priorat. Saboreé el vino mientras sopesaba opciones para librarme de pasear a Scarlett. El cuerpo me pedía meterme en la cama en lugar de deambular con la perra bajo el frío invernal por calles que ya se habrían llenado de borrachos. Pero no había escapatoria. Si quería dormir tranquila, debía hacer ese último esfuerzo. Recogí la mesa y coloqué el arnés a la perra. Como no tenía ganas de cambiarme de ropa para estar fuera diez minutos a lo sumo, me limité a ponerme las zapatillas de deporte y el plumas de nubarrón encima del pijama.

Al salir del portal, nos recibió un frío que congelaba las orejas. Mi calle, siempre tan tranquila, bullía de jóvenes en estado de euforia etílica, parejas maduras acicaladas de cotillón y paseantes de perros tardanos, algunos con visibles ganas de cháchara. Me puse la capucha para disuadirles de entablar conversación. Recogí los excrementos de Scarlett, los tiré a un contenedor y caminé con ella hacia el final de la calle. Desde allí pensaba regresar al calor de mi casa sí o sí.

Una voz de hombre atravesó de pronto la capucha.

—Elisa…

¿Quién sería a esas horas? Alfonsito, imposible. Se hallaba afincado a perpetuidad en casa de Mabel. Me giré con prevención, dispuesta a despachar a cualquier pelmazo con ganas de pegar la hebra. Lo primero en lo que reparé fue un gorro negro de duende del que escapaban algunas guedejas de un rubio rojizo. Después, una barba de

varios días ribeteando una sonrisa generosa. El perro llamado Golfo me miraba con los dos ojos bien abiertos. Su cuerpo llenaba un arnés unido por mosquetón a una correa no extensible. Señalé los accesorios nuevos con la mano. En lugar de saludar, balbuceé:

—Veo que me has hecho caso.

—Faltaría más…

No supe qué decir. El tampoco, a juzgar por el silencio que siguió.

—Cuánto tiempo sin verte —mascullé, al fin.

Eso amenazaba con derivar en diálogo de besugos atrapados dentro de un ascensor. El Colin Firth pirenaico se encogió de hombros.

—He estado de exámenes y después en mi pueblo, pasando las Navidades con mis viejos.

Viejos que tendrían mi edad, o apenas unos años más, calculé.

—¿Cómo no estás emborrachándote en un cotillón?

A esas alturas, mi tontuna ya merecía un diez sobre diez.

—No soy de pillar moñas por decreto y las fiestas de Nochevieja me aburren cantidad. Acabo de largarme de una que era un coñazo.

—Chico listo.

—¿Y tú? —quiso saber.

—Odio la parafernalia de despedida de año. Me lo he montado yo sola con cena especial y buen cine. Y Scarlett, claro.

—Bien hecho. —La sonrisa que me regaló podía significar cualquier cosa, incluso compasión—. ¿Cómo va la rodilla?

—Curada.

—Si me invitas a tu casa, le hago una revisión.

¿Era un destello pícaro lo que brillaba en sus ojos? Un latigazo de deseo sacudió mi estómago… y otra parte de mi anatomía situada más abajo. Encogí los hombros.

—Vale…

Antes de que pudieran entrarme dudas sobre la conveniencia de subirle de nuevo a casa, ya estaba abriendo el portal con mis dedos insensibilizados por el frío. Sentía el calor de Florián a mi espalda, de lo cerca que se había colocado. Los perros se enredaban entre las piernas de ambos. Subimos en el ascensor divididos en dos tandas, como la otra vez. A Scarlett y a mí nos correspondió ser las primeras. Arriba, me puse tan nerviosa que me costó atinar con la llave. Ya dentro del vestíbulo, me quité el plumas y lo colgué del perchero. Verme reflejada en el espejo fue aterrador. Había olvidado por completo que iba en pijama. El más viejo de mi armario, para mayor vergüenza. Mientras quitaba el arnés a Scarlett y calculaba si me daría tiempo a cambiarme de ropa, oí los pasos de Florián y el taptap de Golfo acercándose por el rellano. Demasiado tarde para adecentarme.

En un santiamén tuve a perro y amo dentro del recibidor. Florián pasó revista a mi atuendo, sin dejar traslucir si le divertía o le espantaba. A juzgar por el fuego que invadió mi cara, debí de ponerme del color de una señal de *stop*.

—No suelo andar por ahí con estas pintas. Es que, como era tarde y…

—Me gustan las mujeres en pijama.

La picardía ya no brillaba solo en sus ojos. Se había ampliado hasta abarcar la sonrisa pulida por una buena ortodoncia, incluso la cara entera. Dio un paso adelante, me contempló unos segundos desde su altura y cubrió mis mejillas con sus manos. Tardé poco en sentir el calor de sus labios sobre los míos. Acabé encajada entre él y la puerta blindada, que se cerró empujada por mi propia espalda. La boca de Florián se alejó de mis labios, me besuqueó los lóbulos de las orejas y exploró las líneas de mi cuello provocándome temblores que acabaron descendiendo por la columna vertebral. Los perros empezaron a ponerse nerviosos. Él se despegó, dejando en mi cuerpo una sensación de profunda orfandad.

—¿Y si les pones comida a esos y te examino con calma en tu cuarto?

La expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones. Sonreí y asentí. Mi cara se volvió a incendiar. El fuego se propagó por todo mi cuerpo, me aceleró el corazón y convirtió mis piernas en dos sacos de gelatina. «Mira que si la palmo ahora de pura excitación», pensé mientras me apresuraba a la cocina. Tal como hice la primera vez que subió Florián, eché pienso en el comedero de Scarlett y llené un cuenco para Golfo. A mi regreso al vestíbulo, Florián ya no estaba. Me dirigí al dormitorio bullendo de anticipación gozosa. Igual que cuando era niña y bajaba al kiosco a gastarme parte de la propina de los sábados en chucherías. Las suelas de mis zapatillas de deporte rechinaban contra la tarima de pergo.

Él me esperaba, como hizo semanas atrás, tumbado sobre la colcha estampada de Ralph Lauren con cojines a juego que me costó una fortuna en su día. El marco ideal para ese cuerpo joven que se me ofrecía desnudo como regalo anticipado de Reyes. Cerré la puerta y me recreé contemplándole desde ahí. El vientre plano, el torso cubierto por un suave vello rojizo que también se insinuaba sobre sus brazos pecosos, el pene erguido como una torre en medio de un bosque frondoso.

—Ven —susurró.

Me despojé de zapatillas y calcetines. Descalza, me deslicé hasta la cama y me puse en manos del Colin Firth montañés, que me fue

arrancando el viejo pijama sin molestarse en contener la impaciencia. No tuve tiempo de preocuparme por la firmeza de mis tetas y de mi culo maduro, ni de preguntarme si estaría comparándolos con los de las mujeres de su edad. No quedó en mí ni un mísero rincón que no despertara al contacto con los labios y los dedos de Florián, que se me antojaron más contenidos, más sabios que la primera vez. Su boca se detuvo un buen rato libando mi clítoris, que repartió oleadas de placer por todo mi cuerpo. Pensé que ahora sí que moriría de gusto sobre la colcha Ralph Lauren, ya empapada a esas alturas. Él alzó la cabeza y murmuró, con los labios brillantes:

—Me priva el sabor de tu coño.

Riéndome como una tonta, invertí mis últimos reflejos en sacar los condones del cajón de la mesita. Y entonces me rendí a la euforia. Si algo bueno nos traen los años es que aprendemos a disfrutar de los regalos inesperados sin remilgos ni cavilaciones.

No sé qué hora era cuando caí en un sueño plomizo, tras varias sesiones seguidas de placer que a él no parecían haberle agotado en absoluto. Desperté desorientada. Lo primero que hice fue mirar hacia la ventana. Todavía no entraba luz por las rendijas de la persiana. Oí la respiración pausada de Florián a mi lado. Dormía como un tronco. Su piel cálida se adhería a mi cuerpo y me transmitía un grato calor bajo el nórdico. Consulté la hora en el despertador digital de la mesilla. Las siete y media. Me levanté muy despacio y me enfundé en la bata. Abrí la puerta con cuidado de no hacer ruido. Mi primera acción del día fue ir al baño. Después comprobé si los perros habían hecho alguna trastada. Hallé a los dos roncando plácidamente en el salón, cada uno desparramado en un sofá. Milagrosamente, todo estaba en orden. Fui a la cocina, saqué una taza del armario, inserté una cápsula de café en la máquina y le di al botón. Entraron los perros y se pusieron a comer de sus respectivos cuencos. Sentada a la mesa, tomé a sorbos lentos el líquido reconstituyente. Una laxitud placentera invadía cada rincón de mi cuerpo. Ni siquiera me había mirado al espejo, tampoco me había molestado en peinarme. Seguro que estaría legañosa, con ojeras kilométricas y cara de muerta, pero el cansancio, aunque gozoso, era profundo y me aplanaba.

Casi había vaciado la taza cuando apareció Florián, en camiseta y calzoncillos ajustados de colorines que le daban un aire infantil. En sus párpados aún se reflejaba el sueño. Por lo demás, se le veía fresco como una lechuga recién cogida del huerto. Sonrió cohibido y rehusó mi invitación a desayunar. Yo me atusé el pelo. Tendría que haberme peinado. Por la noche, ese chico me había visto deambular en pijama y ahora se encontraba en la cocina a una tipa greñuda en bata que ni

se había echado agua a la cara. Lo que en una jovencita puede tener cierta gracia, a mis años ya no resulta atractivo. El chaval pensaría que se había acostado con una grulla.

—Solo café, porfa.

Se lo tomó de pie cuando aún humeaba, pero no dio muestras de haberse abrasado. Debía de tener la lengua de titanio. Dejó la taza vacía sobre la mesa y dijo, mirándome desde arriba:

—Me tengo que marchar. Lo he pasado fetén.

Antes de que yo pudiera abrir la boca, ya se había esfumado de la cocina. ¿Estaría siendo sincero o les decía eso a todos sus ligues por quedar bien? ¿Con cuantas mujeres de más de treinta años se habría acostado? ¿Y de cincuenta? Me preparé otra taza de café y regresé a mi silla.

Al poco rato, Florián se asomó a la cocina vestido, con el anorak cerrado hasta la barbilla y el gorro de duende encajado por encima de las cejas. Tiraba de la correa de Golfo, que estaba detrás de él.

—Adiós, Elisa.

Igual que en su visita anterior, no propuso repetir las hazañas de la noche. Solo tuve tiempo de susurrar un débil «adiós» antes de que él y Golfo desaparecieran de mi vista. Oí cómo Florián abría la puerta y el ruido que esta hizo al volver a cerrarse. Mi cerebro adormilado reunió un mínimo de lucidez para concluir que acostarme con ese chico había sido como saborear una gominola revestida de azúcar que, al deshacerse en la lengua, barniza el paladar de un intenso sabor a fresa. Y nadie espera de una gominola que se quede a desayunar.

Media hora después, me vestí y bajé con Scarlett al encuentro con el frío de enero.

40

—¿Tú también llevas la tristeza clavada aquí, Eli?

Los ojos negros de mi hermana, grandes y redondos, destacaban dentro de su rostro enflaquecido. Su mano derecha se había posado sobre el pecho izquierdo, a la altura de donde la literatura romántica suele situar el corazón. Asentí con la cabeza.

—Sí. Es una ampolla en la boca del estómago que escuece y corta la respiración hasta que, de vez en cuando, revienta y te inunda entera de una tristeza amarga y paralizante —corroboré.

—Después de morir papá también la cargué dentro mucho tiempo —dijo Cecilia—, pero esta vez la tristeza se ha vuelto física, como un dolor o una enfermedad.

—Es que somos más mayores, Ceci. Con los años, todo se vuelve más difícil.

Un barniz de lágrimas cubrió la mirada de Cecilia. Decidí cambiar de tema, o acabaríamos llorando como plañideras las dos, cada una en su ciudad, separadas por miles de kilómetros de distancia. Desde que Cecilia regresó a San Francisco, habíamos reanudado nuestras conversaciones habituales por Skype. Esta, en realidad, era lo que definen en las actas de reuniones oficiales como extraordinaria. La había convocado yo con la idea de hablarle de un comprador que había surgido para el piso de nuestros padres. Antes de marcharse Cecilia, habíamos acordado que yo pondría la venta en manos de un agente inmobiliario. El mercado se hallaba en su punto más bajo y los precios estaban por los suelos, pero nosotras no teníamos prisa por vender a toda costa. Podíamos esperar a que surgiera una oferta interesante, tardase lo que tardase. Sin embargo, aún no me había dado tiempo a buscar una agencia cuando recibí una propuesta, nada más empezar el año. Un vecino de la finca había visto como los de la ONG para el rescate de drogadictos se llevaban los muebles de nuestros padres, había sonsacado a la anciana cotilla que vivía en la puerta de al lado y había sido amiga de mamá, y se había presentado en la librería con una oferta que no era para lanzar cohetes, pero tampoco desdeñable. Solo era cuestión de hablarlo con Cecilia. Así que me limpié los ojos y le expuse los pros y los contras. Ella no me interrumpió.

—Este hombre vive en el primero —concluí—. No lo conoces

porque se mudó al edificio cuando mamá ya estaba en la residencia. Yo apenas coincidí con él alguna vez en el vestíbulo, cuando iba a ventilar el piso y comprobar si estaba todo en orden. Quiere comprarlo para su hijo, que se casará en julio. Le veo muy interesado, pero no creo que se le pueda sacar más dinero. Él sabe tan bien como nosotras lo tirados que están los precios de los inmuebles. La cuestión es si aceptamos o esperamos a que el mercado se recupere, cosa que puede tardar años. He hablado con Mabel y nuestro Alfonsito, que tienen la mente más calculadora que nosotras, en especial él, para eso se dedica al derecho mercantil, y les parece una buena oportunidad.

—Déjame unos días y lo pensaré, ¿vale? Aún no tengo la cabeza para tomar decisiones.

—Yo tampoco, pero no me apetece andar pendiente de un piso cerrado que se devalúa por días. Ya está todo un poco viejo. Si esperamos mucho, se deteriorará del todo y tendremos que hacer reformas para poder venderlo a un precio medio decente. Disponemos de una semana de plazo para responder al hombre este.

—Es que… en ese piso está el recuerdo de nuestros padres, nuestra infancia y nuestra adolescencia…, y ahora que hay una oferta, me cuesta pensar en deshacernos de él…

—Esos recuerdos viven dentro de nosotras, Ceci. En esa casa solo hay vacío.

—Ya, si tienes razón…

Se imponía enfilar algo más alegre o el berrinche nos ganaría la partida.

—¿Sabes que aún me debes el vídeo de Mark cantando *Last Christmas?*

Cecilia amagó algo parecido a una risita.

—Es verdad. Se me había olvidado.

—¿Qué tal están tus chicos?

Ella se encogió de hombros.

—Los gemelos cada día más rebeldes. Me parecieron tan mayores cuando los vi esperándome en el aeropuerto con Mark… Daba un poco de vértigo, ¿sabes?

No dije nada. ¿Qué iba a saber yo, que renuncié a la maternidad y, exceptuando algún momento aislado de rumiar dudas, nunca me he arrepentido?

—Y Mark está cariñosísimo conmigo, pero… —Cecilia bajó la voz y acercó la cara a la pantalla hasta que sus facciones quedaron distorsionadas— sigue sin follarme.

—Cómprale Viagra.

—¡Qué cosas tienes! —Su rostro se volvió a alejar y recuperó las

proporciones normales—. Con eso de que te tiras a jovencitos buenorros…

Habían pasado varios días desde mi segundo encuentro con Florián y aún no había tenido ocasión de contárselo a ella ni a ninguna de mis amigas, ni siquiera a Mabel, que andaba muy ocupada entre su *boutique* y Alfonsito. A Cecilia le iba a corresponder enterarse en primicia. Tomé aire y le solté a bocajarro:

—En Nochevieja me lo encontré cuando paseaba a Scarlett y acabamos en la cama otra vez.

En la cara de Cecilia apareció una expresión golosa.

—¡Qué envidia me das! ¿Vas a repetir?

—No creo. Se largó por la mañana con viento fresco. A lo mejor, se asustó al verme recién levantada. —Me encogí de hombros—. Es mejor así. No quiero engancharme a un chaval que podría ser mi hijo. Tendría que explicarle todas mis referencias culturales. Y él a mí las suyas. Y lo peor es que ya no me alcanzan las fuerzas para seguirle el ritmo a un tío que está en pleno esplendor sexual. Me dejó muerta…

—Eres una exagerada.

—Es la pura verdad, Ceci. Nos hacemos mayores para los chavalines y con los hombres de nuestra edad tenemos mucho en común, pero la mayoría se nos van quedando cortos en la cama. Los pobres ya no follan como leones. En todo caso, como gatos viejos y despeluchados.

—Te noto muy escéptica hoy.

—La vida es así. No la he inventado yo… —canturreé.

—¿Eso no es de una canción de Sandro Giacobbe?

Asentí con la cabeza.

—La cantaba mamá a todas horas cuando éramos pequeñas.

—Si, aún me acuerdo de verla preparando la comida con la radio encendida y haciéndole los coros a Sandro Giacobbe. Se sabía la letra entera.

—¿Ves cómo el recuerdo de nuestros padres vive dentro de nosotras, Ceci?

Ella se limitó a dibujar una sonrisa desvaída. Prometió pensarse lo de la venta del piso y nos despedimos.

41

Noelia no se anduvo con paños calientes cuando traspasé el umbral de su peluquería. Me echó en cara sin ambages que era una dejada y llevaba un pelo horrible. Ni siquiera el fallecimiento de una madre servía de excusa para haber tardado tanto en ir a repasar el corte y las mechas. Pues ¿qué mejor homenaje a nuestros muertos que mantenernos presentables?

—Pero no le digas eso, jefa —le reprochó Lucinda con su meloso acento colombiano. Ocupaba, de brazos cruzados, uno de los sillones de los lavacabezas. Al parecer, ese mediodía de lunes estaban muy tranquilas. Había acertado al pedir cita para esa hora.

—Es la pura verdad —se defendió Noelia, y me hizo una seña con la mano—. Anda, siéntate aquí que te adecente.

Me acomodé donde me había dicho y la observé a través del espejo. Estaba escuálida, con ojeras negruzcas que destacaban en su cutis pálido. Precisamente ella, que siempre había lucido un color de tez saludable.

—No adelgaces más, Noelia —le dije, bajando la voz para que no me oyera Lucinda—. Te estás quedando como un palo.

El rostro de Noelia se demudó. Sus labios se apretaron en una línea de contrariedad.

—A Vicen le gusto más así. Dice que antes de que él me puliera era una chica muy vulgar.

—¿Sigues viviendo con él?

—¡Pues claro! ¡Somos muy felices! —afirmó Noelia.

Ese Richard Gere de pacotilla empezaba a caerme muy gordo. Y tanto cargarse de razón por parte de mi amiga no me cuadraba con su nueva apariencia incolora. Pero, ¿quién sabe?, a lo mejor era dichosa dejándose manipular así por ese tal Vicen. Vi de reojo que la cotilla de Lucinda estaba pendiente de lo que hablábamos. ¿Sería capaz de oírnos pese a que procurábamos mantener la voz baja?

—Te voy a repasar las mechas y volveré a darle forma al corte. ¡Ay, Elisa, con el pelo tan bueno que tienes y qué poco partido le sacas!

Dio media vuelta y se fue refunfuñando al cuartito donde almacenaba los productos de la peluquería. Mi mirada se cruzó en el espejo con la de Lucinda. Creí ver en ellos un asomo de preocupación,

aunque también podían ser imaginaciones mías. La puerta se abrió de un empujón enérgico. Entró una señora robusta y añosa, de esas que aún piden rulos y nubarrones de laca para afianzar el cardado a lo casco de centurión romano. La colombiana saltó del asiento y se apresuró hacia ella.

—¿Cómo va eso, Lali?

—Ay, hija, solo regular.

Lucinda la condujo hasta el lavacabezas y le ayudó a sentarse en la butaca que ella misma había ocupado poco antes. Las dos se enredaron en una cháchara sobre achaques y dolores. Para ser exacta, la señora describía en detalle cada uno de sus males y Lucinda le daba la razón o la compadecía, según le pareciera oportuno. Noelia regresó empujando el carrito con el cuenco del tinte, me echó sobre los hombros una capa protectora desechable y empezó a trabajar en un silencio que se me antojó poco amigable. Cuando ya me había dejado media cabeza llena de mechas embadurnadas y envueltas en papel de aluminio, recordé que Noelia no había participado en las dos últimas visitas que le hicimos a Susa, cuyo aspecto era más y más preocupante conforme pasaban las semanas. Mabel se había enfadado mucho y me consta que llegó a discutir por teléfono con Noelia. Aun a riesgo de provocar un rifirrafe gordo en la peluquería, inspiré y me lancé:

—No vienes últimamente cuando vamos a ver a Susa.

Noelia suspiró y me miró con aire de desconfianza.

—No empieces tú también.

—Noelia, Susa se nos muere. Cualquier visita de las que le hacemos puede ser la última vez que la veamos viva. Si desperdicias esas oportunidades, con el tiempo te pesará.

—¡Basta de sermones, Eli! —me cortó ella—. Te digo lo mismo que a la pesada de Mabel: a Vicen no le gusta que salga con vosotras. Dice que sois una mala influencia.

—¿También es una mala influencia visitar a una amiga moribunda?

—No le gusta y punto. Y yo no quiero que se me enfade porque se pone fuera de sí.

Ahí no pude contenerme.

—Vicen por aquí, Vicen por allá. Te llama vulgar, te pone a régimen, te aleja de tus amigas… ¿No te das cuenta de que ese tío te está vampirizando?

Ella dejó de envolver en papel de aluminio la mecha recién untada de tinte y me fulminó con una mirada asesina.

—¡No seas picajosa ni te me pongas en plan feminista guay! A Vicen le gusta tenerme con él todo el tiempo y le sabe mal cuando salgo sola. Me quiere mucho. Así de simple. Si no lo entendéis…

—¡Querer a alguien no implica convertirse en su cancerbero!

—Y que seas mi amiga no te da permiso para sermonearme —contraatacó Noelia—. Llevo toda la vida, desde que era bien niña, soñando con que se fijara en mí un hombre como él. No me vais a aguar la fiesta ni tú ni la pesada de Mabel, que me dice las mismas tonterías cuando viene.

—Noelia, tienes un negocio que marcha pese a la crisis, ganas tu propio dinero, no le debes explicaciones a ningún tío, por maravilloso que te parezca.

—Habla la envidiosilla que lleva años sin comerse una rosca.

Eso me dolió en el alma. Estuve a punto de espetarle que me había acostado —no una vez, sino dos— con un tiarrón que se parecía a Colin Firth de joven, pero se me antojó infantil y reprimí las ganas. También contuve el impulso de levantarme y abandonar la peluquería para no volver jamás. Con media cabeza llena de cuernecitos plateados como un marciano, no me quedaba más remedio que seguir sentada.

—Mira, dejémoslo estar. Aquí, el quid de la cuestión es que Susa está mal, realmente mal. Su cáncer va muy deprisa y si no acudimos a verla pronto, es posible que…

—¡Vale ya de monsergas! —Noelia había ido alzando la voz conforme hablaba. Sentí sobre nosotras las miradas de Lucinda y de la señora achacosa—. Os acompañaré la próxima vez aunque Vicen se me ponga de morros, pero lo haré por Susa, no por las tonterías de amargada que sueltas. Y ni una palabra más contra él o tendré que pedirte que no vuelvas por aquí. ¿Entendido?

—Perfectamente.

Ni ella ni yo volvimos a abrir la boca durante el tiempo que tardó en cogerme el resto de mechas. Noelia siguió muda cuando empujó el carrito con el cuenco de tinte vacío hacia el almacén de la trastienda. A través del espejo vi cómo Lucinda envolvía en una toalla la cabeza de la señora achacosa y le ayudaba a levantarse para conducirla hasta el tocador más alejado del mío. Acomodada la achacosa, Lucinda se despegó de ella y en un santiamén la tuve a mi lado. Se inclinó y me susurró apresuradamente al oído, sin perder de vista la puerta del cuartito donde había desaparecido Noelia:

—*Pa* mí que el maromo ese es turbio.

Sin darme tiempo a preguntarle qué entendía ella por «turbio», la colombiana regresó donde su clienta y se puso a frotarle el cabello con la toalla, derrochando tal energía que me extrañó no ver saltar chispas. Yo me quedé más preocupada de lo que ya estaba. Si Lucinda, que pasaba toda la jornada laboral con Noelia, me hacía una

afirmación tan categórica, ¿qué verían sus ojos en el día a día?

Noelia regresó de la trastienda. Me cubrió la cabeza con la campana del secador de vapor que tanto me agobiaba, pero no protesté por no provocar otra pelotera. En medio de la desazón que me causaba el calor húmedo de ese trasto, me dio por pensar en el don Perfecto con el que se había enredado mi amiga. ¿Qué tendría ese tipo para que una mujer como Noelia, todavía joven, bastante guapa y capaz de ganarse el sustento sin depender de nadie, se dejara anular por él hasta el extremo de permitirle controlar su vida? ¿Por qué las mujeres tenemos a veces tantos pájaros en la cabeza? ¿Se debe a los cuentos, las novelas y las películas que nos educan desde niñas para esperar al príncipe azul que nos rescate de la monotonía y nos regale una vida de felicidad rebosante de perdices? Las españolas nacidas a partir de finales de los años sesenta del siglo pasado nos creíamos muy liberadas, pero caíamos una y otra vez en esa trampa del amor romántico. ¿No hacía yo lo mismo idealizando lo que tuve con Zaro? De acuerdo, él fue el hombre de mi vida, seguramente me precipité al echarle de casa sin contar antes hasta diez, o incluso hasta mil, pero, si ahora tuviera la oportunidad de volver con él, ¿sería capaz de caer en el mismo estado de memez que Noelia? A fin de cuentas, el amor es una droga dura que se nos vende a las mujeres como la panacea contra todo mal y de la que cuesta desintoxicarse más que de la heroína.

Saqué el móvil del bolso y mandé un wasap a Mabel anunciándole que la llamaría en cuanto saliera de la peluquería. Tenía que contarle mi absurda discusión con Noelia, la revelación apresurada de Lucinda… y mis sesudas reflexiones bajo el agobiante secador de vapor.

42

Mirar a los ojos de una persona que sabe que se está muriendo es una de las experiencias más descorazonadoras que conozco.

Susa tenía un aspecto horroroso. Demacrada, con la piel más grisácea que nunca y unas ojeras negrísimas encima de las mejillas cóncavas. La viva imagen de la muerte que la acechaba. Envuelta en su bata afelpada y dos mantas gruesas, aún intentó desafiar la debilidad de su voz empeñándose en bromear. Nosotras le reíamos las gracias cuando lo que teníamos eran ganas de llorar. El café que nos había servido Carina nada más llegar sabía a hiel. Esa tarde de enero, hasta Noelia se había dignado acudir tras haberle insistido mucho entre Mabel y yo. Sentada a mi derecha en el sofá grande, veía de soslayo cómo pugnaba por contener las lágrimas.

—¿Imagináis que exista eso del más allá y me encuentre con… Freddy Mercury? —susurró Susa con su voz entrecortada—. Menudo lujo… poder pasarme… la eternidad oyéndole cantar… *The Show Must Go On.*

Yo me acababa de echar más café de la jarra de émbolo y en ese momento lo sorbía sin ganas, solo para ocupar las manos. Casi se me fue por otro lado. Nadie nos enseña desde niños a encajar el humor negro de una moribunda. Las otras parecían haberse tragado la lengua. Como siempre, Mabel fue la primera en recuperarse. A mi izquierda, se aclaró la garganta y sacudió la cabeza:

—Porque tú siempre has sido fan entregada de Mercury. A mí se me hace demasiado intenso para una eternidad. Acabaría a tortas con él.

Susa emitió una risita que derivó en tos.

—¿A quién… te pedirías entonces? —insistió—. Tiene que estar muerto o no vale.

—Hum, yo me pido a Tino Casal. Podría escuchar eternamente su versión de *Eloise.*

Sentí clavarse el codo de Mabel en mi costado.

—Ahora tú, Elisa.

Tragué más café. Ese juego macabro me daba una grima horrorosa.

—Yo… a Billie Holiday.

—Te recuerdo que esa mujer era problemática —me pinchó Mabel—. Drogas, autodestrucción…

—De eso no hay en el más allá —respondí—. Se supone que no dejan entrar a los camellos. Además, la Billie cantaba como los ángeles.

Se oyeron carcajadas nerviosas de Anacrís mezcladas con otras más débiles de Susa. Noelia seguía conteniendo las lágrimas y tenía los labios incoloros de tanto apretarlos.

—¿Y tú, Anacrís? —le pregunté, ansiosa por pasarle la pelota a alguien en ese macabro juego.

—Nino Bravo —farfulló ella con aprensión.

—Ese les gustaba a mis padres. —Al fin, Noelia había abierto la boca—. Por eso me llamo como me llamo.

—Es un… nombre… precioso —intervino Susa.

—Faltas tú, Noelia —la apremió Mabel—. ¿Con qué músico muerto te gustaría compartir el más allá?

—Michael Jackson —respondió ella, con visible fastidio. Ahora le temblaba el labio inferior—. Y me estoy cansando de esta tontería.

De reojo advertí que Mabel ya abría la boca para hablar. Anticipé algún reproche y la inevitable gresca entre las dos. Menos mal que la irrupción de Carina distrajo la atención y puso fin al juego iniciado por su hermana. Nos advirtió de que era hora de darle las medicinas a Susa y que debía descansar. Ninguna de las cuatro logramos disimular nuestro alivio cuando nos pusimos en pie. Besar a Susa en la despedida me resultó muy penoso. Olía a muerte con más intensidad que nunca. La última imagen que conservo de aquella triste visita es la cara macilenta de nuestra amiga forzando una sonrisa mientras los párpados se le cerraban poco a poco.

En el vestíbulo, Carina nos entregó los abrigos, como de costumbre.

—Me parte el corazón verla aceptar el final tan resignada —susurró—. Si al menos se enfadara alguna vez con la vida. Admito que ahora, entre la enfermedad y todo lo que le meten los de paliativos, está…, ya habéis visto cómo está…, pero ni siquiera se rebeló cuando supo el diagnóstico.

Mabel le puso una mano sobre el hombro.

—Es mejor así, Carina.

La aludida se limpió los lagrimones que habían empezado a deslizarse por sus mejillas.

—La vida es una mierda —se lamentó, haciendo un visible esfuerzo por no alzar la voz—. Siempre gasta estas putadas a los mejores. —Sacó un pañuelo de un bolsillo del pantalón y se sonó—. Gracias por venir, chicas. Susa os quiere mucho. Ojalá tuviera yo amigas como vosotras.

Cuando estuvimos las cuatro apiñadas dentro del ascensor, un

trasto viejo que se deslizaba con exasperante lentitud, ya no me quedaron fuerzas para reprimir las ganas de llorar. Estallé en un llanto rabioso que contagió a Anacrís. Noelia seguía mordiéndose con saña el labio inferior y respiraba ruidosamente por la nariz.

—Aguantad un poco —nos reconvino Mabel con voz temblona—. Si queréis, vamos a mi casa y nos hartamos de llorar.

—Mejor… a la mía —balbuceé yo—. En la tuya estará Alfonso y le daremos el disgusto al pobre.

—También es verdad.

—Yo no puedo. —Noelia empezaba a recuperar la compostura—. Me espera Vicen.

Entre la cortina de lágrimas, la vista se me deslizó hacia Mabel. Ella me aconsejó con la mirada que no entrara en el tema de don Perfecto. Fue un alivio cuando el renqueante ascensor se detuvo en la planta baja. Las cuatro escapamos a trompicones de esa caja claustrofóbica. Antes de abrir la puerta para salir a la calle, Mabel sacó un pañuelo de papel y me agarró de un brazo.

—Ven que te limpie los churretes. Vas hecha una pena.

Obedecí como una niña desamparada. Sentí el roce del clínex bajo los párpados inferiores y en las mejillas. Acto seguido, Mabel se dirigió a Anacrís.

—Ahora tú.

La otra se sometió con docilidad a esa sesión adecentadora. Noelia se inquietó. Dijo entre dientes:

—Yo me largo, que Vicen estará impaciente. No quiero que se me ponga de morros. Agur…

Sin esperar respuesta, salió al exterior y se alejó a toda prisa. Anacrís miró primero a Mabel, después a mí.

—Esta chica está insoportable desde que se ha enrollado con el Vicen ese.

Mabel nos empujó hacia la puerta.

—Anda, vamos donde Elisa y nos echamos todos los lloros que nos pida el cuerpo. No arreglaremos nada, pero servirá de desahogo.

Anacrís negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo trabajo en casa, que mis chicos no ayudan nada. Solo saben dejar trastos por todas partes. Y quiero repasarme los apuntes del curso.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté.

—Muy bien. Es superinteresante y me gusta lo que estoy aprendiendo. —Clavó en mí una mirada extraña; como si se estuviera callando algo que en el fondo deseaba contarnos—. Librera, nos vemos mañana. Prepárame lecturas que enganchen, que ahora tengo poco

tiempo para leer y hay que aprovecharlo.

Cuando quisimos darnos cuenta, Mabel y yo nos habíamos quedado solas delante del portal de Susa. Corría un aire desapacible que aún fomentó más la tristeza que nos abrumaba.

—Pues nada, quedamos solo nosotras. —Agarré a Mabel de un brazo—. Propongo que nos tomemos un chardonnay en mi casa mientras te cuento con quién follé en Nochevieja.

—¿En Nochevieja? ¿Y has sido capaz de callártelo hasta ahora? De esas cosas se informa en caliente por teléfono.

—Lo sé, Mabel. Es que con lo de mi madre y Susa no ando fina…

—Más vale que tu cuento de Nochevieja sea alegre y muy lujurioso, casi porno, vamos…, que para tristezas ya nos sobra con lo de Susa. —Achinó los ojos, me miró de hito en hito y sonrió al tiempo que sus manos trazaban círculos en el aire—. Veo en mi bola de cristal a Colin Firth… ¡Uy, no!, espera, que no es el Colin, es un jovenzano que se le parece. ¿A que mi bola de cristal no se equivoca?

Me asaltó una risa histérica. Le di la razón con la cabeza.

—Ay, Elisita, te conozco como si te hubiera parido. Eres tan transparente…

43

Anacrís parecía cansada cuando entró en la librería la tarde siguiente. Supuse que, tras nuestra visita a Susa, habría dormido tan poco y mal como yo. Sin embargo, al observarla con mayor atención, vi destellar en su mirada un brillo que no casaba con el desánimo que nos había quedado a todas. Me la llevé a la sección de novela romántica y le recomendé las últimas publicaciones de sus admiradas Nora Roberts y Danielle Steel. Además, añadí una de Jojo Moyes y otra de Marian Keyes por ampliar un poco sus gustos, pues pronto se habría pulido toda la obra traducida de sus dos autoras favoritas. Ella pagó el botín y casi me arrastró al bar donde solíamos tomar nuestro café habitual. Yo me habría zafado gustosamente de aquel ritual. Desde que Anacrís me había elegido confesora oficial, durante esos ratos solía hacerme partícipe del desapego de su Rafi, del egoísmo de los hijos o de su insatisfactoria vida sexual. Las quejas cansinas de siempre que me aburrían. Y esa tarde, estando aún reciente la desazón por el estado de Susa, lo que menos me apetecía era oír despotricar a Anacrís de su Rafi.

Recogimos los cafés con leche que nos había dejado Emilio sobre la barra y nos los llevamos a una mesa. Anacrís dio el primer sorbo. Apartó la taza haciendo muecas.

—¡Casi me abraso! —La depositó en el platillo y resopló—. Lo que me faltaba. Como si no estuviera ya bastante machacada después del rato de ayer en casa de Susa. Y ese jueguecito de los músicos muertos…, qué humor más negro, ¿no?

—Susa se nos muere, Anacrís. —Removí mi café con desgana—. El humor es lo único que le queda ahora.

—¡Qué mala uva tiene la vida!

Hice un intento cauteloso de beber. Aún quemaba. Soplé para enfriar ese líquido del infierno que nos había preparado Emilio. Al menos, así no tendría que hablar. Anacrís suspiró muy hondo.

—Encima, anoche llegué a casa hecha polvo y me encontré a Rafi de broncazo con Guille. El Rafi, más rojo que un tomate, al borde del soponcio, y el niño, como si no fuera con él. Después de la que ha montado.

Guille era el hijo pequeño de Anacrís. Según ella, un gandul de campeonato que solo pensaba en salir de juerga y gastar dinero.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—¿Que qué ha hecho? —se sulfuró Anacrís—. Pues va y dice que quiere cambiar de carrera, que en Derecho se aburre a muerte y se ha dado cuenta de que no es lo suyo. Más de cuatro años pagándole la universidad, porque el vago de él repitió segundo, y ahora se quiere cambiar a Educación Física. A empezar de cero otra vez.

—Vaya putada. —En ese momento me alegré de no haber caído en la tentación de procrear.

—Y que lo digas. Ojalá no hubiera tenido hijos. Son sanguijuelas que te chupan hasta la vida.

—No digas eso, Anacrís. Luego te arrepentirás, que tú eres muy madre.

Ella respondió con un bufido de toro cabreado.

—Estoy cansada de todo. Del Rafi, de mis hijos, de mi vida de mierda. Harta con mayúsculas. —Inició su segunda tentativa de tomarse el café soplando dentro de la taza. Tras el primer trago de tanteo, dio unos cuantos más—. Encima, la otra tarde me tocó hacerme la mamografía. Y, como si no fuera bastante humillante que te prensen las tetas en esa máquina igual que en una sandwichera, la ginecóloga me había solicitado mi primera densitometría porque llevo más de ocho meses sin reglar. Así que, después de dejarme las tetas más planas que el papel de fumar, me llevaron a un cuartucho y una niñata me hizo echarme en una camilla. Primero con las caderas en alto encima de un soporte y, luego, haciendo posturas con las piernas, mientras pasaba por encima de mí una especie de rastrillo, al estilo de un puente grúa en pequeño. Y al acabar de vestirme y pasar al despacho de la doctora, va y me dice la tía que ya estoy en el estadio anterior a la osteoporosis y que tengo que empezar a cuidarme. —Anacrís me miró desde sus ojos maquillados de azul sesentero—. Ay, Eli, toda mi vida se ha convertido en una puñetera estafa. Digo yo que habrá algo más que nacer, casarte, criar hijos que pasan de ti y hacerte vieja…, todo eso suponiendo que no enfermes como Susa y…

Anacrís se sorbió los mocos. De pronto parecía muy cerca del llanto. Nuestro ritual cafetero empezaba a tomar muy mal cariz. Le coloqué la mano sobre el antebrazo.

—Venga, mujer. Eso son baches. Pasará, ya lo verás.

Ella se limpió los ojos y me miró. Entre sus pestañas húmedas volvió a destellar ese brillo extraño. Como si dentro de ella lucharan a brazo partido la depresión y la euforia. ¿No sufriría de trastorno bipolar y no nos habíamos enterado?

—Te voy a contar algo —susurró—, pero prométeme que no les dirás ni una palabra a las otras. Ni siquiera a Mabel.

No es que me apeteciera convertirme en depositaria de un secreto de Anacrís. A saber qué escucharían mis oídos. Al mismo tiempo, me picaba la curiosidad.

—Vale.

Ella tomó aire y lo soltó mezclado con las palabras:

—Creo que me he enamorado.

Me eché hacia atrás en la silla. Habría encajado que me hiciera confidencias sobre su insatisfacción sexual, su sequedad vaginal, que me dijera que se había comprado un Satisfyer, cualquier cosa menos eso. Me vinieron a la cabeza muchas preguntas, pero no fui capaz ni de despegar los labios. Anacrís volvió a inspirar y dijo:

—No nos hemos acostado, pero… pero el otro día me besó y… ni cuando me enamoré de Rafi noté semejante alboroto en el cuerpo. Eso que dicen en las novelas de que te empiezan a revolotear mariposas en el estómago, lo de caminar sobre nubes…, todo eso es verdad, Eli.

Yo no entendía nada. ¿Esa mujer era Anacrís o la había suplantado algún extraterrestre infiltrado en la Tierra con fines malignos?

—Un momento, Anacrís. Rebobina y empieza por el principio. ¿Con quién te has enrollado?

—No estamos enrollados.

—Pero os habéis morreado…

—Hemos quedado dos veces para tomar algo —enfatizó ella—. La primera surgió así, sin pensarlo. Al salir de clase, coincidimos en la puerta del centro, empezamos a charlar sobre cosas del curso y echamos a andar. Yo a la parada del bus, y él, pues no sé a dónde. Le hice una pregunta sobre su asignatura y dijo que mejor me lo explicaba con calma tomando un café. Estuvimos un rato hablando y, después, cada mochuelo a su olivo. Al día siguiente, me lo volví a encontrar en la puerta al terminar las clases. Para mí que me estaba esperando. Esa vez acabamos en un pub irlandés de esos oscuritos. Y ahí, en una mesa arrinconada, me besó por sorpresa. A mí, que ya no recordaba ni lo que es excitarse. No hemos pasado a mayores, pero…

Tuve una revelación, como esos santos de los que nos hablaban las monjas en clase de religión.

—¿No será el profesor cincuentón, atractivo y divorciado que te hacía tanto caso?

Ella asintió. Una sonrisa, entre ingenua y picarona, inundó su rostro.

—Mi profe de Intervención en la Atención Sociosanitaria. Es enfermero y se llama Roberto, pero todo el mundo le dice Rober. —Suspiró, henchida de embeleso—. Ay, Eli, me siento como si hubiera estado dormida toda mi vida y me acabara de despertar.

—Igualita que Blancanieves…

—No seas borde.

—Es que esto es muy fuerte, Anacrís.

Ella se encogió de hombros.

—Dímelo a mí, que nunca había sentido nada igual, ni siquiera cuando empecé a salir con el Rafi. Y desde que Rober me besó, veo clarísimo que mi vida es una ratonera. No aguanto al Rafi, ni a los chicos, ni siquiera a la Mimí, con lo que quiero yo a esa perra impertinente.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Tengo la cabeza hecha un lío y el cuerpo más aún. Solo veo que la vida se nos puede escapar en cualquier momento, igual que a Susa, y yo no he hecho nada que merezca la pena. Tengo cincuenta y dos años, las tetas se me caen, gasto una talla más que antes y estoy a punto de que la osteoporosis empiece a deshacerme los huesos. Si no espabilo, un día me miraré al espejo y veré a una vieja…, suponiendo que no estire la pata antes.

Yo no salía de mi asombro. ¿Dónde se había metido la Anacrís de siempre? Lo que acababa de decir era lo más profundo que había salido de su boca desde que la conocía. Estuve a punto de advertirle que en su situación, sin un trabajo que le proporcionara independencia económica, debía evitar tomar decisiones a la ligera, pero me lo guardé. ¿Quién era yo para darle consejos en un tema tan espinoso? Mejor no metía mis narices en algo tan personal.

—Decidas lo que decidas —concluí—, sabes que puedes contar conmigo. Y seguro que con el Séptimo de Caballería también… Bueno, con Mabel, porque Noelia…

—No sé por qué os ha dado esa tontería del Séptimo de Caballería —me cortó en tono burlón—. Con lo mal que acabaron todos.

Me entró la risa floja, que sirvió para aligerar presión. Anacrís apuró el café con leche, se limpió la boca con una servilleta de papel, se repasó el carmín y se puso en pie.

—Me marcho a casa, que la cena no se hace sola y mis chicos comen como limas. Además, tú tendrás trabajo. Ya te he entretenido demasiado.

En la puerta del bar, Anacrís insistió en que no revelara ni siquiera a Mabel lo que me acababa de contar y nos despedimos. Regresé a la librería con un extraño runrún en la boca del estómago. Al entrar en el local que fue el sueño de papá, caí en la cuenta de lo que significaba: en el fondo envidiaba el despertar de Anacrís al sexo y lo que le estaba ocurriendo a Mabel con Alfonsito. Recordé lo que me había echado en cara Noelia cuando nos enzarzamos en la peluquería. ¿Y si era verdad

que los años de vivir en soledad me habían convertido en una envidiosa? Sacudí la cabeza. Noelia no tenía razón, me dije. No habían pasado ni dos semanas desde la última vez que me encamé con ese chico entre rubio y pelirrojo que se parecía a Colin Firth y sonreía más que Chayanne y Ricky Martin juntos. Aquello solo fue sexo y seguía estando sola, pero, al menos, demostraba que mi cuerpo aún despertaba deseo.

44

Enero se consumió hasta la mitad. Hicimos una nueva visita a Susa. La hallamos encamada y con mucho peor aspecto que en la anterior. De nuestra amiga solo quedaba un esqueleto grisáceo en pijama afelpado y tapado con dos edredones, que ni siquiera conservaba fuerzas para proponer juegos macabros con músicos muertos. Carina se me antojó más abatida que nunca, lo que tampoco era buen presagio. En honor a la exactitud, diré que acudimos Mabel, Anacrís y yo, pues Noelia se había excusado dando explicaciones nada convincentes. Estuvimos poco rato con Susa, distribuidas de cualquier manera en aquel dormitorio que olía a enfermedad y deterioro. Despedirnos de Susa nos abrió un agujero en el estómago que se agrandó cuando Carina se nos echó a llorar en el vestíbulo. Nada más encerrarnos en el vetusto ascensor, fuimos nosotras las que sollozamos a moco tendido. Entre el tercer y el segundo piso, Anacrís empezó a hiperventilar. Al detenernos en la planta baja, Mabel y yo la sacamos a trompicones del asfixiante cubículo. En vano intentamos tranquilizarla. Antes de que su estado derivara en un ataque de ansiedad de los buenos, decidimos que así no podíamos entregársela a Rafi. Con lo apocado que era, no sabría ni qué hacer con ella. Y los hijos, suponiendo que no hubieran salido, menos aún. Me ofrecí a llevármela a mi casa hasta que se calmara. Salimos a la calle y paramos un taxi. Empujé dentro a Anacrís y me senté a su lado. Solo pude despedirme de Mabel con un breve movimiento de la mano.

Apenas hice caso a Scarlett cuando se abalanzó sobre mí nada más entrar en mi piso. Busqué una caja de Valium casi prehistórica que guardaba en el armario del baño y obligué a Anacrís a tomarse uno. Ni siquiera comprobé la fecha de caducidad. Los efectos de un comprimido caducado no podían ser peores que un ataque de ansiedad. De refuerzo, le preparé una tila doble. Ella se la tomó a regañadientes y frunciendo la nariz. Odiaba las infusiones. Dos horas después, se había calmado lo suficiente para poder bajar con ella al garaje, embutirla dentro de mi coche, que apenas usaba para circular por la ciudad, y llevarla a su casa. Tras un periplo por varias calles hasta que encontré aparcamiento, la dejé en su rellano y esperé hasta que hubo abierto la puerta con sus dedos temblones. Como no me apetecía entrar a saludar al muermo del marido, volví a meterme en el

ascensor y regresé a mi piso para sacar a Scarlett a hacer sus necesidades. La pobre perra se había portado como una campeona.

Faltaba solo una semana para el lanzamiento de la novela de Zaro y las reservas en la Librería Cantarena seguían viento en popa. Adela, ilusionada como no la había visto en mucho tiempo, había pedido a la editorial un buen refuerzo de *Golosinas en la basura*. Incluso se había dedicado a calcular el nada desdeñable beneficio que nos reportarían las ventas de los ejemplares ya reservados por los clientes. Ella no albergaba la menor duda de que iba a ser un pelotazo rotundo. Solo le faltaba frotarse las manos al más puro estilo del Tío Gilito. Yo no llegaba a tanto. La lectura del tramo en el que Zaro se explayaba sobre su desolación tras la ruptura con la Flaca había suavizado mucho el rencor que le guardaba, pero ahora temía el revuelo que se organizaría si el libro llegaba a ser el éxito previsto por su editorial. Se sucederían entrevistas en las que los periodistas le preguntarían si había algo de autobiográfico en su novela, y a saber qué contestaría él. Junto con ese temor recurrente, de vez en cuando aún me daba por recordar lo que fue la mayor humillación de mi vida. Durante semanas, la infidelidad de Zaro circuló de boca en boca entre sus compañeros de trabajo en el instituto y entre nuestros amigos. Todos estaban al corriente de lo que ocurría. Todos, menos yo. Como reza el tópico, el cornudo —en este caso la cornuda— es el último en enterarse. Durante una cena con los amigos, que en realidad eran los que aportó Zaro cuando nos enrollamos, uno de ellos bebió demasiado y se fue de la lengua. Yo mantuve a duras penas un escudo de dignidad mientras encajaba el golpe, me excusé como pude y me largué del restaurante. Paré un taxi y no dejé de llorar durante todo el trayecto. Cuando nos detuvimos en un semáforo, el taxista abrió la guantera, sacó una caja de clínex y me la tendió sin mediar palabra. Creo que la dejé casi vacía. Zaro debió de seguirme enseguida, pues llegó a casa solo unos minutos después que yo. Aquella noche estalló en nuestro salón la Gran Bronca. Nos echamos en cara verdaderas barbaridades. Agotados los cuchillos verbales con los que nos habíamos herido, Zaro reunió lo imprescindible en una bolsa de viaje y se marchó. Cierto es que yo le eché con cajas destempladas, pero él se fue sin rechistar. Al cabo de unos días, acudió al piso para recoger el resto de sus cosas mientras yo estaba en la librería. Llegué a casa después del trabajo y me encontré su parte del ropero vacía, su juego de llaves sobre la mesa del salón y una nota de despedida. En el estudio faltaban su ordenador, los apuntes que había reunido para la novela en la que trabajaba (la que meses después le daría a conocer como novelista), sus CD de *jazz* y la mayor parte de los libros. Así

desapareció Zaro de mi vida y en su lugar se instaló la soledad. Después llegó Fred y ascendí de cuarentona deprimida a cuarentona deprimida con perro. Como se puede ver, una evolución muy poco original.

En la librería tengo que atravesar el almacén para ir a mi despacho, un cuartito angosto con un único ventanuco que da al patio interior. Allí es donde se gestionan los asuntos del negocio desde los tiempos de papá. En aquellos días previos a la publicación de la novela de Zaro, cuyos ejemplares ocupaban, meticulosamente alineados por Adela, varios estantes exhibiendo los lomos con su nombre y el título, yo pasaba por esa zona evitando mirar cómo se multiplicaba a diario la cantidad de libros que muy pronto sacaríamos a la venta, apilados en una torre adornada con un retrato gigante de Zaro que nos había llevado el comercial de la editorial.

La tarde después de la desgarradora visita a Susa, a siete días del lanzamiento estelar, rompí la regla que me había impuesto y me detuve delante de las baldas colonizadas por mi ex. Contemplé durante un buen rato los libros alineados con los lomos hacia fuera. La mano derecha viajó por su cuenta hacia la estantería, agarró uno y lo sacó de la fila. Fui con él al despacho, cerré la puerta y me dejé caer sobre la silla del escritorio. En lugar de ponerme al día con el papeleo atrasado, abrí la novela por donde interrumpí la lectura la última vez.

«Cuando comenzó el nuevo curso, me dijeron en el instituto que Virginia, aquella enorme estupidez que dinamitó mi vida con la rubia de los ojos austrohúngaros, iba a dar clases ese año en Huesca. Un compañero, el más chismoso del instituto, me dijo un día, con aire de misterio, que la había visto morreando a un tipo joven y melenudo bajo los soportales del paseo de la Independencia, a la altura del pasaje Palafox. Mientras hablaba, clavaba en mí sus ojos de alimaña, ávido por regodearse con mi reacción y contársela a todo el claustro de profesores. No en vano, lo mío con Virginia fue la comidilla del instituto durante el curso anterior. Lo que no podían saber esos cotillas era que me importaba un comino con quién se besaba la Gatona a esas alturas. El viaje por Estados Unidos me había desintoxicado del escote abisal que reventó mi vida con la Flaca. No pensaba dar a los lenguaraces el gusto de saborear lo que ellos tomaban por derrota y para mí suponía una liberación.»

De nuevo esa niña Virginia acechándome en negro sobre blanco, convertida en personaje de una novela de autoficción destinada a ser

el éxito del trimestre. ¿Cómo se sentiría ella cuando se viera reflejada en esa historia? ¿Tan consternada como yo? No tuve ganas de leer más. Cerré el libro y me recliné en la silla. Ya podría haber ideado Zaro una trama de aventuras en el Amazonas o una de esas historias de fiambres mutilados con saña e investigador atormentado que se vendían como churros. ¿Tan seco andaba de ideas para tener que recurrir a su propia vida? ¿A nuestras vidas? La culebra del miedo se enroscó dentro de mí. ¿Sería capaz de enfrentarme a la vorágine que desencadenaría ese libro si se cumplían los planes de la editorial?

Alguien golpeó la puerta con los nudillos. Se abrió y asomó la cabeza de Adela. Parecía acalorada o, tal vez, nerviosa. Empecé a inquietarme.

—¿Qué ocurre?

Ella carraspeó. El resto de su cuerpo se coló en el despacho con movimientos furtivos. Mi desasosiego creció.

—Tienes visita.

Lo que me faltaba. Recé por que no fuera un comercial con intención de mostrarme las novedades de su editorial. Todos son encantadores y hacen muy bien su trabajo. Me llevo de maravilla con ellos, pero esa tarde no tenía el cuerpo para ojear cubiertas y escuchar las correspondientes sinopsis.

—¿Quién es y qué quiere?

Adela se aclaró la garganta de nuevo.

—No sé qué quiere, pero sí quién es —respondió, titubeante. Siempre le gustó jugar a los misterios.

—Adela, sabes que te aprecio mucho, pero ahora no tengo la moral para adivinanzas. Tú no eres la Esfinge ni yo me he convertido en Edipo a punto de resolver su acertijo. Así que desembucha.

—Es… —Se aclaró la garganta—. Es… Zaro.

El corazón me azotó por dentro como un látigo.

—Zaro… —susurré, con voz tan moribunda que apenas me oí yo.

Durante un lapso de tiempo, no recuerdo si fueron minutos o solo segundos, Adela y yo nos miramos, muy quietas las dos. Vistas desde fuera, debíamos de parecer estatuas grotescas cinceladas por un escultor chapucero. Al fin, conseguí moverme. Brinqué de la silla y saqué mi bolso del cajón del archivador donde lo suelo guardar. Bajo la mirada impasible de Adela, escarbé en busca del cepillo del pelo y el pintalabios. Cuando los encontré entre toda la morralla que cargo dentro, me peiné y me apliqué carmín con dedos trémulos.

—Te has manchado la barbilla —murmuró Adela. Se acercó. La yema de su pulgar me frotó el mentón con ternura. Siempre fue muy maternal. Después, me sacó la barra de labios de entre los dedos y

repasó mi chapuza. Incluso me peinó y me ahuecó la melena moviendo las manos con habilidad de peluquera—. Hala, ya está. Te veo guapísima, Eli. ¿Le digo que pase?

Solo fui capaz de asentir con la cabeza. Arrojé el bolso bajo la mesa y me dejé caer sobre la silla del escritorio para esperar sentada a quien fue el amor de mi vida. Las piernas me temblaban demasiado para estar de pie.

45

En el hombre que entró en el cuartito vi al joven despeinado cuya labia me impresionó en aquella Nochevieja de la prehistoria. También al profesor de instituto con el que rompí diez años atrás. Y al actual escritor de éxito cuya fotografía llenaría pronto los escaparates de todas las librerías del país, incluida la mía. Los tres se aunaban en ese cincuentón enjuto de pelo muy corto, algo más canoso que en la fotografía que acompañaba su novela, el rostro bronceado y tallado en ángulos nuevos, con surcos alrededor de los ojos de color chocolate, pero tan atractivo como la noche en que nos conocimos.

No. Corrijo: me resultó mucho más atractivo en su madurez, pues la vida y la experiencia se habían sedimentado en su persona, en esas arrugas alrededor de los párpados, en su mirada dulcificada por los años, pero el desgaste de vivir aún no le había hecho capitular. Y me inflamé de deseo como si no me hubiera pasado una década esquivándole con ahínco. Como si nunca hubiéramos roto por culpa de la voracidad de su entrepierna. Como si mi carne, mi piel, mi deseo, mi cuerpo entero hubieran estado profundamente dormidos durante los últimos años y acabaran de despertar ante su inesperada aparición. «Igual que Blancanieves», me pasó por la cabeza. «Y la boba de Anacrís», osó añadir la voz de la razón.

Un profundo rubor comenzó a extenderse por el rostro de Zaro partiendo desde las mejillas. A mí me brotó de la boca del estómago una ternura incongruente que inundó todo mi ser. Mabel tenía razón. Seguía enganchada a ese hombre como el primer día.

—¿Me… me puedo sentar? —balbuceó él.

Asentí meneando la cabeza. Hice un desvaído movimiento con la mano indicando una de las sillas de visitante. Él la apartó y se sentó. Me miró en silencio, como incapaz de liberar las palabras acumuladas durante toda una década de separación y rencores. Por fin, sus labios abrieron una sonrisa que mostró los dientes cuidados. Noté cómo mi boca se la devolvía por su cuenta. Mi gendarme interior me reconvino. Aunque Zaro me mirara con esa cara de bobo, yo no debía hacer lo mismo. Nos movíamos en mi terreno. Me correspondía a mí manejar las riendas del imprevisto encuentro. Lo malo es que me sentía incapaz de llevar la batuta en ese concierto.

—¿Qué… qué te trae por aquí? —musité.

Él se aclaró la garganta. Amplió su sonrisa.

—No pensé que esto iba a ser tan difícil —arrancó en medio de un suspiro. Tomó aire y soltó de carrerilla—: Verás: como ya sabes, dentro de unos días sale mi libro. Resulta que la editorial quiere empezar la promoción en Zaragoza. Ha preparado una rueda de prensa y después una presentación por todo lo alto en el Patio de la Infanta…

Zaro iba a presentar su libro nada menos que en el magnífico patio de una casa palacio ya derruida que una entidad bancaria rescató décadas atrás y reconstruyó en el interior del edificio donde se halla su sede central, a solo unos pasos del primer Corte Inglés que se abrió en Zaragoza. Un pedacito superviviente de la ciudad renacentista incrustado en un inmueble acristalado con vocación de rascacielos. Ahí se organizaban los grandes eventos y las presentaciones de libros importantes. La editorial de Zaro apostaba realmente fuerte por esa novela.

—He pensado… —se pasó la lengua por los labios. El deseo hizo latir mi corazón a un ritmo endiablado; hasta me zumbaban los oídos — que… que me gustaría que sea tu librería la que se encargue de vender los libros. Sé que te aviso con poco tiempo. Tengo claro desde hace meses que en esta presentación debías estar tú, pero… no sabía cómo decírtelo. En la editorial me han echado buenas broncas por no haber zanjado este tema mucho antes. Pero uno es cobardica…

Disimulé como pude mi sorpresa.

—Te lo agradezco, Zaro —logré decir—. Será un honor para Cantarena.

Zaro abrió otra sonrisa desvalida. Mis ojos se sumergieron en los suyos y quedaron atrapados en ese iris marrón líquido. Fue él quien apartó la mirada primero y la posó en el ejemplar de *Golosinas en la basura* que reposaba sobre el escritorio.

—¿Lo has leído?

Detecté ansiedad en su voz.

—A trozos.

—Y… ¿qué te parece?

—¿La verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Es condenadamente bueno, lo mejor que has escrito —respondí, muy despacio—, pero… al leerlo me he sentido como si me hubieras desnudado delante de todo el mundo. ¿Ya no se te ocurren historias interesantes y por eso escribes sobre nosotros?

—¿La verdad?

Ahora fui yo quien movió la cabeza hacia abajo y hacia arriba.

—Después de nuestra ruptura, cuando se me pasó el sofoco, no hubo día en que no pensara en llamarte o buscarte para… para pedirte que me dejaras volver, pero… no me atrevía. Fue pasando el tiempo y te veía esquivarme cuando coincidíamos en los eventos literarios, mirándome con tal odio que… me faltó valor.

—¡Nunca te odié! Simplemente estaba dolida. Me hiciste mucho daño.

—Lo sé, Elisa. La cagué como un gilipollas por no haber sabido controlar la bragueta.

«Lo que alegan todos los hombres en estos casos», pensé. Pero decidí que no merecía la pena expresarlo en voz alta. En su lugar, murmuré:

—¿Por qué no me dijiste esto hace diez años?

—Cuando discutimos, me espetaste cosas horribles. Vale, me lo merecía por imbécil, y más después del trago que pasaste en aquel restaurante cuando metió la pata el idiota de Julio, pero tus reproches me hicieron polvo. Mucho. Los cretinos también tenemos sentimientos. Y, encima, me echaste de casa como a un perro sarnoso. Debí tragarme el orgullo, al fin y al cabo fui yo quien la pifió, pero…

Dejó la frase inconclusa. Le miré de nuevo a los ojos y noté cómo mis defensas se derrumbaban una tras otra cual fichas de dominó.

—Te puedo asegurar que me he arrepentido cada día de estos diez años lejos de ti —prosiguió él—. Por eso escribí esta novela, no porque se me hayan acabado las historias. Como fui demasiado cobarde para presentarme ante ti en persona, este libro debía ser mi manera de pedirte perdón. Sabía que, tarde o temprano, acabarías leyéndolo.

«Curiosa manera de disculparte dejándome en pelotas delante de todo el país», estuve en un tris de exclamar. Sin embargo, me tragué las palabras como quien deglute una comida indigesta. No quería alejarle otra vez.

—¿Estás con alguien, Eli? —susurró él.

Su pregunta me desconcertó.

—Ha habido hombres, aunque ninguno llegó a… a pasar del nivel de escarceo —confesé, tras unos segundos de duda—. Se ve que tu sombra es alargada. Ahora vivo con una perra feísima pero llena de amor que se llama Scarlett y me destroza los tangas.

Las carcajadas de Zaro suavizaron la tensión.

—Lo mismo me ocurre a mí.

—¿También vives con una perra que te destroza los tangas?

—¡Cuánto he echado de menos tu ingenio! —exclamó, sin dejar de reírse—. He tenido mis ligues de una noche y una relación más larga

que no cuajó. ¿Sabes por qué?

Pregunta retórica. Me limité a negar con la cabeza.

—Con ninguna de esas mujeres llegué a experimentar lo que me inspirabas tú…, lo que me haces sentir ahora mismo.

—¿Y qué sientes?

—Ganas de besarte, de recuperar el aroma de tu piel y tu pelo, de acariciarte con las puntas de los dedos, de reírme con tus frases ingeniosas, de poder enseñarte mis escritos para que me los destroces antes de que lo hagan otros…

Zaro se levantó, rodeó el escritorio, se inclinó sobre mí y me dio un beso en los labios. Los abrí. El sabor que tanto había añorado explotó bajo mi paladar como si me hubiera metido en la boca un sobre de Peta Zetas. Él apartó la cara lo justo para poder hablar.

—Necesito volver a ser tu amante, tu compañero, tu mejor amigo. La vida sin ti es peor que alimentarse solo de hamburguesas con sabor a cartón.

—Siempre fuiste un redicho, Zaro Rivas —farfullé.

Aún no sabía si mi cabeza le perdonaría del todo algún día. La única certeza en aquel instante era que mi cuerpo acababa de claudicar.

46

Lo que durante los últimos diez años ni siquiera me había atrevido a soñar ocurrió sobre la cama que compré tras la ruptura con Zaro, mientras Scarlett lloriqueaba al otro lado de la puerta cerrada. Entre las sábanas, cada vez más enredadas y húmedas de sudor gozoso, nuestros cuerpos recuperaron el tacto olvidado, las fragancias perdidas, los sabores de nuestro pasado común y el calor que despierta el deseo mutuo. Se suele decir que segundas partes no son buenas, pero en mi caso la experiencia fue gloriosa tras una larga década de añoranza. Zaro se mantenía delgado, aunque los años habían blanqueado el vello de su torso y le habían suavizado la impaciencia carnal. O tal vez solo habían mermado su vigor. Recordé por un instante a Florián y se me ocurrió que la energía del Zaro actual no podía compararse con la del Colin Firth pirenaico. A mí no me importó. Lo que me unió siempre a Zaro iba más allá del sexo. Ahora percibía en sus caricias una sabiduría nueva imbuida de ternura, su lengua redescubría con calma mis rincones más secretos —los que no había explorado ningún hombre después de él— y sus besos se recreaban en mis labios y mi paladar como no habían hecho cuando fuimos jóvenes. Volvía a iluminarme el faro que durante dos lustros tapó la niebla del rencor. En un lapso de lucidez entre tanta dicha, pensé que él también me habría encontrado más mayor y deseé que eso no le hiciera arrepentirse de haberme buscado para reconciliarnos. Pese a lo que ocurrió entre nosotros, pese a lo mucho que me dolió su traición, Zaro seguía siendo el hombre de mi vida. El que mejor se acoplaba a mi cuerpo. El que despertaba cada uno de mis sentidos. Para bien o para mal.

Al final de nuestro reencuentro carnal, acabamos jadeando bocarriba, exhaustos, tapados con el edredón hasta el pecho. Tan poco originales como esos amantes que nos muestran las películas desde finales de los años sesenta, siempre con la espalda recostada contra el cabezal para descansar de sus proezas amorosas, sonriendo de oreja a oreja y envueltos en el humo de sendos cigarrillos. A nosotros solo nos faltó sostener el consabido pitillo entre los dedos, pero ninguno de los dos fumábamos. Scarlett seguía lloriqueando en el pasillo sin dar tregua. A mí no me alcanzaban las fuerzas ni las ganas para levantarme y abrirle la puerta. Cualquier cosa menos alejarme del

cuerpo recuperado de Zaro. Pedí perdón a la pobre perra a voces. Eso hizo reír a Zaro. Supongo que a Scarlett le parecería menos gracioso.

—Has aprobado con buena nota —murmuré—. ¿No te habrás hinchado de Viagra?

Él se volteó hacia mí y su mano me atrapó un pecho.

—¡Mi Viagra eres tú! Tus tetas siguen tan firmes como hace diez años. No has envejecido.

—Zalamero. Ahora esperarás que te devuelva el cumplido.

—No era un cumplido.

—Sí, claro…, y voy y me lo creo —le chinché—. Por supuesto que he envejecido, y mis tetas también. Tengo cincuenta tacos. Pero, venga, para que te quedes tranquilo, ahí va: tú sigues estando bueno.

—Gracias, no esperaba menos de ti.

—Y mis amigas dicen que tienes un polvo.

—Ah, ¿sí? ¿Las conozco?

—A estas, no. Y no pienso presentártelas.

Nos reímos los dos hasta que Zaro se puso muy serio.

—Déjame volver, Eli. Esa chica no significó nada para mí. Fue la metedura de pata de un cuarentón desorientado. Estaba jodido por la muerte de mi padre, metido hasta el cuello en la depresión del duelo y digiriendo mi cambio de década. ¡Te prometo por lo más sagrado que no te volveré a fallar!

Me incorporé a medias y me zambullí en el chocolate fundido de su iris. Mis últimas huestes se rindieron sin condiciones. Le puse el dedo índice en vertical sobre los labios.

—Calla, no te pongas solemne. Prométeme solo que, si tienes huevos para tirarte a otra, los tendrás también para ser sincero conmigo. Fue horrible tener que enterarme de mi cornamenta por tu amigo el bocazas, que encima siempre me cayó gordo.

—¡Lo prometo! —afirmó él, con la dignidad de los testigos de las películas americanas de juicios cuando juran muy tiesos con la mano sobre la Biblia.

Me alegró su promesa, claro que me alegró, pero enseguida surgió dentro de mí una vocecilla discordante. «Ten cuidado —me advirtió—, llevas diez años viviendo sola, sin dar explicaciones a nadie más que a tu mascota; sin recoger del suelo calcetines ni calzoncillos que deberían estar en el cesto de la ropa sucia; sin tener que calmar estallidos de neura creadora en los momentos más inoportunos». Un día antes, la soledad se me había antojado pesada y patética. Ahora, de pronto, la veía como un bien valioso al que no debía renunciar así como así. Pese a la euforia del reencuentro, me daba pereza vivir otra vez en pareja.

—Una cosa, Zaro… —titubeé, por si se tomaba a mal lo que le iba a decir—. Creo que es pronto para que volvamos a vivir juntos. Debemos ir poco a poco.

De reojo, vi la desilusión expandirse por su cara. Tragó saliva antes de responder:

—Vale. Te demostraré que merezco recuperar tu confianza.

De nuevo nos quedamos en silencio. Me acurruqué contra su cuerpo y disfruté de su calor recobrado. Tan a gusto estaba que se me fueron cerrando los ojos. No sé si me dormí o dormité, solo que de pronto me sobresaltaron los aullidos reforzados de Scarlett. Me separé de Zaro con desgana, aparté la ropa de cama y me levanté.

—Tengo que abrirle. Menudo disgusto lleva la pobre. No te molestará, ¿verdad?

—Para nada. Así podré acabar de congraciarme con ella. Espero que no aproveche que estoy en pelotas para morderme mis partes.

Premié su ocurrencia con risas. Al entrar en casa horas antes, Scarlett había recibido a Zaro en el vestíbulo con gruñidos y le había enseñado los dientes. Afortunadamente, a él siempre le gustaron los perros y supo cómo granjearse su confianza. En cuanto abrí la puerta del dormitorio, la perra irrumpió como un vendaval y saltó a la cama. Zaro aprovechó el acercamiento para acariciarla. Yo me volví a tender a su lado y me arrebujé contra su cuerpo bajo el edredón. Acabamos los tres apretujados formando un curioso trío.

—Y pensar que antes no querías perros en casa —murmuró Zaro—. La de veces que te negaste cuando te proponía adoptar uno…

—Pues, ya ves, esta es la segunda. El anterior se me murió hace poco. Era macho y un amor. Flaco como un tallarín peludo. Se parecía a Fred Astaire en *Sombrero de copa,* por eso le llamé Fred.

—Y a esta la bautizaste Scarlett por Escarlata O'Hara, supongo.

—Supones bien.

—Pues permíteme discrepar. Se parece más a Whoopi Goldberg en *Sister Act*. Deberías vestirla de monja y enseñarle a cantar *I Will Follow Him*…

Nos echamos a reír al mismo tiempo. Scarlett se abalanzó sobre Zaro y le lamió la cara. Él se dejó agasajar. Cuando la perra se enroscó entre los dos, Zaro murmuró:

—¿A que formamos una estampa idílica? Pareja madura con perra okupa sobre lecho revuelto después de follar. Deberían retratarnos así. En blanco y negro, a ser posible.

—Podrías utilizar la escena en tu próxima novela.

—No me tientes…

Metió una mano por debajo del edredón y me pellizcó el trasero.

El resto de la tarde-noche lo dedicamos a ponernos al día sobre los años en los que estuvimos separados. Zaro me confesó que llevaba un tiempo de excedencia en el instituto, pues la literatura le daba para vivir con cierta holgura. Incluso había podido comprarse un ático, no muy grande pero acogedor, en una casa antigua del popular barrio de la Magdalena. La muerte de su madre, tres años atrás, casi le sumió en una depresión peor que la que vivió tras la de su padre. Aún no acababa de comprender cómo llegó a añorar tanto, y todavía añoraba, a una persona que le vampirizó emocionalmente desde niño, que tensaba la cuerda más y más pinchándole para poder sentirse víctima si él acababa estallando y le espetaba algún improperio, que perpetuaba el mismo juego perverso al que jugó con su padre, el dragón irascible. Se salvó de aquel abismo escribiendo. Podía afirmar, sin exagerar, que la literatura le había ayudado a superar todas sus crisis, incluida nuestra ruptura. También le sirvió de balón de oxígeno el viaje iniciático por los Estados Unidos del que hablaba en *Golosinas en la basura*. En lo sentimental, insistió, no había cuajado ninguna de las relaciones con las que intentó reproducir lo que tuvimos él y yo. La más larga fue la que mantuvo con una periodista, a la que conoció cuando ella le entrevistó para una emisora local a raíz de su segunda novela. Estuvieron juntos durante dos años, manteniendo cada uno su propio piso y su independencia, hasta que él se dio cuenta de que esa mujer no le llenaba y decidió cortar con ella.

—Creo que en la vida —concluyó— solo hay una persona que nos complementa de verdad. Muchos nunca la encuentran, y luego estamos los tontos, como yo, que la dejamos escapar.

A pesar de mi embeleso, asumí que Zaro me había contado lo que creyó oportuno. Ni más, ni menos. No me importó. Yo hice lo mismo aquella noche. A esas alturas de mi vida ya sabía que nadie, por mucho que ame, es totalmente sincero con el otro. Todos guardamos en lo más hondo de nuestros armarios emocionales secretos que no deseamos compartir. Y creo que esos cajones de intimidad son necesarios para mantener la independencia. El amor no implica desaparecer dentro del otro.

Cuando Zaro y yo sentimos el apremio del hambre, improvisamos una cena ligera en la cocina y después bajamos a la calle para que Scarlett hiciera sus necesidades. A esa hora no quedaban paseantes de perros, solo jóvenes trasnochadores, de los que pueden recorrer entre semana todos los bares del distrito universitario porque no están obligados a madrugar. Al doblar una esquina casi chocamos con Florián tirando de la correa de su Golfo. Era la primera vez que nos veíamos después de la última noche que pasamos juntos. Nos

saludamos con una inclinación de cabeza y un rápido «hola». Me pareció que él pasaba revista de reojo a Zaro, pero no estoy segura. Tal vez solo fue una impresión debida a un brote de vanidad por mi parte.

De regreso en mi piso, el desenlace natural fue que Zaro se quedó a dormir. Como no hubo forma de sacar a Scarlett del dormitorio, acabamos compartiendo la cama con ella. Zaro no se quejó. La perra, menos.

47

A la mañana siguiente abrí la persiana de la librería muerta de cansancio, con ojeras negras que no había logrado tapar ni gastando medio tubo de corrector, pero insoportablemente feliz. Adela llegó mientras me peleaba con el panel de la alarma antirrobo. Allí mismo me sometió al tercer grado. Le conté lo justo para evitar que me diera la paliza. Podía ser muy insistente cuando le picaba la curiosidad. Y con el tema Zaro debía de picarle mucho. Al decirle que Librería Cantarena iba a encargarse de vender los libros en la presentación de *Golosinas en la basura,* poco le faltó para dar saltos de alegría delante del mostrador.

—¡Qué notición! —voceó—. Tu Zaro tiene mucho gancho. Y, con lo que le está promocionando su editorial, ¡vamos a vender lo que no está escrito, Elisa!

Por suerte entraron en ese momento, con apenas unos segundos de diferencia, dos de nuestros clientes habituales. Ambos estaban jubilados, eran grandes lectores y acudían siempre a primera hora. Durante un buen rato les dedicamos toda nuestra atención. Cuando se marcharon con sus bolsas de Librería Cantarena bien repletas, me zafé de Adela y me encerré en el despacho. Saqué el móvil. Busqué el número de Mabel en mi lista de favoritos y pulsé el botón de llamada. La voz de mi amiga respondió con inusual acelero:

—Dime, Eli…

—¿Te he pillado ocupada?

—Un poco. Estoy en la tienda. Me acaban de traer varias cajas más con ropa de primavera. ¡Te adelanto que hay cosas chulísimas!

Por fin se calló para tomar aire. Aproveché la pausa y anuncié:

—¡Anoche estuve con Zaro!

Silencio al otro lado. Cuando ya empezaba a temer que se hubiera cortado la comunicación, Mabel exclamó:

—¿Cómo que estuviste? Concreta un poco, anda. ¿Hablando, cenando, follando…?

—Las tres cosas… y más…

Nueva burbuja de silencio. Había conseguido dejar muda a mi amiga dos veces seguidas. Enorme hazaña. Rellené su mutismo contándole, a grandes rasgos, cómo se presentó Zaro en la librería y lo que ocurrió después en mi casa. Por una vez en su vida, Mabel

escuchó hasta el final sin interrumpirme. Cuando acabé, incluso tardó unos segundos en murmurar:

—Me alegro por ti, Eli. ¡Me alegro mucho! De verdad de la buena. Pero, como decimos los economistas, no pongas todos los huevos en el mismo cesto, por si acaso.

—Mabel, esto no es una inversión en bolsa.

—Es mucho peor: es amor —pontificó ella—. Mira, siempre he sabido que sigues enamorada de ese tío y, por lo que me acabas de contar, parece que él tampoco te había olvidado, pero es peligroso lanzarte en sus brazos a la desesperada. ¿Vais a vivir juntos otra vez?

—De momento, no. Le he pedido que vayamos despacio. Creo que me he acostumbrado a vivir sola.

—Bien hecho, Eli. A nuestra edad, hay que andarse con pies de plomo. A todo esto, ¿vas a contarme ahora por qué rompisteis?

Tardé más de la cuenta en enlazar cuatro palabras en un escueto:

—Me puso los cuernos.

La reacción de Mabel me llegó vacilante, como si temiera molestarme:

—No es por hurgar, pero me olía algo así…

Le resumí la infidelidad de Zaro y cómo estuve en Babia hasta que, durante una cena con sus viejos amigos y las parejas de estos, el bocazas de turno se puso ciego de alcohol y se fue de la lengua.

—Si quieres más detalles —rubriqué—, en su nuevo libro lo cuenta todo. Virginia se llama la chica en la novela.

—Pues razón de más para que te andes con cuidado… —insistió Mabel.

—¡No sigas! —la interrumpí—. Ya me sé eso de que quien te ha puesto los cuernos una vez puede hacerlo de nuevo… y blablablá…

—No pensaba recurrir a un tópico tan rancio, pero ya que lo sacas…

—Mira, lo de la cornamenta es una espina que aún llevo clavada y me costará sacármela, pero quiero a ese tío y… no sabes cuánto le he echado de menos.

—¡Claro que lo sé! Llevo años viéndote la cara de boba que ponías cada vez que me hablabas de tu ex. —Se detuvo un momento y arrancó con mucha guasa—: Por cierto, ahora tendré que decir «tu ex ex», ¿no?

—Menos cachondeo…

—Ay, Eli, es que estoy impactada. Entre el cáncer de la pobre Susa, la tontuna de Noelia con su don Perfecto y ahora tu reconciliación sorpresa con el escritor fetén me tenéis en un sinvivir.

«Pues si supieras lo de Anacrís», pensé.

—Por lo menos, prométeme que no te volverás tonta de capirote como Noelia. Recuerda que los príncipes azules se decoloran al lavarlos… y el tuyo ya destiñó una vez.

—¡Vaya símil más manoseado! —Mi reproche cosechó una risotada de Mabel—. Y me lo suelta la tía que se acaba de enrollar con Alfonsito, lo tiene a todas horas instalado en su casa y está que no mea. Aplícate tus propios consejos, guapa.

—No metas a Alfonso en esto. Es el único normal de todos nosotros.

Ahora fui yo quien se rio.

—Oye —añadió—, ¿y tu jovenzano? ¿Qué has hecho con él?

—Nada nuevo. De vez en cuando le veo cuando paseo a Scarlett, nos saludamos y vale. No nos hemos vuelto a acostar. Es mejor así.

—Sí, tú no das el perfil para mantener un *ménage à trois* —dijo Mabel, con su sorna habitual—. Y hablando de todo un poco: ¿cómo está Anacrís? Quería haberla llamado ayer, pero no paraban de entrar clientas y se me pasó.

—Pues cuando me la llevé a mi casa, le di un Valium, una tila doble y la tuve tirada en el sofá hasta que se tranquilizó y pude llevarla a su casa. Menudo berrinche nos pilló cuando dejamos a Susa.

—No fue para menos. Yo no tuve valor ayer para llamar a Carina. Me da miedo. Cualquier día de estos, Susa se nos va.

Un silencio espeso se apoderó de la línea. Estuve a punto de romper la promesa que me arrancó Anacrís y hacer partícipe a Mabel de sus impactantes confidencias. No acabé yéndome de la lengua porque se oyó el sonido de una campanilla seguido del de una puerta al cerrarse y Mabel dijo apresuradamente:

—Tengo que cortar. Acaba de entrar una clienta. Te llamo esta noche.

Colgó sin darme tiempo a despedirme. Ahí me quedé, móvil en mano, chapoteando como una tonta en la dulce ciénaga de mi amor recuperado después de haberme burlado de Noelia y Mabel por su estado de embobamiento. ¡Y qué feliz me sentía! Desde la noche anterior, la enfermedad de Susa y el duelo por la muerte de mamá parecían más llevaderos. Los colores resultaban más luminosos, el aire más limpio y *Pretty Woman* ya no se me antojaba un pestiño. La reconciliación con Zaro había entrado en mi cuerpo como una droga dura, pero ¡era tan dulce ese veneno que no pensaba luchar contra él! Puede que en el futuro me tocara pagar un precio por estas sensaciones o puede que no, pero una de las cosas fundamentales que vamos aprendiendo en la vida es que el presente es lo único verdaderamente tangible que tenemos.

48

Recuperar un amor truncado en el pasado se parece mucho a como me sentí la única vez que me lancé a hacer *puenting*. Te ves asomada al abismo sacudida por una mezcla de vértigo gozoso y pavor por si se rompe la sujeción y acabas estampándote.

La editorial de Zaro, integrada en uno de los grupos más poderosos del ámbito literario hispano, le había preparado una gira de promoción por todo el país que debía empezar después de la fastuosa presentación en Zaragoza. Además, su agente ya había logrado contratos de edición en el Reino Unido, Alemania y Francia, acompañados de un fuerte despliegue en medios, por lo que también viajaría a esos países. En vista de su apretada agenda para los próximos meses, pasamos los días que le quedaban libres pegados el uno al otro como siameses. Para mí fue un tiempo de ensueño, en el que a veces se mezclaban flases de desasosiego. Mi realidad estaba cambiando tan deprisa que me costaba asimilarlo. Volver del trabajo a mediodía y encontrarme a Zaro cocinando para los dos (pues por fin había aprendido a guisar algo comestible), abrir los ojos por la mañana y hallarle a mi lado roncando plácidamente, compartir el sofá con él después de cenar y verle redactar en su portátil los artículos de opinión que publicaban cada día varios periódicos…, eso era algo que jamás habría creído posible tras nuestra dolorosa ruptura. Una golosina inesperada, rescatada del cubo de la basura, que estaba dispuesta a saborear hasta el último lametazo, aunque a ratos me muriera de vértigo y de miedo.

Zaro sacaba a Scarlett a pasear cuando yo estaba en el trabajo. De noche deambulábamos los tres por las calles durmientes, tan desiertas ya que no nos topábamos ni con los paseantes más rezagados; ni siquiera con Florián dando la vuelta nocturna a su Golfo. Mi medusa con patas había desarrollado una pasión perruna por Zaro y le seguía a todas partes. Él, que desde niño amaba los perros, se dejaba querer. «Esta Whoopi es lo más feo que he visto en mi vida, pero qué amorosa es la condenada…». Siempre la llamaba Whoopi y la perra había asimilado que tenía dos nombres. Durante esos días, mi vida la formaban la librería y mi «ex ex», como seguía denominándole Mabel. Era la única de mis amigas con la que charlaba a veces por teléfono. La que no se cansaba de prevenirme contra el peligro de dejarse

abducir por el amor a nuestra edad, como si ella no hubiera introducido en su casa a Alfonsito con *bulldog* tragaldabas incluido.

La presentación de Zaro en el Patio de la Infanta fue un éxito clamoroso del que se hicieron eco hasta los periódicos de tirada nacional. Él estuvo magnífico. Ocurrente, erudito sin pedanterías y haciendo gala de su agudo sentido del humor. Se metió al público y a los periodistas en el bolsillo. Durante el cóctel posterior al coloquio no se separó de mí y me presentó a todos como su pareja. De mis amigas del Séptimo de Caballería acudieron Mabel y Anacrís. Susa estaba demasiado debilitada por la enfermedad y Noelia rehusó ir sin poner ni una triste excusa. Mabel llegó la primera. Irrumpió acicalada como una *influencer* de esas cuyos modelitos llenan las redes sociales. Se plantó ante la mesa donde Adela y yo habíamos preparado los libros para vender y cogió uno.

—No me perdería esto por nada en el mundo —anunció, muy sonriente, mientras pagaba su ejemplar a Adela, la encargada de cobrar. A mí no me daba el cerebro ni para acertar con los cambios. Adela, que hacía buenas migas con Mabel y siempre charlaba con ella cuando acudía a la librería, replicó que íbamos a tener el privilegio de presenciar el acontecimiento literario de la temporada. Yo estaba tan nerviosa que solo tuve reflejos para preguntarle por Alfonsito. Huelga decir que evité usar el diminutivo.

—Está trabajando. Ha dicho que, si no sale muy tarde, se acercará.

La llegada de Anacrís interrumpió aquel remedo de conversación. La vi más delgada. En sus ojos todavía brillaba la chispa que descubrí cuando me hizo confidencias en el bar. ¿Se habría acostado ya con su cincuentón divorciado y atractivo? Apenas habló. Compró su ejemplar y corrió con Mabel a buscar asiento. Tras la presentación, las dos aguantaron más de media hora en la larga fila que se formó para la firma de libros. Después, se acercaron a despedirse adonde Adela y yo estábamos recogiendo nuestras cosas. El público había arrasado con todo lo que habíamos llevado.

—Alfonso me acaba de mandar un wasap —dijo Mabel—. No le da tiempo a venir, así que me marcho a casa. Voy a ser buena chica y le prepararé algo rico para cenar. ¿Os podéis creer que le gusta mi limitado repertorio culinario? ¿Y me imagináis cocinando para un hombre? —Mabel se rio, blandió su ejemplar de tapa dura rubricado por Zaro y bajó la voz para añadir—: Ahora que he visto a tu ex ex en persona, me reafirmo en que tiene un polvo. Disfruta todo lo que puedas, Eli. Y no bajes la guardia, por si los cuernos. Ese tío es una golosina y hay mucha arpía por ahí.

A juzgar por la quemazón que me invadió la cara, debí de

sonrojarme hasta las orejas. Mabel soltó otra risotada. Anacrís se limitó a regalarme una sonrisa de Gioconda traviesa. Mis amigas se despidieron de mí repartiendo besos y se esfumaron en amor y compañía.

Al día siguiente, la prensa escrita, los informativos televisivos y los lectores solo hablaban de Zaro Rivas y sus *Golosinas en la basura*. En la librería se agotó enseguida la batería de ejemplares que teníamos preparados en el almacén. Tuvimos que hacer otro pedido importante a la distribuidora de la editorial. Adela no cabía en sí de alegría. Yo me sentía desbordada y Zaro, pese a estar habituado a cosechar buenas ventas, andaba perplejo ante esa bola de nieve que engordaba a ojos vista y llevaba visos de convertirse en avalancha. Los dos éramos conscientes de que se hallaba en el umbral del olimpo de los escritores de éxito, ese edén a cuyas puertas llaman muchos, pero al que solo dejan entrar a unos pocos elegidos. ¿Resistiría nuestra relación recién resucitada semejante trajín?

49

En febrero, Zaro inició la gira de promoción presentando su novela en Madrid, con posterior ronda por los medios nacionales y locales más importantes. Para después, el departamento de prensa de su editorial le había enlazado varias ciudades en el norte de España, intercalando un breve descanso que él pensaba pasar conmigo en Zaragoza. *Golosinas en la basura* se vendía de maravilla y en pocos días se plantó en la tercera edición. Me alegraba el éxito descomunal de Zaro; al mismo tiempo, me dolía su ausencia después de los días que habíamos pasado juntos y cuya huella campaba en mi baño en forma de cepillo de dientes, utensilios de afeitar y un frasco de perfume de Armani. También me preocupaba que Zaro confesara en alguna entrevista el componente autobiográfico de la parte relacionada con la Flaca y la ruptura causada por su infidelidad. Aunque pronto comprobé, con alivio, su gran habilidad para responder a las preguntas de los periodistas sin que estos lograran sacarle lo que no quería contar. Lo que más empezó a desasosegarme al estar Zaro lejos fue el recuerdo de su infidelidad. ¿Qué haría si me enteraba de que había vuelto a caer en la tentación de unas tetas jóvenes y gordas?

Cada noche de las dos que Zaro estuvo en Madrid, cuando ya me había metido en la cama con Scarlett tumbada sobre mis pies, él me llamaba por teléfono desde su habitación en el lujoso Hotel de las Letras y aseguraba que odiaba esos ratos de soledad al final del día. Estaba ansioso por regresar a la ciudad para encamarse conmigo y no salir hasta que hubiéramos culminado todas las herejías que le pasaban por la cabeza. Yo miraba de reojo el vacío que había dejado en mis sábanas y percibía más que nunca cuánto había cambiado mi vida desde nuestra inesperada reconciliación.

Cecilia por fin accedió a vender el piso de nuestros padres. Como soy un desastre para los papeleos —ya tengo bastante con mantener un mínimo de orden en los documentos de la librería—, pedí ayuda a Alfonsito a través de Mabel. Él me citó enseguida en su despacho del bufete donde trabajaba. Allá fui a primera hora de la mañana, arropada por un sol que se desperezaba en un cielo limpio de nubes. Aún carecía de fuerza para calentar la temperatura invernal, pero alegraba el ánimo. El bufete se hallaba en el paseo de Independencia, casi enfrente del edificio donde antes estaba Galerías Preciados y que

desde hacía años alojaba un Corte Inglés. En el vestíbulo de paredes recubiertas de mármol señorial, como corresponde a un inmueble situado en la avenida más emblemática de la ciudad, dormitaba tras su mostrador de madera un portero que debía de rondar la edad de jubilación. Despertó del letargo para preguntarme adónde iba y farfulló escuetamente el número de piso cuando le respondí.

El lugar donde trabajaba mi primo postizo desde su vuelta de Londres irradiaba, ya en la entrada, buena salud en lo económico. Decorado con sobriedad, materiales de primera calidad y excelente gusto, bullía de actividad. La recepcionista me envió a la sala de espera, en cuyos sofás de diseño aguardaban ya varias personas con cara de aburrimiento. De ahí me rescató al cabo de unos minutos el mismísimo Alfonsito. Le pasé revista de soslayo. Vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata de seda con un fino estampado sobre fondo morado, discreta y llamativa a la vez, aunque parezca contradictorio. Esa solo podía haberla elegido Mabel para darle una imagen de abogado eficaz. Me saludó efusivamente y me condujo a su despacho.

—¡Cuántos días sin vernos, Elisa! —exclamó desde detrás de su escritorio en cuanto nos hubimos sentado. En sus labios se perfiló la sonrisa burlona que había desarrollado con los años.

—Sí, tú y tu Winston estáis desaparecidos últimamente. La pobre Scarlett ya muestra síntomas de mal de amores. Echa en falta que le huelan el trasero.

Él amplió la sonrisa que a esas alturas ya me resultaba simpática.

—Es que ahora pasamos mucho tiempo en casa de Mabel. Podría decirse que vivimos ahí.

—Vamos, que lo vuestro va viento en popa.

—Calla, no lo digas muy alto, no me lo vayas a gafar.

—Nada más lejos de mi intención. ¡Qué supersticioso te ha vuelto el amor!

—El amor es una planta muy endeble que se rompe con facilidad —pontificó él. Puso los ojos en blanco y pareció levitar durante unos segundos, hasta que aterrizó bruscamente en la realidad—. Bueno, Elisa, vamos al lío.

Sacó su faceta de abogado y me explicó, paso a paso, los documentos que debía llevarle. Del resto se encargaría él. Mientras hablaba, fue tomando notas en un folio. Al acabar su enumeración, me tendió el papel por encima de la mesa.

—Toma, aquí tienes todo apuntado, incluido mi móvil. En cuanto reúnas estos papeles, me llamas y te haré un hueco enseguida. Y si tienes alguna duda, lo mismo.

Me apresuré a darle las gracias. Quién me iba a decir que el

Alfonsito de mi infancia acabaría enrollándose con mi mejor amiga y ayudándome a resolver burocracias ingratas. Le miré y se me antojó incluso guapo, flotando en su esponjosa nube de hombre enamorado.

—¿Sabes una cosa, primo postizo?

Él me miró, expectante, creo que con algo de prevención. A pesar de nuestro trato amistoso, debía de seguir considerándome una bruja puñetera.

—Te sienta bien haberte enrollado con Mabel.

Alfonso se tiñó de carmesí. La sonrisa que abrió tenía poco de burlona y mucho de tontorrona. Tomó aire como si pretendiera llenarse los pulmones a tope y dijo:

—Júrame por lo que más quieras que no contarás a nadie, y menos aún a Mabel, lo que te voy a confesar.

—Lo juro. Seré una tumba tan sellada e impenetrable como las de los faraones.

Él volvió a inspirar. Expulsó el aire, mezclado con un suspiro, antes de proferir:

—Nunca, jamás, en toda mi puñetera vida, había sentido por una mujer lo que siento por tu amiga. Creo que ya me enamoré de ella cuando la vi por primera vez, aquella noche en la que nos reencontramos tú y yo paseando a los perros y ella te acompañaba. Después de lo mal que lo pasé con mi divorcio, creía estar finiquitado para el amor. Solo de pensar en volver a enrollarme con una tía me entraban sudores fríos. Y va y aparece ella y… —Boqueó como un pez colgado de un anzuelo—. Joder, Elisa, estoy enamorado hasta las trancas, pero no se lo digas a Mabel, que las tías os crecéis mucho cuando nos veis tirados a vuestros pies.

Me sentí incómoda al oírle exponer sus sentimientos con tanta sinceridad. Precisamente a mí, que junto a Cecilia le hice pasar las de Caín cuando éramos niños.

—Esa afirmación es políticamente incorrecta —murmuré, por decir algo.

Él se encogió de hombros, poniendo los ojos en blanco como un enajenado o un yonqui que se ha pasado con el chute. El dardo del amor le había alcanzado en pleno corazón.

—Pero hoy me pillas de buenas —añadí—, así que te voy a regalar una primicia: Mabel está coladita por ti. Nunca la había visto así. Y somos amigas desde el instituto.

Él enrojeció de nuevo y se le puso aún más cara de tonto.

—Y ni se te ocurra decirle a Mabel lo que te acabo de contar. Se enfadaría conmigo, que los hombres también os crecéis mucho.

Alfonso levantó la mano derecha con la solemnidad de un *boy scout*

talludito.

—Juro que esto no saldrá de aquí. Quién nos iba a decir de niños que acabaríamos compartiendo secretitos, ¿eh, Elisa?

Guardé en el bolso la lista de documentos que me había confeccionado y me puse en pie.

—Esto degenera, Alfonsito. Somos demasiado mayores para ponernos tan sentimentales. Me marcho a trabajar, que va siendo hora. La pobre Adela está sola con todo el curro. Menos mal que es la eficiencia en persona.

Él también se levantó. Rodeó el escritorio.

—Me ha dicho Mabel que has vuelto con Zaro —dejó caer.

Ahora quien se ruborizó fui yo. Asentí moviendo la cabeza.

—Sí, parecía imposible, pero… ya ves. Ahora anda de viaje, promocionando su novela.

—Me alegro mucho, Elisa. —Su afirmación había sonado sincera, no a frase hueca—. A ver si nos sale bien esto del amor, que a nuestros años no estamos para nuevos chascos…

«Y que lo digas», pensé.

Me acompañó hasta la puerta del bufete y nos despedimos intercambiando sendos besos en las mejillas. Ahí se quedó Alfonsito, envuelto en su halo de felicidad bobalicona que me daba un poco de grima. Y pensar que alimenté fantasías sexuales con su persona mientras nos despedíamos ante mi portal después de aquel pícnic improvisado en la plaza de San Francisco. Está visto que el hambre atrasada nubla el entendimiento.

Salí a la calle sintiéndome triste y optimista a la vez. La venta del piso suponía despedirme de parte de mi pasado y del de Cecilia, pero el lado bueno era que ya no tendría que acudir allí para ventilar ni enfrentarme a habitaciones en las que no quedaban ya ni los objetos acumulados por nuestros padres a lo largo de los años. Cuando dejamos de existir, los trastos que fuimos amontonando en casa y tanto significaron para nosotros se convierten en un estorbo del que los herederos ansían librarse cuanto antes.

Al abandonar los soportales del paseo, el sol me deslumbró y me hizo parpadear. De pronto, sonó mi móvil. Tardé algunos segundos en encontrarlo entre los cachivaches que suelo acumular en el bolso. Lo saqué y miré la pantalla. ¡Mabel! Tuve un mal pálpito cuando pulsé el redondel verde. Ella no me dio tiempo a hablar.

—Eli, me acaba de llamar Carina. Susa murió anoche.

50

La muerte de alguien cercano de tu edad te hace sentir como si hubieras avanzado en el parchís de la vida veinte casillas de golpe hacia el final del juego.

Perdí a mi padre siendo muy joven, vi consumirse y morir a mi suegro por culpa de un cáncer, aún no habían pasado ni dos meses desde que Cecilia y yo esparcimos parte de las cenizas de mamá en la playa de Levante de Salou. La muerte de Susa no era la primera que sacudía mi vida. Ni sería la última. Pero ella pertenecía a mi generación. Apenas me llevaba cuatro años. Habíamos compartido buenos ratos en nuestras noches de chicas, cenas en restaurantes de moda, otras improvisadas en casa de alguna de las amigas y momentos de intercambio de confidencias.

Susa fue una buena persona.

Susa fue mi amiga.

Había visto menguar su salud en cada visita que le hacíamos. Nunca albergué dudas sobre el desenlace de su enfermedad. Pero ahora, llegado el momento, me costaba digerir que se había marchado para siempre. Cuando murió mamá, tuve la impresión de haber saltado diez casillas hacia la definitiva, la de la muerte. Ahora, la claudicación del cuerpo de Susa en mitad de la cincuentena me empujaba veinte de una patada. Fui consciente, como nunca antes, de que la gente de mi edad podía enfermar y morir. De que cualquier día nos podía tocar a mí, a Zaro, a Mabel, a Cecilia… Eso me hacía sentir más vulnerable y desprotegida que nunca.

El funeral de Susa se celebró en una de las capillas del cementerio de Torrero. Yo había dejado la librería —una vez más— en manos de Adela. Zaro me había asegurado esa mañana por teléfono que, aunque no había llegado a conocer a mi amiga, lo sentía mucho y me habría acompañado a despedirla de haber estado en la ciudad. Le agradecí su afirmación como si se hubiera subido conmigo al coche camino del funeral. Estacioné en el aparcamiento y me dirigí al tanatorio. Mabel esperaba ante la entrada en compañía de Alfonsito. Los dos cogidos de la mano como si temieran caerse si se soltaban. A su lado, Noelia tecleaba algo en el móvil. Anacrís aún no había llegado. Saludé a los tres mientras sentía reptar desde el pecho las primeras lágrimas.

La capilla ya estaba abarrotada cuando entramos, al cabo de unos

minutos. En la primera fila sollozaba Carina. A su izquierda se sentaban dos chicos jóvenes bien parecidos y mejor vestidos que debían de ser sus hijos. A la derecha, un hombre de unos cuarenta y tantos años, cuyos rasgos se parecían mucho a los de Susa, cuchicheaba con una mujer de aspecto reseco que no paraba de abanicarse. Supuse que serían el hermano desapegado y su esposa. Los dos me resultaron antipáticos a primera vista. Como las amigas estábamos aturdidas, Alfonso asumió el papel de líder. Nos pastoreó hacia la última fila de bancos, donde quedaban algunos sitios libres. Conseguimos embutirnos los cuatro, incluso pude guardar un pequeño hueco para cuando se presentara Anacrís. Un cura de aspecto desganado subió al altar e inició un sermón estándar junto al féretro. Al pensar que de Susa solo quedaba un cuerpo consumido que iba a ser incinerado nada más acabar la ceremonia, perdí definitivamente la batalla contra las lágrimas. De reojo, vi que Mabel y Noelia también lloraban detrás de sus pañuelos. En eso, alguien me tocó el hombro y una voz femenina susurró:

—¿Me haces un sitio?

Alcé la cabeza, dispuesta a defender con uñas y dientes el pedacito de banco que guardaba para Anacrís. Una mujer de grandes ojos azules, labios resaltados con carmín entre rosa y marrón y peinado de mechas rubias cortadas a capas me miraba arrugando una sonrisa.

¡Cielos, si era Anacrís!

Me deslicé a un lado para dejarle hueco. Mientras ella se quitaba el abrigo, me fijé a través de las lágrimas en los pantalones de pitillo de efecto cuero, en color gris acero y muy ajustados. Tan estrechos que me pregunté cómo lograba sentarse sin reventarlos. Claro que serían de tejido elástico. El aire alrededor de Anacrís se llenó de aroma a perfume caro. Tal vez Chanel o Loewe. Ya le preguntaría a Mabel, que estaba más ducha que yo en cuestión de modas y perfumes.

—¡Qué mañana más tonta! —me susurró Anacrís al oído—. No había forma de encontrar un taxi.

Reparé en su camisa blanca de seda. Llevaba desabrochados los tres primeros botones, dejando entrever un enorme colgante de plata que acababa justo donde se abría un canalillo jamás visto en Anacrís. ¿Quién habría suplantado a la émula más ñoña de Doris Day y dónde se habría deshecho de su cuerpo? La oí sorber lágrimas a mi lado hasta que también se echó a llorar. Al cabo de unos treinta minutos que se me hicieron eternos, el cura dio por concluida la ceremonia y nos instó, con escaso tacto, a despejar la capilla de cara al siguiente funeral. Ya en el exterior, dimos el pésame a Carina, después al hermano distante y su esposa. De cerca aún me cayeron más gordos.

Esos seres tan estirados no merecían ser parientes de una buena persona como Susa. En cuanto vi la oportunidad, me acerqué a Mabel, que no había soltado la mano de Alfonsito en todo el tiempo. Le susurré al oído:

—¿Te has fijado en el cambiazo que ha dado Anacrís?

Ella compuso una expresión de conocedora de verdades, soltó a Alfonso y tiró de mí para alejarme del grupo. A unos tres metros de distancia se detuvo, se limpió las lágrimas que le quedaban entre las pestañas y respondió, también en voz baja, aunque los demás ya no podían oírnos:

—Se me olvidó contártelo. El otro día me apareció en la tienda, con ese nuevo corte de pelo que le favorece, dicho sea de paso, y se gastó un dineral en ropa. Nada más entrar, me pidió que la equipara con lo más moderno que tenía. Y mientras se probaba de todo, acabó contándome lo de su profesor.

No supe si confesar que ya lo sabía o hacerme la tonta. La propia Mabel me eximió de decidir.

—No te molestes en disimular. Sé que lo sabes. Podrías haberme dicho algo.

—Anacrís me hizo prometer que no me iría de la lengua.

—Las promesas están para romperlas en casos especiales como este, sin ir más lejos. Te recuerdo que soy tu mejor amiga.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decirle al respecto?

—Oye, ¿y el nuevo maquillaje?

—Obra mía no es —replicó Mabel—. No sé si se le ha ocurrido a ella o si ha sido recomendación de Noelia. Lo cierto es que ya era hora de que se quitara su eterno tufo a naftalina. —Inspiró y añadió, casi seguido—: Tengo que comentarte una cosa. Luego…

—No te habrá embarazado Alfonsito —me burlé. Enseguida me arrepentí. Aunque se diga que en los funerales hay quien bromea y cuenta chistes para espantar el mal fario, mi bromita había sido de mal gusto.

—Esa lengua pérfida, Eli —me reprendió ella—. ¿Sabes qué? Luego nos tomamos un café y hablamos. ¿Te parece?

No tuve más remedio que asentir. Ella me cogió del codo y me empujó de regreso adonde aguardaba el grupo de los que íbamos a acompañar a Carina y al resto de su familia al crematorio. Allí sí que daríamos el adiós definitivo a nuestra amiga Susa.

51

Mabel y yo nos habíamos sentado a una mesa de la cafería del tanatorio. Alfonso aguardaba junto a la barra a que le prepararan los cafés. Estábamos los tres solos. Noelia se había marchado nada más despedirnos de la familia de Susa, y Anacrís se había apuntado a subirse al coche de Noelia porque necesitaba hacer unas compras en El Corte Inglés de Sagasta. Las dos dijeron que tenían muchísima prisa y se esfumaron en un santiamén.

—Mejor así —dijo Mabel, tras sonarse y limpiarse los ojos, todavía húmedos—. Lo que te quiero comentar es delicado. Bueno, son más bien conjeturas mías que me tienen en un sinvivir. Pero ya sabes que mis pálpitos suelen acertar.

Miré el reloj con disimulo. Eran casi las doce del mediodía. Debería haberme marchado ya a la librería, en lugar de dejarme arrastrar por Mabel a la cafetería del tanatorio, un sitio que me deprime horrores y procuro evitar siempre, por muy agudos que sean el mono de café y el bajón anímico después de un funeral.

—¿Sabes que se ha presentado el ex de Susa y Carina le ha echado de muy malos modos?

Pensé que las dos teníamos un negocio que atender y que un cotilleo malsano como ese se podía intercambiar en cualquier otro lugar, incluso por teléfono. Pero me limité a decir:

—Ah, ¿sí? No me he enterado de nada.

—Fue arriba, en el velatorio donde tenían a Susa. Alfonso y yo entramos para dar el pésame a Carina y nos encontramos con el follón en pleno apogeo. Carina estaba histérica y le dijo de todo al tipo ese. Fue tan embarazoso que nos dimos media vuelta y decidimos esperar en la entrada a que bajara toda la comitiva. Y, por cierto, el ex no estaba en la capilla.

—Ajá…

Alfonso llegó con dos cortados, nos puso uno delante a cada una y regresó a la barra a por su propia consumición.

—Pero no es de ese indeseable de quien te quiero hablar.

Menos mal, rumié para mis adentros.

—Creo que Susa se… se tomó algo para no tener que sufrir hasta el final.

Dejé de remover el café.

—¿Eutanasia? —susurré.

Mabel asintió con la cabeza. Alfonso depositó su taza encima del tablero y se sentó al lado de mi amiga. Bien pegadito, como corresponde a un hombre recién enamorado.

—Suena lógico —admití—. Susa ya nos dijo hace tiempo que ella decidiría cuándo y cómo marcharse. ¿Crees que lo hizo ella sola o le ayudó Carina?

—Para mí que las dos estaban de acuerdo.

—Si Carina le ayudó a morir, ¡hizo muy bien! —exclamé—. Yo lo considero un acto de amor.

Alfonso cubrió la mano de Mabel con la suya y se la apretó. Ella se limpió los ojos, que se le habían vuelto a humedecer. Mabel no era de lágrima fácil y esa mañana había vertido las de todo un año.

—Yo también lo considero un acto de amor, Eli.

—¿Y qué te hace pensar que entre Susa y su hermana adelantaron el final?

—La actitud de Carina. Me dio un montón de explicaciones cuando me llamó por teléfono para darme la noticia. Estaba aturdida, a ratos balbuceaba, pero dejó bien claro que bajó un momento a un súper que abre las veinticuatro horas a comprar chocolate para hacer a la taza, que se le había antojado a Susa, y cuando volvió se la encontró muerta. Ya me dirás para qué quería la pobre Susa chocolate, si ya no se levantaba de la cama y apenas comía porque no retenía nada.

—Crees que Carina la ayudó a morir e hizo el paripé para que no puedan acusarla de nada… —resumí. Me pasé las yemas de los dedos por los ojos. La idea de Carina y Susa conchabadas para no prolongar un sufrimiento estéril estaba reavivando mi llanto también.

—No tengo pruebas, solo son conjeturas, ya sabes que soy muy intuitiva. Creo que Susa se tomó algo para morir. Como médica sabía muy bien lo que debía emplear. A lo mejor, como estaba tan débil, tuvo que ayudarle Carina a preparar lo que fuera y después se quitó de en medio para protegerse. —Mabel hizo una pequeña pausa—. Necesitaba comentarlo con alguien que conocía bien a Susa. Tú, por descontado. Noelia está muy tonta y Anacrís no entendería nada. —Ahora los lagrimones se le escurrían mejillas abajo. Alfonso escarbó en un bolsillo del pantalón, sacó un pañuelo de tela limpio, muy bien doblado, y se lo tendió a Mabel. Como en situaciones como esa suelo pensar tonterías, me pregunté si lo habría planchado él—. Es tan injusto que una enferma terminal tenga que hacer ese paripé para poder marcharse sin que la ley castigue a sus allegados por haberle ayudado…

—Y que lo digas. —Cogí una servilleta de papel rasposo y me

limpié los ojos con cuidado de no arañarme—. Si podemos llevar a nuestra mascota enferma al veterinario para que deje de sufrir, ¿por qué las personas tenemos que aguantar hasta el final? También tenemos derecho a una muerte digna.

—Las cosas cambiarán —intervino Alfonso, que no había abierto la boca desde que nos sentamos—. Tarde o temprano llegará a buen puerto la tramitación de la ley de eutanasia en España. No van a poder rechazarla ni dejarla empantanada para siempre. La aprobarán pronto. Ya lo veréis.[1]

Mabel le miró con ternura y le besó en la boca. Él abrió una sonrisa a lo Forrest Gump en un rostro colorado como un carabinero a la plancha.

—Ese es mi Alfonso, sí señor —exclamó Mabel entre risas lacrimosas.

Yo solo pensé que el pobre Alfonso estaba tonto de amor y que ella no le andaba a la zaga.

---

[1] La Ley Orgánica 3/2021, de 24 de marzo, de Regulación de la Eutanasia, está en vigor en España desde el 25 de junio de 2021.

52

Una oleada de aire rancio y recalentado me envolvió cuando entré por última vez en el piso de mis padres. Corrí a abrir las ventanas atravesando el vacío que llenaba las habitaciones desde que los de la ONG se llevaron los muebles. Solo salvé el diván de mamá, que ya aguardaba en mi estudio a que se dignara aparecer el tapicero al que había llamado. Era mediodía. En lugar de marcharme a casa desde la librería, me acababa de comer en el bar de al lado un bocadillo de jamón que ahora amenazaba con subirme a la boca. También me revolvía el estómago lo que implicaba esa última visita al piso que acabábamos de vender: la despedida del lugar donde nos criamos Cecilia y yo. Al ver las estancias tan desangeladas, temí acabar vomitando. Como no quedaban muebles donde sentarme, permanecí un buen rato asomada a la ventana del que fue el dormitorio de mis padres, con los codos apoyados en el alféizar y llenándome los pulmones de aire fresco.

Recordé la última vez que vi a papá vivo, en esa misma vivienda. Por la mañana habíamos coincidido los cuatro desayunando en la cocina, cosa que no ocurría todos los días. Después, él se despidió de sus tres mujeres y se marchó a la librería, risueño y sonriente, pues pertenecía al reducido grupo de personas que inician la jornada de buen humor. A mediodía sonó el timbre de la puerta del rellano. Aún me acuerdo del apetitoso aroma a albóndigas con tomate que penetraba en mis fosas nasales y me hacía salivar de lo hambrienta que estaba. Mama salió de la cocina refunfuñando: «Ya se ha vuelto a dejar las llaves…, ay, este hombre…». Pero, al abrir, no se encontró a papá, sino a Adela deshecha en lágrimas. Cecilia y yo acudimos al vestíbulo, alertadas por el silencio amenazante que se había colado de pronto en nuestros preparativos para la comida familiar. Y allí, desde el mismísimo umbral, Adela logró articular entre sollozos la noticia que jamás habríamos querido oír. ¡A nuestro padre, su jefe admirado, el librero adorado por sus clientes, el hombre bueno que nunca alzaba la voz, le había dado un infarto fulminante en el almacén de la tienda! Ella había llamado enseguida al teléfono de emergencias, la ambulancia llegó incluso pronto, pero nada se pudo hacer por él. Nuestro padre se había marchado sin que ninguna enfermedad previa nos hubiera ido avisando. El corazón le traicionó cuando aún parecía

hallarse en plena forma. No le dio tiempo a entrar en el progresivo deterioro de la vejez, ni a convertirse en un anciano desmemoriado como mamá. Desde ese día me he preguntado muchas veces si la suya fue una buena muerte. Aún no he dado con la respuesta.

Asomada a la ventana del dormitorio donde antaño durmieron y tal vez se dieron placer mis padres, me acordé de los primeros lapsus de mamá, a los que no dimos mayor importancia. Ella había vivido siempre aupada a una esponjosa nube de colores pastel que la aislaba del mundo y nada nos hizo sospechar que aquellos olvidos eran diferentes. Pero fueron aumentando hasta que una mañana se desorientó después de haber hecho la compra en el supermercado y no supo regresar a su piso. Una vecina la encontró vagando por el barrio, la acompañó a casa, la acomodó en el sofá del salón y me llamó por teléfono desde allí. Fue entonces cuando tomamos consciencia de que mamá no estaba bien. Cecilia vino en cuanto pudo desde San Francisco. Acudimos a un neurólogo, que apenas necesitó unas cuantas pruebas para darnos el diagnóstico. De pronto encajaban los crecientes despistes, sus inexplicables cambios de humor en los últimos tiempos y sus accesos de ira por nimiedades. Mamá siempre había tenido un pronto temible que solía cebarse con sus hijas cuando hacíamos algo que la contrariaba y que hasta papá procuraba evitar, pero aquellos estallidos eran diferentes. Como relámpagos de tormenta zigzagueando en un cielo despejado. Nuestra madre, que entonces aún alternaba periodos de lucidez con esas súbitas desconexiones de memoria, decidió poner sus pertenencias a nombre nuestro y nos rogó que le ayudáramos a desaparecer antes de acabar hecha un vegetal. Le dijimos que sí para no alterarla, pero no cumplimos la promesa. Mamá murió convertida en lo que más había temido: un vegetal que ya no reconocía ni a sus propias hijas. Tal vez deberíamos haber sido valientes como Carina, pero si las conjeturas de Mabel eran acertadas, Carina actuó confabulada con Susa, que se conservó lúcida hasta el final. Mamá, en cambio, fue perdiendo en poco tiempo hasta el último atisbo de consciencia. ¿Cómo íbamos a ayudar a morir a una mujer que ya no sabía ni quién era y, por supuesto, no podía recordar la promesa que nos arrancó?

Cerré la ventana y bajé la persiana. Fui a la habitación que compartimos Cecilia y yo hasta que consiguió la beca que la llevó a California y, poco después, yo me marché a vivir con Zaro. En las paredes desnudas quedaban las marcas de los cuadritos que mamá colgó tras haber reciclado la estancia en cuarto de invitados. Nunca supe qué hizo con los pósteres de películas que fijamos nosotras con chinchetas cuando nos dio por el cine clásico y que, a su vez,

sustituyeron a los de nuestros ídolos de adolescencia, con los Hombres G, Patrick Swayze y Johnny Depp en cabeza. Se podría escribir todo un tratado analizando lo que adorna las paredes de las casas. Las del piso de mamá me miraban ahora desnudas, jalonadas por las marcas de los cuadros que una vez hubo allí.

En la cocina, el frigorífico, limpio y desenchufado, me miraba con las dos puertas abiertas, al igual que el lavavajillas y la lavadora. Parecían seres vivos luchando por atrapar algo de aire. Sentí la boca muy seca. Al no quedar ni una pieza de vajilla, bebí agua del grifo formando un cuenco con la mano. Cerré la llave de paso del agua y recorrí todas las habitaciones para atrancar ventanas y bajar persianas. En el vestíbulo, abrí el cuadro de luz y bajé todos los interruptores. Salí al rellano y eché la llave. Debía entregársela al vecino del primero antes de marcharme. Muy pronto, el hijo de ese hombre ocuparía el piso y lo haría suyo. Había ansiado venderlo cuanto antes, pero ahora me dolía despedirme de esa parte de mi pasado.

53

Por la tarde regresó Zaro de su gira promocional. Hacía una semana que me había anticipado la fecha y yo había ido tachando, llena de expectación ansiosa, los días en mi agenda mental. Cuando nos reconciliamos, le había dado un juego de llaves de casa, así que, al volver del trabajo, no me sorprendió que la voz de Freddy Mercury brotara de la cocina a todo volumen. Entre su gran afición por el *jazz,* que compartía conmigo, Zaro guardaba un hueco preferente para Queen, de los que era incondicional. Scarlett apareció por el pasillo meneando el rabo, me ofrendó una versión resumida de sus albricias habituales y se fue por donde había venido.

Colgué el abrigo del perchero. En el aire flotaba un apetitoso aroma a comida, aunque no supe identificar el guiso. Fui a la cocina. Scarlett ya se había tumbado en el umbral de la puerta. Desde allí le gustaba observarme cuando me preparaba algo de comer. Ahora dedicaba toda su atención a Zaro.

—Eres una traidora, señorita Escarlata —murmuré entre dientes.

Me detuve junto a la perra y observé cómo él trajinaba ante la encimera, con *Bohemian Rhapsody* a un volumen tan alto que ni siquiera me oyó aproximarme. Vestido con un pantalón de pijama de franela a cuadros que le hacía parecer muy joven y una camiseta negra de manga larga, se contoneaba al ritmo de la música mientras se afanaba en trasladar una tortilla de patata desde la sartén al plato. Yo no había comido nada desde mediodía y sentí un aguijonazo de hambre, aunque fue más fuerte la excitación que se despertó al ver el bailoteo de Zaro. De espaldas resultaba más enjuto que de frente. Sonreí al pensar que no sería de los que engordan con la edad, más bien de los que se secan poco a poco. Él dejó caer la sartén vacía en el fregadero, le echó agua y giró la cabeza. Al verme, dio un respingo. Fue hacia donde tenía el móvil junto a un pequeño altavoz inalámbrico y silenció la música.

—No te había oído entrar.

—Normal —me reí—, con Freddy Mercury berreando a todo trapo…

—¿Hace mucho que estás ahí?

—Lo suficiente para verte bailar.

Él abrió una sonrisa de gatón zalamero.

—Ya ves, a la vejez viruelas. —Sorteó a Scarlett con cuidado de no pisarla ni tropezar y me estrujó muy fuerte—. He preparado una tortilla de patatas. Ya verás lo bien que me salen ahora.

—Nunca pensé que aprenderías a cocinar. Huele de maravilla.

—Y aún sabrá mejor. —Empezó a besuquearme el cuello y las orejas. El muy ladino se acordaba perfectamente de cuánto me gustaba. Se me erizó el vello de la nuca—. Lo bueno de las tortillas es que pueden esperar mientras nos dedicamos a asuntos prioritarios. ¿O estás muy hambrienta?

—Me muero de hambre…, pero de ti.

—Pues ya tardamos en saciarla.

Metió las manos por debajo de mi jersey, buscó los corchetes del sujetador, los desabrochó y me manoseó a conciencia un pecho, después el otro. Al mismo tiempo fue alejándome de la cocina y de Scarlett. De reojo vi que la perra nos observaba como si no supiera si seguirnos o quedarse donde estaba. Zaro volvió la cabeza, la miró y le dijo:

—Lo siento, Whoopi, sabes que te quiero mucho, pero este asunto tiene preferencia.

Oí una estridente risa de adolescente cincuentona. La mía.

Creo que la piel almacena el recuerdo de las caricias, el calor de los dedos que las han trazado y el tacto de aquellos a los que amamos. La de Zaro era suave, cálida y receptiva al más pequeño roce. Se acoplaba a la mía como la de ninguno de los hombres con los que había intentado enterrar su recuerdo. La tarde en la que Zaro acudió a verme a la librería y zanjó diez años de rencor, su piel y la mía supieron, mucho antes de que intervinieran la razón y las palabras, que estaban destinadas a volver a sentirse la una a la otra. Desde entonces, lo primero que hacíamos en cada reencuentro, aunque fuera tras una ausencia de pocas horas, era abrazarnos, fusionar nuestro calor y acariciarnos para registrar en las yemas de los dedos los contornos de nuestros cuerpos.

Scarlett nos siguió hasta el dormitorio, pero se quedó tumbada delante de la puerta. Ya no lloraba para llamar la atención. Había aprendido que cuando nos encerrábamos a cal y canto, debía esperar a que le abriéramos. Zaro se despegó de mí para cerrar bien la puerta y me empujó suavemente hacia la cama. Entre risas quitamos la colcha Ralph Lauren y nos dejamos caer sobre el edredón nórdico. Nos apretamos el uno contra el otro, sin hablar, casi sin respirar, concentrados en disfrutar de la proximidad recuperada. Al cabo de un tiempo, no sé si mucho o poco, Zaro se incorporó y empezó a acariciarme los pechos. Cuando mis pezones se irguieron con soberbia,

se deleitó lamiendo primero uno, después el otro, como quien saborea caramelos de frutas. Deslizó una mano por mi vientre hasta alcanzar el pubis y adentró los dedos en la sima jugosa entre mis muslos. Yo me retorcía temblorosa bajo sus caricias, que habían atesorado una sabiduría infinita durante nuestra década de separación. Él sacó los dedos y los lamió, mirándome con expresión pícara, los labios abrillantados por mi jugo. Después, su boca diseminó mordisquitos efervescentes sobre mi cuello. Sus suspiros se mezclaron en el aire con mis gemidos. Al cabo de un rato, se acopló encima de mí. Su miembro se abrió camino entre mis piernas hasta entrar en la gruta donde quedaba la memoria de nuestra primera gran escaramuza, en aquella Nochevieja sumergida en el pozo del tiempo. Mientras me colmaba con la serenidad que le habían ido regalando los años a cambio de llevarse parte del ímpetu, a mí me pasó por la cabeza que el Zaro cincuentón me gustaba más que el joven inexperto, de greñas revueltas y perilla fusión de Gustavo Adolfo Bécquer y Frank Zappa. Después, dejé de pensar.

Acabamos tumbados boca arriba, jadeantes y agotados. Fuimos conscientes a la vez del hambre que teníamos. Zaro fue el primero en saltar de la cama. Antes de que metiera las piernas en el pantalón de pijama, le di un cachete en un glúteo.

—¿Sabes que no estás nada mal para ser un provecto señor en la cincuentena?

—Cincuenta y dos tacos, para ser exactos.

—Hagas lo que hagas, siempre serás más viejo que yo. Chínchate.

Zaro se subió el pantalón, se inclinó sobre la cama y me dio un beso en la boca.

—¡Qué guapa te pones cuando eres malvada!

—Las chicas buenas van al cielo, las malas a todas partes. Ya sabes que no es mío. Mae West *dixit*.

—Me encantan las sentencias de esa señora deslenguada. Aunque tú no le andas a la zaga.

Nos reímos los dos a carcajadas. Zaro acabó de vestirse, abrió la puerta y salió al pasillo. Yo me incorporé y busqué en el armario un pijama de seda nuevo. La ocasión lo requería. Scarlett ya no estaba tumbada delante del dormitorio. Fui a la cocina y la hallé desparramada en su sitio habitual bajo el umbral. Seguía con sus ojillos negros a Zaro, que ya preparaba sobre la encimera los cubiertos y platos que necesitábamos para la cena. Yo busqué un mantel y fui al salón para cubrir la mesita auxiliar. El resto del menaje lo colocó Zaro a su manera detallista. A mí solo me quedó la tarea de preparar una ensalada y poner lonchas de jamón en un plato. Abrí una botella de

chardonnay y vertí un poco en nuestras copas. Nos pusimos cómodos en el sofá donde yo había cenado durante años en solitario mientras veía DVD de musicales del viejo Hollywood. Pellizqué a Zaro en un muslo para cerciorarme de que no estaba soñando. A veces, aún me costaba creerme que había vuelto conmigo y que yo le había abierto la puerta de par en par.

—Ay…

Su quejido me convenció de que el hombre con el que había retozado en la cama, el que ahora comía tortilla a mi lado y le daba pedacitos a Scarlett no era producto de un sueño nostálgico. Me había burlado de Noelia y de Mabel, incluso de Alfonsito, al verlos tan abducidos por sus respectivos enamoramientos, y ahora resultaba que yo estaba igual que ellos, o puede que aún peor: coladita perdida por ese Zaro emergido del túnel del tiempo. Más enamorada incluso que antes de nuestra Gran Bronca.

«Que no te pase nada», se burló una voz aguafiestas en mi interior.

54

Mientras cenábamos, con el saxo de Coleman Hawkins reproduciéndose desde Spotify, me desahogué hablándole a Zaro de la muerte prematura de Susa, de la parte que atribuíamos a Carina en los últimos momentos de su hermana y de cuánto echaba de menos los tiempos, no tan lejanos, en los que las amigas aún no nos habíamos desperdigado y nos divertíamos juntas. Zaro me escuchó con atención y me encerró en un largo abrazo. No le llené la camiseta del pijama de lágrimas, pero faltó muy poco. Para alegrar la tristeza que se nos había colado en la estancia, él me contó pequeñas anécdotas de su gira de promoción. Me habló de los hoteles de lujo en los que le alojaban; de cómo le acompañaba a todas partes el jefe de prensa de la editorial, cosa que antes nunca le había ocurrido; de las atenciones que le prodigaban, hasta extremos jamás vistos, periodistas que en sus comienzos ni le habían dirigido la palabra; de cómo medios antes inaccesibles se disputaban el privilegio de entrevistarle. Todo porque las ventas de *Golosinas en la basura* empezaban a alcanzar cifras que ni siquiera había previsto el editor que apostó fuerte por ese libro. De hecho, acababa de salir una nueva reimpresión de muchos miles de ejemplares. La cuarta en cuestión de un mes y pico, con la significativa innovación de que en cada tirada el tamaño de letra con el que figuraba el nombre de Zaro era mayor y ya superaba el del título.

—En Cantarena no damos abasto a pedir reposiciones a la editorial —comenté—. Se puede decir que nos las quitan de las manos.

—Acojona un poco esto de cosechar de pronto un éxito tan descomunal —reflexionó él.

—Pero tus libros llevan años teniendo buena acogida.

—Nada que ver con la de este. Lo de ahora es de puro vértigo. —Zaro se puso en pie—. ¿Sabes que te he comprado dulces en todas las ciudades donde he estado? Un poco más y habría necesitado otra maleta solo para traerlos.

—Muy flaca me ves…

—Te veo divina. —Se inclinó y me cubrió los labios con un beso largo que me supo a fruta—. ¿Cómo hemos podido desperdiciar tanto tiempo, Eli? Diez largos años esquivándonos mutuamente. Fui un idiota de campeonato. Tendría que haberte buscado mucho antes. —

Encerró mi cara en un paréntesis formado por sus manos y sumergió su mirada en la mía—. Te quiero, rubia de los ojos austrohúngaros.

—Y yo a ti, señor redicho.

Nos entró la risa a los dos. Él, inclinado sobre mí, me seguía sosteniendo la cara. Yo gozaba del tacto de sus dedos sobre mis mejillas. Hasta que Scarlett metió la trufa húmeda entre los dos para reclamar su parte de mimos.

—No te me pongas celosa, Whoopi —la apaciguó Zaro—. Tú siempre serás mi gran amor canino.

Se incorporó, acarició a la perra detrás de las orejas y fue a la cocina. Regresó enseguida con una cajita que parecía de bombones y una bolsa transparente llena de pastas. Las dejó sobre la mesa auxiliar y se volvió a acomodar a mi lado.

—Hoy empezamos por las trufas de Arrese, de Bilbao, y estas pastas pasiegas de Santander. Pero he traído más.

—Me quieres cebar.

—Para comerte mejor. —Se rio.

Abrimos los envases lo justo para poder sacar los dulces sin que Scarlett metiera el hocico. Mordisqueamos un poco de unos y de otros, sin hambre, por pura gula.

Subí los pies al sofá y me acurruqué contra Zaro. Él me pasó el brazo por encima de los hombros y me apretó contra sí. ¡Cómo había añorado su aroma a limpio! Y el calor de su cuerpo. Y su voz, profunda y algo ronca, cuando me hablaba al oído y su aliento se filtraba entre los pliegues de las orejas y me repartía pequeños calambres de placer por todo el cuerpo.

—¿Sabes lo que más me choca de esto del éxito?

Meneé la cabeza.

—Lo falso que es todo.

—Hombre, las cifras de ventas son reales —objeté.

—Me refiero a la actitud de la gente. Ya me llamó la atención cuando se empezaron a vender bien mis novelas anteriores y me fueron sacando en periódicos, televisión y hasta en la sopa. A raíz de eso, la actitud de algunos amigos hacia mí cambió drásticamente. El bocazas de Julio incluso se distanció sin dar explicaciones y sin causa aparente. No es que me penara, a fin de cuentas fue su bochornosa metedura de pata en aquella cena, hace diez años, la que desencadenó nuestra ruptura. Pero sí me comía el coco intentando averiguar qué había podido molestar a esos amigos si me estaba pasando algo tan bueno. Por fin cosechaba lo que había sembrado durante años dejándome los ojos en la pantalla del ordenador y el culo en la silla, aunque no creo que eso cambiara mi comportamiento hacia los

amigos de siempre. Pues aún hubo quien me echó en cara que el éxito se me había subido a la cabeza y me había convertido en un tipo engreído. La cuestión es que ahora, de aquellos amigos de toda la vida, solo conservo a dos. Por supuesto, ninguno de ellos es Julio.

—Envidia pura.

Zaro se encogió de hombros.

—No sé si es envidia. O, tal vez, sí. El caso es que a algunas personas parece molestarles el brillo del éxito ajeno. Ni siquiera ven el trabajo que hay detrás, ni se dan cuenta de que es mero artificio y se puede acabar cualquier día. Esa gente te imagina subido a un pedestal, cree que tu vida es solo salir en los medios, recibir parabienes y amasar dinero, y se convence de que tú has cambiado cuando son ellos quienes te ven de otra manera y se alejan de ti. —Tomó aire y lo expulsó con un suspiro—. Sé que este razonamiento suena muy retorcido, pero es lo que estoy viviendo desde que, entre unos y otros, me han convertido en un autor de moda. Pero, insisto, sigo siendo el Zaro metepatas de siempre.

—No eres el de antes —objeté.

Él me miró consternado.

—¿Tú también consideras que todo esto se me ha subido a la cabeza?

—Mi opinión es que ahora eres más humano, incluso más humilde, pese a lo que opinen de tu triunfo los imbéciles del calibre de Julio. No eres el de antes, Zaro, porque eres mejor. Y un tío estupendo. Y yo te quiero, señor redicho, con éxito literario o sin él.

Expulsó una risita que sonó a alivio y exclamó:

—No esperaba menos de mi belleza malvada de los ojos austrohúngaros.

55

Cuanto más miraba a Anacrís, más me costaba asimilar que era la misma mujer con la que Mabel y yo trabamos amistad en aquellas patéticas clases de zumba, la que vestía con aire trasnochado y marujil cual nieta bastarda de Doris Day y no tenía más objetivo en la vida que cuidar de su Rafi y los hijos, los tres amados y detestados a la vez. De pronto había dado un giro espectacular, empezando por su apariencia física y continuando con la actitud crítica hacia su matrimonio, despertada sin lugar a dudas por la muerte de Susa y el cortejo de ese enfermero profesor llamado Rober.

El mes de febrero estaba a punto de ceder el testigo a marzo. Anacrís y yo cenábamos en el salón de Mabel, que se había quedado sola por primera vez en semanas y nos había invitado a las amigas. Alfonso andaba de nuevo en Londres por una cuestión relacionada con su divorcio, cada día más parecido a *La guerra de los Rose,* según ironizaba Mabel. Al trasunto canino de Winston Churchill lo habían dejado con los amigos de Alfonso, en cuyo adosado tenía más libertad de movimientos que en el piso de Mabel, decorado con el mismo buen gusto que la caracterizaba en la elección de la ropa, pero inadecuado para dejar solo durante horas a un *bulldog* tan inquieto. Zaro tampoco se encontraba en Zaragoza. Había reanudado su gira de promoción, ahora por ciudades de Andalucía. Antes de acudir a casa de mi amiga, mientras paseaba a Scarlett nada más salir de la librería, él me había llamado al móvil desde Sevilla. El buen sabor legado por nuestra conversación, tan subida de tono que habría podido integrar los diálogos de una novela erótica, me sirvió para sobrellevar la tristeza que flotaba en el salón de Mabel y se mezclaba con los efluvios de las delicias que ella había encargado al restaurante italiano de sus amores. Era nuestra primera cena de chicas desde hacía meses y, pese a que intentamos alegrar el ambiente, las conversaciones volvían una y otra vez a evocar a Susa y lamentarnos por su pérdida. Nuestra amiga, como ella misma solía decir, nunca fue el alma de las fiestas ni una persona exuberante que se hiciera notar en los grupos grandes, pero su presencia discreta y conciliadora acababa dejando huella. Y en nosotras su muerte había abierto un gran vacío. La echábamos mucho de menos. Esa noche también faltaba Noelia, pero a ella no le impedía reunirse con nosotras el haber muerto de un cáncer galopante a los

cincuenta y cuatro años. Había declinado la invitación de Mabel por no dejar solo a su Vicen, el Richard Gere de pacotilla y controlador que la estaba convirtiendo en su marioneta y la había alejado de nosotras.

Como de costumbre, nos sobró bastante comida. Mabel siempre calculaba mal y encargaba demasiadas raciones. Entre ella y yo llevamos a la cocina los restos de *tortellini* al pesto, lasaña de berenjenas y *strudel* de verduras. Mi amiga tenía un repertorio culinario limitado, pero su cocina, bastante grande para un piso tan reducido, estaba equipada con todos los adelantos habidos y por haber: Thermomix último modelo, freidora de aire, horno y microondas de frontal cromado colocados a modo de torre, cafetera Nespresso de gama superior, placa de inducción con más botones táctiles que una nave espacial…

Dejé los recipientes de plástico del italiano sobre la encimera.

—Vas a tener comida para días.

—No importa. —Mabel abrió la nevera, guardó las sobras y sacó el tiramisú—. Mañana vuelve Alfonso y se la papeará. Le encanta la cocina italiana.

—A ver si se te va a poner cebón.

Ella empujó la puerta del frigorífico con el codo y soltó una risita picarona.

—Conmigo gasta calorías, no sufras.

Regresamos al salón. Mabel llevaba el postre y una pala pastelera, yo los tres platitos y sus correspondientes tenedores pequeños.

—Humm, tiramisú —exclamó Anacrís, que no se había movido del sofá—. Con lo bueno que lo hacen estos del italiano. Ya lo echaba de menos.

—No seas tragona, o no cabrás en la ropa nueva y tendrás que volver a mi tienda a comprarte una talla más.

Mabel repartió el tesoro dulce y se sentó en el sofá de dos plazas. Yo me dejé caer a su lado.

—¡Antes muerta que echarme nuevos michelines! —exclamó Anacrís, la más golosa de las amigas. Se llenó la boca de dulce—. ¡Qué rico! Lo que se está perdiendo la tonta de Noelia. Algún día se dará cuenta de que ese tipo con el que se ha enrollado la está anulando.

Mabel y yo nos miramos. ¿Era esa mujer realmente nuestra Anacrís? Ella suspiró mientras su cara se iba tiñendo de intenso carmesí en cuestión de segundos. Dejó el plato sobre la mesita auxiliar, abrió su bolso, hurgó dentro y sacó un abanico, que agitó frenéticamente ante el rostro congestionado.

—Hija, pareces de Locomía —se burló Mabel—. ¿Abro la ventana?

—¡No hace falta! —exclamó Anacrís—. Ya se me pasa. Llevo una temporada horrorosa con estos subidones de calor. —Se colocó la mano a la altura del estómago—. A veces me dan hasta náuseas. Es bien desagradable. ¿A vosotras no os ocurre?

—Sí, pero no tan a lo bestia —respondí—. Ahora llevo unas semanas muy tranquila en cuestión de sofocos y otros síntomas. Y me he dado cuenta de que no echo de menos las reglas para nada. ¿Habéis calculado la pasta que nos ahorramos en tampones, Saldeva, compresas y demás parafernalia?

—Pues qué suerte tienes, hija. —El abanico de Anacrís seguía con su exaltado vaivén.

—Si te sirve de algo, yo me despierto muchas noches bañada en sudor —terció Mabel—. Menos mal que Alfonso duerme como un leño y no se entera. Me moriría de vergüenza.

—Tampoco es eso, mujer… —le reproché—. Lo que nos ocurre es algo natural. No hay que dramatizar…

—Será todo lo natural que quieras —me cortó Anacrís—, pero yo me siento a veces como un desecho. ¿A vosotras no os da miedo envejecer?

—Todas las mañanas, cuando me miro al espejo y me descubro arrugas que antes no estaban —admití yo.

—A mí me aterroriza. Con Rafi hecho un muermo y los chicos adultos, aunque sigan comportándose como preadolescentes, siento que la vejez me acecha.

—Exageras, como siempre. —Mabel era la única de las tres que no había dejado de comer tiramisú—. Con lo guapa que estás desde que no te vistes de señora rancia…

Eso no le gustó a Anacrís.

—Muy graciosa…

—¿Será el amor, será, será? —Mabel se había acabado su porción de tiramisú y lamía la cucharilla—. ¿Cómo vas con tu profesor maravilloso?

Anacrís enrojeció de nuevo, aunque esta vez seguro que no se debía a las hormonas. Siguió abanicándose en silencio, a movimientos más calmados, como si buscara ordenar sus ideas, tal vez sopesando qué contarnos y qué no. Concluyó la reflexión tomando aire… y susurró:

—Estoy hecha un lío. —Su cara empezaba a recuperar el color natural—. La semana pasada acabé la parte teórica del curso. Ahora ando esperando que me llamen para hacer las prácticas en una residencia de ancianos.

—¿Tendrás estómago para lavar a abuelos impedidos, cambiarles

pañales y todas esas cosas? —Yo no veía a Anacrís desempeñando tareas tan duras—. Debe de ser muy deprimente.

Ella se encogió de hombros.

—Llevo fuera del mercado laboral desde que me casé —murmuró—. A todo esto…, no os he contado nunca que cuando acabé mis estudios de azafata me surgió la oportunidad de trabajar en Iberia, ¿verdad?

Mabel y yo negamos con la cabeza y nos miramos, desconcertadas. ¿A qué venía ese giro repentino?

—Me trasladé a Madrid y me alojé en casa de mi tía Dorotea. Entonces, Rafi y yo ya éramos novios. Me privaba vestirme con el uniforme de azafata y, cuando empecé a volar, me sentía como la protagonista de una película. Pues seis meses me duró la alegría. Tanto me lloriqueó Rafi… que si me echaba de menos, que si ser novios a distancia era muy triste, que si patatín que si patatán…, el caso es que dejé el trabajo, volví a Zaragoza y al poco tiempo nos casamos. Y ahora llevo años fuera del mercado laboral, ya no reglo y ando por ahí abanicándome a todas horas como mi pobre abuela. ¿Quién va a contratar a alguien como yo? Si quiero encontrar trabajo, tendré que echarle ovarios. Así que, si toca limpiar culos y cacas, pues limpiaré culos, cacas y lo que haga falta.

—¡Ole tus ovarios, Anacrís! —la alabó Mabel—. Y ahora, al grano, que te nos has escabullido. ¿Sigues viéndote con tu profesor fetén?

La aludida asintió con la cabeza, aunque su respuesta se demoró varios segundos.

—Hemos estado quedando después de las clases y… —dijo al fin, arrastrando las sílabas—, ahora que ha acabado la parte teórica del curso, nos vemos algunas tardes en el pub irlandés ese oscurito. Hablamos un montón… De hecho, más de lo que he hablado con Rafi en media vida que llevamos juntos. Resulta que Rober tiene cincuenta y cinco años, una hija de veintiocho y se divorció cuando la chica se independizó. De eso hace seis años. ¿Qué os parece?

—Mujer —empezó Mabel—, da el perfil clásico de cincuentón divorciado con ganas de mojar.

Anacrís sacudió la cabeza.

—Tú siempre pensando en lo mismo. ¿Sabéis lo que me dijo el otro día?

Lo bueno de las preguntas retóricas es que no hace falta contestar.

—Pues que lo que le impactó de mí la primera vez que me vio fueron mis ojos, que nunca se había topado con una mirada tan preciosa y tan triste. ¿Qué?, ¿cómo os habéis quedado?

—Vaya, el tío sabe lisonjear a una mujer —arrancó Mabel, sin

disimular su impaciencia—. Y, ahora, la pregunta del millón: ¿te has acostado ya con él? Responde: ¿sí o no?

—Hija, qué indiscreta eres —le echó en cara Anacrís.

—Ya sabes que no me ando por las ramas.

—Pues… nos hemos besado… —confesó Anacrís, ruborizándose otra vez; parecía una luz de freno enloquecida— y… nos hemos tocado. Nada más… por ahora. —Nos miró, primero a Mabel y después a mí, con esos ojazos azules que tanto parecían gustar a su profesor cincuentón divorciado—. Yo… le tengo muchas ganas a Rober, chicas, ¡muchísimas! Pero, al mismo tiempo, me da pánico acostarme con él porque… porque sé que, si lo hago y me gusta, no podré seguir con Rafi… y…, jolín, estoy harta de Rafi, de mi vida ñoña, de las barrabasadas de mis hijos…, pero romper con todo eso…, no sé si me entendéis… Y ponerle los cuernos a Rafi y seguir como si nada…, ¡pues eso nunca! Yo no soy de jugar a dos barajas. Además, hasta el torpe de Rafi se daría cuenta. Yo no sé disimular.

—Claro que te comprendemos. —Hundí la cuchara en mi tiramisú intacto. Ya no tenía hambre, pero me parecía mal dejarme un dulce tan bueno.

—Rober dice que no me preocupe, que puede esperar y aceptará lo que yo decida, pero… tengo miedo de que se canse y se enrolle con otra.

—Entonces es que no era para ti —pontificó Mabel.

—Sí, claro, desde fuera es muy fácil filosofar —se revolvió Anacrís—. Rober me recomienda que me centre en hacer bien las prácticas, porque en las residencias hace falta personal y, si quedan contentos conmigo, es muy probable que me contraten. Y que, cuando tenga un curro, podré decidir sobre mi vida.

—Pues tonto no es —admitió Mabel.

—¡Claro que no!

—Yo estoy con tu Rober —tercié yo—. No tomes decisiones precipitadas y vuélcate en esas prácticas cuando te llamen. Seguro que las harás bien y te ofrecerán trabajo. Cuando ganes tu propio dinero y no dependas de Rafi hasta para comprarte un paquete de chicles, verás todo más claro. —Señalé el plato de Anacrís, que ni siquiera había tocado su ración de postre—. Hala, cómete ese tiramisú o se nos enfadará Mabel.

Esta se puso en pie. Nos miró desde arriba.

—Y tanto que sí. La que no se acabe el postre se queda sin café. Os adelanto que he comprado uno de esos *gourmet* de Blue Mountain. Y tú, Anacrís, necesitas energía para luchar por ese curro, así que a comer se ha dicho.

—Qué sargentona te pones a veces.
—Con lo que yo os cuido, corazones…

56

Golosinas en la basura seguía encabezando las listas de los libros más vendidos en toda España. Había salido la octava edición y los lectores volvían a interesarse por las novelas anteriores de Zaro, que abandonaban las estanterías de Cantarena a buen ritmo. Adela era la encargada de pedir reposiciones a las diferentes distribuidoras y la que me ponía cada mañana al día de las ventas «de mi chico», como decía ella. Mi estado anímico durante esos días era pura contradicción: oscilaba entre la euforia por haber recuperado a Zaro y la tristeza que aún cargaba dentro por las muertes de mamá, de Susa y del pobre Fred, mi buen amigo canino. Incluso la propia relación con Zaro me inspiraba un revoltijo desordenado de sentimientos: embriaguez causada por la reparación de nuestro amor, una profunda paz interior, pero también ráfagas de miedo y la sensación de haber traicionado mis principios. Le había advertido la primera noche de que deseaba seguir viviendo sola en mi piso y, sin embargo, cuando él estaba en la ciudad, se alojaba conmigo y pasábamos juntos todo el tiempo del que disponíamos. Ya nos comportábamos como antes de la Gran Bronca, con todos los tics de una pareja consolidada. A veces, me asaltaba el vértigo de quien conduce demasiado deprisa. Entremedias se mezclaban ráfagas de celos incongruentes. Por las noches, en el instante de duermevela que precede al sueño, cuando el cerebro baja la guardia y asoman los temores más recónditos, me daba por cavilar que en esos viajes de promoción Zaro conocería a muchas mujeres atractivas. Imaginaba que se dejaba tentar y se encamaba con alguna, poniéndome de nuevo los cuernos. Me dormía angustiada y despertaba nerviosa, hasta que la llamada matinal de Zaro aplacaba el desasosiego. Entonces me proponía aparcar los temores y disfrutar del regalo que suponía haber recuperado lo nuestro. La experiencia me había dado sobradas muestras de lo inestable y volátil que puede ser la vida. ¿Para qué pisar el freno, si cualquier día podría ser ella quien lo pisara?

De las amigas, Mabel era la única con la que hablaba a diario, ya fuera por teléfono o aprovechando el descanso de mediodía para comer juntas en el restaurante italiano o en el bar al lado de la librería, dependiendo del tiempo disponible o de si se había visto gorda en el espejo y había decidido iniciar su enésimo régimen. A

veces quedábamos con Carina y compartíamos recuerdos de Susa, siempre evitando mencionar sus últimas horas antes de morir. Carina vivía de nuevo en su casa, enfrentándose en solitario al vacío que despierta la muerte de un enfermo terminal al que se ha cuidado durante meses.

A Noelia solo la veía cuando acudía a su peluquería para que me repasara las mechas y el corte. Nuestra relación se había vuelto tensa, las conversaciones forzadas y cautelosas, sobre todo si ella interpretaba algún comentario mío como una crítica a su Vicen. En aquellos días me pasó por la cabeza buscar otra peluquera que no me hiciera sentir tan incómoda, pero decidí seguir con Noelia por lealtad. Antes de su desastroso cambio de personalidad, habíamos tenido una amistad sana y ni Mabel ni yo perdíamos la esperanza de recuperarla algún día para nuestro agónico Séptimo de Caballería.

A Anacrís no la vi en los días posteriores a la cena en casa de Mabel. Nuestras escasas conversaciones telefónicas se centraban en vaguedades y yo no me atrevía a indagar sobre el devenir de su idilio con ese enfermero profesor que parecía sentir por ella algo más que atracción sexual. Esa clase de interrogatorios se le daban mejor a Mabel.

Mi hermana no atravesaba un buen momento aquella temporada. Durante nuestro Skype semanal quedaba patente que su estado anímico tras la muerte de mamá y la venta del piso era aún peor que el mío. Había cumplido su propósito de no camuflarse más las canas y en la peluquería le habían cortado la melena justo por debajo de las orejas para eliminar poco a poco las mechas californianas que nunca le quedaron bien. La hermana que me miraba desde la pantalla del ordenador lucía un moderno bob entrecano que le favorecía.

—¿Cómo llevas las reglas, Eli? —me preguntó un día de sopetón.

Yo me quedé muda. Ni siquiera de adolescentes habíamos ahondado en el tema de nuestras menstruaciones, asunto incómodo en la familia por el que mamá siempre pasó de puntillas. Cuando Cecilia y yo sangramos por primera vez, ella nos despachó a cada una con la manida frase de «ahora ya eres mujer», nos advirtió de los peligros que nos acecharían a partir de entonces y se preocupó de que siempre hubiera en casa un nutrido arsenal de compresas. A nuestra contradictoria madre, tan moderna para otras cosas, nunca se le ocurrió comprarnos tampones. Fui yo quien los introdujo en casa tras una conversación con Mabel y coseché una buena reprimenda cuando mamá se encontró el paquete de Tampax mezclado entre las bragas en el cajón de la cómoda donde guardaba mi ropa interior.

—Pues van y vienen —respondí, al fin—. Hace una semana sangré

un poco tras varios meses en el dique seco. Después de una minirregla de esas, siempre pienso que no habrá más. Ya tengo ganas de que desaparezcan del todo. Estoy muy bien sin ellas.

—Yo tuve la última a principios de diciembre.

Caí en la cuenta de que cuando estuvo en mi casa a raíz de la muerte de mamá, nunca la vi trastear con tampones ni compresas. Tampoco nos dio en ningún momento por tocar ese tema. ¿Por qué las mujeres somos tan pudorosas a la hora de comentar entre nosotras cómo afecta la menopausia a nuestros cuerpos?

—Creo que me he secado ya —añadió ella con pesar—. Antes que mi hermana mayor, ¡qué cosas!

—¡Si solo nos llevamos año y medio! —protesté—. Y ya me dirás para qué necesitamos nosotras ser fértiles a estas alturas. Yo me quedaré bien tranquila cuando se me jubilen del todo los ovarios y no tenga que preocuparme por evitar un embarazo tardano. ¿O es que tú quieres tener más hijos?

—¡Dios me libre! Me basta con los chicos y su padre, que es el peor de todos —exclamó mi hermana—. Pero es que me siento tan hinchada, tan caduca. Cuando me miro al espejo desnuda, veo que tengo la cintura más ancha y se me están cayendo las tetas. ¡Precisamente las tetas, con lo que le gustaron siempre a Mark! No sé explicarlo bien, pero es como si mi cuerpo ya no fuera mío, sino el de una mujer mayor desconocida y me entra pánico. Hasta se me ha blanqueado el pelo del chichi…, y dicen que cuando ocurre eso es que eres vieja.

—¡Déjate de tonterías, Ceci! Adela, nuestra Deli, siempre me asegura que, después de pasar por estos cambios hormonales tan desagradables, el cuerpo se estabiliza y te vas encontrando mejor. Y, mira, a mí se me están espaciando los sofocos. Algo es algo, ¿no?

—Eso no es lo que dice mi suegra. El otro día me contaba que a los sesenta y tantos seguían dándole accesos de calor de lo más molestos —protestó mi hermana—. ¿Y cómo vas a estar mejor a la edad de Adela? Seguro que ya tiene osteoporosis, problemas cardiacos, diabetes…

—Estás muy negativa hoy.

—¿Cómo voy a estar? Mark me toca cada vez menos y, cuando me mete mano, me siento tan incómoda con mi cuerpo que ni me lubrico. Y a él no se le levanta como antes, ni muchísimo menos. Creo que ya no le gusto y por eso me rehúye.

—Cecilia, las mujeres no somos culpables de la inapetencia de nuestros hombres. Los tíos también sufren cambios hormonales a nuestra edad. No se les notan tanto como a nosotras y a ellos nadie los

estigmatiza, pero su cuerpo se transforma igual. No es culpa tuya si Mark no es el mismo de antes.

—Claro, para ti es fácil decirlo, ahora que Zaro ha vuelto y folláis como leones.

—Como leones viejunos —bromeé.

—¡Pues yo te envidio, hermana! No sabes cuánto…

Cecilia me miraba con profunda tristeza desde la pantalla del ordenador.

—A lo mejor, Mark percibe que no aceptas tu cuerpo y se siente incómodo también. ¿Por qué no vais a terapia de pareja? —Nunca creí en las terapias de pareja, pero fue lo único que se me ocurrió en ese momento.

Ella se encogió de hombros.

—Mark odia esas cosas. Dice que es muy capaz de solucionar sus asuntos por sí mismo. Espero que no esté con depresión. —Tomó aire y lo expulsó con un suspiro—. Bah, no te cuento más tristezas. ¿Cómo le va a Mabel con nuestro Alfonsito?

—Viento en popa. Están tan enamorados que resultan repelentes. Bueno, a Alfonsito le sienta bien estar con Mabel. Se le ve incluso guapo.

—Nunca fue feo —matizó Cecilia—, solo muy sosito.

—¡Qué mal nos portábamos con él! ¿Recuerdas la tarde en que mamá nos dejó en casa de tía Elo para irse de compras y ahí estaba Alfonsito haciendo los deberes, que su madre lo aparcaba a todas horas donde la tía? Y nosotras le escondimos en la mochila a Pelayo y casi le dio un jamacuco cuando metió la mano, tocó algo peludo que se movía y creyó que era una rata.

Pelayo fue el hámster que nos compraron cuando éramos unas mocosas de ocho y diez años. Llevábamos al pobre animal a todas partes en una cajita de cartón que habíamos agujereado para que pudiera respirar y cuyo fondo cubríamos con hojas de lechuga frescas, robadas de la nevera cuando mamá andaba distraída con sus cosas. Espero que Pelayo, dondequiera que more ahora su alma de roedor, nos haya perdonado la mala vida que le dimos.

—Es que Alfonsito, como buen hijo único mimado, era un blandengue.

—Pobre, si era un buenazo…, y lo sigue siendo…

A las dos nos asaltó una risa histérica que alegró el semblante de Cecilia. Seguro que a Alfonso le estarían sonando los oídos en ese instante y pensaría que era un acúfeno. Y nosotras, tal vez, seguíamos siendo un poco malvadas.

57

Marzo arrancó con una mañana cálida y soleada que parecía anticipar la primavera. Adela y yo llegamos, como casi siempre, al mismo tiempo a la puerta de la librería. Abrimos y desconecté la alarma mientras ella daba las luces y encendía la calefacción. Nos esperaba un día de mucho ajetreo. Habíamos recibido la tarde anterior una buena remesa de cajas con libros de distintas editoriales que debíamos desempaquetar, clasificar y colocar en el almacén o en sus respectivos puntos de venta. Gran parte de ese material iba destinado a nutrir el *stand* que Cantarena montaría en el paseo de la Independencia durante el Día del Libro, un evento señalado en Zaragoza que empezaba a vislumbrarse en el horizonte. Los libreros lo preparamos con mucha antelación, ya que, si tenemos la suerte de que haga buen tiempo, podemos vender cifras astronómicas de libros. Hacía días que Adela y yo habíamos decidido qué autores deseábamos tener firmando con nosotras. Yo ya había ido quedando con la mayoría de ellos. Solo me faltaban dos por contactar, tarea a la que pensaba dar prioridad absoluta esa mañana para dejar zanjado el asunto.

—¡Qué pena que tu Zaro no pueda firmar con Cantarena en el Día del Libro! —se lamentó Adela—. Venderíamos una barbaridad.

—La editorial le quiere en las Ramblas de Barcelona. Es lo que tiene ser el autor del momento.

—¿Cómo se toma él todo ese revuelo?

—Muy bien. Disfruta del exitazo manteniendo los pies en el suelo, que no es poco.

—¿Sabes una cosa, jefa?

Cuando Adela me llamaba «jefa» con esa sorna suya, podía salirme con cualquier barbaridad. Ya reza el dicho español por excelencia que donde hay confianza da asco. Me limité a encogerme de hombros mientras me quitaba el abrigo.

—Me alegro de que hayáis vuelto —dijo—. Te brillan los ojos y tienes mejor humor. Está claro que Zaro es tu hombre. Huelga decir que a mí siempre me cayó de maravilla y me dio mucha pena cuando os separasteis.

No supe qué responderle. Me limité a sonreír. Agarré su chaquetón y su bolso y me dirigí al despacho, donde guardé las pertenencias de las dos. Hice las llamadas telefónicas pendientes y regresé a la tienda

para reordenar la mesa de novedades con los libros recién llegados. Acababa de empezar a reponer ejemplares en la pila de *Golosinas en la basura,* que bajaba cada día a un ritmo vertiginoso, cuando me sacó de mi abstracción una voz masculina que no me resultaba desconocida.

—Hola, Elisa…

Alcé la vista y me giré. A mi lado estaba Florián, con su mata de pelo entre rojiza y rubia, regalándome una sonrisita cohibida mientras sus manos jugueteaban con el gorro de duende. Hacía días que no le veía cuando bajaba a pasear a Scarlett. Desde la última noche en que le subí a mi casa, la verdad es que no había pensado demasiado en él. Lo que hicimos en mi cama fue un asunto placentero que quedó zanjado en cuanto se marchó. Lo archivé en la carpeta de los buenos recuerdos y, cuando regresó Zaro, me dediqué a disfrutar de la nueva etapa de nuestra relación. Sin embargo, esa mañana, el atractivo de ese chico me aceleró el corazón y se expandió hasta mi cara, donde se asentó en forma de calor. Noté cómo me iba poniendo colorada sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Tenía cincuenta años y aún me sonrojaba al verme ante un joven atractivo con el que, por una carambola del destino, me había acostado dos veces. Me sentí muy patética.

—Ho… hola —balbuceé—. ¿Dónde has dejado a Golfo?

—Fuera, atado a la argolla esa que tienes junto a la puerta para «aparcar» a los perros.

Había pronunciado la palabra «aparcar» con algo de retranca. Me encogí de hombros.

—Me gustaría dejar que entren, pero —tracé un movimiento circular con la mano— tengo aquí mucho material delicado y…

—Si yo lo entiendo. Solo faltaba que te metan en la librería a un perro de esos histéricos y te destroce los libros.

Sonreí y dejé en lo alto de la pila de *Golosinas en la basura* los dos ejemplares que me quedaban por colocar.

—¿Quieres que te atienda Adela?

—No, mujer. Me gustaría que me atendieses tú. Si puedes, claro…

—Por supuesto. ¿Qué sueles leer?

—De todo. Soy omnívoro. —Sus labios compusieron una sonrisa pícara—. Literariamente hablando. —Agarró uno de los ejemplares de *Golosinas*—. ¿Qué tal es lo nuevo de Zaro Rivas? Todo el mundo habla de esta novela.

Titubeé un poco antes de responder. No me hacía gracia que leyera el libro y me reconociera a mí en el papel de la cornuda de la historia.

—Muy buena —murmuré.

Él fue pasando hojas con calma, leyó unas líneas aquí y allá,

finalmente se entretuvo contemplando la fotografía de Zaro en la solapa. Después, me miró con sus ojos de color avellana calcados a los de Colin Firth.

—¿Sabes una cosa? Las noches que estuve en tu casa lo pasé fetén.

Volví a enrojecer.

—Ah, ¿sí?

Él trazó otra sonrisa que ahora se me antojó más apocada que pícara.

—Fue como para repetir, ¿sabes? Pero… no me atreví a decirte nada y luego…, luego te vi una noche paseando a tu perra con un tío y… —Se detuvo, como indeciso, tomó aire y señaló el libro que aún sostenía en la mano—: Ese tío era Zaro Rivas, ¿verdad?

Me sentí violenta cuando respondí:

—Somos pareja…

Ahora fue Florián quien se ruborizó.

—Pues tiene mucha suerte.

Se quedó pensativo, como sin saber qué decir ni si era apropiado seguir hablando. A mí me volvió a azotar el deseo como un latigazo. Desfilaron por mi cabeza las imágenes de lo que hicimos en mi cama las dos veces que le subí a casa. Abrí la boca para exclamar que a mí también me gustaría volver a gozar con aquellas herejías tan placenteras, pero la cerré. ¿Cómo se me ocurría pensar en ponerle los cuernos a Zaro, ahora que nos habíamos reconciliado? Si volviera a encamarme con Florián, no estaría actuando mejor que Zaro cuando se enrolló con su compañera de trabajo, aquella chica tetuda a la que bautizó en su novela como Virginia. Confieso que en ese instante de tentación comprendí lo que empujó a Zaro a serme infiel. Las carnes prietas de la juventud pueden ser como los cantos de las sirenas que seducían a los marinos en la mitología griega y los arrastraban hacia las rocas, donde se estrellaba su nave y a ellos se los tragaba el mar. Es fácil dejarse tentar, sobre todo cuando atravesamos desconcertados una edad fronteriza en la que intentamos asimilar los cambios en nuestros cuerpos y nuestras vidas. Lo que seguía sin aceptar, incluso ahora que nos habíamos reconciliado, era que Zaro hubiera sido capaz de jugar a dos bandas durante meses. Aunque creo que los hombres tienen menos escrúpulos que las mujeres a la hora de enredarse en relaciones clandestinas. A ellos no les consumen los remordimientos como a nosotras, que hemos sido educadas para sentirnos culpables hasta de la muerte de Amy Winehouse.

Florián me alargó la novela de Zaro.

—Me la llevo. Y… quiero también los cuentos completos de Truman Capote. Es uno de mis escritores favoritos.

Fui a la estantería en la que teníamos un espacio dedicado a Capote. Creía recordar que nos quedaban varios recopilatorios de sus cuentos en formato de bolsillo. Florián me siguió. Encontré enseguida lo que buscábamos. Había solo dos libros. Tomé nota mentalmente de que debía pedir algunos más a la editorial.

—Por lo que te he dicho antes… —Él se aclaró la garganta—. No sé… no quisiera haberte asustado. Puedes estar muy tranquila. No soy un plasta ni un acosador de tías. Eso sí: si te apetece…, umm…, pues eso…, repetir lo de la otra noche, ya sabes…, en fin…, ya sabes por dónde suelo pasear con Golfo. Eres una tía guay, Elisa.

Me guiñó un ojo. Resultaba enternecedor verle pasar en un segundo del cohibimiento a la picardía, pero no me inspiró solo ternura. Que un hombre tan joven me hubiera dicho algo así, precisamente a mí, cincuentona con desajustes hormonales y reglas en proceso de despedirse para siempre, sofocos y cambios de humor inexplicables me llenó de una euforia que me dejó muda. Permanecí parada, con los dos libros en la mano, igual que un fotograma congelado. Por fin, tras varios segundos de penosa vacilación, conseguí tartamudear:

—¿Quie… quieres algo más, Florián?

Él sacudió la cabeza.

—Por hoy ya he gastado bastante, que ando justo de fondos.

En la caja le apliqué un descuento sustancioso, introduje los libros en una de nuestras bolsas de tela junto con varios marcapáginas y le tendí su botín. Él hurgó en un bolsillo de su gastada mochila de cuero, sacó varios billetes y me los alargó.

—Espero que te guste la novela de Zaro Rivas. —Algo había que decir mientras le devolvía el cambio.

—A ver qué tal… No creas que me lo trago todo. Soy duro de roer en el tema libros.

Intercambiamos más sonrisas, nos dijimos adiós y le contemplé mientras abandonaba la librería. Alto, bien formado, de espalda ancha y tan joven que podría ser mi hijo. Aunque me atrevo a afirmar que, pese a no haber conocido la maternidad ni los sentimientos que despierta, lo que experimenté al despedirme de él con la vista no era instinto maternal. Más bien una euforia refrescante que llenó todo mi cuerpo y me hizo sentir, al menos por un instante, como si volviera a tener veinticinco años. Observé la algarabía cariñosa con la que le recibió Golfo, las caricias que él le prodigó a su perro y cómo se marcharon los dos en perfecta armonía.

—¡Qué chico tan majo!, ¿verdad?

Adela se había plantado al otro lado del mostrador y me miraba

desde allí. En sus ojos negrísimos maquillados con *kohl,* la única concesión a la frivolidad dentro de su imagen más bien severa, destellaba una picardía burlona.

—Un encanto —farfullé, tan cohibida como si me hubieran pillado robando bolígrafos en unos grandes almacenes—. Y encima, lector. No está todo perdido en la juventud.

—Creo que le gustas —recalcó ella; su picardía adquirió un aire glotón—. Ay, si yo tuviera treinta años menos, un cuerpo como el tuyo y tus ojos. Ese acabaría en mi catre, te lo aseguro.

Creo que me convertí en una amapola con pelo. Forzando una sonrisa, me escabullí de regreso a la mesa de novedades. Mientras reanudaba mi tarea clasificadora, me dije que Dios —o la vida o quienquiera que mueva los hilos de las marionetas que somos— da pan a quien no tiene muelas. O a quien ya come de otra barra y no cree prudente dejarse tentar por panecillos crujientes y recién horneados.

58

No habría pasado ni media hora desde la visita de Florián cuando se acercó Adela a toda prisa, con mi móvil en la mano. Me lo tendió.

—He entrado un momento en el despacho y no paraba de sonar. Se ha callado cuando lo he cogido de la mesa. Te lo traigo por si es algo importante…

Dejó la frase inconclusa. Le di las gracias, desbloqueé el móvil y eché un vistazo a las llamadas perdidas. ¡Mabel! Tuve un mal pálpito. Las dos cumplíamos desde hacía años el acuerdo de evitar telefonearnos en horas de trabajo. Planté el índice encima del aviso con su nombre para devolver la llamada. Ella descolgó enseguida.

—¿Qué ocurre, Mabel?

—Eli, sabes que no me gusta molestar mientras curramos, pero ¡ha ocurrido algo muy gordo!

—¿Qué ha pasado?

—Es Noelia.

El corazón me dio un vuelco. Odiaba la costumbre de Mabel de ir liberando la información a pedacitos. Si con eso pretendía crear expectación en su interlocutor, conmigo se estaba superando: en cuestión de segundos, me había empujado al borde de la ansiedad.

—¿No habrá tenido un accidente?

—Peor.

¿Qué podía ser peor que un accidente? ¿Una enfermedad grave? ¿La muerte? Empezaron a flaquearme las rodillas. Me apoyé contra una estantería.

—Joder, Mabel, suéltalo ya, que me tienes en un sinvivir. ¿Qué pasa con Noelia?

La oí inspirar al otro lado de la línea.

—¡Está en la Casa Grande!

La Casa Grande es como llamamos en Zaragoza al Hospital Universitario Miguel Servet. Oírselo mentar a Mabel y acordarme de la pobre Susa fue todo uno. Casi se me paró el corazón. Por favor, que no hubiera enfermado también Noelia, rogué mentalmente al destino, al azar o a la vida, los dioses a los que rezamos quienes no somos creyentes.

—¡Céntrate de una vez!

—Ay, perdona, Eli, es que esto es tremendo. Me ha dejado hecha

un flan.

«Pues yo estoy histérica ya», estuve a punto de gritarle. Menos mal que siguió hablando enseguida.

—Acabo de hablar con Lucinda, la chica que trabaja con Noelia.

—Mabel, sé quién es Lucinda. ¡Suéltalo ya!

—Pues resulta que Noelia la llamó ayer, por la noche, desde el hospital. Le dijo que estaba ingresada en observación y le dio instrucciones de abrir la peluquería hoy y atender a las clientas que no pudieran cambiar su cita. Lucinda, que ya andaba en pijama, se vistió y se fue corriendo a ver a Noelia. Y después de eso la pobre mujer no ha pegado ojo en toda la noche, deliberando si contarle a alguien lo que ha pasado o no. —Mabel hizo otra pausa que incrementó mis nervios—. Al final, esta mañana, ha buscado mi móvil en la agenda de la peluquería y se ha decidido a llamarme porque, según dice, no puede callarse algo tan tremendo y, a fin de cuentas, soy la amiga más atrevida de Noelia y sabré qué hacer. Ya ves, ni que fuera yo…

—¡Dímelo ya, por Dios!

—¡Pues al malnacido de su Vicen, ese Richard Gere de saldo, se le fue la pinza ayer y le dio una paliza! Tan brutal que se debió de asustar hasta él y la llevó al hospital.

—Joder, con el arquitecto fetén…

—Y ahí se encontró Lucinda a la pobre Noelia llena de contusiones, heridas en la cara y una costilla rota. Al principio, Noelia le contó que se había caído en casa, pero Lucinda le sonsacó la verdad; ya sabes lo hábil que es para esas cosas. —Mabel intercaló una pausa. La imaginé humedeciéndose los labios resecos con la lengua, como solía hacer cuando se ponía nerviosa—. Tenemos que intervenir, Eli. Ese tipo ya no se conforma con anular su voluntad y controlar su vida: ahora ha pasado al maltrato físico. Cuando un hombre empieza así…

—Y él, con lo posesivo que es, ¿no está en el hospital vigilando a Noelia?

—Lucinda se la encontró más sola que la una. Ni siquiera estaba ocupada la cama de al lado. Sospecha que el Vicen ese debió de largarse después de dejarla en urgencias.

Las dos nos quedamos calladas. El silencio se espesó más y más hasta que fui capaz de reaccionar.

—Hay que ir a hablar con ella ahora mismo. La haremos entrar en razón. No puede seguir emparejada con un tipo que la trata así.

Mabel tardó en responder. Casi me pareció oír rechinar los engranajes de su cerebro mientras pensaba.

—Voy a ver si Vanesa se hace cargo un rato de la tienda, que la moza solo viene por las tardes. Bueno, pensándolo bien, voy a cerrar

de todos modos. Lo de Noelia es prioritario. Quedamos en la entrada de la Casa Grande, digamos…, en veinte minutos, ¿vale?

—Mejor media hora.

—*Okey*.

Colgó dejándome, como siempre, teléfono en mano y mirando la pantalla. Fui en busca de Adela. Con la cantidad de trabajo que teníamos, me sabía fatal dejarla otra vez sola en la librería, pero Mabel y yo no podíamos mantenernos al margen cuando nuestra amiga estaba en el hospital por culpa de una paliza de su novio. Eso colmaba el vaso de las pequeñas pero constantes vejaciones a las que la había ido sometiendo poco a poco ese indeseable. Sopesé si convenía involucrar a Anacrís en la improvisada operación de rescate. Acabé desechando la idea. Andaba demasiado acelerada con su enamoramiento y nunca se había distinguido por poseer un tacto exquisito. Seguro que metería la pata y pondría a Noelia en contra nuestra. Además, en el hospital no nos dejarían entrar a ver a Noelia si nos presentábamos tres de golpe. A lo mejor, ni siquiera yendo dos.

Adela estaba en la caja. Acababa de cobrar a un cliente que ya abandonaba la tienda con su bolsa de Cantarena en la mano. No torció el gesto cuando le conté lo ocurrido y dije que debía marcharme a la Casa Grande. Su cara solo reflejó preocupación por mi amiga maltratada.

—A esos mierdas hay que denunciarlos a la primera hostia y meterlos en la trena. —Se indignó—. No merecen ni el aire que respiran.

Mientras abandonaba la librería, bendije la suerte de contar con una joya como Adela. Cuando se jubilara, me iba a costar encontrar a una empleada tan leal y eficiente.

59

Noelia era más alta que nosotras. Su estructura ósea correspondía a lo que en España siempre se ha calificado de «mujerona». Verla empequeñecida como un ratón muerto en esa cama de hospital, con una mano envuelta hasta medio brazo en un vendaje de compresión, en la otra una vía que colgaba de un gotero, un ojo hinchado rodeado de un moretón, el labio abultado manchado de sangre seca y un rictus de dolor instalado en su cara pálida como la de un cadáver me dejó la moral por los suelos nada más entrar en la habitación. De soslayo vi como Mabel tragaba saliva. Noelia nos recibió con expresión de sorpresa que se trocó enseguida en una mezcla de fastidio, angustia y puede que humillación. Empecé a sentirme incómoda. Y fuera de lugar. ¿Tal vez nuestro impulsivo plan de acudir al rescate no había sido tan buena idea?

—¿Qué hacéis aquí? —susurró, moviendo los labios maltrechos con cierta dificultad.

—Venir a ver cómo estás, mujer —conseguí farfullar.

—Gracias a que nos ha colado una enfermera que, casualmente, compra mucho en mi *boutique* —matizó Mabel—, porque ahora no es hora de visitas. Nos ha concedido diez minutos a regañadientes.

—No tendríais que haber venido. No es para tanto. Ayer tropecé en casa y caí mal. Ya sabéis lo torpe que soy. Pero en unos días estaré como nueva.

—Noelia, no nos cuentes películas —la cortó Mabel—. Sabemos cómo las gasta tu maravilloso Vicen…

—¡No sabéis nada! Si habéis venido a malmeter, ya podéis…

—¡Para el carro! —la corté—. Somos tus amigas. Nos hemos llevado un buen susto en cuanto hemos sabido…

—Seguro que os ha comido la oreja la petarda de Lucinda. Ayer se presentó aquí y, como yo aún estaba aturdida, me hizo hablar más de la cuenta. Entre lo que me sonsacó y lo que se inventa…

—Luego es verdad que estás como estás por culpa de tu príncipe azul —atacó Mabel. Se dejó caer en el sillón de visitante que había junto a la cama de Noelia—. Reconócelo, al menos.

— No tengo por qué reconocer nada. Es mi vida y me la monto como quiero.

—No sé si eres consciente de que, llegada a este extremo, el día

menos pensado no te va a quedar ni vida para montarte nada. —Me senté en el borde de la otra cama de la habitación, preparada para acoger a otra paciente pero aún vacía. Si Noelia pensaba que nos iba a espantar con su actitud agresiva, estaba muy equivocada.

—¿Qué excusas pone tu galán después de convertirse en un energúmeno? —preguntó Mabel.

Para mi sorpresa, la expresión de Noelia cambió de pronto. Donde un segundo atrás hubo agresividad, ahora vi abatimiento. Una lámina acuosa le cubrió los ojos. Incluso creí descubrir un destello de duda en sus ojos. Mabel y yo nos miramos con disimulo. ¿Tal vez se estaba abriendo una grieta en la armadura de Noelia? Si era así, debíamos aprovecharla para llegar hasta ella.

—No es un energúmeno —susurró Noelia, mientras dos lagrimones se deslizaban por sus mejillas—. Ayer tuvo problemas graves en el trabajo y perdió los nervios. Nada más. Es un buen tío y me quiere mucho.

—¡Es un maltratador de manual! —Mabel no estaba dispuesta a darle tregua—. Conozco a esos tipos. Empiezan controlando tu vida, te alejan de la gente a la que le importas y acaban agrediéndote físicamente.

Noelia torció el gesto, aunque no abrió la boca.

—Escucha —continuó Mabel—, te voy a contar algo que solo sabe Elisa: mi padre era igual. Empezó anulando y controlando a mi madre y acabó zurrándole hasta que le dio el ictus y ya no pudo levantarle la mano. Incluso estando impedido, la amargó diciéndole barbaridades e insultándola. Solo la dejó tranquila cuando, por fin, tuvo a bien palmarla. Mi madre tragó toda su vida porque sin estudios ni trabajo y con tres hijos lo tenía muy crudo para largarse. Pero tú, Noelia, eres dueña de una peluquería que conserva su clientela pese a la crisis que se ha cargado tantos negocios. Has luchado con uñas y dientes por mantener tu garito abierto y te ganas tus garbanzos sin necesidad de aguantar a nadie. ¡No permitas que te someta un tío!

—Vosotras no entendéis lo que hay entre nosotros ni cuánto nos queremos. Vicen es el hombre con el que llevo soñando desde que era una mocosa. Es guapo, culto y simpático. ¿Cuántas probabilidades hay de que una simple peluquera como yo, sin pedigrí ni más estudios que bachillerato, enamore a un hombre así? Una entre mil. Pero ¡ocurrió! ¡No pienso echarlo todo a perder porque un solo día ha perdido el control por culpa del estrés! Vicen es lo mejor que me ha pasado jamás.

—¡Que ha perdido el control por culpa del estrés! —ataqué—. ¿Así se dice ahora cuando un tío te envía al hospital con una costilla rota y

la cara hecha un mapa?

—¿Llamas amor a dejarte mangonear por un impresentable que se cree tu dueño y señor? —añadió Mabel—. ¡Mándale a la mierda, Noelia! Vuelve a tu piso y recupera tu vida. Hay más hombres en el mundo.

Noelia se limpió las lágrimas y giró la cara hacia la ventana, encerrándose de nuevo en su impenetrable cápsula de agresividad. El destello de duda que me había parecido ver en su mirada ya no estaba.

—Dejadme en paz. Sois unas entrometidas.

Mabel y yo nos miramos de nuevo. Noelia se nos volvía a escabullir. ¿Qué podíamos hacer ahora? Alguien entró en la habitación. Miramos hacia la puerta. Era la enfermera que nos había permitido visitar a Noelia a deshora.

—Lo siento, chicas. Tenéis que marcharos ya. Vuestra amiga ahora necesita reposo. Podéis volver luego, en horario de visita.

Mabel se puso en pie.

—Claro, ya has hecho bastante con colarnos. Te lo agradecemos un montón, Inma.

Antes de abandonar la habitación, Mabel apretó afectuosamente el brazo sano de Noelia. Esta ni siquiera nos miró. Nada más salir al pasillo, Mabel preguntó a Inma, la enfermera:

—¿Ha venido por aquí el novio de Noelia?

La otra, alta y esbelta, calculé que en mitad de la treintena, hizo una mueca desdeñosa.

—A la paciente la subieron a planta desde urgencias anoche y no la acompañaba nadie. A última hora vino una chica sudamericana que trabaja con ella, y la compañera que estaba de guardia la dejó entrar un rato a la habitación porque le daba pena ver a vuestra amiga tan maltrecha y tan sola. Hoy, vosotras sois las primeras que os habéis interesado por ella. Y os digo una cosa: si el novio es quien la ha zurrado de esa manera, mejor que no aparezca.

—Desde luego —le di la razón—. Nosotras no le conocemos más que por lo que nos cuenta Noelia, pero parece un tipo muy controlador…

—Debería alejarse de él, incluso denunciarle por malos tratos —añadió Inma—, pero sé por experiencia que la mayoría de las mujeres en la situación de vuestra amiga siguen con su pareja. Y esos tipejos, una vez metidos en el camino de la violencia, van a más. La cosa no quedará así, ya lo veréis.

—Intentaremos hacerla entrar en razón —dijo Mabel—, pero él la ha ido fagocitando poco a poco hasta aislarla por completo de familia,

conocidos y amigas. Noelia ya no quiere saber nada de nosotras, incluso se pone a la defensiva en cuanto piensa que atacamos a su galán.

—Lo habitual en estos casos —murmuró Inma—. Bueno, chicas, os tengo que dejar.

Mabel volvió a darle las gracias por habernos dejado visitar a Noelia y nos despedimos de ella. Inma se alejó hacia el mostrador. Nosotras fuimos al ascensor. Había tanta gente esperándolo que decidimos bajar por la escalera.

—No me gusta ni un pelo el cariz que va tomando lo del Richard Gere ese —murmuró Mabel en cuanto llegamos a la planta calle.

—Ni a mí. A todo esto, ¿estará la familia de Noelia al tanto de estas movidas?

—No creo. Acuérdate de que el padre se instaló en la casa del pueblo cuando se quedó viudo y la hermana sigue viviendo en Hospitalet de Llobregat. Me apostaría el cuello a que Noelia les ha pintado una imagen idílica de su Vicen. Eso si el controlador de él no la ha ido apartando también de la familia. ¡Qué tipo más asqueroso!

—¿No deberíamos localizar a la hermana y ponerla al corriente?

Mabel se me quedó mirando, pensativa. De pronto, exclamó:

—Ya la llamaremos. Por ahora, se me acaba de ocurrir una cosa…

60

Anacrís nos miraba atónita desde sus ojos delineados con *kohl,* tan abiertos que parecía un personaje escapado de un manga japonés. Mabel y yo la habíamos citado a mediodía en el bar vecino de la librería para ponerla al corriente del ingreso hospitalario de Noelia. Desde que Mabel había empezado a contarle, con su acostumbrado y exasperante lujo de detalles, lo maltrecha y abandonada que habíamos hallado a Noelia hasta que le expuso lo que ella llamaba la «solución provisional», nuestra amiga llevaba recorrida una gama muy variada de estados de ánimo.

Ira.

—¡A ese hijo de puta le cortaba yo los huevos! Y Noelia se merece una buena tunda de collejas por dejarse anular así. ¿Cómo se puede ser tan boba?

Preocupación.

—Una costilla rota, nada menos. ¡Ay, pobre Noelia!

Asombro.

—¡No podéis estar hablando en serio! ¡Os habéis vuelto locas!

Rechazo.

—¡No pienso haceros caso! Mabel, eres una lianta de mucho cuidado, porque esto solo puede ser idea tuya. ¡Seguro! A Elisa no se le ocurren unas movidas tan retorcidas.

Mabel me guiñó un ojo a escondidas de Anacrís. Esta siguió refunfuñando. Delante de ella, sobre un anticuado plato de Duralex color ámbar, llevaba un rato vegetando la mitad del bocadillo de beicon y queso que se había pedido. Anacrís tomó un generoso trago de agua mineral de su botellín, como si buscara ganar tiempo para dar con el argumento definitivo que le permitiera zafarse del embrollo en el que la estábamos enredando.

—Tengo una familia, ¿sabéis? —murmuró, al fin—. Aunque esté hasta el gorro de ellos, no los puedo dejar tirados así como así.

—De eso no nos cabe duda —la calmó Mabel—, pero piensa que serán pocos días. Solo hasta que den el alta a Noelia.

—Y un cuerno —exclamó Anacrís—. Una costilla rota requiere reposo de varias semanas.

—El tiempo pasa escopeteado —argumentó Mabel.

—Y nosotras te relevaremos en cuanto salgamos del trabajo y

podrás pasar la noche en tu casa —añadí yo—. Prometido. Además, no creo que la tengan mucho tiempo ingresada.

—¡Mírala, igual de lianta que la otra! Y si se presenta el novio de Noelia en el hospital para quedarse con ella, ¿qué hago? —En su cara apareció una mueca mordaz—. Además de rebanarle los cataplines, claro.

—Me da en la nariz que ese no va a aparecer por ahí —reflexionó Mabel—. Me apostaría hasta el cuello de lo segura que estoy. Desde que la dejó ayer en urgencias, no se le ha vuelto a ver el pelo. ¿Os parece normal eso?

—Pues no —dijo Anacrís—. Nada es normal desde que Noelia se enrolló con ese tío.

—Venga, mujer. —Mabel dio otra vueltecita de tuerca—. Hasta que te llamen para las prácticas, tú tienes un horario más flexible que nosotras. Vale, admito que quedarte con Noelia te robará tiempo para verte con tu profesor, pero ya lo recuperarás. —Abrió una sonrisita llena de picardía y guiñó un ojo—. ¿Habéis consumado ya?

—Eso no viene a cuento ahora, querida —musitó Anacrís. Sus mejillas se tiñeron de intenso carmesí. Sacó el abanico del bolso y lo agitó a movimientos acelerados—. ¡Puñeteros sofocos! Harta me tienen —se quejó entre dientes—. Y vosotras sois lo peor de lo peor…, ¡las dos! No sé ni por qué os sigo escuchando.

—Porque te preocupa Noelia tanto como a nosotras —dijo Mabel con dulzura—. Venga, Anacrís. No podemos permitir que esté sola en el hospital. Ya tiene bastante con lo que le ha ido minando la autoestima el juego dañino de ese tiparraco.

Anacrís vació su botella de agua y la dejó sobre la mesa, dando un golpe seco que sonó como una exclamación. Me recordó a John Wayne cuando se pone chulito en el *saloon* para amedrentar a los villanos que le rodean dispuestos a sacar el Colt y coserle a tiros. Miró primero a Mabel, después a mí. Por la expresión de sus ojos, intuí que habíamos ganado.

—Vale, me quedaré con ella durante el día mientras siga ingresada. Ya me las arreglaré para dejarles a mis chicos comida preparada, que esos no saben ni encender la vitrocerámica. Y al tipo ese, más vale que no se le ocurra asomar por ahí cuando esté yo, porque le sacaré los ojos y después le rebanaré los huevos con el cortaúñas para alargar el suplicio. Pero me debéis una…, o incluso cien. Y os juro por el culito de Brad Pitt que esto me lo cobraré.

Así fue como logramos convencer a Anacrís para que se instalara en el hospital durante el día. Pertrechada de chándal, pantuflas, libro de Nora Roberts más neceser con utensilios de aseo y maquillaje, se

acomodó de cancerbero en el sillón de visitante junto a la cama de Noelia. Tras pasar el primer día más aburrida que un hongo, como nos confesó por la noche, un celador empujó dentro de la habitación una cama ocupada por una octogenaria que se había roto la cadera. La acompañaba su hija cincuentona, con la que Anacrís acabó haciendo buenas migas y muchas risas. En cuanto a Vicen, ese Richard Gere de vía estrecha y mano larga, Mabel acertó de pleno: no apareció por el hospital. Fue como si se lo hubiera tragado la tierra. Para nosotras supuso un alivio. Noelia, en cambio, empezó a inquietarse por la ausencia de su galán al segundo día de estar ingresada, cuando el médico decidió disminuirle la dosis de calmantes y fue saliendo del atontamiento.

—Me tiene frita preguntando por ese impresentable —se quejó Anacrís cuando me puso al día en la cafetería del hospital, donde quedábamos para intercambiar impresiones antes de iniciar el relevo nocturno—. Y ¿qué le digo yo, eh? A saber dónde andará el figura ese. Igual ha puesto pies en polvorosa y está escondido en Brasil, como el Dioni aquel que desvalijó el furgón blindado que vigilaba de segurata.

Anacrís soltó una risilla malévola. Yo respondí con unas carcajadas de compromiso. Me espeluznaba la perspectiva de pasar otra noche plegada en el incómodo sillón junto a la cama de Noelia, viéndola dormir bajo los efectos del somnífero que le daba la enfermera de turno, mientras la octogenaria roncaba con la intensidad de una motosierra y su hija le hacía los coros desde el otro sillón. Añoraba mi cama, incluso sentir el peso de Scarlett aplastándome los pies. Pero las promesas se hacen para cumplirlas, aunque a veces nos cueste. Al menos, Zaro aún andaba de promoción y cabía la esperanza, tal vez remota, de que cuando regresara a Zaragoza, pasados unos días, ya no hubiera que quedarse con Noelia.

—Cualquiera sabe —comenté—. Lucinda me dijo, hace ya semanas, que creía que el maromo anda metido en asuntos turbios. Y, visto lo visto, no me extrañaría nada.

—Pues hoy ya puedes prepararte, querida, que la Noelia no para de preguntar por él. Me han dado ganas de pedirle al médico que la vuelva a hinchar de calmantes. Dios mío, ¿qué le habrá dado el asqueroso ese para embrujarla así? Le zurra y ella, erre que erre con que la quiere mucho y se le fue la mano por culpa de un problemón en el trabajo. Pues menudo amor…

Me encogí de hombros, resignada a iniciar mi suplicio nocturno. Aunque Noelia toleraba que Mabel y yo nos alternáramos para acompañarla por las noches, nos hallábamos muy lejos de haber aparcado nuestras diferencias. Creo que su actitud de no beligerancia

se debía más a su abatimiento por lo ocurrido y al atracón de medicamentos que a otra cosa. Yo procuraba no mencionar al maldito don Perfecto por no provocar enfrentamientos estériles. Ninguna de las amigas le hacíamos reproches cuando, cada cierto tiempo, intentaba localizar a su Vicen a través del móvil, que siempre emitía el mensaje de «desconectado o sin cobertura». Cuando le llamaba al fijo, saltaba el contestador automático. A los dos días de haber ingresado en el hospital, aún no sabía nada de él y se consumía de preocupación.

Al tercero, los médicos consideraron que «la paciente ya podía recibir el alta hospitalaria, aunque debía seguir de reposo absoluto en casa». Según Anacrís, que estaba con Noelia cuando se lo comunicaron, poco le faltó para saltar de la cama y ponerse a dar brincos de alegría, hasta que recordó que no sabía nada de su galán y volvió a hundirse en su ciénaga de ansiedad. Tan pesada se puso insistiendo en que debía regresar al piso de Vicen, donde seguro que le hallaría sano y salvo y con una explicación convincente, que Anacrís nos suplicó a Mabel y a mí que acudiéramos en horario de visita para sacarle entre todas la tontería de la cabeza a esa boba.

—¡Está imposible! —se quejó por teléfono—. No sé qué vamos a hacer con ella cuando salga del hospital y se empeñe en volver con su novio.

Mabel y yo acudimos a la Casa Grande en cuanto pudimos. Tras la exasperante conversación que mantuvimos las tres con Noelia, nos resignamos a acompañarla al piso de Vicen a modo de guardaespaldas. Anacrís incluso se ofreció a quedarse en casa de Noelia durante el día hasta que el médico le permitiera volver al trabajo. Tras el canalillo salvaje al que se había aficionado, nuestra amiga ocultaba un corazón sensible.

—¡No puedes volver a su guarida si él no está, corazón! —insistió, con aire maternal—. Y aún no te veo en condiciones de meterte sola en tu piso. Necesitas que te cuiden, así que ¡no se hable más!

—Hija, ¡qué mandona te has vuelto! —refunfuñó Noelia, aunque con la boca diminuta—. ¡Y qué insensibles sois todas! ¿Y si le ha pasado algo malo?

Mabel, Anacrís y yo nos miramos. La fe de Noelia en ese hombre lindaba ya con lo esperpéntico.

61

Vicen *Manoslargas* vivía en el último piso de un edificio antiguo en la calle de Joaquín Costa, en el tramo próximo al paseo de la Independencia, casi enfrente de la iglesia de Santa Engracia. O sea, en el centro con más solera de Zaragoza. Eran las once de la mañana. El médico acababa de dar el alta hospitalaria a Noelia. Mabel y yo habíamos dejado nuestras tiendas en manos de Vanesa y Adela, respectivamente, para acompañar a Noelia y Anacrís a casa del impresentable. No las teníamos todas con nosotras, pero asumíamos que, si acudíamos las cuatro juntas, el tipo no se atrevería a ponerse chulito ni a decirnos a la cara que nos consideraba una mala influencia para Noelia. El *hall* del edificio, reformado con materiales lujosos que respetaban lo que debió de ser el estilo original, deslumbraba nada más entrar desde la calle. Subimos en un ascensor arcaico de cabina acristalada al que debían de haber cambiado el motor, pues se deslizó con suavidad y rapidez hasta el séptimo. En el rellano solo había dos puertas. Pese a andar despacio y encogida por culpa de la costilla rota y el mareo, Noelia se plantó la primera ante la 7B. Llevaba la llave preparada desde que bajamos del taxi y Mabel, que siempre fue la más rápida del grupo, llegó justo a tiempo de sujetarle la mano y evitar que abriera.

—Llama primero.

—¿Por qué? —protestó Noelia—. Vivo aquí, ¿lo recuerdas?

—Imagínate que está dentro e irrumpimos las cuatro en tropel. ¿Quieres darle un susto de muerte a tu galán?

—¿Y si lo pillamos cagando? —aventuró Anacrís.

Mabel y yo estallamos en carcajadas nerviosas. Se mirara por donde se mirara, la situación era absurda al cuadrado.

—¡Hija, qué burra eres! —se indignó Noelia, aunque mantuvo la llave lejos de la cerradura.

—¿Es que los guaperas no cagan o qué? —protestó Anacrís, guiñándome un ojo.

Yo era la que estaba más cerca del timbre. Me correspondió alargar la mano y pulsarlo. Aguardamos un buen rato. No oímos moverse a nadie en el interior del piso. Noelia miró a Mabel con retintín.

—¿Puedo proceder ya, mi sargento?

La aludida afirmó con la cabeza. Los dedos de Noelia temblaban

cuando abrió dando tres vueltas de llave, otro indicio de que el galán andaba ausente. Se precipitó dentro del vestíbulo.

—¡Vicen! —voceó, conforme se adentraba en el pasillo penumbroso.

Anacrís encendió la luz y seguimos a Noelia, tan apelotonadas en la estrechez del corredor que casi nos pisamos las unas a las otras. Habríamos podido protagonizar una de las películas más alocadas de Almodóvar. El ambiente lo espesaba un denso tufo a cerrado. Hacía un calor infernal. En esa casa no debía de haber entrado nadie en los últimos días. Probablemente desde que Vicen dejó a Noelia en urgencias y se volatilizó.

Nuestra *pretty woman* ya traspasaba una puerta doble, acristalada y lacada en blanco, que debía de ser la del salón. Llamaba a su Vicen dando voces cada vez más histéricas. Salió enseguida rodeándose el torso con el brazo izquierdo y se fue asomando a cada una de las habitaciones que partían del pasillo. Nosotras la escoltábamos cual sombras grotescas. El improvisado recorrido nos llevó a un despacho minimalista con un escritorio colocado ante un ventanal y cubierto de papeles, las paredes revestidas de estanterías llenas de libros y archivadores; después a una habitación de invitados decorada con sobriedad, tan ordenada que no parecía haber sido usada en mucho tiempo; finalmente al dormitorio estrella, inmenso y equipado con muebles de los que cuestan un riñón incluso pagándolos a plazos. Me llamaron la atención una gigantesca televisión plana colgada de la pared y, justo enfrente, la cama *king size* cubierta por un revoltijo de sábanas que desentonaba en esa ambientación calculada para despertar la sensación de elegancia y riqueza.

Por fin, Noelia acabó su descorazonador recorrido, regresó al salón y se sentó, despacio para no castigar la costilla maltrecha, en un enorme y esponjoso sofá gris que parecía de Roche Bobois. Hundió la cara entre las manos. Anacrís se acercó al ventanal. De un tirón abrió la puerta de cristal que daba a la terraza. Estoy segura de que nuestros pulmones aplaudieron dentro de la cavidad torácica cuando les llegó el aire fresco de primavera.

—Dios mío, ¿y si le ha ocurrido algo malo? —se quejó Noelia.

Pasé la vista por ese enorme salón que, al igual que el resto de la vivienda, parecía sacado de una revista de decoración. Paredes lisas en blanco roto, cuadros de trazos inquietantes en tonos grises que podrían ser perfectamente originales de Antonio Saura y un mobiliario oscuro de frialdad minimalista. Reparé en que no había en ninguna parte fotografías enmarcadas, de esas que hay en casi todas las casas para inmortalizar momentos importantes o recordar a nuestros

difuntos. Había esperado hallar alguna instantánea de ese Vicen practicando deporte, posando ante algún monumento, incluso abrazado a Noelia; algo que nos permitiera hacernos una idea de cuál era el atractivo de ese hombre. Pero no vi ni una. Solo un gran desorden, mucho más acusado que en el dormitorio, que contrastaba con la innegable clase del lugar. En la zona de comedor había dos sillas volcadas y un jarrón hecho trizas en el suelo. Junto al sofá, la alfombra estaba cubierta de cojines y varias piezas de cerámica, una de ellas partida por la mitad. Mabel, inclinada sobre la mesita auxiliar, me hacía gestos para que me acercara. Fui hasta allí. Tuve que esquivar un cenicero que no había visto hasta que casi tropecé con él. Mabel señaló unas líneas de polvo blanco que se arrastraban por el cristal como gusanos discontinuos.

—Mira…

A lo largo de mi vida no he tenido más contacto con drogas que las dos veces que me dejé convencer, en sendas fiestas universitarias, para dar unas caladas a un porro colectivo. Como no fumé nunca y no sabía tragarme el humo, ninguno de ellos me produjo el más leve colocón. Pero no hacía falta ser experta en estupefacientes para deducir que ese polvo no era precisamente sacarina. Anacrís se había acercado también.

—¡Válgame Dios! —farfulló—. ¿Eso es…?

—Tiene toda la pinta de ser restos de coca —completó Mabel. Se giró hacia el sofá, donde Noelia se deshacía en un llanto quedo—. Noelia, ¿tu Vicen esnifa?

Tras un lapso de titubeo y de haberse tragado litros de lágrimas mezcladas con mocos, los labios temblorosos de Noelia se movieron para responder:

—Algunos días, cuando vuelve muy estresado del trabajo, se prepara unas rayas…

—¿Y tú?

—A… a veces… a veces se pone un poco pesado insistiendo en que le acompañe. A mí no me gusta, pero…

—Te metes unas rayitas para complacerle.

Noelia no respondió.

—Y el día que acabaste en el hospital —continuó Mabel—, tu Richard Gere se puso fino de coca y la emprendió a golpes con todo lo que se movía. ¿Tengo razón?

Desde el sofá solo llegó un silencio que se fue tiñendo gradualmente de hostilidad.

—¡Eres una insensata! —estalló Mabel—. El tipo controla como un cancerbero lo que haces, lo que comes, con quién sales…, te

menosprecia, prácticamente te obliga a esnifar coca y acaba dándote una paliza… Eso sin contar lo que con toda seguridad nos estarás ocultando. Y tú…, tú aguantas una relación de mierda y te cuentas historietas para embellecerla. ¡Joder, Noelia, que *Pretty Woman* es solo una película! Y ni siquiera es buena. ¿Es que no te queda nada dentro de esa cabecita tuya?

—Le quiero mucho —afirmó Noelia con tozudez—. Vale, Vicen tiene sus prontos y el otro día perdió el control, pero es un pedazo de pan… y… y estoy muy preocupada por él. No es normal que no aparezca.

Yo me había mantenido callada para no contrariar a Noelia, pero ya no pude más:

—¡Pues claro que no es normal! ¿No te das cuenta de que ese tipo no es trigo limpio?

—Hay amores tóxicos, niña —pontificó Anacrís.

—¡Qué sabrás tú! —se rebotó Noelia—. Si te has pasado la vida a la sopa boba de tu Rafi, hecha una marujona…

—Más vale ser marujona que dejarse mangonear por un elemento que a saber en qué andará metido —contraatacó Anacrís—. ¡No eres más tonta porque ya tienes medalla de oro en estupidez, cielo!

—Chicas, tengamos la fiesta en paz —intervine para cortar las hostilidades—. Noelia, aquí no te puedes quedar en estas condiciones. Lo más razonable es que recojas tus cosas y vuelvas a tu casa. Recuerda que Anacrís se ha ofrecido a quedarse contigo. Y yo puedo relevarla por las noches, después de cerrar la librería. Eso sí: tendrás que admitir a la Scarlett.

—Yo también puedo —afirmó Mabel—. No te dejaremos sola hasta que te recuperes.

—¿Y si vuelve Vicen y no me encuentra aquí?

—Pues te llamará al móvil, como hace todo el mundo. —A esas alturas ya me costaba reprimir las ganas de darle a esa mema una buena bofetada con la mano abierta.

—Venga, no divaguemos, que el tiempo es oro. —Mabel también empezaba a impacientarse—. Noelia, mete lo que más necesites en una maleta, bolso o lo que tengas a mano y larguémonos de aquí. Ya recogerás el resto de tus cosas más adelante.

Noelia se levantó del sofá con dificultad. Un rictus de dolor le distorsionó la cara cuando se dirigió a la puerta arrastrando los pies. Anacrís fue tras ella, murmurando entre dientes:

—Voy a ayudarle, que esta ahora mismo no distingue un cepillo de dientes de un peine.

Mabel me miró.

—La extraña pareja. Son tal para cual.

Nuestras risas mitigaron un poco la tensión acumulada. Nos sentamos a esperar en el supuesto Roche Bobois, las dos inquietas y calladas. Al cabo de un rato asomó Anacrís al salón. Desde la misma puerta nos dijo:

—Hay indicios de que nuestro hombre ha tomado las de Villadiego.

—¿Qué? —exclamamos Mabel y yo al mismo tiempo.

Anacrís vino hacia nosotras. Se dejó caer en un sillón relax tapizado en cuero negro que había junto al sofá. Parecía agobiada.

—Noelia se ha resistido al principio, pero no le ha quedado otra que admitirlo: falta ropa en el armario. Pantalones, camisas, chaquetas, calzoncillos…, el típico equipaje de urgencia para salir escopeteado. Ah, y en el baño echa de menos el cepillo de dientes de su príncipe y otros utensilios de aseo. Aun así, sigue con la matraca de que le ha debido de pasar algo malo. Como si no estuviera clarísimo que el pajarito ha volado.

—Esto me huele fatal —aventuró Mabel—. Más vale que salgamos pronto de aquí. Anda, Anacrís, vuelve con la niña, a ver si acaba ya y nos podemos largar.

62

En los días siguientes a nuestra incursión en el piso de don Perfecto, Anacrís tuvo que desdoblarse para atender a Noelia durante el día sin descuidar a su familia. Madrugaba, preparaba a sus chicos la comida para que ellos solo tuvieran que calentarla y corría a relevarnos a Mabel o a mí, según a cuál de las dos le hubiera tocado pasar la noche en el sofá cama del diminuto salón de Noelia. Si me había correspondido a mí, plegaba el sofá nada más levantarme y, en cuanto se presentaba Anacrís, regresaba a casa, donde Scarlett me recibía con todo su repertorio de albricias (finalmente había decidido no sacarla de casa para no descentrarla). La bajaba a la calle, después me duchaba y corría a la librería.

El piso de Noelia se hallaba muy cerca de donde tenía la peluquería. Era pequeño, equipado con muebles de Ikea y lleno de cojines y peluches, acogedor aunque algo cursi para mi gusto. Suponía el polo opuesto al lujoso ático minimalista en el que había vivido durante meses con su príncipe azul. A veces, me preguntaba si Noelia vería como una derrota ese retorno a su modesto mundo, tan abrupto como traumático, aunque ella solo dejaba traslucir su creciente angustia por si Vicen había sufrido un accidente que le impedía ponerse en contacto con ella o descolgar el teléfono cuando le llamaba al móvil. Nunca aludía a la paliza que la había enviado al hospital y se enfadaba con nosotras si la sacábamos a relucir.

Pasó una semana y el paradero de Vicen seguía siendo un misterio. Como él nunca le había presentado a ningún amigo suyo y ni siquiera le había hablado de su familia, Noelia no sabía decirnos si tenía hermanos o si sus padres vivían. También ignoraba dónde estaba el estudio de arquitectura del galán, suponiendo que lo hubiera, pues las amigas ya dudábamos de todo lo relacionado con él. En consecuencia, Noelia no conocía a nadie a quien pudiera preguntar por su hombre. Eso acrecentaba su histeria y nos ponía de los nervios a las demás. Nos resultaba inconcebible que Noelia hubiera vivido tantos meses con un tipo del que no sabía nada. Anacrís era la que más acusaba la tensión acumulada en el pequeño piso donde pasaba casi todo el día vigilando que Noelia no hiciera ninguna tontería.

—¡Qué ganas tengo de que se ponga bien del todo o de que aparezca ese sinvergüenza y se acabe la incertidumbre! —me susurró

al oído una tarde, cuando acudí a casa de Noelia para relevarla tras haber cerrado la librería—. Esto va a acabar conmigo.

—Venga, mujer —respondí, también en voz baja—. Lo que hacemos es por una buena causa. Seguro que todo se arreglará pronto y podrás volver a quedar con tu profesorcito.

—No tienes ni pizca de gracia, Eli —se rebotó ella—. Te digo una cosa: como me llamen ahora para hacer mis prácticas del curso de Sociosanitaria, os tocará arreglaros sin mí. Tengo que aprobar como sea.

No entró en el tema de su pretendiente y me quedé sin saber si seguía viéndole algún rato o no. Mabel le habría tirado de la lengua sin contemplaciones; yo no me atrevía a hacerlo.

Zaro regresó de Santiago de Compostela para pasar tres días en Zaragoza antes de continuar la gira y Mabel se ofreció enseguida a quedarse esas noches con Noelia.

—Ya arreglaremos cuentas cuando se marche —me dijo—. No voy a ser yo quien te prive de estar con tu ex ex.

La promoción había llevado a Zaro por varias ciudades de Galicia y se presentó en casa físicamente agotado, desconcertado por lo vertiginoso de su éxito, pero exultante de alegría. Después del apoteósico recibimiento a lametazos que le dispensó Scarlett, engulló la cena rápida que le preparé y se metió en la cama, donde se abismó en un sueño reconstituyente de doce horas. Cuando sonó mi despertador por la mañana, él seguía durmiendo como un tronco. Al volver de la librería a la hora de comer, me lo encontré descansado y con una sonrisa de oreja a oreja. Había preparado una menestra de verduras (congelada, todo hay que decirlo) y tenía puesta la mesa en la cocina. Antes de llenar el estómago me condujo al dormitorio. Iniciamos los preliminares con caricias, después los labios de Zaro recorrieron mi piel minuciosamente y se adentraron entre mis piernas, donde su lengua danzó hasta que el mundo a mi alrededor dejó de existir. Había pasado una larga década añorando a ese hombre. Aun así, me había creído habituada a vivir sin él, a calmar el apremio de la carne llevándome a la cama a los hombres que conseguía cazar durante las cenas de chicas con Mabel y las amigas. Tristes sucedáneos del amor que había creído perdido para siempre. De pronto, cuando menos lo esperaba, él había regresado a mí convertido en un escritor de éxito y, lo que era más importante, en un hombre humanizado por la madurez, mucho más calmado y tierno en la cama. La vida, siempre desordenada e ilógica, por una vez había acertado devolviéndome a Zaro en el momento en que yo estaba aprendiendo a disfrutar de lo bueno que me ofrecía. Y eso era lo que pensaba seguir haciendo:

gestionar mis temores a las admiradoras atractivas que podrían tentarle durante sus giras y gozar de nuestra relación recuperada, pues lo único seguro que tenemos entre manos es el presente.

Mientras comíamos y dábamos a Scarlett trocitos de jamón, me acordé de Noelia y acabé contándole a Zaro lo que había ocurrido en los últimos días. Él siempre supo escuchar cuando le necesitaba y hallaba las palabras adecuadas para cada problema.

—Si ella defiende esa relación a capa y espada —concluyó, cuando terminé—, se deja anular por completo y ni siquiera despierta después de la paliza, no se puede hacer nada. Ya es bastante difícil ayudar a las mujeres maltratadas cuando cortan con el tío y le denuncian, pero si están tan anuladas psicológicamente como tu amiga…

—Noelia ha vivido con él todo este tiempo sin saber si tiene familia o no. El tipo no le ha presentado a sus amigos, si es que tiene alguno: no le ha dicho dónde está el estudio de arquitectura…, nada de nada. Es como si Noelia hubiera vivido con un fantasma. —Tomé aire y continué—: Vale, mi amiga siempre ha sido una romántica empedernida, de esas que babean con Richard Gere en *Pretty Woman.* Supongo que ha visto en ese Vicen la personificación de todos sus sueños, pero… digo yo que, después de la paliza y de haberse esfumado su príncipe sin dejar más rastro que el desorden del piso y los restos de coca, debería haberse dado cuenta por fin de que solo es un sapo inmundo. ¡Pues no! En lugar de recuperar la cordura, se empecina en justificar los golpes diciendo que él tuvo un problema gordo en el trabajo y le pudo el estrés. Y, ahora, anda cada día más histérica porque no hay noticias de él y cuando le llama al móvil le sale un mensaje diciendo que está apagado o fuera de cobertura. —Volví a inspirar para calmar mi creciente indignación y tomé un sorbo del chardonnay que había descorchado Zaro—. No entiendo cómo puede estar tan ciega cuando todo indica que ese tío es un fraude.

Zaro apoyó su tenedor en el plato y me posó una mano sobre el antebrazo.

—Ahora mismo no podéis hacer más que lo que estáis haciendo, Eli. Mientras siga atrapada en la novela de amor que se ha inventado, no hay ninguna posibilidad de hacerla entrar en razón.

—Ya, pero me subleva ver como ese manipulador la ha anulado por completo. Antes de enrollarse con él era una chica despabilada y alegre que sacaba adelante su peluquería, y mírala ahora…

—Creo que los impresentables como el novio de tu amiga tienen un sexto sentido para elegir a sus víctimas. Se enrollan con chicas soñadoras que, en el fondo, tienen cierto complejo de inferioridad y creen que el hecho de que se fije en ellas un hombre con aires de

triunfador, como los que nos venden las películas, es un milagro que no se merecen porque se consideran poca cosa. Al principio, los tíos las engatusan con una puesta en escena romántica muy estudiada y, poco a poco, empiezan a dejar caer un comentario denigrante por aquí, otro por allá. Ellas los van interiorizando y, cuando quieren darse cuenta, el tipo les ha aniquilado la autoestima y las pobres no saben o no pueden salir de una relación tóxica que las enreda en una telaraña cada día más espesa. Llegadas a ese punto, si él le levanta la mano, ya no son capaces ni de reaccionar. —Zaro se encogió de hombros—. Esto es solo mi teoría sobre cómo funciona esta variante de maltratador, claro.

Yo seguía hirviendo de impotencia e indignación.

—A saber en qué andará metido ese cabrón para haberse esfumado así. ¿Y si ha involucrado a Noelia en algún asunto turbio? No me fío ni un pelo.

Zaro dio un trocito de jamón a Scarlett, se limpió los dedos y me acarició una mejilla.

—Anda, come o se te hará la tarde muy larga. Y esta noche te quiero fresca para proponerte mil pecados, de esos que te arrojan de cabeza al infierno.

Advertí que mi plato estaba casi lleno. Me había ido sulfurando mientras hablaba de Noelia y se me había pasado el hambre.

—Es que esto me subleva. Ni siquiera te he preguntado cómo llevas la promoción. No tengo perdón…

—Voy genial. Cansado de tanto rodar por ahí, abrumado por lo grande que se está haciendo esto y con ganas de volver a la calma para recluirme a escribir, pero feliz por el éxito de este libro. Ahora me están organizando un viaje a París para presentar allí la edición francesa. Y salen sin parar traducciones a más lenguas, habrá viajes a los respectivos países. Por un lado, disfruto como un enano. Al fin y al cabo, se está cumpliendo el sueño por el que he trabajado y peleado durante décadas, pero confieso que, ahora mismo, preferiría quedarme aquí contigo. Te echo mucho de menos cuando ando por esos mundos. Si lo miras bien, la vida tiene guasa, bastante borde por cierto: estás deseando que te ocurran ciertas cosas y la cabrona de ella te las concede todas de golpe.

—No le des vueltas, Zaro —le reprendí, en tono cariñoso—. Disfruta del éxito. Te lo has ganado.

—Mi mayor éxito es que estemos juntos otra vez. Y ya sabes que no soy de los que dicen las cosas por regalar los oídos. Y menos a ti. Te quiero, Eli.

—Yo también te quiero. Y te echo de menos cuando viajas, pero

ahora es el momento de gozar de lo que te está ocurriendo y sacarle partido. Es algo que solo pasa una vez en la vida y te lo mereces porque eres un pedazo de escritor… —Se me escapó una sonrisa cuando añadí con malicia—: Aunque hayas expuesto al mundo las miserias de nuestra ruptura. Alguien que escribe como tú, se puede permitir eso y más.

Él abrió una sonrisa inmensa, de Joker bonachón.

—Cuando se calme esto de la promoción, tenemos que hacer un viaje como los de antes. ¿Qué me dices, mujer de los ojos austrohúngaros?

Volver a descubrir el mundo junto a Zaro… Me relamí por dentro ante esa maravillosa perspectiva. Durante los años grises sin él, ni siquiera me había apetecido viajar.

—Que añoraba aquellos viajes exóticos.

—¿Más que a mí?

—Casi casi…

Nos reímos como dos tontos bajo la mirada observadora de Scarlett, que no se había perdido ninguno de nuestros gestos durante la comida.

63

Cecilia tenía buen aspecto dentro del marco de la pantalla de Skype. El pelo siempre le había crecido asombrosamente deprisa y advertí que su peluquero le había dado un nuevo tajo, con lo que ya no quedaba ninguna huella de las mechas californianas. Le sentaba bien su color natural entreverado de canas. Cuando se lo dije, se limitó a encogerse de hombros.

—Mentiría si te dijera que me gusta peinar canas, pero me aplico el dicho ese de que «si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él». Y, fíjate, a Mark le ha caído en gracia este cambio de *look*. El otro día me soltó un mitin sobre envejecer con dignidad, sin retoques ni tintes. Igual teme que esté pensando en someterme a cirugía plástica. Con lo miedosa que soy y lo caro que sale. Ni que fuéramos ricos…

No supe interpretar el estado de ánimo de mi hermana a través de sus palabras. Me limité a reírme de puro desconcierto. Ella esbozó una sonrisa, nada alegre, y añadió:

—El otro día me lo llevé de cena a un restaurante coreano que le gusta y cuando estaba desprevenido, saboreando su plato favorito, le pregunté a bocajarro si tiene una amante.

—Ostras, Cecilia, ¡qué retorcida eres!

—Esas cosas es mejor hacerlas así, sin darle oportunidad de prepararse mentiras.

—¿Y qué te respondió?

—Que no hay, ni ha habido, ni habrá otra. Y le creo. Tendrías que haber visto cómo se quedó cuando le solté la pregunta. Al borde del infarto, literalmente. Ni el más embustero sería capaz de inventarse una mentira en esas condiciones.

Mi pobre cuñado yanqui arrinconado por la maniobra ladina de Cecilia. ¡Qué desalmadas podíamos ser las hermanas Cantarena!

—Le sentaría la comida como un tiro.

—Él tiene el estómago a prueba de bombas —se rio Cecilia, aunque había algo en su actitud que me puso en guardia por instinto—. Es capaz de comer piedras y hasta digerirlas. Al menos, ese tema ha quedado aclarado. Después del restaurante, Mark me llevó a un pub al que íbamos mucho antes, y ahí, tomando un buen *whisky* de malta, ya sabes lo que le gusta, hablamos y hablamos. Hacía años que no nos sincerábamos así.

—Entonces, todo bien, ¿no?

—Sí y no. —Una nube de preocupación oscureció el semblante de mi hermana—. Resulta que… que Mark tiene un problema de… de salud que me ha estado ocultando todo este tiempo.

—¡No fastidies! —Fue lo único que se me ocurrió exclamar en mi consternación.

—Resulta que hacía tiempo que no se encontraba muy allá, con dolores en el pecho, taquicardias, ahogos… y, mientras yo estaba en Zaragoza, el muy tonto se decidió a acudir a nuestro médico de cabecera sin decirme nada. El doctor Bentley no lo vio claro y le envió al hospital para que lo examinara el cardiólogo de nuestro seguro médico. Ahí descubrieron que tiene obstruidas dos arterias coronarias. Le tendrán que poner *bypass* y, a lo mejor, hasta un *stent* de esos. Ahora le están haciendo las últimas pruebas para operarle. Cualquier día de estos le avisarán para ingresar. No sé a qué esperaba para contármelo.

—Y tú haciéndole preguntas raras a bocajarro…

—Reconozco que me pasé de la raya. Se puso fatal. Sacó un blíster de pastillas del bolsillo de la camisa y se metió una en la boca. En ese momento creí que era un ansiolítico y… no. ¡Era nitroglicerina! De esa que recetan los médicos para los problemas de corazón. Mira que si llega a pasarle algo por mi culpa.

—No le des vueltas. Ahora, lo importante es que se ponga bien.

—Pobre Mark. —Los ojos de Cecilia se humedecieron—. Yo pensando que no me tocaba porque ya no le gusto o porque había otra, y es que el pobre está muerto de miedo. ¡Y yo sin saber nada! Ay, Eli, mira que si le ocurre algo en el quirófano y se me va…

El nubarrón que envolvía a Cecilia se densificó aún más. Para colmo, se echó a llorar.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Con lo que quiero yo a ese bobo… —farfulló ella entre sollozos.

Ojalá hubiera podido consolarla en persona, pasarle el brazo por encima de los hombros, estrecharla y limpiarle las lágrimas. Pero se interponían entre nosotras muchos miles de kilómetros y un océano. Mi hermana tardó unos minutos angustiosos en calmarse hasta que, de pronto, se enderezó, tomó aire, tragó saliva, lágrimas y mocos, se limpió la cara con un clínex que sacó del bolsillo del chándal y suspiró.

—Menos mal que no están por aquí los chicos, ni Mark. Solo le faltaba verme llorar, con lo acojonado que está. No sé cómo ha sido capaz de ocultarme algo tan serio.

—Los hombres son así.

—Están locos de remate. A veces me cuesta entender su comportamiento. —Cecilia forzó una sonrisa—. Ay, Eli, somos casi vejestorios y empezamos a hacer aguas por todos lados.

—No seas tan agorera, mujer…

Ella se volvió a limpiar los ojos.

—Te tengo que dejar, hermana. Quiero adecentarme esta cara antes de que vuelva alguno de mis chicos. Si Mark me ve así, aún le entrará más canguelo.

—En cuanto sepas la fecha, dímela. Me tomaré unos días libres y volaré a San Francisco. No estarás sola.

La imagen de mi hermana sacudió la cabeza con decisión.

—Te lo agradezco un montón, pero tú haces falta en la librería. Aquí tengo a mi suegra y vendrá también mi cuñada, la que vive en Los Ángeles, a estar conmigo hasta que den el alta a Mark. Fíjate, a ellas sí que les ha dicho lo de la operación. Si es que le mataría con mis propias manos por ocultármelo. —Inspiró y exclamó—: ¡Hala, que tengo que cortar! Hasta la próxima, Eli.

Nos despedimos entre risas que no fueron nada alegres.

64

Transcurrió una semana sin novedades en el asunto de Noelia y su arquitecto maravilloso que había resultado ser un engaño. Su costilla fracturada evolucionaba bien, Anacrís seguía cuidando de nuestra amiga durante el día, mientras que Mabel y yo nos turnábamos para dormir en el sofá cama. En la librería, Adela y yo estábamos saturadas de trabajo con los últimos preparativos para el Día del Libro, como cada año por esas fechas. Las ventas de *Golosinas en la basura* seguían su trayectoria imparable y se sucedían las ediciones. Muchos clientes nos preguntaban si Zaro Rivas iba a firmar con nosotras y se desilusionaban cuando les respondíamos que ese día le tocaría celebrar Sant Jordi en las Ramblas de Barcelona. Al final, entre Zaro, Adela y yo acordamos programar una firma de libros en Cantarena para cuando él tuviera un hueco en medio del remolino de viajes y presentaciones que le estaba engullendo.

Al reanudar Zaro la gira y pese a mi propósito de no angustiarme, a veces me asaltaban nuevas dudas sobre si me sería fiel cuando le asediaran mujeres atractivas, tal vez jóvenes, con la intención de llevárselo a la cama. Un escritor de primera división como él, en plena cúspide del éxito, que sabía embelesar con las palabras y se mantenía atractivo físicamente no dejaba de ser un bombón para esas *groupies* literarias que revolotean alrededor de los autores famosos. Se me había incrustado en la cabeza el axioma, o simple tópico, de que quien ha sido infiel una vez puede serlo muchas más. Cuando me desahogaba por teléfono con Mabel, ella hacía gala de su espíritu práctico: «Mira, Eli, tienes dos opciones: reconcomerte por algo que ocurrió hace diez años y que se supone has perdonado o darle un voto de confianza a tu Zaro y disfrutar de él. Tú misma». Pero las conversaciones con mi amiga no bastaban para mantener la ansiedad a raya. Era la llamada de Zaro, al final de la jornada, lo que me calmaba; al menos, durante unas horas.

Había otro aspecto de nuestra relación recuperada que me hacía cavilar: ¿cómo evolucionaría lo nuestro al acabar la promoción? Pese a mi reticencia inicial, habíamos ido asumiendo poco a poco que él se instalaría conmigo en casa. Por una parte, eso me ilusionaba, pero una cosa era pasar unos días de lujuria entre los diferentes viajes y otra, bien distinta, podía ser la convivencia con un escritor hipersensible

como Zaro. Sus neuras cuando se bloqueaba con un relato ya eran terroríficas antes de que empezara a publicar. Ahora que sus libros garantizaban pingües beneficios, su editorial actual le presionaría con toda seguridad para seguir produciendo material que le mantuviera en la cresta del éxito (y de las ventas). Y a mí me tocaría bregar con sus histerias de escritor, lo que supondría sin duda la prueba de fuego para esta nueva etapa de nuestra relación. Confieso que cada día me preocupaba más ese tema.

A mi cuñado le operaron a mediados de abril. Las casi cinco horas que estuvo en el quirófano se me hicieron eternas, pendiente de los wasaps que me enviaba Cecilia cada treinta minutos. Al acabar la operación, me llamó, eufórica, para decirme que todo había salido bien. Le habían realizado los dos *bypass* previstos, pero no había sido necesario implantarle el *stent*. Reportadas las novedades, mi hermana se echó a llorar por la tensión acumulada y de alivio porque su Mark se iba a poner bien. Al oírla sollozar al otro lado del mundo a través del móvil, me arrepentí de haberme dejado convencer por ella para no viajar a San Francisco, pero eso ya no tenía remedio.

Llegó el 23 de abril, el Día del Libro. En Barcelona se celebra Sant Jordi. Las Ramblas y calles adyacentes se llenan de puestos de libros, en los que firman los autores más reputados de cada editorial. En Zaragoza, la fiesta es doble, pues a la literaria se une la del Día de Aragón por ser san Jorge el patrón de la comunidad autónoma. A primera hora de la mañana, las librerías y las editoriales de Zaragoza solemos montar en el paseo de la Independencia nuestros *stands* y la avenida, cortada al tráfico, se ve inundada de gente que se aglomera alrededor de los tenderetes para aprovisionarse de lecturas, hacerse con las firmas de los autores del momento o simplemente disfrutar del ambiente. Para nosotros supone una jornada de mucho trabajo entre el montaje del puesto, atender al público que no cesa de acercarse a lo largo del día y recoger al acabar. Pero lo asumimos con gusto por la alegría que reina en ese día tan especial. Sin desdeñar las cifras de ventas, claro, pues, si el buen tiempo invita a salir de casa, podemos vender más que durante el resto del año.

Yo atendí el puesto de Cantarena con la ayuda de Adela y el refuerzo de una sobrina suya a la que contraté para ese día, mientras otra chica de confianza se encargaba de la librería. A pesar de la ayuda, llegué a casa bien entrada la noche, más muerta que viva tras haber estado todo el día atendiendo al público, además del esfuerzo de colocar los libros por la mañana, recoger al terminar los que no se habían vendido, cargarlos en la furgoneta y entrar las cajas en el almacén de la tienda entre Adela, las dos chicas y yo. De todas

nosotras, la que más fresca lució al final fue Adela, con esa asombrosa energía suya que parecía inagotable. Al entrar en casa —esa noche le tocaba a Mabel dormir en el sofá de Noelia—, tuve que reunir mis últimas fuerzas para sacar a Scarlett a hacer sus necesidades. La había bajado deprisa y corriendo a mediodía, aprovechando el rato en el que desciende la afluencia de público, y la pobre debía de estar tan apurada que se vació nada más pisar la acera. Al menos, a esas alturas ya había aprendido a controlarse en casa.

La llamada de Zaro llegó cuando me disponía a compartir un yogur con la perra más pedigüeña del mundo antes de irme a la cama. Él sonaba peor que yo, pero a la vez eufórico por la cantidad de lectores que habían aguantado al sol, alineados en una fila interminable, para hacerse con sus libros firmados.

—¡Es increíble lo que me está pasando, Eli! Me duele la muñeca, además del brazo y la espalda…, ufff, en realidad, el cuerpo entero, pero no quepo en mí. No sé si me dejará dormir el subidón de adrenalina. ¡Ojalá estuvieras aquí conmigo!

Mientras hablábamos, yo le había acercado el vasito del yogur a Scarlett, que se lo acabó a lametazos golosos. Antes de cortar nuestra sobreexcitada conversación, Zaro me adelantó que en una semana regresaría a Zaragoza y podría pasar conmigo tres días enteros. Después de colgar, no me quedaron fuerzas para sacarme algo comestible de la nevera. Me lavé los dientes y me metí en la cama. Scarlett se aupó de un salto y se tumbó encima de mis pies. Se había hecho muy grande en los últimos meses y pesaba como una losa, pero ya era tarde para quitarle el hábito de usar mis extremidades como almohada. Pese a la sensación de aplastamiento, me quedé dormida al instante.

Quien iba a sospechar que muy pronto la peculiar rutina que habíamos establecido tras el ingreso de Noelia en el hospital iba a experimentar un cambio drástico.

65

En San Francisco, mi cuñado se recuperaba bien de la operación de *bypass* y la cara de Cecilia iba perdiendo el rictus de preocupación que la había tensado durante las últimas semanas. En una de nuestras sesiones de Skype llegó incluso a llamar a Mark para que se sentara ante el ordenador y hablara conmigo en su renqueante español con acento inglés. Tenía buena cara y su sonrisa delataba alivio por haber salido con bien del quirófano. «Problema resuelto», pensé aquel día.

Noelia seguía angustiada por la falta de noticias de Vicen. Llegó a ponerse tan insistente con sus lamentos que Anacrís nos movilizó a Mabel y a mí para ir todas juntas al piso de ese hombre. «Me da miedo entrar ahí sola con Noelia. La pobre está fuera de sí», nos dijo. Un mediodía nos reunimos las cuatro ante el portal de la calle de Joaquín Costa y subimos de nuevo a la lujosa guarida. La hallamos igual que la vez anterior: sin rastro de don Perfecto y sumida en el mismo desorden. Hasta los restos de coca se retorcían intactos sobre el cristal de la mesa auxiliar del salón. Quedaba patente que nadie había entrado allí desde que fuimos las cuatro, nada más salir Noelia del hospital. Mabel hizo gala de su sentido práctico e instó a Noelia a aprovechar para recoger el resto de sus cosas. Esta obedeció a regañadientes, con la cara surcada de lagrimones y sorbiendo la nariz.

—Le ha pasado algo malo. A Vicen le ha pasado algo —repetía como un mantra.

—¿Por qué no vas a comisaria y pones una denuncia? —propuso Anacrís, con cara de hartazgo supremo.

—¡Qué cosas tienes! —objetó Mabel—. ¿Cómo va a explicar que faltan ropa y utensilios de aseo? Ese tío ha puesto pies en polvorosa. Si Noelia va a la policía, a saber la mierda que saldrá a la luz.

Noelia miró a las dos con los ojos agrandados por el espanto.

—Habláis de él como si fuera un delincuente. —Sacudió la cabeza —. No pienso ir a comisaria, ¡pero no por desconfianza! Creo en Vicen y estoy segura de que le ha pasado algo que le impide ponerse en contacto conmigo. Y si está amnésico, ¿eh?

Mabel puso los ojos en blanco.

—Tú sí que estás amnésica, criatura.

Aquella visita concluyó con una Noelia llorosa aferrada a la bolsa de plástico donde había metido las escasas pertenencias que no se

había llevado la otra vez, y las demás intercambiando miradas de cansancio que la infeliz ni siquiera percibió.

Pasaron dos días en los que no ocurrió nada especial. El médico que hizo la revisión a Noelia en el hospital habló de darle pronto el alta definitiva y le recetó Valium para calmarle los nervios. Anacrís, agotada por los arranques de ansiedad de Noelia y nerviosa al no recibir noticias de las prácticas que le quedaban pendientes para aprobar su curso, le suministraba los ansiolíticos con creciente manga ancha.

—Ten cuidado, Anacrís —le advertí una tarde—, no nos la vayas a envenenar…

—¡Es que no puedo más! —me interrumpió—. Me subleva ver cómo Noelia se engaña a sí misma cuando todo indica que su Vicen es un granuja de cuidado. Y, mientras tanto, mi casa hecha una leonera y los chicos sin molestarse ni en recoger la cocina. Cualquier día me da un parraque de los grandes.

A Anacrís no le dio ningún parraque. Pero en la mañana del tercer día, nos explotó la bomba en las narices.

Yo había salido de la librería a la hora habitual para tomarme en el bar mi café con leche acompañado de una pulga de jamón. Mientras Emilio, el dueño, trajinaba ante la máquina de café, decidí echar un vistazo a la sección de cultura del periódico que estaba sobre la barra. A juzgar por el aspecto mustio del papel, debía de haber pasado ya por las manos de todos los abuelos que desayunaban allí antes de marcharse a alcahuetear por las obras cercanas. Pasé las hojas lacias agarrándolas por una esquina con las puntas de los dedos, pero no llegué a empaparme de cultura. En la sección de Sucesos me llamó la atención una fotografía grande que ilustraba una noticia que ocupaba casi toda la página. En ella aparecía un hombre alto, guapo y vestido con ropa estilosa, aunque la camisa blanca se veía llena de arrugas y los vaqueros también parecían resobados. Andaba cabizbajo, una prenda que podría ser una americana le cubría las manos, pegadas la una a la otra por delante del torso como si las llevara esposadas. A cada lado le escoltaba un policía de uniforme. Uno de ellos le agarraba con fuerza del brazo derecho.

Emilio colocó delante de mí la pulga y el café. Alcé la taza primero. A esas alturas de la mañana necesito más cafeína que comida. Empecé a beber sin apartar la vista de la foto. Y casi me atraganté cuando leí el titular.

DETENIDO EN EL AEROPUERTO DE BILBAO EL ARQUITECTO ZARAGOZANO VICENTE PALLARÉS POR TRÁFICO DE DROGAS

Vicente Pallarés, zaragozano, arquitecto. ¡Ese tipo solo podía ser el dichoso Vicen! El manipulador que había anulado por completo a Noelia controlando su vida y, lo que era peor, su mente. El Richard Gere de saldo que se había volatilizado tras haberle dado una paliza y haberla dejado tirada en urgencias. Alcé el periódico y leí el artículo a toda velocidad. No puedo decir que me sorprendiera su contenido, aunque sí me impactó. Según el autor del texto, Vicente pertenecía a una de las familias con más abolengo de la ciudad. Hijo único de un arquitecto de élite, cursó la misma carrera que su progenitor y empezó su vida profesional en el estudio paterno, del que se hizo cargo cuando el padre falleció en un accidente de tráfico. El periodista se recreaba narrando la rápida decadencia de la prestigiosa empresa tras ese relevo imprevisto, del que ya hacía diez años. El sucesor no poseía las aptitudes del padre como arquitecto ni tampoco se distinguía por ser un gestor sagaz. Al cabo de un lustro bajo su dirección, la firma acabó haciendo equilibrios al borde de la quiebra. La puntilla definitiva se la dio el desplome de un edificio cuya reforma planificó, dirigió y firmó Vicente Pallarés. El suceso, que causó tres muertos y dos heridos graves, fue silenciado hábilmente por las viejas amistades del padre, a las que el ahora detenido recurrió en busca de ayuda, pero ni siquiera las artimañas de esos ancianos influyentes pudieron evitar que acabara inhabilitado para el ejercicio de su profesión. El desenlace fue el cierre del estudio y la solicitud de concurso de acreedores.

En este punto, el artículo entraba de lleno en el asunto de las drogas. Aún no se conocía en qué momento se introdujo Pallarés en la red de traficantes que abastecía a la mitad norte de España con todo tipo de sustancias, principalmente cocaína, éxtasis y metanfetaminas. Por ahora, sí se sabía que fue un eslabón importante de la cadena, aunque había cometido errores de bulto que le habían puesto en el punto de mira de la brigada antidroga. Adelantándose a la orden de detención de la policía tras haber recibido un soplo, Pallarés desapareció sin dejar rastro. Cuando al fin lograron echarle el guante en el aeropuerto de Bilbao, llevaba dos semanas en busca y captura.

Dejé el periódico sobre la barra y me tragué el café sin apenas respirar. Todo cuadraba. Ese delincuente de tres al cuarto era el Vicen que había embrujado a Noelia. ¡Pobre infeliz! ¿Se habría enterado ya del desmoronamiento de su sueño de amor edificado sobre el frágil terreno de la fantasía? Devolví la taza vacía a su platillo y consulté el reloj. Las diez y media. ¿A quién me convenía llamar primero? ¿A Anacrís, que se pondría histérica y alertaría a Noelia, suponiendo que esta no se hubiera enterado ya por la prensa *online?* ¿O mejor a Mabel,

que sabía mantener la cabeza fría en cualquier situación? Me decanté por esta última.

Mabel descolgó enseguida y murmuró, en tono de preocupación:

—¿Qué pasa, Eli?

—¿Has leído el periódico hoy?

—Pues mira, no. Ojeo la prensa todas las mañanas por Internet para comprobar lo mal que anda el mundo, pero precisamente hoy iba justa de tiempo y…

—¡Han detenido a don Perfecto! —la interrumpí; no había tiempo para florituras.

—¿Cómo?

Le conté, *grosso modo,* lo que acababa de leer. Al otro lado de la línea se fueron sucediendo exclamaciones como «¡joder!», «vaya tela…», «¡menudo fichaje!».

—No sé cómo se lo vamos a decir a Noelia —concluí—. Si no se ha enterado ya…

—No creo. Si lo supiera, estaría histérica, habría puesto de los nervios a Anacrís y esta nos habría llamado a alguna de las dos para pedir ayuda. Demasiado bien está cuidando a la pobre de Noelia. A todo esto, no hemos conseguido sacarle si sigue su idilio con el Rober ese…

—¡Déjate ahora de cotilleos! Esto tiene prioridad.

—Vale, mujer, no te pongas así.

Acordamos que Mabel llamaría a Anacrís y la sondearía para ver si ella y Noelia ya conocían la noticia. A fin de cuentas, Mabel siempre se había distinguido por ser la más diplomática de lo que quedaba del Séptimo de Caballería. Cortamos con la promesa de mantenernos informadas mutuamente. Sin embargo, a mi móvil no le dio tiempo a enfriarse. Nada más colgar, sonó y apareció en la pantalla el nombre de Anacrís. Pulsé el botoncito verde.

—¡Hola, Anacrís! ¿Cómo estáis Noelia y tú?

—¡Ay, Eli, menos mal que por fin descuelga alguna de vosotras! Llevo un rato llamándoos a ti y a Mabel y siempre estabais comunicando. Ya no sé si tirarme por la ventana o estrangular a Noelia con mi fular.

—Llamas por lo de don Perfecto, ¿verdad? Ahora mismo acabo de leerlo en el periódico…

—¡Y tanto que llamo por eso! —bufó Anacrís—. ¡Estoy sobrepasada, te lo juro!

—¿Lo sabe Noelia?

—¡Que si lo sabe! Mientras desayuna, la niña suele hacer un repaso de las noticias desde el móvil. Para mí que, aunque defendiera a su

galán a muerte, en el fondo se temía algo turbio. El caso es que ha leído lo de la detención y le he tenido que encasquetar dos Valium.

—¡Mira que eres bruta, Anacrís!

—¡Qué bruta ni que ocho cuartos! Si la hubieras visto, le habrías dado medio blíster. Estaba hiperventilando, al borde del ataque de ansiedad o de darle un patatús de los gordos, vete tú a saber. ¡Nunca había visto a nadie tan fuera de sí!

—¿Y ahora?

—Pues, después del berrinche y de las pastillas, se me ha desparramado en el sofá. Ahí la tengo, hecha un guiñapo. Sé que está viva porque a ratos ronca, después lloriquea dormida y vuelta a los ronquidos. Así anda la cosa…

—No me extraña, con tanto ansiolítico.

—¡Tenéis que venir ahora mismo, Eli! Este asunto me supera. Cualquier día, la loca esta se me corta las venas en la bañera y me la encuentro como un pajarito…

¡Pobre Anacrís! ¡Cuánta desesperación!

—Anda, cálmate tú también. Voy a avisar a Adela y enseguida me tienes ahí. Sobre todo, no le des más pastillas a Noelia, a ver si te la vas a cargar.

—Sí, claro, desde fuera es fácil decirlo —refunfuñó Anacrís—. Pero aguántala tú todo el santo día entre lloriqueos y quejidos. ¡Lo de hoy ha sido el colmo! ¡Ojalá viviera la pobre Susa! Ella habría sabido mantener la calma y tranquilizar a esta demente. —La oí tragar al otro lado de la línea—. ¿Sabes que algunas noches sueño con ella? Y aparece tal como fue antes de enfermar, me habla y todo. ¡Resulta tan sumamente real como si pudiera abrazarla!

—A mí también me visita Susa muchas noches —dije—. Y mi madre asoma a mis sueños tal como fue antes del alzhéimer. La veo con total nitidez, a veces conversamos, otras me abraza y entonces, de repente, me despierto, me acuerdo de que está muerta y la echo tanto de menos que hasta duele.

A las dos nos envolvió un silencio denso que rompió Anacrís.

—Ven pronto, Eli. ¡Yo ya no puedo con esto!

66

Cuando llegué al portal de Noelia, lo hallé abierto. Entré al vestíbulo y me dirigí directamente al ascensor. En el rellano, me planté ante la puerta y llamé al timbre. No me sorprendió que me abriera Mabel. Casi siempre se me adelantaba en estas cosas. Llevaba una vaporosa camisa de color salmón remetida por dentro de unos vaqueros blancos muy ajustados. El toque de estilo lo proporcionaban el cinturón multicolor de tiras de serraje trenzadas y unas bailarinas de medio tacón del mismo material. Nos saludamos con dos besos.

—Las chicas están en el salón, neuras perdidas ambas.

Cerró la puerta y se adentró por el pasillo. La seguí sin abrir la boca. Lo primero que vi al traspasar el umbral del cuarto de estar fue a Noelia colonizando el sofá en el que dormíamos Mabel y yo cuando nos tocaba pasar la noche en su casa. No estaba sentada ni tumbada. Más bien se derramaba sobre la tapicería, en un revoltijo de extremidades lacias, cuerpo desmadejado y melena despeinada que me hizo pensar en un calamar. Se deshacía en un llanto quedo pero constante, a juzgar por la colección de pañuelos de papel usados que había reunido sobre su regazo. Anacrís se levantó del sofá pequeño poniendo cara de resignación, me saludó con besos tan fugaces que se perdieron en el aire antes de tocar mis mejillas y musitó:

—¡Qué mañana me está dando, Eli!

Regresó adonde había estado arrojada y se dejó caer como un fardo. Mabel me indicó por señas que me sentara al lado de Anacrís, ella se acercó una silla de las que rodeaban la mesa de comedor y se acomodó. Durante un rato, las tres intercambiamos miradas en silencio, sin saber qué decir ni cómo actuar, mientras Noelia seguía sollozando y crecía la montaña de clínex, amenazando con enterrarla bajo una avalancha de celulosa empapada. Por fin, alzó la mirada lacrimosa enturbiada de Valium, y balbució:

—Tengo que ir a la cárcel a hablar con Vicen. Todo esto es un error. En cuanto se aclare, le dejarán libre. ¡Seguro!

Anacrís meneó la cabeza, no supe si con resignación, irritación o simple cansancio. Yo me mordí la lengua por no regañar a Noelia. La que perdió la paciencia esta vez fue Mabel.

—¡Para ya de desvariar! —le soltó—. Tu galán está metido hasta las cejas en el tráfico de drogas. Si se entera la policía de que vivías

con él, y tarde o temprano saldrás a relucir, como mínimo te interrogarán. Lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí sin hacer ruido hasta que todo se calme. Con suerte, con mucha suerte, igual te libras de los problemas que te pueden caer.

Me llegó un suspiro desde donde se sentaba Anacrís.

—Pero ¡él es inocente! —insistió Noelia. La voz le había brotado gangosa y ronca.

—¡Y un cuerno! —estalló Mabel—. A este no lo sacan de la mierda ni los bomberos con todo su equipo de rescate. Espero, por tu bien, que no te hayas dejado meter en ningún lío.

Noelia no respondió de inmediato. Vertió unos litros más de lágrimas mientras nosotras aguardábamos, impotentes, a que cesara ese llanto compulsivo. ¿Cuánto líquido podía quedarle en el cuerpo? ¿Convendría darle un vaso de agua para hidratarla? Al cabo de unos minutos, murmuró, con exasperante tozudez:

—No puedo estar escondida en casa como una delincuente. Algún día tendré que volver a trabajar. Tengo un negocio.

—A buenas horas te acuerdas de la peluquería —le echó en cara Anacrís—. Menos mal que Lucinda está al pie del cañón. Esa chica es una joya que no te mereces.

—De tu trabajo ya nos ocuparemos cuando te den el alta definitiva —intervino Mabel; percibí el esfuerzo que hacía por no ser brusca—. Ahora necesitamos saber si, aparte de las rayitas que te metías por complacer a tu Richard Gere, te has dejado enredar en algo que te pueda perjudicar. ¿Te pedía que le hicieras recados o te ponía delante documentos para firmar?

—¡Pues claro que no! —se indignó Noelia—. Lo nuestro es amor y lo estáis convirtiendo en algo muy sórdido. ¡Sois unas brujas!

Ya no me pude callar.

—¡Despierta de una vez, alma cándida! Te has liado con un traficante cocainómano. ¡Tu príncipe azul no es más que un sapo asqueroso!

Noelia sucumbió bajo un nuevo tsunami de sollozos.

—Eli, modérate —me reprendió Mabel—. Ya tenemos a la niña bastante histérica.

—¿Ves cómo necesitaba dos Valium? —me susurró Anacrís al oído.

—¡La caja entera le daba yo! —me desahogué.

Tres clínex empapados más tarde, Noelia se sonó los mocos con estruendo y Mabel volvió a la carga:

—Me parece que aún no eres consciente de lo serio que es esto, Noelia. —Suspiró y puso los ojos en blanco—. Vale, supongamos que nosotras somos unas brujas malvadas con tendencia a exagerar.

Supongamos que el tipo ese te quiere y todo, aunque su manera de demostrártelo sea muy cuestionable. Y supongamos que te ha mantenido al margen de su… llamémoslo negocio, sin implicarte más allá de iniciarte en esnifar coca. Aun así, por el mero hecho de haber estado liada con él y haberte mudado a su piso, estás metida en el berenjenal. Tarde o temprano, la policía dará contigo y te someterá a un interrogatorio. Y si eso ocurre, más te valdrá que estés limpia, porque, si no lo estás, te trincarán a ti también. ¿Lo entiendes ahora, guapa?

—Yo no hecho nada malo. Y él tampoco. Nos queremos… y el amor no es delito —insistió Noelia. Volvió a sonarse y se pasó un clínex limpio por los ojos pitarrosos, de los que no cesaban de brotar lagrimones.

Mabel suspiró de nuevo, ahora ya sin ocultar su fastidio.

—Bueno, resumamos de una vez, que tengo que volver a la tienda y Elisa a su librería. Primero: estate quietecita en la mata y deja de llamar al móvil de tu Vicen, aunque a estas alturas ya habrán quedado registradas más de mil llamadas tuyas que permitirán a la policía rastrearte sin problemas. Segundo: olvídate de la idea peregrina de visitarle en la cárcel. De ahí no sacarás más que problemas y ya se te avecinan bastantes. Tercero: intenta recordar si firmaste algún papel o él te pidió, como quien no quiere la cosa, que le hicieras algún recado de esos a los que no damos importancia, como entregarle a alguien un sobre, un paquetito o cosas así. —Mabel se puso en pie, se alisó la ropa, miró a Anacrís y le dijo, fingiendo ligereza—: Yo tengo que regresar al tajo. Si se te pone muy pesada, narcotízala con Valium y átala bien fuerte para que no se te escape a hacer tonterías.

Noelia refunfuñó por lo bajini tras un clínex limpio que acababa de sacar del paquete.

—Menos bromas —protestó Anacrís—, que esta pava me está desquiciando.

—Pava serás tú —saltó Noelia—. No te jode…

Yo estaba ansiosa por alejarme de ese manicomio. Al mismo tiempo, me daba pena dejar a Anacrís de niñera de esa boba hasta que por la noche regresara Mabel, a quien le tocaba dormir allí. En eso nos sobresaltó el sonido de un móvil.

—¡Para mí!

Anacrís brincó del sofá, corrió hacia la mesa de comedor, alzó su teléfono y descolgó. La voz que brotó del aparato era masculina, aunque el volumen no era lo bastante alto para entender lo que decía. Anacrís se ruborizó hasta convertirse toda ella en un langostino cocido. Fue respondiendo con monosílabos y frases cortas: «Ajá…»,

«muy bien…», «mañana sin falta…». Colgó tras un meloso «si no fuera por ti y lo que me cuidas…» y regresó al sofá sin soltar el móvil, el iris azul oculto tras los párpados bajados, las mejillas encendidas y en los labios una sonrisa de emoticono feliz de wasap: la viva imagen del éxtasis.

—Hija, parece que se te haya aparecido Brad Pitt en persona —se burló Mabel—. ¿No te drogarás tú también?

Anacrís alzó los párpados. Nos miró como si Mabel la hubiera despertado de un trance.

—Era Rober —susurró—. La semana que viene empezaré mis prácticas en el geriátrico donde él trabaja de enfermero. Mientras duren, le veré todos los días.

—¿Eso es bueno o malo? —Una pregunta tonta, pero el cerebro ya no me daba para más.

Anacrís se encogió de hombros y se echó el pelo detrás de las orejas, encendidas en profundo carmesí.

—No lo sé, chicas. En estos últimos días, como paso tantas horas aquí y luego bregando en casa, apenas nos hemos podido ver. Dos ratos estuvimos tomando café en un bar por aquí cerca. Fue un visto y no visto. Y yo… cada vez le tengo más ganas. Nunca sentí nada parecido por Rafi, ni siquiera cuando empezamos a salir y lo nuestro era nuevo y emocionante. Solo pienso en Rober y en lo mucho que me gustaría que me vuelva a besar, me imagino cómo me sentiría si me acariciara de arriba abajo como hacen en las películas y… y… no sé qué me pasa con él…

—¡Pues qué te va a pasar! —la cortó Mabel—. Que te lo quieres tirar…

—¡Qué bruta eres! —le recriminó Anacrís—. Esto es lo más fuerte que he sentido jamás por un hombre y me hace polvo todos los esquemas. Estoy muerta de miedo porque… porque sé que si… si me acuesto con él no seré capaz de seguir con la vida que llevo ahora, pero…, ¡jolín!…, es que no puedo dejar de pensar en Rober.

—Cuidado con enamorarte —sermoneó Mabel—. Los hombres no viven esas cosas con la misma intensidad que nosotras…

—¡Tiene gracia que tú digas eso cuando estás que no meas con Alfonsito! —se me escapó.

Mi mejor amiga me apuñaló con los ojos. Entonces, oímos susurrar a Anacrís:

—Me temo que ya estoy enamorada… y vuelta del revés como un calcetín a los casi cincuenta y tres tacos.

Mabel y yo nos miramos sin saber qué decirle. Las cuatro nos quedamos en silencio. El de Mabel y mío fue de incomodidad, el de

Anacrís, la expresión de su tormento interior. El más breve fue el de Noelia, pues enseguida rompió a sollozar ahogándose en un nuevo océano de lágrimas. Me quedó claro que el cuerpo humano es capaz de almacenar una buena provisión de agua y de perderla en forma de llanto sin deshidratarse.

67

El resto del día transcurrió en calma tensa, al igual que los dos siguientes. Al menos, para Mabel y para mí. En casa de Noelia hubo más tensión que calma. La infeliz seguía siendo un manojo de nervios, pendiente de recibir alguna señal de su Vicen que nunca llegaba, lo que la desesperaba a ella y a quien tuviera cerca. En este caso, quien pasaba más tiempo con ella era Anacrís, que empezaba a dar muestras de fatiga. «Me tiene neura perdida. Vale que el amor es ciego, pero tanto…», me dijo una noche por teléfono. Mabel y yo también nos preguntábamos qué hechizo había sometido a nuestra amiga —una mujer independiente y dueña de un negocio modesto, pero que le permitía vivir con holgura— a la voluntad de un manipulador de manual que, para acabar de redondear el cataclismo, había resultado ser maltratador y delincuente. Semejante *amour fou* no podía deberse solamente al indudable atractivo físico de ese hombre ni a sus aires de seductor con posibles. Tampoco a su capacidad de embaucar. Tenía que haberse producido algún cortocircuito en el cerebro de Noelia que se nos escapaba.

Tras el primer revuelo mediático al hilo de la detención de Vicente Pallarés, los periódicos solo informaron sobre él una vez más para decir que había sido trasladado al centro penitenciario de Zuera, donde se hallaba en prisión preventiva. Durante ese inciso de calma chicha, la policía no se presentó para interrogar a Noelia. Parecía que los vaticinios sombríos de Mabel no se iban a cumplir. Pero estábamos muy equivocadas. Lo que ocurrió cuatro días después de que atraparan a Pallarés lo sé a través de Anacrís, que se desahogó por teléfono con Mabel y conmigo. Entre ayes y suspiros nos relató, a cada una por separado, la secuencia de los hechos que intentaré reproducir lo mejor posible.

Eran las diez. Habían transcurrido dos días desde que los periódicos informaron sobre el encarcelamiento de Vicente Pallarés. Anacrís andaba trasteando en el salón mientras Noelia, que se levantaba tarde y atontada a causa del somnífero que le recetaron en el hospital, desayunaba en la cocina y consultaba los periódicos a través del móvil en busca de noticias sobre su hombre. No encontró nada nuevo, lo que tomó por una buena señal. Así se lo dijo a Anacrís cuando esta entró en la cocina para servirse un café. Entonces sonó el

timbre. Las dos se sobresaltaron. No esperaban a nadie a esas horas.

—Tranquila, será alguna vecina… o el cartero. Sí, seguro que es el cartero —murmuró Anacrís por ahuyentar el mal pálpito que le aleteaba en la boca del estómago—. Voy a echar un vistazo…

Lo primero que vio cuando entreabrió la puerta blindada sin quitar la cadena de seguridad fue una placa de policía como las que salen en las películas o en las series de televisión. La esgrimía un hombre al que apenas pudo ver la cara y que se presentó como inspector o subinspector de Estupefacientes. Ni Mabel ni yo confiamos en la veracidad de esta parte de la información. Entre el susto que se llevó Anacrís y que su memoria embrolló la categoría profesional de los policías, estos podían haber sido hasta guardias de tráfico. Lo cierto es que Anacrís quitó la cadena y abrió del todo, temblando como un postre de gelatina. Entraron dos personas vestidas de paisano. Una era el individuo que le había mostrado la placa a través del hueco de la puerta a medio abrir. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, fornido, moreno y algo cejijunto que le recordó a Mark Ruffalo. Le acompañaba una mujer de treinta y tantos, alta y musculada como si fuera a presentarse a un *casting* para relevar a Angelina Jolie en el papel de Lara Croft. «Una antipática de cuidado», según Anacrís. Hay que matizar que ella califica de antipáticas o engreídas a todas las mujeres que le parecen más jóvenes y más guapas. Los policías se presentaron blandiendo de nuevo sus placas y preguntaron por Noelia Latorre Valcárcel.

—Hemos estado en la peluquería de la que es propietaria y la empleada nos ha dicho que la encontraríamos aquí. ¿Es usted Noelia Latorre?

—N… n… no —tartamudeó Anacrís, pensando que ya podría haber llamado Lucinda para avisarles de que igual se presentaba allí la policía—. Yo… estoy con ella durante el día, hasta que… hasta que se recupere del todo. Ha estado… —No supo si mencionar la paliza de don perfecto. Al final, decidió ser cautelosa—. Ha estado en el hospital y…

—Nos gustaría hablar con ella —la interrumpió la émula de Lara Croft—. Será poco rato.

—C… claro…

Anacrís cerró la blindada y guio a los policías a través del pasillo. A la altura de la cocina se toparon con Noelia, plantada bajo el quicio de la puerta con cara de susto.

—¿Noelia Latorre? —preguntó el doble de Ruffalo.

Noelia reunió las fuerzas justas para asentir con la cabeza. Los policías mostraron por tercera vez sus identificaciones y se

presentaron. Anacrís ya no recordaba sus nombres cuando nos contó lo ocurrido. El hombre añadió, cortés pero autoritario, que debían hacerle unas preguntas sobre Vicente Pallarés, con quien sabían que mantenía una relación de pareja. Por supuesto, podía negarse a responder, matizó el hombre, aunque le recomendaba que colaborase por las buenas. Los cuatro acabaron sentados en el salón. Ruffalo y Croft en el sofá grande, Anacrís y Noelia muy juntas en el más pequeño de dos plazas. Sin perder las buenas maneras, los policías apretaron bien a Noelia, sobre todo la Croft, a quien debían de haberle asignado el papel de poli mala. La interrogaron sobre su relación con Vicente Pallarés, quisieron saber cuándo empezaron a vivir juntos, si Noelia sabía a qué se dedicaba su novio, si alguna vez él la había utilizado de mensajera, si frecuentaba mucha gente el ático en el que convivían y, de ser así, si podía describirlos. Y Noelia solo repetía, con cara de boba, que todo ese revuelo era un grandísimo error, pues su Vicen era un hombre honrado y no había hecho nada malo en su vida.

Ante tamaña tontuna, Anacrís ya no pudo mantenerse callada:

—¡No le hagan caso! —exclamó—. Ese tipo la tiene tan abducida que le defendería hasta la muerte. Le ha comido el coco desde que empezaron a salir. Controlaba lo que comía porque según él estaba gorda y eso la hacía parecer vulgar. Vigilaba con quién se juntaba y malmetió hasta alejarla de nosotras, que somos sus amigas y la queremos. Y antes de poner pies en polvorosa le dio una paliza y la dejó tirada en la sala de espera de urgencias, hecha una piltrafa y con una costilla rota. Por eso está de baja en lugar de sacar adelante su peluquería, con lo mal que están las cosas ahora para los negocios…

—¡Eso no viene a cuento, Anacrís! —protestó Noelia.

—¡Claro que viene a cuento, alma de cántaro! Te ha convertido en un guiñapo y tú erre que erre…

—Calma, señoras —intervino la Croft—. Vicente Pallarés ya cuenta en su haber con una denuncia de su exmujer por malos tratos. Hace años que el juez emitió una orden de alejamiento.

Noelia palideció y empezó a temblar.

—¿No le contó que estuvo casado y tiene una hija adolescente a la que no le permiten acercarse? —le preguntó la policía.

—Divorciado… sí… —farfulló Noelia, a duras penas—. No…, yo… no sabía que tiene… una hija…

La Croft se dirigió a Anacrís, según esta, con algo más de simpatía:

—Su amiga se ha liado con un pájaro de cuidado. Si la golpeó y la dejó tirada en el hospital, debe convencerla para que le denuncie. Es importante que los tipos como Pallarés reciban su merecido en todos los sentidos.

—Ya, si yo lo tengo claro, pero díganselo a esta, que ya ven lo terca que es…

—¡Anacrís! —voceó Noelia—. Ya vale de hablar de mí como si yo no estuviera. ¡No te permito que…!

—Señoras —intervino Ruffalo Dos—, centrémonos en el asunto que nos ha traído hasta aquí. No disponemos de todo el día…

Ruffalo y Croft estuvieron media hora más acribillando a Noelia con preguntas que ella respondió a regañadientes y escupiendo monosílabos, hasta que la presión la desbordó y se echó a llorar. Los policías intercambiaron una mirada, se levantaron al unísono y dieron la visita por concluida. El Ruffalo pidió a Noelia que no saliera de la ciudad por si debían volver a hablar con ella, ya fuera en su casa o en comisaría.

—Pero ¡adónde va a ir la pobre, si ya ven como está! —exclamó Anacrís.

La doble de Lara Croft forzó algo parecido a una sonrisa. En el vestíbulo, sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su sobria americana negra y se la tendió a Anacrís.

—Tenga, por si su amiga se decide a denunciar a ese tipo. Aquí le prestarán todo el apoyo que necesite, también psicológico, que, visto lo visto, buena falta le hace.

—Haré lo que pueda, pero ya ven… —respondió Anacrís, encogiéndose de hombros. Poco antes de cerrar la puerta, añadió—: Oigan, mi amiga no sabía nada de los chanchullos de ese impresentable. Ya han visto lo colada que está por él a pesar de la basura que ha ido descubriendo en estos días.

—Tranquila —terció el hombre—. Nuestra obligación es interrogarla, como a todos los que han tenido relación con Pallarés. Si su amiga está limpia, no tiene nada que temer.

Por fin se marcharon los inspectores, subinspectores o lo que fueran, dejando a Anacrís muy preocupada y a Noelia atacada de los nervios.

—Tuve que darle dos Valium y tomarme yo uno —concluyó Anacrís su relato telefónico—. Y no me digas que la voy a envenenar, que a este paso es ella la que va a acabar conmigo. ¡Dios mío, en qué berenjenal me habéis metido! Menos mal que voy a empezar las prácticas pronto. Ya podéis ir pensando Mabel y tú cómo me vais a recompensar los días que me he pegado haciendo de buena samaritana. Me pido una semana en un *spa* de lujo, como mínimo.

—Confórmate con que te invitemos a cenar en el restaurante favorito de Mabel, que no están las economías para costearte un *spa* de lujo.

—Cenar viendo cómo se derrite el baboso de Juanjo mirándole las piernas a Mabel…, pues menuda diversión. Elisita de mi vida, sois unas agarradas de cuidado, además de siesas.

Me dio por reírme y Anacrís se sumó al improvisado jolgorio. No fueron risas alegres, pero nos sirvieron para aliviar la tensión acumulada.

68

Al día siguiente a la visita de los policías, el médico dio el alta a Noelia. Nuestra amiga volvió a hacerse cargo de su peluquería, que había funcionado bien en su ausencia gracias al buen hacer de Lucinda. Poco después, Anacrís inició sus prácticas en un geriátrico situado en la periferia. Entre eso y el trabajo que le daban sus hombres en casa, nuestro contacto con ella se redujo a conversaciones telefónicas en las que nos hablaba de cómo se entregaba en cuerpo y alma a las labores que le encomendaban, por muy desagradables que fueran, pues no quería defraudar a Rober, que resultó haber intercedido por ella ante la directora.

Noelia se encerró dentro de sí misma y dejó de hablar del gran amor a lo *Pretty Woman* que se le había hecho añicos. Por más que le tirábamos de la lengua cuando la llamábamos por teléfono cada noche, no logramos que nos dijera si su Vicen la había contactado de algún modo o si finalmente ella se las había ingeniado para visitarle en la cárcel. A la semana de haberse reincorporado al trabajo, nos espetó que nos agradecía muchísimo nuestro apoyo, pero no era necesario telefonearla las tres todos los días. Las amigas establecimos turnos de llamadas que acabaron siendo frustrantes, dado el hermetismo de Noelia. Mabel llevó a cabo su propio espionaje a través de Lucinda. Poco pudo aportar la colombiana. Solo que «la jefa» llegaba por las mañanas pintada como una puerta, exceso que no camuflaba los ojos enrojecidos de dormir poco y llorar mucho. Unos días andaba tristona, otros de un humor de perros y siempre reaccionaba mal si a Lucinda se le ocurría sacar a colación el tema de Vicen. Resultaba evidente que Noelia aún se hallaba lejos de superar su desengaño amoroso, que seguía coladísima por ese hombre y que podría llegar a cometer cualquier locura, pero al haber reanudado su vida normal, o lo que quedaba de ella, escapaba a nuestra vigilancia.

Mabel se centró de nuevo en la *boutique,* que parecía ir viento en popa, y en saborear su relación con Alfonsito, no por este orden de prioridades. De pronto, le había dado por jugar a los misterios, indicio inequívoco de que se traía algo importante entre manos. Eso me tenía intrigadísima, aunque conocía bien a mi mejor amiga y sabía que no le sacaría nada mientras ella no estuviera dispuesta a contármelo.

Las noticias que me daba Cecilia por Skype eran optimistas. Mark

seguía recuperándose bien, lo que se reflejaba en la cara de mi hermana, que nunca había sabido ocultar sus sentimientos. En pocas semanas había rejuvenecido y estaba guapa, con esa melena corta y canosa que resaltaba sus ojos mediterráneos. Tras haber estado centradas las últimas conversaciones en la operación de Mark, volvimos a hablar de nuestros padres, pero esa nueva evocación empezaba a adquirir tintes más amables. Recordábamos a la madre enérgica y alegre que ponía el contrapunto al carácter reflexivo de nuestro padre, la mujer moderna y tradicional que escuchaba a los *crooners* norteamericanos mientras trajinaba en la cocina, pero que también se emocionaba con la canción protesta de los años setenta. La que ejercía de vigilante con nosotras y nos esperaba despierta siempre que salíamos por la noche, para examinarnos en cuanto entrábamos, entre torpes disimulos, en busca de indicios de alcohol o drogas, mientras papá roncaba feliz en el dormitorio conyugal. Era la imagen que deseábamos atesorar de ella. Sobre todo yo, que vi vaciarse de memoria y fuerzas a la anciana achacosa en que la convirtió el inclemente avance del alzhéimer.

En la librería, Adela y yo andábamos hasta el cuello de trabajo preparando la Feria del Libro y confeccionando la lista de los autores a los que propondríamos firmar en Cantarena. Ese año íbamos a contar con la presencia de Zaro en nuestra caseta. Sería su primera vez conmigo, tras la década de rencor durante la que nos habíamos esquivado mutuamente. Huelga decir que tanto Adela como yo estábamos ilusionadas como niñas en la noche de Reyes.

La promoción de *Golosinas en la basura* había entrado en su etapa final antes del descanso de verano. La editorial le había programado a Zaro firmas en las ferias del libro más importantes de España, después haría un viaje a París para presentar la traducción francesa del libro y, a su regreso de Francia, se instalaría definitivamente conmigo. Había empezado a acondicionarse, entre viaje y viaje, el estudio entre cuyas paredes había gestado sus primeros relatos y donde yo había ido acumulando trastos después de nuestra ruptura. En mi cabeza habían comenzado a alternarse la euforia y el vértigo. La ilusión de volver a compartir el día a día con el amor de mi vida luchaba contra el miedo a que nos saliera mal por segunda vez. Suponía que a Zaro le ocurriría lo mismo, pero no me atrevía a compartir con él mis temores. Todavía no. Lo que nos estaba pasando era demasiado bonito para enturbiarlo mascando aprensiones y recordando su infidelidad del pasado.

Cuando Zaro regresaba a la ciudad tras uno de sus viajes, aprovechábamos cualquier rato para encerrarnos en el dormitorio. Allí nos acariciábamos mutuamente hasta perder la noción del tiempo,

mientras nos embebíamos de los aromas del placer y pegábamos la piel del uno contra la del otro para disfrutar del calor compartido. El cuerpo humano posee memoria y nosotros la estábamos desenterrando de la tumba del resentimiento. Yo había dejado de contar los meses que llevaba sin reglar, de inquietarme por los días en los que se me hinchaba el vientre sin causa aparente, por los cambios de humor o por los incómodos sofocos que, más espaciados últimamente, conservaban la mala costumbre de asaltarme en el momento más inoportuno. Había arrinconado el miedo a convertirme en una vieja invisible cuando las reglas se despidieran definitivamente. Estaba aprendiendo que, pese a la leyenda negra que rodea al climaterio femenino, aunque que se vaya apagando el ímpetu de la juventud y cambien nuestras zonas erógenas, se puede gozar del sexo a cualquier edad. Y si la lujuria madura va acompañada de amor, todavía más.

69

Eran las diez de la noche de un miércoles en el que Adela y yo habíamos ido aceleradísimas con los últimos preparativos para la Feria del Libro. Más que sentada, yo estaba arrojada de cualquier manera en el sofá y compartía con la tragona de Scarlett un sándwich de pan Bimbo extragrueso relleno de jamón y queso. Era lo máximo que había logrado preparar después de llegar a casa, pasear un rato a la perra y ponerme el pijama viejo de vegetar. Zaro andaba firmando en la Feria del Libro de Madrid, que había arrancado el fin de semana anterior en su habitual emplazamiento del parque de El Retiro. Habíamos hablado por teléfono un rato, los dos tan agotados que habíamos cortado pronto. Yo me había puesto en el DVD, por enésima vez, *Sonrisas y lágrimas,* pero apenas hacía caso a Julie Andrews, a los cánticos de los niños Von Trapp ni a los maravillosos paisajes de Salzburgo donde se rodó la película. Solo deseaba que se acabara el sándwich —cosa que ocurriría pronto gracias a la ayuda de Scarlett— para echarme a dormir. Entonces sonó mi móvil. Lo alcé con desgana. Según quien llamara, iba a quedarse sin respuesta.

En la pantalla apareció la fotografía de Mabel junto con su nombre. Me pareció ruin pasar de mi mejor amiga, así que pulsé el botón verde con infinita pereza.

—Dime, Mabel…

—Hija, ¡qué modorra suenas! ¿Estabas durmiendo ya?

—Aún no, pero casi casi. Estoy reventada.

—Entonces, seré breve —zanjó ella—. Ando preparando una cena de chicas para mañana. Tú eres la primera a la que llamo.

—No sé, Mabel —fue lo único que logré decir.

—¿Igual es muy precipitado?

—No es eso. Es que tenemos mucho lío en la librería preparando la feria y acabo el día molida.

—Anda, anímate. Tú no puedes faltar. ¡No debes faltar! Prometo que no os haré trasnochar mucho. —Intercaló una pausa de efecto—. Tengo que contaros algo muy importante.

—No será otra sorpresa de las tuyas, como la de montarte una *boutique* en tiempos de vacas flacas…

—No te metas con mi *boutique*. Por ahora, va viento en popa.

Pese al cansancio, Mabel había despertado mi curiosidad.

—Sé buena amiga y adelántame algo. ¿No irás a abrir una sucursal?

Un racimo de carcajadas burlonas brotó del móvil.

—Si quieres saber de qué se trata, tendrás que venir mañana.

—¡Eres malvada! Y más retorcida que un sacacorchos.

—No lo sabes tú bien… ¿Cuento contigo?

—¡Qué remedio!

—Hala, pues a descansar. Voy a llamar ahora mismo a Anacrís y Noelia.

—No sé si Noelia querrá ir.

—Yo tampoco, pero hay que intentarlo. No le vendrá mal regresar al mundo real y, si aparece, podremos sondear cómo está. Desde que volvió al trabajo y ya no estamos con ella en su casa, la tenemos abandonada.

—Anacrís acude a la peluquería siempre que puede y se la lleva a tomar café —puntualicé.

—La verdad es que se está portando nuestra Anacrís.

—Mejor que nosotras.

—Ay, Eli, el cansancio te vuelve negativa. Te dejo dormir, que te quiero fresca para mañana. Vas a flipar con la noticia que os tengo preparada.

—Más vale que sea impactante o te arranco la cabeza.

—Te aseguro que lo es —insistió Mabel—. Corto, que tengo que llamar a las otras.

Nos despedimos y estampé el índice sobre el redondel de colgar. Mientras hablaba con Mabel, Scarlett se había zampado los últimos vestigios del sándwich. En lugar de regañarla por glotona, me alegré. Apagué el televisor, invertí mis últimas fuerzas en lavarme los dientes y me metí en la cama.

70

Como a todas nos daba pereza ir a un restaurante, acabamos cenando en mi casa. Anacrís fue la primera en llegar, vestida con unos vaqueros de pitillo ajustadísimos, taconazos y una de esas camisolas de escote abismal que tanto le gustaban últimamente. Me ayudó a sacar las copas de la cristalería de mamá, las repartió sobre la mesita auxiliar, embelleció mi desastrosa distribución de platos y cubiertos y se sentó en el sofá grande para vigilar a Scarlett. Enseguida llegó Mabel, acicalada con un estilo muy parecido al de Anacrís —no en vano, nuestra antigua émula de Doris Day compraba ahora la ropa en la *boutique* de Mabel—, salvo que ella llevaba bailarinas casi planas. Traía dos bolsas de papel con la cena. Para variar, la había encargado en el restaurante italiano del que nunca se cansaba. Yo guardaba en el frigorífico dos botellas de chablis, supervivientes de una caja que encargó Zaro en su visita anterior. Saqué una y me afané con el sacacorchos.

No sé cómo se las había arreglado Mabel para convencer a Noelia. Lo cierto es que esta se presentó en casa media hora más tarde que las demás, cuando ya no contábamos con ella y Mabel, acomodada junto a Anacrís, había empezado a desempaquetar las delicias italianas, con un ojo puesto en la comida y otro en la acechante Scarlett. Un rictus de tristeza afeaba la cara de Noelia. Había adelgazado aún más y parecía anoréxica. En cuanto se enroscó cual ratón moribundo en un extremo del sofá pequeño, a mi izquierda, declaró que estaba ahí porque Mabel se había puesto pesadísima con su noticia sorpresa y no quería ser la aguafiestas de la película. Antes de que pudiéramos hacerle preguntas incómodas, dejó sentado que no llevaba el cuerpo para hablar de Vicen.

—Ya puedes desembuchar, que madrugo mañana —hostigó a Mabel.

—Todas madrugamos —replicó Mabel con calma, sin dejar de abrir los recipientes de usar y tirar en los que venían las *delicatessen* italianas. Esta vez había traído carpacho de salmón marinado, *risotto* de bacalao con pesto rosa y tomate seco, lasaña de verduras y un tiramisú cuya mera visión hacía salivar—. Hala, servíos con alegría. Como en los viejos tiempos.

—Nada es como antes —objeté mientras echaba vino en las copas;

me estaba impacientando la parsimonia de Mabel—. Para empezar, falta Susa.

—Y vosotras dos os habéis echado pareja —terció Anacrís, señalándonos a Mabel y a mí—, mientras otras…, bah, otras andamos sin saber por dónde tirar. —Un violento rubor le anegó la cara. Bajó la mirada a su regazo y se encogió de hombros—. En estos últimos meses han cambiado muchas cosas…, y no todas para bien.

—Si no os importa, chicas, podríais dejar la nostalgia para otro día que no esté yo —se quejó Noelia con cara de palo—. Anda, Mabel, haznos un favor y suelta eso tan importante que nos querías decir. No estoy para teatrillos.

—Sí, que nos tienes sobre ascuas. —Aparté en mi plato un buen trozo de lasaña y fui dándole bocaditos a Scarlett. Yo llevaba desde la noche anterior haciendo cábalas y no se me había ocurrido cuál podría ser la tan cacareada noticia de Mabel. Solo esperaba que no nos anunciara alguna aventura empresarial con grave riesgo para su economía.

—Os veo muy amargadas hoy. —Percibí un asomo de irritación bajo el tono bromista de Mabel—. Bueno, pues ahí va: se prevén cambios importantes en mi vida.

—Al grano —la apremié.

Mabel tomó un trago de vino, inspiró muy hondo y, al fin, anunció:

—Alfonso ya es oficialmente un hombre divorciado. Nada le ata a esa petarda de Kitty. Así que nosotros… —Volvió a tomar aire y añadió de carrerilla—: ¡Nosotros nos vamos a casar!

Las otras nos quedamos sin habla. Anacrís se aclaró la garganta como si la llevara obstruida por flemas. Yo sentía la lengua paralizada. Vi de soslayo cómo Noelia empezaba a hacer pucheros. Mabel puso los ojos en blanco.

—¡No me felicitéis todas a la vez, que me vais a abrumar! —ironizó.

—Ay, hija, es que no sé cómo tienes ganas de echarte la soga al cuello a estas alturas —exclamó Anacrís—. El matrimonio está sobrevalorado, te lo aseguro.

—Eso lo dices porque estás casada con un muermo, pero mi Alfonso es otra cosa.

Conocía a Mabel mejor que a mí misma y no me engañaba su afán por mantenerse jovial: empezaba a irritarse.

—Alfonsito es un tío estupendo —murmuré.

—No le llames Alfonsito —me reprendió Mabel—. Y como saques a colación el tocinillo de cielo de autos, me cabrearé mucho.

—¿Qué tocinillo de cielo? —quiso saber Anacrís.

—Nada, una tontería. —Tomé un buen trago de chablis. A ver cómo apaciguaba a mi amiga—. Calma, Mabel. Ni siquiera me acordaba de eso. Y si nos hemos quedado mudas, ha sido por la sorpresa. Nada más.

—¿Tanto os extraña que quiera casarme con un tío estupendo?

Un sollozo a mi izquierda nos eximió de responder. Me volví hacia Noelia. Por sus mejillas rodaban lagrimones del calibre de ciruelas claudias. Anacrís se puso en pie y se prensó entre Noelia y yo. Me moví a un lado para hacerle sitio. Habría sido más sencillo trasladarme junto a Mabel, pero la inesperada llorera había anulado mi capacidad de reacción. Anacrís rodeó los hombros de Noelia y la encerró en uno de esos abrazos maternales que repartía últimamente a diestro y siniestro.

—Pero, niña, ¿a qué viene esto ahora?

Lejos de dar una explicación, Noelia se abismó aún más en el llanto. Mi mirada se cruzó con la de Mabel. Ya no parecía molesta, solo impactada. Se encogió de hombros, se inclinó sobre la mesita auxiliar, alzó la copa de Noelia y se la puso delante.

—Anda, toma un poco de vino antes de que pasemos al Valium.

Noelia obedeció. De hecho, se atizó la mitad de su chablis entre gimoteos e hipidos.

—No tendría que haber venido —farfulló.

Le tendí una servilleta de papel. Ella la desplegó y se sonó con estruendo.

—Esto es por tu Vicen, ¿verdad? ¿No habrás sido capaz de presentarte en la cárcel para hablar con él?

Por única respuesta, Noelia se limpió nariz y ojos usando la servilleta, ahora pringosa. Anacrís la taladró con una mirada que me recordó a Tony Soprano.

—De aquí no sales sin desembuchar, cielo.

—Anda, sí —exclamó Mabel—, cuéntanos lo que sea o me sentiré fatal por haber querido compartir con vosotras la noticia más feliz de mi vida.

—No seas *drama queen* —la amonesté.

Mabel no replicó. Se limitó a alzar su copa y dar traguitos desganados.

—Vicen… Vicen se ha puesto en contacto conmigo —susurró Noelia.

Un silencio pesado se expandió por el salón. Mabel siguió bebiendo sin decir ni pío. Anacrís aprisionó a Noelia en un nuevo abrazo de *mamma* siciliana. Yo me dediqué a cebar a Scarlett con lasaña. Total, la perra era la única que disfrutaba esa noche de la cena. Por fin,

Noelia sorbió una buena remesa de mocos y musitó, en voz tan baja que tuvimos que aguzar el oído para entender lo que decía:

—Ayer fue a verme su abogado a la peluquería.

—Para que no le denuncies por la paliza, claro… —manifestó Mabel, rotunda.

—Él… Vicen… me… me pide que… que no declare nada a la policía del día en que… —Noelia carraspeó antes de continuar— en que perdió los nervios…

—Perder los nervios lo llama, ¡el muy cabrón! —se indignó Anacrís.

—Dice…, bueno, su abogado… me pide que no intente ponerme en contacto con Vicen. Ni ahora ni nunca. Que me mantenga alejada de él… y calladita… para no complicarle aún más las cosas.

Nuevo ataque de sollozos. Le tendí otra servilleta.

—¿Cómo puede pedirme algo así? —masculló Noelia, entre dientes y celulosa mojada—. Le quiero como nunca quise a ningún hombre. Ni siquiera me pasó por la cabeza denunciarle por la noche en que me golpeó ni hablarle a la policía de que estuve en el hospital y esas… esas cosas. Estaba dispuesta a apoyarle, a seguir a su lado, pasara lo que pasara, aunque tenga una hija a la que no le dejan acercarse y de la que nunca me habló. ¡Y él me manda a un abogado relamido para apartarme de su vida como si fuera un trasto inútil!

Transcurrieron unos minutos en los que ninguna supo qué decir. Mabel fue la primera en hablar:

—Perdona la franqueza, Noelia, pero es lo mejor que te ha podido pasar. Te conviene estar lejos de ese tipo, no te salpique su mierda. Y me parece que hay mucha.

—¡Yo le he querido a rabiar! ¡Le sigo queriendo! ¿Qué tiene mi amor de malo para que lo rechace así?

Por primera vez desde que Noelia empezó, meses atrás, a hablarnos con embeleso de su arquitecto fetén, la vi cuestionarse la relación que mantuvo con él. Creo que Mabel y Anacrís también lo advirtieron.

—Tú amor no tiene nada de malo —dije—. Solo que ese tipo no es digno de algo tan grande y hermoso.

—Escucha, Noelia —terció Mabel—. Enamorarse del hombre equivocado es algo que nos ha ocurrido a todas alguna vez. Este te deslumbró con su buena presencia, sus aires de triunfador y ese ático de lujo que tiene. Es comprensible que picaras el anzuelo. Nosotras también habríamos caído. Pero ahora que ha salido a la luz su verdadera cara, y ya ves que es bien fea, te conviene hacer caso a ese abogado mindundi y mantenerte al margen. Debes olvidar cuanto antes al impresentable de Vicen. Sé que te va a costar, pero te aseguro

que hay más peces en el mar…, y mucho mejores que ese tiburón.

Nos aplastó otra vez el silencio. Por fin, Noelia alzó la vista y nos miró una a una bajo sus parpados hinchados por el llanto.

—¿Sabéis una cosa? —murmuró, con voz insegura—. Cuando le doy vueltas a todo esto en la cama por las noches, sin poder pillar el sueño ni por agotamiento, me… me repaso en la cabeza todo lo que ha ocurrido últimamente y… y a veces pienso que teníais vuestra parte de razón cuando me preveníais contra Vicen. Pero enseguida me acuerdo de los buenos momentos, de la delicadeza con la que me hacía el amor, de sus ojos cuando decía que me quería… y entonces… entonces le echo tanto de menos que me duele todo el cuerpo, me pongo a temblar de pies a cabeza, se me acelera el corazón y tengo la sensación de que me voy a morir ahí mismo…

—Pura ansiedad, cielo —intervino Anacrís—. Te aseguro que de eso no se muere nadie o yo llevaría años metida en una urna. —Agarró una servilleta limpia, la desdobló y la pasó con ternura por los párpados y las mejillas de Noelia—. Escucha, cariño, cuando te entre el mono de ese tipo, me llamas, voy a tu casa y le hacemos vudú para joderle vivo.

Todas, incluida Noelia, nos echamos a reír ante la ocurrencia de Anacrís.

—Pero ¿tú sabes hacer vudú? —Percibí en la voz de Mabel un asomo de inquietud. A ella le daba mucha grima todo lo que no se pudiera racionalizar en una hoja de Excel.

—No, pero en Internet seguro que encuentro algún ritual. Ahí hay de todo, como en botica.

—Eres un caso, Anacrís. —Noelia esbozó una microsonrisa y miró a Mabel—. Perdona que te haya estropeado tu momento de gloria. Me alegro mucho de que te vayas a casar. No conozco a tu Alfonso, pero seguro que es un hombre que merece la pena.

—Doy fe —afirmé—. Yo le conozco desde niña y confirmo que es un buen tío.

Anacrís soltó a Noelia, regresó a su sitio junto a Mabel, levantó la copa y se atizó un buen lingotazo antes de exclamar:

—¡Un brindis por Mabel y su chico! A este no le echaremos mal de ojo… todavía.

Mabel no parecía tenerlas todas consigo ante semejante alarde de esoterismo.

—Digo yo que lo celebrarás por todo lo alto —continuó Anacrís—. Tengo ganas de estrenar modelito de invitada. Por supuesto, te lo compraré a ti.

—Nos casaremos en el juzgado, pero habrá convite de boda para

los amigos…, faltaría más.

—¡Genial! —exclamé—. Yo también me compraré algo bonito en *chez* Mabel.

—Y yo —dijo Noelia, estrujándose otra sonrisita.

—¡Así me gusta, chicas! A la competencia, ni agua. ¡Tres hurras por las buenas amigas!

Las cuatro nos pusimos a berrear «hurra» al unísono chocando las copas con tal brío que temí por la cristalería de mamá.

71

Mis amigas se marcharon dos horas y dos botellas de chablis después, con pasos vacilantes y un equilibro más que precario, tras haberme ayudado a recoger la mesa y guardar los restos de comida en el frigorífico, pues ninguna quiso llevarse nada. Calculé que, con las delicias italianas que habían sobrado, Scarlett y yo tendríamos para alimentarnos hasta que regresara Zaro, tres días después, para descansar antes del esprint final previo al parón del verano. Arrastré mi cuerpo somnoliento a la calle para que la perra hiciera sus necesidades. La pobre se había portado muy bien, pero no era cuestión de tentar a la suerte por más tiempo. Mientras penduleábamos acera arriba, acera abajo, me acordé de la noche en la que reapareció Alfonsito en mi vida, agarrado con estoicismo a la correa de su *bulldog* inglés hiperactivo y salido. ¡Quién iba a imaginar entonces que mi primo postizo se emparejaría con Mabel!

De regreso en casa, me tomé un vaso de leche y me acosté. El cabezón de Scarlett me aplastó los pies, como de costumbre. Pese al cansancio, tardé en dormirme. La inminente boda de Mabel se revolvía en mi cerebro como una comida indigesta en el estómago. Con la madurez había ido asumiendo que ni ella ni yo nos echaríamos ya pareja estable. Casarnos, menos aún. Entre el carácter independiente de mi amiga y el hecho de que todavía añoraba a Aitor, cuya muerte tardó años en aceptar, nunca se me habría ocurrido pensar que quisiera convertirse, a los cincuenta, en la esposa del niño sosito con el que la tía Elo nos obligaba a jugar a las niñas repipis que fuimos Cecilia y yo. «La vida da extraños giros», fue mi último pensamiento antes de conciliar el sueño, a las tantas.

A Cecilia le sorprendió mucho la noticia. «Vaya con nuestro Alfonsito», se rio entre dientes. Desde que la operación había restaurado la salud de Mark, se había afincado en su cara una sonrisa de aire lujurioso, señal incuestionable de que mi cuñado volvía a prodigarse en la cama.

Zaro se mostró menos extrañado cuando le di la noticia, nada más regresar de su gira. Estábamos en la cama, con la puerta del dormitorio cerrada y Scarlett al otro lado, recuperándonos después de una escaramuza de reencuentro especialmente intensa. En cuanto acabé de contarle los detalles, entre jadeos y pausas para tomar aire,

él se incorporó a medias, me miró desde arriba apoyándose en un codo, inspiró y dijo, con una caída de ojos entre inocente y pícara:

—Tendremos que hacer nosotros lo mismo. No vamos a ser menos, ¿verdad?

Me entró pánico. Una cosa era que nos hubiéramos reconciliado y fuéramos felices, otra muy distinta supondría lanzarnos sin paracaídas a la aventura del casorio. Eso merecía ser meditado con calma.

—No nos precipitemos, Zaro. Hemos estado diez años separados. Ahora hay que darle tiempo a esto para que funcione.

Él me apartó un mechón de pelo de la cara y me acarició la mejilla.

—Mujer de poca fe. Con lo que yo os quiero, a ti y a tus ojos austrohúngaros.

—Y yo a ti —respondí; alcé la cabeza y besé esos labios que me excitaban desde la primera vez que los vi, rodeados por aquella perilla mezcla de Gustavo Adolfo Bécquer y Frank Zappa—. Te quiero como no he querido a ningún hombre en mi puñetera vida. No sabes cuánto te añoré durante el tiempo que estuvimos separados, pero debemos ir poco a poco.

Una sombra de inquietud sobrevoló la cara de Zaro.

—Si estás preocupada por si… por si… por si te pongo los cuernos, te juro que eso no volverá a ocurrir.

Me enterneció hasta la médula oír tartamudear al redicho de Zaro.

—No es eso —murmuré—. Bueno, algo sí me preocupa lo de la cornamenta, para qué mentirte a estas alturas. Me cuesta no darle vueltas y más vueltas. Pero, aparte de eso, ya sabes lo que pienso del matrimonio. Pasar por el juzgado no va a hacer que nos amemos más.

—Pero facilitará muchas cosas —replicó él, cargado de razón—. Imagínate que un buen día me da un jamacuco o que me atropella un loco en patinete y estiro la pata en el acto. ¿Quién se quedará con mi herencia, ahora que por fin gano una pasta?

Se me retorció el estómago ante el panorama que acababa de pintar.

—No digas cosas tan horribles.

—Solo soy realista, Eli. Recuerda lo que pasó con Stieg Larsson.

Stieg Larsson, escritor sueco y autor de la trilogía *Millennium*, murió fulminado por un ataque al corazón poco después de haber entregado a su editorial el manuscrito del tercer libro de la serie y cuando ya estaba en puertas la publicación del primero, *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Lo que ocurrió cuando este vio la luz es historia. La trilogía completa fue un éxito internacional sin precedentes que habría convertido al malogrado autor en millonario, de haber seguido vivo. Cuando falleció, Larsson llevaba décadas

conviviendo con su pareja, al parecer estuvieron varias veces a punto de casarse, pero no llegaron a formalizar la relación. Él tampoco había hecho testamento, por lo que su millonaria herencia pasó directamente a su padre y su hermano, con los que apenas había tenido relación en muchos años, dejando fuera a la mujer que se consideraba su viuda. El asunto causó un considerable revuelo en todo el mundo y los medios informaron durante años sobre cada minucia relacionada con ese culebrón.

—Muy pesimista me has venido esta vez. Mira que sacar ahora a Stieg Larsson…

—No es pesimismo. —Zaro se rio entre dientes—. Y tampoco soy millonario como habría sido él de no haberla diñado, pero mis *Golosinas* han caído de pie y van a dar buena pasta. En mi caso, que soy hijo único y ya no tengo padres, si la palmo, mis bienes se los quedaría el Estado, en el mejor de los supuestos. La otra opción sería que pase a mis primos, con los que no me relaciono desde la adolescencia, lo que me hace aún menos gracia.

—Me da mucho repelús este tema, que lo sepas.

—Son cosas que conviene dejar atadas. Y a mí me gustaría que seas mi mujer a todos los efectos. Llevo días pensando cómo proponerte que nos casemos sin que me arañes. Ahora que ha surgido lo de Mabel…, pues me lo has puesto en bandeja.

Le coloqué el dedo índice en vertical sobre los labios para hacerle callar.

—Dame tiempo, ¿vale? Tengo que meditar si te araño o te digo que sí.

—Solo si me dejas que te invite a un viaje como los de antes para celebrar mi éxito literario. ¿Has soñado con algún lugar en especial durante estos años?

Vacilé antes de responder.

—Sí, a veces, pero… no puedo aceptar…

—Eli, esto no tiene nada de machista ni te convierte en una mantenida. Si fuera al revés y tú me invitaras para celebrar algo bueno, yo aceptaría sin dudarlo ni un segundo.

—Pues…

—Dímelo, Eli…

—Hum, es que…

—Por favor…

No sé si fueron sus besos en la boca, el recorrido de sus labios por mi cuello o el cosquilleo que después despertaron en los lóbulos de mis orejas y en la nuca. El caso es que le confesé mi viaje soñado.

72

Siendo cincuentona sin hijos y con la única familia próxima afincada en otro continente, hacía siglos que las bodas, los bautizos y las comuniones eran cosa del pasado. Mis amistades de adolescencia y juventud se habían casado tantos años atrás que la mayoría ya habían tenido tiempo de ver crecer a sus hijos, algunas hasta de divorciarse. Antes de romper con Zaro, convivimos durante lustros sin haber pasado por altar ni juzgado alguno. A los dos nos daba grima la idea de dejarnos domesticar por los convencionalismos. Mabel, mi mejor amiga del instituto y, después, de madurez, pasó más de media vida añorando —e idealizando— a su pobre Aitor. Ahora iba a casarse, enamorada hasta las trancas, con el buenazo de Alfonsito. Y aún no habían transcurrido ni dos meses desde que él firmó los documentos del divorcio de su ex inglesa. ¡Si ni siquiera se habría secado la tinta de la estilográfica que empleó para rubricar el acuerdo!

Un caluroso viernes de finales de junio, Mabel y Alfonso formalizaron su relación en el pabellón de ceremonias junto al recinto donde se celebró la Expo 2008, habilitado desde 2009 para oficiar bodas civiles. Yo fui la primera en llegar, con Zaro, que disfrutaba de unos días libres tras su exitosa presentación de *Golosinas en la basura* en París. Había sacado de las catacumbas del armario su traje negro de los eventos y una camisa de algodón blanca, que llevaba por fuera sin corbata. Con la excusa del calor, se había colgado la americana doblada sobre el brazo izquierdo. Yo estrenaba un vestido lencero de satén azul celeste que era como andar en camisón, y marcaba las curvas que no tengo. Lo compré con muchas dudas en la *boutique* de Mabel, tras haberme convencido ella de que me resaltaba el tipazo. Zaro le dio la razón cuando me lo probé una noche delante de él y me demostró lo mucho que le gustaba ese *look* conduciéndome derechita al dormitorio.

Mientras esperábamos en el *hall* del pabellón, aparecieron Anacrís y Noelia. Esta seguía delgadísima y tristona, aunque todas las amigas coincidíamos en que empezaba a entrar en razón y a reconocer —con la boca pequeña, eso sí— que su relación con Vicen había sido un desatino. En eso tuvo mucho que ver Anacrís, que, sacrificando sus escasos ratos libres para llevarse a Noelia a tomar café, había logrado sacarla poco a poco de su obsesión por semejante fraude de hombre.

Esa mañana, habíamos dado a Noelia mucho trabajo extra para peinarnos a todas. Ella también le había comprado su atuendo a nuestra gurú de la moda, que le había aconsejado un modelo de seda roja con estampado de flores, de talle muy ajustado y falda *évasé,* vagamente inspirado en la maravilla que luce Eve-Marie Saint en la subasta de *Con la muerte en los talones,* solo que el de Noelia era de tirantes finos. Le sentaba muy bien y alegraba su aire deprimido. De Vicen solo habíamos sabido, a través de la prensa, que seguía en prisión preventiva a la espera de juicio. Ni él se había puesto en contacto con Noelia utilizando a su abogado de mensajero ni ella, al menos que supiéramos sus amigas, le había visitado en la cárcel. La policía no había vuelto a interrogar a Noelia. Por ese lado estábamos tranquilas. O casi.

Anacrís, por supuesto, se había equipado para la ocasión en la tienda de Mabel y brillaba como una luciérnaga dentro de su vestido *midi* azul *klein,* que se ajustaba al cuerpo sin marcar las pequeñas miserias que los desajustes hormonales iban dejando en sus carnes cincuentonas. Un gran trabajo de asesoramiento de Mabel.

Pero… ¿dónde había metido Anacrís a su eterno Rafi? Hasta donde alcanzaba mi información, tenía previsto asistir al evento con él. Claro que hacía días que Anacrís y yo no habíamos hablado, ni siquiera habíamos coincidido en la peluquería esa mañana. Debí haber caído en la cuenta de que su silencio era extraño. ¿Tal vez me había perdido algo?

Por fin, se presentaron los novios. Alfonso se había negado a casarse embutido en un traje y estaba exultante con su guayabera blanca —muy al estilo de la que llevó Gabriel García Márquez cuando le entregaron el Nobel—, que caía impecable sobre los pantalones a juego. Mabel lucía espectacular dentro de un sobrio vestido gris perla de líneas rectas, cuya única concesión a la frivolidad era el fajín de encaje con pedrería y la asimetría que le dejaba un hombro al aire. Formaba parte del conjunto un bolero que se quitó nada más saludarnos, afirmando que se asaba de calor. Mabel me había mantenido al corriente por teléfono de sus dudas y desvelos mientras buscaba vestido para la boda. Por eso sé que le costó sangre, sudor y lágrimas encontrar algo que no le hiciera parecer un merengue ni una institutriz reprimida. Había prescindido del ramo de novia. «Paso de arreglo floral virginal a mis años», declaraba a propios y extraños.

Los asistentes a la boda nos fuimos congregando con cuentagotas en el vestíbulo del pabellón. Mabel nos había invitado a las amigas del Séptimo de Caballería y a Carina, la hermana de Susa. No había querido saber nada de sus hermanos ni de sus cuñadas. Su madre, a la

que yo no había visto en décadas, se había convertido en una viejita encorvada que caminaba apoyada en un andador. Vivía en una residencia de ancianos, a donde la devolverían los novios tras la celebración. Por parte de Alfonso acudieron sus padres, octogenarios viajeros que acababan de regresar de Viena y a los que conocí ese día, pues jamás coincidimos en casa de la tía Elo. También había convocado a amigos y compañeros del bufete donde trabajaba, además de algún cliente importante, todos con sus parejas. Mabel ya había venido nerviosa y la espera la angustió aún más. Se acercó a donde yo me aferraba a la mano de Zaro, que observaba con interés el trasiego de bodas civiles en el pabellón. Seguro que cualquier día emplearía ese material en alguna de sus novelas.

—Esta Anacrís… —me susurró Mabel al oído—. Anoche me llamó para decirme que vendrá sola. Raro, ¿no?

—Rarísimo que no traiga a Rafi, sí. ¿No te dijo por qué?

Ella negó con la cabeza.

—No soltó prenda y yo no estaba en condiciones de sonsacarle. Andaba ya de los nervios. —Consultó su reloj joya, regalo de boda de Alfonso—. Es casi la hora. Como nos hagan esperar más, me va a dar un soponcio. Estoy atacadísima.

En ese instante, Alfonsito nos avisó por señas de que era la hora de entrar a la sala. Mabel se apresuró hacia donde estaba él, se enganchó de su brazo y traspasaron la puerta. Hasta sus espaldas irradiaban felicidad. Yo solté la mano de Zaro y me acerqué a Anacrís.

—¿Dónde has dejado a Rafi?

Ella se ruborizó y compuso un semblante misterioso. Ahí había gato encerrado.

—Ya te contaré —se escabulló.

Regresé con Zaro, aún más intrigada que antes. Él me esperaba apoyado contra la pared, las manos en los bolsillos del pantalón y la americana colgada del brazo. Aunaba en su persona al joven despeinado de perilla con el que me enrollé en aquella Nochevieja lejana y al cincuentón fibroso que acababa de regresar a mi vida convertido en escritor de éxito. ¡Cuánto le deseaba! Nos cogimos de la mano y entramos a la estancia donde un juez iba a casar a mi mejor amiga con Alfonsito.

Al acabar esa boda breve y aséptica, los invitados de Alfonso sacaron de alguna parte varios paquetes de arroz y cumplieron con el ritual de arrojar una lluvia de granos sobre los recién casados. El suelo se convirtió en terreno resbaladizo y el jolgorio atrajo la atención del guardia de seguridad más próximo. Todos, Mabel y Alfonso a la cabeza, salimos al exterior antes de que el segurata pudiera llamarnos

la atención. Aprovechando el barullo, me desligué de Zaro y me aproximé a Anacrís, que andaba distraída quitándose el arroz que se le había colado entre los pliegues de su vestido azul *klein*.

—¿Dónde has dejado a Rafi? —le pregunté, en voz baja, mientras caminábamos detrás del grupo hacia el aparcamiento—. ¿Se te ha puesto enfermo?

Un violento rubor tiñó la cara de Anacrís. Últimamente se le subía el pavo a todas horas. Parecía haber regresado a la adolescencia.

—Ay, Elisa, ¡qué insistente sabes ser cuando quieres! —me echó en cara—. Pensaba contároslo a ti y a Mabel con tranquilidad, no aquí, en medio de este circo.

—Entonces, ¿ocurre algo?

Anacrís miró alrededor, como para cerciorarse de que nadie escuchaba entre la algarabía que nos rodeaba. Mi expectación se multiplicó por mil.

—Es… es difícil de resumir aquí… No es el momento ni el lugar.

—Adelántame algo, por lo menos.

Abrió la boca y tomó aire.

—Rafi y yo… —Nuevo boqueo con inspiración ansiosa y otro giro de cabeza para asegurarse de que no había cerca oídos indiscretos—. Mira, Eli, yo… no sé si he cometido una insensatez que pagaré cara…, la cuestión es que… que… Rober y yo… Rober y yo… nos hemos… acostado…

—¡No jodas, Anacrís!

Enseguida me di cuenta de que mi exclamación se prestaba a chascarrillos tontorrones. Por suerte, ella estaba demasiado ofuscada para perderse en bobadas.

—¡Pues sí! —recalcó; su cara enrojeció unos grados más. Me agarró de un brazo y me obligó a detenerme—. Sabes lo que me he resistido a follar con él. Todas lo sabéis…

Me seguía chirriando oír la palabra «follar» de boca de Anacrís.

—Yo… yo tenía claro que si lo hacía con Rober y me gustaba, no podría seguir viviendo como hasta ahora. Intenté aguantarme las ganas que le tenía, pero mi cuerpo… mi cuerpo no se dejaba controlar. Desde que empecé las prácticas en la residencia, Rober y yo nos veíamos todos los días un rato a la salida del turno, cuando coincidían nuestros horarios, claro…, y una tarde nos sentamos a charlar en su coche, nos besamos, nos tocamos… y la cosa se descontroló. Le pedí que me llevara a algún sitio tranquilo y acabamos en su casa. ¿Sabes lo que es experimentar sensaciones que en tu puñetera vida llegaste a conocer, simplemente con estar muy apretados los dos, acariciándonos despacio, sintiendo todo el rato un

cosquilleo como de hormigas en la piel?

Asentí con la cabeza, por hacer algo.

—No reconocía mi cuerpo, ni mi piel, ni… ni mi coño…

Otra palabra que Anacrís siempre había evitado.

—¡No había disfrutado así jamás, Eli! Ni siquiera en mis fantasías, porque yo no tenía fantasías sexuales. Era una pardilla redomada. Toda mi vida adulta pendiente del Rafi y de los chicos, conformándome con esos polvos patéticos de metesaca que duraban dos minutos y me dejaban peor que antes. Y ahora…

Un barniz lacrimoso se formó entre los párpados de Anacrís. No supe discernir si fue de tristeza o de emoción. Ella se limpió los ojos con cuidado de no estropear el maquillaje.

—Ahora que conozco lo que es disfrutar con un hombre, aunque no hiciéramos acrobacias como en las películas, solo estar juntos, tocarnos y descubrirnos…, pues ahora no puedo volver atrás.

—¿Y Rafi?

—Mira, Eli, me siento culpable de arriba abajo por haberle sido infiel… y por estar enamorada de otro. Si fuera un hombre, a lo mejor sería capaz de seguir con mi vida de casada mientras me lo monto con un amante. Ellos saben compaginar a la esposa y a la otra sin remordimientos. Pero ¡yo, no! Y menos ahora, que he despertado, ¡que mi cuerpo se ha despertado!

En ese instante fue como si mirara a una desconocida. Esa Anacrís no era la mujer ñoña a la que conocí en clase de zumba.

—Le confesé a Rafi esa misma noche lo que había hecho. Necesitaba aligerarme la conciencia. Me pesaba cargar dentro con tanto placer y tanta culpa a la vez. No tenía un plan, solo quería soltar los sentimientos que me quemaban viva…

Se detuvo de pronto, como si se hubiera quedado en blanco.

—Y él se lo tomó a mal —apunté.

—¡Fatal! Se puso como un basilisco. Lo más suave que salió de su boca fue que nunca habría esperado que su mujer le pusiera los cuernos como un putón. A mí, cuando me llamó putón, me subió tal cabreo desde aquí —se dio palmaditas en el pecho— que le largué de golpe todos los reproches que me había ido guardando durante años. Le dije cosas muy feas, lo reconozco, pero él a mí también. La cuestión es que acabé metiendo lo imprescindible en un bolso de viaje, me despedí de mis hijos conforme fueron llegando a casa y me largué.

—Vaya tela. ¿Por qué no me llamaste? ¿Dónde duermes?

—Tranquila, de momento estoy con Noelia. Nos hacemos mutuamente de psicólogas cuando nos da el bajón. Dice que puedo quedarme el tiempo que necesite.

—¿Y Rober?

Una sonrisa de oreja a oreja hendió la cara de Anacrís.

—Me ha sugerido que me vaya a vivir con él, pero no quiero precipitarme. Primero debo resolver mi situación con Rafi. Ahora ni siquiera me coge el teléfono, pero me duele que la cosa quede así, tan fea, entre nosotros. Entiéndeme, no creo que pueda regresar con él. —Su mano volvió a posarse donde se supone que está el corazón—. Esto me dice que no hay vuelta atrás por mi parte, pero me sentiré menos culpable si, al menos, no hay mal rollo entre Rafi y yo. Es el padre de mis hijos y en tiempos estuve enamorada de él. —Calló lo justo para tomar aire—. Ah, por cierto, con todo lo inmaduros que son los chicos, ellos se lo han tomado mejor. El mayor hasta me dijo que merecía una medalla por haber aguantado tantos años a un muermo como su padre y que cuidará de la Mimí. Curioso, ¿verdad?

—Me has dejado de piedra —murmuré—. No sé qué decir. ¿Igual te has precipitado contándoselo a Rafi?

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—No puedo seguir viviendo como antes. ¡Preferiría que me atropellase un autobús!

—¡Por Dios, Anacrís!

Me sonrió como una niña traviesa. Tenía las mejillas encendidas y en los ojos un brillo vivaracho.

—Aún tengo otra noticia fresca que os quería contar a Mabel y a ti. —Intercaló una pausa de efecto—. En la residencia están contentos conmigo y me van a contratar como cuidadora cuando acabe las prácticas y me den el certificado de profesionalidad.

—¡Eso es genial!

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, no es el trabajo más glamuroso del mundo. A veces resulta triste ver a los abueletes tan frágiles, con tan poco tiempo por delante, y no te digo nada cuando me toca atender a los demenciados o si se muere uno al que había cogido cariño, como ocurrió el otro día, pero con todo se puede. Me está resultando más duro lo del Rafi —añadió en voz baja—. La sensación de culpa, de haberme portado mal, de haber echado a perder mi matrimonio…, todo eso lo cargo dentro. Ya sabes lo que nos gusta comernos el coco a las mujeres. Pero, por primera vez en mi vida, mi corazón y mi cuerpo saben lo que quieren, o lo que no quieren…

Me presionó un brazo con suavidad.

—Anda, vamos hacia el aparcamiento, que tienes a tu Zaro abandonado. Por cierto, está guapísimo con ese aire de artista bohemio. Hasta conserva pelo en la cabeza a los cincuenta y tantos. —

Se rio a carcajadas juguetonas—. ¿Te das cuenta de la cantidad de cosas que nos han pasado en estos últimos meses a las del Séptimo de Caballería? Ojalá la pobre Susa pudiera estar aquí, disfrutando de la fiesta de Mabel, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Anacrís se agarró a mí e hicimos equilibrios sobre nuestros taconazos hasta llegar al aparcamiento. Zaro esperaba junto a mi coche. Noelia aguardaba a Anacrís sentada al volante de su modesto utilitario, con el motor ronroneando ya al ralentí. El resto de los invitados ya se había alejado con rumbo a la comida de boda.

73

El convite se celebró en un complejo hostelero de postín situado en un caserón de las afueras. Estos eventos, sea cual sea la edad de los novios, sus experiencias en la vida y su grado de desencanto tienen en común que se come mucho, se bebe aún más y, si hay música, se baila hasta que el cuerpo queda como aplastado por un tren bala. El festejo de Mabel no fue diferente. Ella y Alfonsito no habían escatimado en el menú, compuesto por platos a cual más sofisticado y excelentes vinos de diferentes denominaciones de origen. Después de la comida, los seis miembros de una pequeña orquesta, con cantante redonda y pechugona rebozada en lentejuelas, se distribuyeron sobre una tarima de madera colocada en un extremo de la sala. Vi cómo los padres de Alfonsito se despedían de los recién casados y se marchaban llevándose a la madre de Mabel, agarrada al andador y al brazo de su flamante consuegra. Del resto de invitados, ninguno abandonamos el barco cuando empezó a sonar música bailable. Al cabo de una hora, andábamos todos sudorosos y medio beodos, algunos incluso muy borrachos, los más danzarines al borde de la extenuación. A Zaro y a mí siempre nos gustó bailar. Meneamos el esqueleto con las versiones de música disco setentera y ochentera, durante las canciones lentas nos pegamos el uno al otro como adolescentes, momentos que aprovechaba Zaro para susurrarme al oído lo bien que haríamos si nos casábamos nosotros también. Yo le daba largas, aunque confieso que mis reservas se habían ido debilitando poco a poco. Al cabo de muchos bailes locos, tuve que dejarle para correr al baño. Zaro se sentó a descansar en la mesa de los amigos de Alfonsito. Descorbatados y en mangas de camisa, estos observaban cómo sus parejas se desmelenaban al son de *Mamma mía,* agrupadas en un corro delirante al que se habían sumado Carina, Noelia y Anacrís. Las tres se retorcían al mejor estilo de gogós de discoteca.

Mabel y Alfonsito habían bailado derrochando la energía de adolescentes colocados de *speed* en una macrodiscoteca. Durante mi trayecto al baño, no vi a ninguno de los dos. Conforme atravesaba la sala, volví a acordarme de Susa y me dio un vuelco el corazón. ¡Cuánto habría disfrutado, a su manera tranquila, del gran día de Mabel!

Fue una suerte que no hubiera fila en el baño. Mientras me lavaba

las manos al acabar, me examiné en el espejo. Ojos brillantes de beber y cabriolear, una manchita de rímel en el párpado superior derecho y el pelo tan revuelto que ya no se notaba la paliza que se dio Noelia alisándomelo con la plancha. Me limpié el churrete de rímel, retoqué un poco el carmín y me arreglé la melena con los dedos. De regreso a la sala, casi choqué con Alfonsito, que se apresuraba hacia los servicios. ¿Me acostumbraría alguna vez a dejar de llamarle por ese diminutivo humillante? Iba sudoroso y parecía achispado. O más que eso. Aunque la suma de embriaguez y felicidad le sentaba bien.

—Elisa, vida mía —exclamó, abriendo los brazos en un gesto muy teatral—. Con este lío no hemos tenido tiempo de charlar. Reconozco que últimamente, Winston Zeus y yo os tenemos muy descuidadas a ti y a la encantadora Scarlett. Imperdonable, lo sé.

Se me escapó una risita floja.

—Y que lo digas. Scarlett ya ha empezado a ponerles ojitos a otros perros.

—Las chicas siempre tan impacientes —bromeó él con voz pastosa—. ¡Qué bien lo pasábamos cuando hacíamos aquellos pícnics en compañía de nuestros bichos!, ¿eh?

Definitivamente, mi primo postizo llevaba una curda considerable. Y yo no debía de andar mucho mejor. De lo contrario, no me habría venido a la cabeza el recuerdo de las fantasías sexuales que tejí una noche en la que me escoltó hasta mi portal tras haber correteado por ahí con los canes. Y no le habría espetado lo que le solté a continuación:

—¿Te cuento algo que te va a dar mucha risa?

Él se encogió de hombros.

—Vale….

—La vez que me acompañaste a casa de madrugada, después de habernos zampado con Winston y Scarlett unas hamburguesas del San Petersburgo en la plaza San Francisco, ¿te acuerdas?

Asintió con la cabeza. Me recordó a esos perritos de plástico que, cuando era niña, llevaban muchos conductores en la bandeja trasera del coche y cuya testa se balanceaba con cada bache.

—Pues… pues hubo un momento en que creí que me ibas a besar. ¿A que de tan tonto resulta hasta divertido?

Él se sonrojó y abrió una sonrisa cohibida. Me envolvió en una mirada larga y, según me pareció, teñida de indecisión. Al final, tragó saliva con aparatoso vaivén de nuez y farfulló:

—Pues… no debería confesarte esto, Elisa, pero… pero me faltó poco para besarte. Te vi muy guapa a la luz de las farolas. Francamente apetecible. Y, entonces, me vino a la mente la imagen de

Mabel y me frené. Un acierto, dicho sea de paso. Dejarme llevar habría sido un error garrafal. Nosotros no habríamos pegado ni con Superglú.

Me quedé perpleja. ¡De modo que aquella idea absurda no había nacido de mi necesidad de sexo, tuvo su fundamento! Mi cerebro empezó a ensartar a toda velocidad cavilaciones, a cual más absurda. ¿Qué habría ocurrido si Alfonsito no se hubiera contenido aquella noche? ¿Me habría enrollado con el antiguo pelmazo de mi infancia, que ni siquiera era mi tipo, y eso habría entorpecido mi reconciliación con Zaro? ¿O nos habríamos limitado a un revolcón fugaz y habríamos acabado de todos modos liados con nuestras respectivas parejas actuales? Imposible saberlo a esas alturas. Ni falta que hacía, en realidad.

—Creo que entonces ya andaba enamorado de ella —continuó él, toda su persona iluminada de pronto por una sonrisa lela—. Y eso que solo la había visto un momento. Es curioso esto del amor, ¿verdad?

—Y que lo digas —bromeé—. Te acabas de divorciar, como quien dice, y ya estás otra vez casado. Como sigas así, superarás en número de matrimonios a Elizabeth Taylor.

—No creo. Esta vez me saldrá bien. Lo presiento.

—Yo también —me apresuré a afirmar, no fuera a molestarse conmigo. Los enamorados recientes no tienen sentido del humor—. Hacéis una pareja estupenda. Vosotros no necesitáis Superglú.

Alfonsito amplió la sonrisa boba.

—Discúlpame, Elisa, pero tengo que dejarte. Me urge cambiarle el agua al canario, y perdona la vulgaridad de la expresión.

Con la cara todavía encendida de intenso carmesí, se precipitó hacia la puerta del servicio de caballeros. Yo me arrastré de regreso a la mesa donde había dejado a Zaro. Ya no estaban los hombres solos. Mabel y Anacrís se habían sentado con ellos. Las dos, despeinadas cual medusas y con las mejillas sonrosadas, vaciaban sendos vasos de lo que, por su bien, deseé que fuera agua. Noelia seguía retorciéndose cerca de la tarima en compañía de Carina y las parejas de los amigos de Alfonso. Las únicas irreductibles que seguían bailando con energía. «A estas las tendrán que echar los músicos a gorrazos», pensé; al mismo tiempo me alegraba ver a Noelia algo más animada.

Me dejé caer sobre la silla al lado de Zaro. Él me rodeó los hombros con el brazo y me atrajo hacia sí. Me di cuenta de dos cosas. La primera, que estaba agotada. La segunda, que amaba a ese hombre con toda mi alma de cincuentona desengañada.

74

Salvo que no me quede más remedio que asistir a un entierro, procuro evitar los cementerios. Me acongoja caminar entre esa sucesión de nichos que parecen los pisos de protección oficial de los muertos. Antes de morir mamá y Susa, visitaba de vez en cuando a papá para llevarle flores y contarle mis cosas ante la lápida de mármol en la que figuraba su nombre. Tras el fallecimiento de las dos, se había ampliado mi círculo de difuntos queridos con los que mantener charlas unilaterales. Si, al menos, las tumbas estuvieran a ras de tierra e integradas en parques como en otros países, la energía de la vegetación mitigaría la tristeza y transmitiría algo de paz. Pero los españoles apilamos a nuestros difuntos como quien almacena conservas en una estantería. Nunca hemos sabido cuidar los detalles.

Las del Séptimo de Caballería debíamos ofrecer una estampa de lo más estrafalaria cuando entramos en el cementerio de Torrero y nos arrastramos detrás de Carina hacia el columbario donde reposaban las cenizas de Susa. Despeinadas, pese a nuestros intentos de adecentarnos con un cepillito que llevaba Noelia en su bolso de fiesta, el maquillaje diluido ya sin remedio, nuestros modelitos de invitada arrugados y todas quejándonos de dolor de pies por culpa de los tacones. Mabel portaba una botella de Veuve Clicquot, que había estado fría cuando salimos del complejo hostelero donde había celebrado el convite. La excursión era idea suya. Nada más acabar la música, mientras los integrantes de la orquestina guardaban sus instrumentos, la cantante pechugona se ajustaba el escote de brillibrilli y Alfonso reunía a los que no se habían marchado para seguir la juerga en algún garito del centro, Mabel nos llevó aparte a Noelia, Anacrís, Carina y a mí. Dijo:

—Chicas, nuestra querida Susa no puede compartir con nosotras este momento tan importante de mi vida, pero nosotras sí podemos ir a visitarla. ¡Le debemos un brindis! ¿No os parece?

Asentimos al unísono. Vi de soslayo que Carina, a mi lado, se limpiaba los ojos con las puntas de los dedos. Pocos minutos después, las cinco taconeábamos por el aparcamiento, Mabel aferrada a la botella de Veuve Clicquot que le habían preparado en el restaurante. Creo que tenía prevista esa excursión al cementerio como parte del festejo, pues se acercó al coche de Alfonso, abrió el maletero y volvió

con una bolsa de supermercado que resultó contener un paquete de copas de plástico. Después —no sé por qué—, las demás decidieron que yo era la más sobria y me asignaron el papel de conductora. Nos embutimos en mi vieja cafetera y salimos a la cruda realidad del tráfico de un viernes por la tarde. Llegamos sin percances al cementerio, al otro extremo de la ciudad.

Ahora nos hallábamos ante el nicho que contenía las cenizas de Susa. Una plaquita dorada con su nombre, su fecha de nacimiento y la de su muerte, más un búcaro con flores naturales que aún parecían bastante frescas…, eso era todo lo que quedaba de nuestra amiga.

—Puse el ramo antes de ayer —comentó Carina—. Lo cambio cada semana. Es lo mínimo que puedo hacer ya por ella.

Le coloqué la mano en el hombro y se lo apreté. No me atreví a abrazarla por si acababa echándose a llorar. Llevaba ya un rato haciendo pucheros. Mabel había entregado la bolsa con las copas a Anacrís para que las sacara mientras ella se afanaba en abrir la botella de champán.

—Espero que esto no se convierta en un géiser de Veuve Clicquot. Soy muy torpe para estas cosas.

—Pues anda que yo… —Se rio Anacrís.

Repartió las copitas de plástico, quedándose una para ella y otra para Mabel. El resto lo dejó en el suelo, pegado a la hilera más baja de lápidas. Mabel logró abrir el precinto sin derramar ni una gota y vertió el líquido espumoso en las copas.

—Lo suyo habría sido tomarnos esto bien frío en flautas de cristal, pero… —Se encogió de hombros.

—Susa sabrá apreciar el gesto —murmuró Carina.

—¿Quieres empezar tú? —propuso Mabel.

La otra asintió. Alzó su champán en dirección al columbario de su hermana. La oímos tragar saliva antes de hablar.

—Ay, Susa, este brindis me ha pillado desprevenida y no sé por dónde empezar. Si puedes vernos desde alguna parte, y quiero creer que sí, ya sabrás que Mabel se acaba de casar con un encanto de hombre. Ha sabido elegir mejor que nosotras, te lo aseguro. Este no le saldrá rana. ¿Y qué más te puedo decir hoy, hermanita? Pues… que hemos bailado como locas, nos hemos reído mucho y no hemos parado de acordarnos de ti. ¡Cuánto habrías disfrutado! ¡Tuviste suerte de encontrar unas amigas como estas!

Calló de repente y se atizó un buen trago de champán. Ahora sí que la abracé. Mabel hizo ademán de brindar y le sonrió a la lápida:

—Esto va por ti, Susa. Me atrevo a afirmar, sin equivocarme, que todas te hemos recordado hoy. Y no solo hoy. Te echamos de menos.

Siempre decías que no eras la alegría de la huerta, que te considerabas una persona aburridilla, pero nada más lejos de la realidad. Fuiste muy importante para este grupo. Ponías paz y mesura cuando nos peleábamos. Y, créeme, en los últimos meses nos habría venido de maravilla tu carácter templado. Brindo por ti, querida amiga. Sé que, desde dondequiera que andes ahora, velas por nosotras.

Nos envolvió una nube de silencio. Era una quietud cálida, como si Susa pretendiera abrazarnos desde su más allá. No sé cuánto rato permanecimos calladas. Anacrís fue la primera que se animó a abrir la boca.

—Susa, amiga, no sabes cuánto añoramos tus dotes diplomáticas cuando nos enfadamos entre nosotras. Nadie pone paz como hacías tú. Y en cuanto a mis cosas, seguro que ya te has enterado de que… de que por fin me acosté con Rober y discutí con Rafi…

—¿Cómo? —la interrumpió Mabel, mirándola con los ojos muy abiertos—. Y yo sin enterarme. ¡No tienes perdón!

Anacrís le dedicó una afectuosa sonrisa.

—No te enfades, Mabel. Con el jaleo de tu boda y lo nerviosa que estabas, no hubo ocasión para contártelo.

—A mí me lo ha dicho hace un rato —tercié por quitar hierro.

—Luego te pongo al corriente, Mabel. Prometido. —Anacrís volvió a mirar la lápida de Susa—. Desde que nos dejaste, nos han pasado muchas cosas. Algunas buenas, otras no tanto. —Guiñó un ojo a Noelia, que sonrió algo forzada—. Lo mío, pues aún no sé si es bueno o malo, para qué mentir. La única certeza es que mi cuerpo ha despertado del letargo. Creo que estoy enamorada, Susa. Rober no es un tío buenorro como Brad Pitt, que ya sabéis todas lo que me priva el Brad. Rober no es tan alto, es fuertote y tiene poco pelo. No es un empotrador ni echamos cinco polvos seguidos como en las películas —se le escapó una risilla de colegiala—, pero somos capaces de pasarnos horas y horas desnudos en la cama, bien apretaditos el uno contra el otro bajo el edredón. Me gusta tanto cómo huele y las cosas guarras que me susurra al oído. ¡Ay, Susa, estar con Rober me hace sentir como si bebiera a todas horas champán bien fresquito, de ese que te hace cosquillas en el paladar! —Dio un sorbo al suyo y torció el gesto —. Joder, este se nos ha calentado.

Nos echamos a reír a coro. Anacrís y su reciente afición a las palabrotas. En los últimos meses había soltado más tacos que en toda su vida. Cuando se apagaron las carcajadas, tomé aire para hablar, pero se me adelantó Noelia.

—Yo… —Se le quebró la voz y tuvo que hacer una pausa para recuperar la calma—. Ya estarás al corriente de cómo ha acabado lo

mío con Vicen. Ahí donde vives ahora os enteráis de todo. —Forzó una sonrisa microscópica—. Le he querido con toda mi alma y… le sigo queriendo…, aunque…, y esto me jode cantidad…, admito que las chicas teníais razón cuando me preveníais contra él. Pero… ¿qué os voy a decir? Aún le añoro a todas horas y, si pudiera rebobinar hasta el momento en que le conocí, volvería a sentir ese cosquilleo en el estómago y me enamoraría otra vez. Ahora estoy tan seca por dentro que no sé si me queda amor para otro hombre…

Una violenta llantina le impidió seguir hablando. Anacrís la envolvió en uno de sus abrazos, entre amistosos y maternales.

—Ese tipo no merece que llores por él, cariño —susurró; parecía estar consolando a una niña que se acaba de caer del columpio—. Habrá más hombres y serán mejores que ese impresentable.

Noelia no respondió a su torpe intento de calmarla. Siguió vertiendo lágrimas negras de rímel. Mabel me miró, preocupada. Quién iba a prever semejante berrinche.

—Elisa, ahora tú.

—Pues… a mí me ha ocurrido lo que no habría imaginado ni en mis sueños más audaces, Susa: me he reconciliado con Zaro y volvemos a vivir juntos. Esto ya lo sabrás, claro. A veces tengo miedo de que me ponga los cuernos como… como hizo en el pasado. Sí, nunca os conté que rompimos por eso. Me dolía demasiado. Aunque quiero añadir una cosa, ahora que estamos todas: no sé cómo acabaremos en el futuro, pero en este momento somos felices. Él está cosechando un éxito descomunal con su último libro y, ahora que se ha casado Mabel, le ha dado por insistir en que debemos hacer lo mismo. Por cuestiones prácticas y de herencias, dice, para que en caso de morirse de repente yo pueda recibir la pasta que está ganando. Ya ves, las cosas tétricas que se les ocurren a los hombres. Aún no he accedido a casarme. Tengo que pensarlo con mucha calma, pero ¿quién sabe?… Cualquier día, igual me rindo y le digo que sí. Por ahora, he aceptado su invitación a viajar juntos a uno de mis lugares soñados y… y en agosto nos iremos tres semanas a Alaska. Ya nos están preparando todo en la agencia de viajes…

—Pero ¡Eli! —exclamó Mabel—. ¡Qué callado lo tenías! Podrías haberme contado algo. Entre Anacrís y tú me tenéis desinformada.

—Estabas muy liada y nerviosa perdida preparando tu boda… —me excusé.

—¡Alaska! —exclamó Carina—. ¡Qué bonito, Eli!

—¡Cásate con él cuanto antes, ahora que gana perras! Así, si te abandona, le podrás sacar un dineral.

Anacrís no se andaba por las ramas. A mi lado, Noelia seguía

llorando.

—Si es un buen tío, no lo dejes escapar —balbuceó. Remató la frase sonándose con estruendo.

Mabel alzó su copa.

—Brindemos por que Elisa se eche la soga al cuello pronto.

Todas chocamos nuestros cutres recipientes de plástico, que ni siquiera hicieron ruido.

—Otro brindis grande por Susa —propuse.

Nuevo entrechocar de copas sin sonido.

—Y ahora, otro por nuestra amistad —profirió Noelia, con la voz gangosa—. Chicas, a veces hacéis cosas muy raras, os lo tengo que decir, pero sois las mejores amigas del mundo. Sin vosotras no habría podido soportar lo de… lo de Vicen.

Juntamos una vez más las copas y nos atizamos de golpe el champán que contenían. Se había calentado horrores. Seguro que nos revolvería el estómago, pero daba igual. Ahí estábamos las cinco, reunidas ante el nicho de Susa en ese caluroso atardecer de un verano joven. Tan despeinadas que parecíamos gallinas, con la máscara de pestañas emborronándonos los párpados, los vestidos ajados y manchas de sudor bajo las axilas. Convencidas de que el espíritu de Susa, su alma o lo que quiera que quede de nosotros después de muertos, nos estaría escuchando desde algún lugar más allá de ese arcoíris al que canta Judy Garland en *El mago de Oz*. Y seguras de que, pasara lo que pasara, nuestra amistad prevalecería por encima de lo diferentes que eran nuestros caracteres y de cualquier contratiempo que nos quisiera deparar la vida. Todas gritamos a la vez, como si lo hubiéramos ensayado antes:

—¡Amigas para siempre!

—¡No nos moverán! —berreó Anacrís—. ¡Ni la menopausia, ni los hombres, ni esta sociedad de mierda!

—Amén —murmuró Mabel a mi lado.

Anacrís vació su copa y la lanzó hacia atrás, por encima de la espalda, al más puro estilo de los cosacos cinematográficos. Las demás la imitamos. Sabíamos que antes de marcharnos tendríamos que recoger todo lo que habíamos tirado por ahí, pero nos daba igual. Lo importante era sellar nuestra amistad.

Agradecimientos

En primer lugar a Avelino, compañero de vida, lector cero incansable y acompañante de lujo en esta maravillosa y exigente carrera de fondo que es la literatura. Y también sufridor, además de aplacador de neuras y dudas varias, todo hay que decirlo.

A Daniel, el mejor hijo del mundo mundial, por su apoyo constante.

A Anna Soler-Pont y Carolina Martínez, de Pontas Literary & Film Agency. Sin vuestra implicación y vuestros consejos, esta novela no sería lo que es.

A mi editor, Fernando Paz, por haber apostado por esta historia de mujeres en edad fronteriza.

Al equipo de Contraluz Editorial por su gran trabajo.

A mis queridos lectores, cuya confianza en mis novelas siempre me estimula a seguir escribiendo y dar lo mejor.

Edición en formato digital: 2023

© Carmen Santos Sacristán, 2023.
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.
© Contraluz (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-79-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
Agradecimientos
Créditos